REVISTA HISPANO CUBANA

Nº 25
Primavera-verano 2006

Madrid
Mayo-Julio 2006

REVISTA HISPANO CUBANA HC

DIRECTOR
Javier Martínez-Corbalán

REDACCIÓN
Orlando Fondevila
Begoña Martínez

CONSEJO EDITORIAL
Cristina Álvarez Barthe, Luis Arranz, Mª Elena Cruz Varela, Jorge Dávila, Manuel Díaz Martínez, Ángel Esteban del Campo, Alina Fernández, Mª Victoria Fernández-Ávila, Celia Ferrero, Carlos Franqui, José Luis González Quirós, Mario Guillot, Guillermo Gortázar, Jesús Huerta de Soto, Felipe Lázaro, Jacobo Machover, José Mª Marco, Julio San Francisco, Juan Morán, Eusebio Mujal-León, Fabio Murrieta, Mario Parajón, José Luis Prieto Benavent, Tania Quintero, Alberto Recarte, Raúl Rivero, Ángel Rodríguez Abad, José Antonio San Gil, José Sanmartín, Pío Serrano, Daniel Silva, Álvaro Vargas Llosa, Alejo Vidal-Quadras.

Esta revista es miembro de ARCE Asociación de Revistas Culturales de España

FEDERACION IBEROAMERICANA DE REVISTAS CULTURALES

Esta revista es miembro de la Federación Iberoamericana de Revistas Culturales (FIRC)

MINISTERIO DE CULTURA

EDITA, F. H. C. C/ORFILA, 8, 1ºA - 28010 MADRID
Tel: 91 319 63 13/319 70 48 Fax: 91 319 70 08
e-mail: revistah@revistahc.com http://www.revistahc.com

Suscripciones: España: 24 Euros al año. Otros países: 60 Euros al año, incluído correo aéreo.
Precio ejemplar: España 8 Euros.

Los artículos publicados en esta revista, expresan las opiniones y criterios de sus autores, sin que necesariamente sean atribuibles a la Revista Hispano Cubana HC.

EDICIÓN Y MAQUETACIÓN, Visión Gráfica DISEÑO, C&M
FOTOMECÁNICA E IMPRESIÓN, Campillo Nevado, S.A.
ISSN: 1139-0883 DEPÓSITO LEGAL: M-21731-1998

SUMARIO

EDITORIAL

CRÓNICAS DESDE CUBA

-El soldadito de Plomo	Rafael Ferro Salas	7
-El amor en tiempos de dictadura	Rafael Ferro Salas	9
-Huelgas y vilezas	Juan González Febles	10
-Entre el espanto y la obediencia	Luis Cino	13

DOSSIER: LOS INTELECTUALES Y EL CASTRISMO

-Los intelectuales ante el dilema de mirar de frente	Nicolás Águila	17
-El castrismo. La piedra de toque de los intelectuales	Inger Enkvist	25
-El silencio de los carneros	Roberto Luque Escalona	39
-El dictador, los intelectuales y el poeta perseguido	Jacobo Machover	59
-Cuba: medio siglo de no-periodismo	Michel D. Suárez	68

ARTÍCULOS

-Sin amo pero sin patria	Rafael E. Saumell	81
-Toqueville o Emerson	Antonio Lastra	89
-XXX Aniversario del Comité Cubano Pro Derechos Humanos	Adolfo Rivero Caro	101
-G. Caín – GCI: Trabajos de Amor por el cine	Ángel Rodríguez Abad	104
-Vindicación de Lezama Lima	Ignacio T. Granados	109
-El Mojito Valenciano	Fabio Murrieta	116
-El florecer de versos en la prosa de Martí	Luis Mario	119
-José Martí y la educación	Ileana Bucurenciu	125
-Soporta (a) Cuba	Enrico Mario Santi	129

ENSAYOS

-Identidad nacional y minoría: hispanos en Estados Unidos	José María Marco	139

DERECHOS HUMANOS

-Guillermo Fariñas		165
-Entrevista a Yolanda Huerga y a Manuel Vázquez Portal	Jacobo Machover	166
-La represión que no cesa. Una visión sobre los Derechos Humanos en Cuba	Orlando Fondevila	174

TEXTOS Y DOCUMENTOS

-El discreto terror de Fidel Castro	Václav Havel	179
-Todos cubanos, primavera en la Isla	Oswaldo Payá	181
-Líderes sindicales de los Estados Unidos demandan a Castro la liberación de los líderes sindicales cubanos actualmente en prisión		184

RELATOS CORTOS

-El farol	Orlando Fondevila	187

POESÍA

- Autorretrato	Alberto Lauro	191
-Poema como si estuviera en Galiza II	Santiago Méndez Alpízar	195
-De tránsito	Rodrigo de la Luz	196

CULTURA Y ARTE

LIBROS

-Recensiones		197

CINE

-Mi ciudad perdida	Ninoska Pérez Castellón	223

MÚSICA

-Pedro Luis Ferrer	Calixto Alonso del Pozo	227

EVENTOS Y EXPOSICIONES

-"Añoranza" de Waldo Balart	Isel Rivero	229
-Manuel Díaz Martínez. Homenaje e historia	Jorge Gómez	231
-Palabras en Nueva York	Manuel Díaz Martínez	236

EDITORIAL

LOS INTELECTUALES Y EL CASTRISMO

Ha pasado un año y medio desde que la Unión Europea levantara —a partir de una iniciativa impulsada y promovida por el gobierno socialista español— las sanciones diplomáticas impuestas a Cuba a raíz de la represión desatada contra la sociedad civil cubana en la primavera de 2003; en todo este tiempo no ha habido avance ni mejora alguna en Cuba en los ámbitos de la libertad, la democracia y el respeto a los derechos humanos, antes bien la situación se ha deteriorado gravemente.

Como ya adelantamos en su día, la respuesta del dictador Fidel Castro a esta política de ablandamiento y distensión por parte de la Unión Europea ha sido más presos políticos, más corrupción y más represión y acoso contra los disidentes, las organizaciones pro derechos humanos y demás integrantes de la sociedad civil independiente de la isla. En la actualidad las violaciones de los derechos humanos se han multiplicado y se producen diariamente a lo largo y ancho de toda la geografía cubana.

Los ministros de relaciones exteriores de la UE han deplorado el estado de los derechos humanos en la isla y han exhortado a la dictadura castrista a liberar a todos los presos políticos. Pero también han señalado su intención de continuar procurando un diálogo con las autoridades cubanas y de no restablecer por el momento las sanciones. Seguimos creyendo que esta falta de firmeza en la política de principios es un grave error.

Son las medidas de presión y firmeza las que realmente permiten conseguir avances en pro de la libertad y la democracia en la isla. Son las medidas de apoyo y reconocimiento a los movimientos de la disidencia interna y de la sociedad civil independiente los que fortalecen la lucha en favor del respeto a los derechos humanos en Cuba.

Las noticias que nos llegan desde la isla nos muestran con claridad como las situaciones de hostigamiento y violación de la dignidad de las personas se repiten por doquier. Casos como la detención del disidente René Gómez Manzano o el acto de repudio sufrido por

Marta Beatriz Roque son ejemplos de la terrible situación que enfrenta todos los días el pueblo cubano.

También queremos llamar la atención sobre la dramática situación que está atravesando el periodista independiente Guillermo Fariñas en huelga de hambre para reclamar una conexión libre a Internet. Fariñas ha cumplido ya cuatro meses de huelga y los médicos consideran improbable su recuperación. La dictadura de Fidel Castro sigue sin escuchar su reivindicación, a pesar de que su caso ha llegado hasta el Consejo de Derechos Humanos de la ONU.

A pesar de todo ello siempre hay noticias que refuerzan nuestra esperanza y confianza en un futuro de libertad y democracia para el pueblo cubano. Los movimientos pro democracia y pro derechos humanos cubanos siguen trabajando con tesón y ahínco desde el interior. Así tenemos la reciente aparición del documento "Todos Cubanos" surgido del Diálogo Nacional promovido por el Proyecto Varela o la fuerza y repercusión internacional que el movimiento de las Damas de Blanco han alcanzado defendiendo la libertad de sus familiares injustamente encarcelados por la dictadura.

Y una vez más estas páginas nos sirven de altavoz para pedir al régimen cubano la inmediata puesta en libertad de todos los presos políticos y de conciencia y el pleno respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales constantemente vulneradas en la isla por la dictadura castrista.

CRÓNICAS DESDE CUBA

El soldadito de plomo

Rafael Ferro Salas

Su cuento favorito era El Soldadito de Plomo; de Andersen. Tenía todas las versiones del cuento que se habían editado. Decía que, El Soldadito de Andersen era un héroe. Un discapacitado que supo vencer los retos que le puso la vida.

La primera vez que oyó el cuento fue cuando se lo leyó su abuela. Después aprendió a leer y lo entendió mejor.

Cuando cumplió treinta años, ya su abuela se había muerto. Era el único familiar que tenía. Su madre murió cuando él nació. Nunca supo quien era su padre.

Una vez el abuelo le regaló un reloj de oro. Creció con aquel reloj en la muñeca. El abuelo murió mucho antes que la abuela, pero le quedaba aquel reloj. Era como si el viejo le estuviera latiendo cerca todos los días.

Una tarde lo visitó un amigo del barrio. Le habló de cambiar las cosas. La única manera que había para cambiar las cosas era yéndose al exilio.

Aquí en Cuba no hay manera de mejorar uno. Hay que irse.

Le dijo el amigo. Después le explicó como sería la salida. Se irían en una balsa a mar abierto. Enfrentando todo, como El Soldadito de Plomo. A riesgo de combatir a enormes peces y desafiar bastante agua de por medio.

La noche que salieron, se despidió de su novia. Le dijo que cuando llevara un tiempo allá, en Estados Unidos, la iba a reclamar para casarse. Tener una vida como debía ser: sin miserias ni incertidumbre. En Cuba no se podía encontrar esa vida jamás.

En medio del mar, pensó en todos; pensó en los abuelos, la novia, el barrio y hasta en su perro. Y pensando en todos estaba cuando llegó la tormenta.

Primero fueron unas gotas finas, apenas perceptibles. El olor a lluvia subía del mar. Después vino el fuerte aguacero con viento. Las olas se alzaron llenas de odio contra todo lo que intentara flotar.

En la balsa iban un total de siete personas. Cuatro hombres y tres mujeres. Estaban en las manos de Dios: sólo Dios decidiría la suerte de todos.

Dos días después, apareció el guardacostas cubano. Algunos cuerpos flotaban comidos por los peces. Tenían grandes mordidas por todas partes.

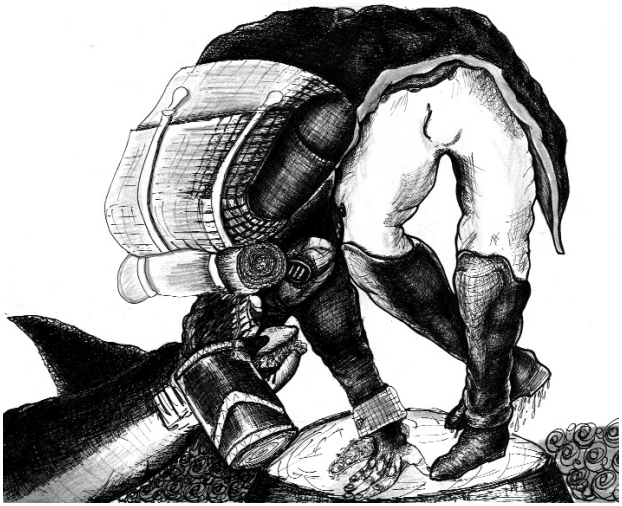


Ilustración: Norge Arvesú

Los atacaron los tiburones. Las mordidas en los cuerpos son la prueba. No hay otro pez que muerda así.

Dijo el jefe del guardacostas. El barco se alejó con los cuerpos a medias. El mar quedó tranquilo, como si nada hubiera pasado noches atrás. En el fondo, los peces siguieron su rutina.

Una semana después, la algarabía en el puerto despertó a casi todos los vecinos. Un pescador había cogido un enorme tiburón. En un puerto pesquero eso casi nunca es noticia. Cualquier pescador coge un buen tiburón en su día de suerte, puede coger también otro tipo de pez; lo que importa es la suerte.

Pero aquel tiburón traía algo especial. Junto al animal enseñaban todas las cosas que le habían sacado del vientre. Latas de cerveza, condones, jabas de nailon; en fin, todo lo que un tiburón se traga cuando tiene hambre. Pero al final de la tabla con las muestras, estaba lo más impresionante: una mano con un reloj de oro en su muñeca.

A él lo conocían en el puerto casi todos. Sabían de su reloj, regalo del abuelo. Muchos lo despidieron la noche que salió en la balsa. Sólo miraban la mano con el reloj, no hacía falta hablar.

Un rato después, llegó la novia. Tocó la mano sin dueño, acarició el reloj. Pensó en lo que hablaron la noche de la despedida. Entonces, le vino a la memoria el cuento del Soldadito de Plomo: tragado también por un pez; pero regresando victorioso a su bailarina, por obra y gracia de la buena suerte.

El amor en tiempos de dictadura

Rafael Ferro Salas

Los dos sabían que el amor es un derecho de todos. Lo único que hace falta es saber amarse. Cada día catorce de febrero era una fiesta para ellos. Pero un día del año cincuenta y nueve, febrero tuvo por ley un enero que se le adelantó, y a partir de ahí, para ningún cubano el día de los enamorados fue el mismo.

Entonces ellos dos hicieron un compromiso: no dejar de amarse bajo ninguna circunstancia. Sentían demasiado amor para dejarlo morir. Juntos lo enfrentarían todo. Lo bueno y lo malo por venir, los días de sol y los atardeceres lluviosos.

Los padres de ella salieron de Cuba a principios de los años sesenta. Él era huérfano antes de conocerla. Les llegó el amor para suplir todas las cosas que faltaban; se tenían el uno al otro y eso bastaba.

Cuando vinieron los años setenta, aumentaron los golpes al corazón de ambos. Al trabajo de él llegaron unos militares solicitando hombres para una guerra lejana en el África. Así fue; de la noche a la mañana los cubanos estaban enrolados en una guerra que no era de ellos, pero a la que tenían que ir por orden del Gobierno. Los que se negaran a enlistarse serían marginados de por vida como cobardes y traidores.

El hombre decidió negarse. Había nacido para la paz y no para la guerra. Sus padres le habían enseñado eso antes de cerrar los ojos para siempre.

Una semana después de su negativa, lo sacaron de su trabajo. Los dos se resignaron a sobrevivir con el dinero de ella desde su profesión de arquitecta. Ya estaban condenados de por vida y no lo sabían aún: ella era la esposa de un renegado al "internacionalismo"; las autoridades del Gobierno decidieron que debía pagar su culpa por estar amando al hombre equivocado.

La desemplearon y entonces los dos sobrevivieron gracias a lo que enviaban los padres de ella desde el exilio. Estaban condenados a vivir como dos niños a merced de sus mayores. De esa manera la vida es un bochorno para cualquier persona con decoro. El amor se impuso y siguieron adelante.

Los años noventa fueron de estremecimientos en Cuba. Se había roto el espejo del socialismo real y la isla se involucró en un periodo de miserias aumentadas al que los gobernantes llamaron "especial".

De muy especial tenía si de matar hombres y mujeres se trataba. Morían de muerte por desvergüenza. En cualquier sitio una mujer se veía obligada a cambiar su cuerpo y su conducta de siempre para dar de comer a sus hijos. Los hombres en mayoría renunciaban a la vergüenza ante la miseria impuesta y los que no lo hacían se lanzaban al suicidio masivo cruzando el muro de agua y sal buscando la esperanza.

"Ahora Cuba es una enorme cárcel donde la palabra libertad sigue prohibida."

Ellos dos estaban empecinados a enfrentar los desafíos. El amor y la fe los ayudaban a mirar el sol de cada día sin criticarle las manchas. Pero cada catorce de febrero les sigue cayendo encima toda la tristeza de sus vidas. Ahora Cuba es una enorme cárcel donde la palabra libertad sigue prohibida.

El hombre y la mujer no paran de llorar en esa fecha de besos y abrazos. Las canas les blanquean sus cabellos y no saben hasta cuando cargarán la cruz de ese amor en tiempos de dictadura.

Huelgas y vilezas

Juan González Febles
www.cubanet.org

Desde la página electrónica Rebelión se ofende con frecuencia al pueblo de Cuba. No son pocas las ocasiones en que se trata de hacer pasar como estúpidos a los que enfrentan la dictadura militar personal que gobierna la Isla. Para estas tareas viles, hay nombres que se repiten. Regularmente se trata de personas que suelen pasar largas temporadas de turismo político en La Habana. Gente que viene, va y la pasa en grande.

En Rebelión.org, Pascual Serrano escribió un trabajo que tituló "Una huelga de hambre en Cuba". Aparece fechado el día 4 de abril de 2006. En el mismo, Don Pascual hace una evaluación muy manipuladora, parcializada y tendenciosa sobre la huelga de hambre que desde el 31 de enero del año en curso sostiene Guillermo Fariñas Hernández.

Fariñas tiene 42 años y como se conoce, es psicólogo de profesión y periodista de corazón. Dirige la agencia de prensa independiente Cubanacán Press. Tanto ama Fariñas a su pueblo de Cuba que está dispuesto a inmolarse para garantizar para todos acceso libre a la red de redes. Esto es, el acceso libre e irrestricto a Internet.

Pascual Serrano ha demostrado tener una visión muy peculiar sobre el derecho a la información. Cuando digo peculiar y no personal, me refiero a que su punto de vista coincide en todas sus partes con el de la dictadura militar que combate Fariñas. Lo que marca una diferencia, otra más, es que Guillermo Fariñas lo hace a costa de su preciosa vida.

Quien lea desprejuiciadamente a Serrano, concluiría que Guillermo Fariñas aspira a sinecuras y prebendas de la dictadura que combate. De acuerdo a Serrano, Fariñas aspira a que el gobierno de Fidel Castro le costee el acceso a Internet.

En otras palabras, según Serrano, la exigencia de Fariñas sería compatible con la exigencia de un español, de un francés o de un inglés, para que sus respectivos gobiernos, que no cercan la red de redes, le instalen una conexión. Esto es muy vil, muy poco profesional y nada ético.

Serrano cita a Fariñas y para ello lo aísla de su contexto. En su carta al gobernante Fidel Castro, Fariñas ciertamente escribió: "…que se me instale por parte de la Empresa de Telecomunicaciones de Cuba SA, como lo hacen con los privilegiados del gobierno, un acceso directo a Internet desde mi hogar".

Lo que Serrano oculta es el carácter férreo y totalitario de la dictadura que sufre el pueblo cubano. Para ello vuelve a trampear y establece conexiones artificiales con Sudán y con otras regiones de geografías exóticas y ajenas al pueblo cubano.

Oculta que en Cuba el poder político detentado por la élite castrista excluyente abarca todas las manifestaciones del vivir. Todas las empresas, toda la riqueza, y cada actividad del quehacer humano es objeto de escrutinio, control y apropiación por parte de esa élite.

El grupo de poder de La Habana es dueño discrecional de todo y decide efectivamente quién tiene y quién no, conexión a Internet. Para que un ciudadano cubano disponga de acceso a Internet, como lo demanda Fariñas, sin concesión previa del estado, la línea deberá ser contratada y pagada por un extranjero. Así de sencillo.

Las agencias que comercializan automóviles nuevos en La Habana no los venden libremente a los nacionales. Un extranjero

puede comprar un automóvil nuevo y regalarlo a un nacional. Un nacional, en el supuesto caso de que tenga el dinero para ello, no puede comprarlo.

Para ello tendrá que disponer de una autorización emitida por la oficina de Carlos Lage. Esta oficina se integra y se subordina "al más alto nivel de dirección política del país".

El gobierno se abroga la "facultad discrecional" de decidir quién posee desde un automóvil a una conexión de Internet.

"Tanto ama Fariñas a Cuba que está dispuesto a inmolarse para garantizar para todos acceso libre a la red de redes."

En este mismo gobierno existe la figura que toma cualquier decisión, sin consultar a nadie. Ejerce una soberanía sin límite sobre todo lo que hay en la Isla.

Es por esto que mi colega, hermano y amigo Guillermo Fariñas, dirigió su carta al gobernante Fidel Castro. Fariñas tomó al toro por los cuernos, fue directo a donde de acuerdo a su criterio, está la solución.

Por supuesto que no estoy de acuerdo con los gestos terminales del estilo de esta decisión tomada por Fariñas. Pero respeto mucho a quien se decide a morir en defensa de su libertad y la libertad de los suyos.

En Cuba, para bien o para mal, la historia registra otros gestos como el del colega Guillermo Fariñas. Un alcalde, de nombre Supervielle, se suicidó por no cumplir la promesa que hizo de dar agua a sus electores. Un político, hace décadas, se suicidó ante los micrófonos de la emisora desde donde arengaba al pueblo contra la corrupción administrativa. Eduardo Chivás era su nombre.

Cuando no pudo probar de forma fehaciente sus afirmaciones se suicidó de un disparo en el momento en que era seguido por una alta radio audiencia. Fue su forma dramática y grandilocuente de dar un "último aldabonazo".

Una forma algo extravagante, pero muy digna de alertar a la conciencia cívica cubana. Estos gestos dramáticos y teatrales están grabados en el imaginario político de este país y de este pueblo. Pueblo que Pascual Serrano no conoce ni conocerá. De ahí su propensión a las comparaciones exóticas y sudanesas.

Según relatan los contemporáneos de Chivás, su gesto contribuyó a la debacle de aquella república. Hoy nadie puede prever el alcance que tendrá en el futuro, el gesto terminalmente cívico de Fariñas. Lo que si es fácilmente previsible es el destino de trabajos como el del Sr. Serrano.

Entre el espanto y la obediencia

Luis Cino
www.cubanet.org

Rodeado de carbón y calderos tiznados, Delfín Prats aprendió el secreto. Para cocinar con leña, hay que hacerlo mientras se apagan lentas las brasas, declamando a los grandes poetas rusos. Es un método infalible para evitar morir de tristeza.

Delfín Prats vive en una rústica casucha de tablas en un caserío a 8 kilómetros de Holguín. Su única compañía es un gato desolado y cómplice. Su pertenencia de más valor, un pequeño radio de baterías.

Su piel, curtida por el sol oriental, el tizne en las manos y la mirada de quien ya no espera nada dificultan suponer la talla inmensa de su poesía.

En los años 60, su libro "Lenguaje de Mudos", luego de recibir el Premio David, fue recogido y destruido por las autoridades. Prats fue encerrado en un campamento de las UMAP por homosexual. En 1971, lo parametraron. Había estudiado ruso en la Unión Soviética, pero no le permitieron ejercer como traductor. En los 80 trabajó como camarero en el restaurante El Patio.

Los escritores cubanos, entre el espanto y la obediencia, acechados por la fatalidad, disponen de pocas opciones que no pasen por el exilio. Delfín Prats escogió aferrarse a su tierra con el silencio estoico y corrosivo de los perdedores a tiempo completo.

Todos los escritores cubanos han tenido que pagar rescate por sobrevivir. Frente a la incertidumbre de qué era "todo dentro de la Revolución", Virgilio Piñera fue el primero en confesar que tenía miedo. "Vivo en la ruina y la desesperación", escribía Lezama Lima a su hermana Eloísa un otoño del nefasto 1971.

La poetisa Nancy Morejón ganó recientemente el Premio Nacional de Literatura y fue homenajeada en la Feria Internacional del Libro, pero todavía siente temor por su pasado en Ediciones El Puente.

La pequeña editorial fue prohibida en los años 60 por publicar a escritores exiliados y promover en Cuba las tesis del Poder Negro. A su director, José Mario, entrevistarse con el poeta beatnik Allen

Gingsberg durante su tormentosa visita a La Habana le costó ser juzgado "por andar con extranjeros". Luego, lo enviaron a las UMAP por homosexual. El resto de los autores de El Puente fueron represaliados por la Unión de Jóvenes Comunistas y los comisarios culturales de El Caimán Barbudo.

Hace unos años, Nancy Morejón confesó que todavía tiene temor de hablar en la UNEAC y que le censuren haber sido, hace 40 años, de la gente de El Puente.

"'Vivo en la ruina y la desesperación', escribía Lezama Lima a su hermana Eloísa un otoño del nefasto 1971."

Miguel Barnet conjuró los fantasmas de El Puente negando que en Cuba se persiguiera a los homosexuales, mientras su amigo José Mario permanecía en un campo de concentración camagüeyano. Fue el inicio de su carrera como intelectual orgánico del régimen.

Ni siquiera los intelectuales plenamente al servicio de la dictadura logran estar exentos de temor. Pablo Armando Fernández, Cintio Vitier, Ambrosio Fornet, Guillermo Rodríguez Rivera… Cualquiera de ellos guarda en su expediente acusaciones de desviado, burgués o contrarrevolucionario. Alguna vez estuvieron condenados al ostracismo.

Para descargo de su honra, han acuñado, de común acuerdo, el corolario cínico de que las contradicciones del pasado ya fueron definitivamente superadas. Que sus sinuosas trayectorias son las que corresponden a "intelectuales revolucionarios en tiempos de revolución". En justicia, sus servicios teóricos a la Revolución exhiben pobres resultados.

Aparte de recolectar firmas ilustres para la causa, de debajo de la gorra bolchevique de Roberto Fernández Retamar sólo brotó de valía el ensayo Calibán.

El marxismo martiano-fidelista con reminiscencias aristocratizantes, catolicistas y medievales de Cintio Vitier parió con cesárea "Ese Sol del Mundo Moral".

La Revolución no les echó mano hasta la debacle del Período Especial. La densa retórica mohosa de casi tres décadas atrás era lo más novedoso de que disponían los mandarines en su polvoriento arsenal de ideas.

Fernando Martínez Heredia dirigió la revista Pensamiento Crítico y el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana hasta la clausura de ambas en 1971. Fue un proscrito

durante casi 20 años. Ahora, entre un foro internacional y el próximo, presume de ser un intelectual orgánico y herético a la vez. En la ortodoxia marxista, la reinterpretación del Che Guevara y un trostkismo de nuevo cuño cifra sus esperanzas de salvación de la Revolución Cubana.

El Premio Nacional de Literatura hace a Antón Arrufat olvidar historias tebanas.

Eduardo Heras León borra sus pisadas en la hierba y contiene a base de sales sus náuseas, para antologar décimas de Antonio Guerrero.

Ilustración: Jorge Frías

César López cesea poemas de William Carlos William por las tribunas oficiales a cambio de que le retiren al seguroso que vigila su puerta.

Carilda Oliver, coqueta, se desordena, amor, se desordena y perdona la paliza que le dieron aquellos muchachos tan atractivos y combativos.

Leonardo Padura, sudado en la cancha de Mantilla, sigue anotando goles.

Los autores más jóvenes, avisados del desastre, son crípticos, post modernos y descontextualizados.

Reinaldo Arenas sigue visitando en sueños a Delfín Prats. Unas veces en La Habana y otras en Holguín. La Tétrica Mofeta siempre se sienta en una esquina de la cama y reclama en vano un vaso de té con limón. Luego, con una mueca de asco, menea la cabeza y vuelve a repetirlo: No puedo con ellos…

DOSSIER: Los intelectuales y el castrismo

LOS INTELECTUALES ANTE EL DILEMA DE MIRAR DE FRENTE

Nicolás Águila

Alejo Carpentier solía decir, mucho antes de entrar Castro en escena, que un escritor que no coqueteara con las izquierdas no tenía futuro. Algo que durante todo el siglo XX , y lo que va del XXI, ha sido el modus operandi de las élites intelectuales, si bien no siempre han tenido el cinismo de afirmarlo tan descarnadamente. Es así, en términos de coqueteo irresponsable, cómo ha pensado y actuado la crema y nata de los artistas y escritores, realmente más interesados en su obra y su comodidad que en la justicia social o la suerte de los pueblos. La firma de manifiestos y los posicionamientos como abajofirmantes más que nada les han servido a muchos para la promoción en caliente mediante la pose del chico rebelde con causa progre.

Lo curioso, sin embargo, es que esa pragmática afirmación partiera de un hombre que como nadie hizo suyo aquello de que en boca cerrada no entran moscas. El autor de *El reino de este mundo* era más bien conocido por el cuidado extremo con que emitía la más mínima opinión, aunque se tratara de un asunto tan trascendental como el avance del nazismo por toda Europa. El escritor que poco tiempo atrás había participado con camaraderil entrega en el llamado Congreso Antifascista de Valencia durante la Guerra Civil Española, luego en La Habana osaba declarar sin el menor empacho que no tenía nada que opinar sobre el fascismo y la ocupación alemana de su dulce Francia, aun cuando estuviera a salvo de la Gestapo al otro lado del océano y no tuviera ninguna necesidad de comportarse como el típico *enfant de la patrie*, acobardado y colaboracionista con el ocupante alemán.

Ello le valió, por cierto, una sonada reprimenda pública por parte de la ensayista Mirta Aguirre, sólo comparable a la que por razones de

índole académica le propinara tres décadas después a Roberto Fernández Retamar. ¿Cómo es que un intelectual cubano no tiene nada que decir contra el fascismo?, le disparaba a quemarropa a nuestro gran narrador la implacable escritora comunista, cuyo partido ya tenía instrucciones precisas del Kremlin de condenar sin paliativos a los nazis, que hasta hacía poco habían sido aliados preferenciales de Moscú. Pero Carpentier, inmutable, seguía evadiendo el tema de este mundo y se mantenía dentro del reino seguro del vudú haitiano, que era por entonces su pasión más dominante.

Alejo Carpentier, siendo el más universal de nuestros novelistas, resultó siempre el blanco favorito del "policiamiento" ideológico de los intelectuales marxistas cubanos hasta su consagración casi al final de su vida, gracias a los reconocimientos internacionales y su consiguiente "elección" como diputado por La Habana Vieja. El que más sistemáticamente lo fustigaba era sin duda José Antonio Portuondo, quien además de llamarle "producto raro francocubano, pero no un cubano franco", no perdía ocasión de reprocharle con acritud las tesis supuestamente reaccionarias de sus novelas, especialmente en *Los pasos perdidos*. Y sobre todo, le echaba en cara "no haber escrito aún la novela de la revolución cubana", un proyecto del cual el novelista había adelantado en los años 60 un par de capítulos medio confusos, hasta que finalmente la idea cuajó en forma de requesón con el engendro de *La consagración de la primavera*.

En sus numerosísimas conferencias en el año 1971, a raíz del caso Padilla, el profesor Portuondo prácticamente conminaba a Carpentier —"becario" en Francia como agregado cultural de la embajada cubana — a definirse inequívocamente con relación al *affaire* que por primera vez había causado un rechazo masivo de la intelectualidad de izquierda hacia el régimen castrista, muy particularmente de parte de escritores franceses y latinoamericanos radicados en Europa. Al tiempo que elogiaba la lamentable retractación de Julio Cortázar en su conocida "*Polycrytique*", Portuondo despotricaba contra el novelista por sus declaraciones que sonaban a música celestial en una entrevista concedida a la prensa por esos días, donde hablaba de la música concreta, del ballet, de Stravinski y de lo real maravilloso, menos del tema y con la energía revolucionaria que se esperaba.

Alejo Carpentier no quería quedar mal con La Habana, pero tampoco deseaba distanciarse en aquel momento de la enfurecida izquierda francesa hasta tanto ver el rumbo que tomaban los acontecimientos. No dejaba que le entraran moscas en la cavidad bucal y seguía midiendo

cada palabra en su equilibrismo oportunista, dándole tiempo al tiempo. En 1975, recibiría el Premio Mundial Cino del Duca, cuya dotación (lo mismo que después la del Premio Cervantes), donó íntegra a la "reserva especial del Comandante en Jefe", un fondo desfondado que supera largamente los cálculos de la revista *Forbes*. Y ese mismo año, faltaría más, la Universidad de La Habana le otorgaba un doctorado *honoris causa* al famoso escritor, quien escucharía, menos arrobado que socarrón, un emocionado discurso de elogio en el que se le reconocían sus méritos extraordinarios como destacado narrador e intelectual revolucionario. El apasionado panegirista, casi no hay que aclararlo, era José Antonio Portuondo.

Emile Zola

Más que revolver viejas historias, en los párrafos anteriores —deliberadamente anecdóticos— se ha intentado captar en breves trazos la esencia de la actuación pública de tres conocidas figuras de las letras cubanas: un narrador proclive a jugar al izquierdismo a la francesa y dos ensayistas de vieja militancia comunista sujetos a la férrea disciplina del partido. Habiendo sido los tres miembros destacados de la nomenklatura castrista y obedientes funcionarios del régimen, difícilmente se les pueda considerar como verdaderos intelectuales si nos atenemos al sentido primigenio del término y desechamos el rótulo gramsciano de "intelectual orgánico" para designar a quienes conscientemente alquilaron su pluma y su conciencia a una tiranía totalitaria. Un intelectual de verdad se hubiera puesto siempre del lado de la justicia y no del poder y la opresión, tal como hizo quien es sin duda el paradigma del intelectual moderno, Emile Zola, ante el dilema que planteaba el famoso *affaire* Dreyfus de mirar de frente o mirar para el otro lado.

Precisamente este año se cumple el centenario de la rehabilitación del capitán Alfred Dreyfus, un judío francés falsamente acusado de espía en lugar del verdadero culpable, en lo que constituyó una causa célebre rodeada del más mezquino ensañamiento antisemita. Ante la histeria colectiva desatada contra el indefenso oficial, el famoso novelista Emile Zola —que no era abogado, ni militar ni judío, ni para nada le afectaba el caso— no vaciló en jugarse su nombre, su tranquilidad y aun su vida en defensa de la justicia y la dignidad humana con su famoso *J'accuse*. Fue a partir de esa histórica carta abierta al presidente

de la república, más el "Manifiesto de los Intelectuales" en París, que se popularizó la denominación de *intelectuales*, en lugar de los tradicionales rótulos de *hombres de letras* o *intelligentsia*, para referise a los escritores y, por extensión, a artistas, periodistas y otros profesionales.

En lo adelante la intelectualidad, aparte de representar la vanguardia de la cultura y el pensamiento más avanzado, se constituía en conciencia crítica de la sociedad y se situaba al centro de los grandes debates y los acontecimientos decisivos de la historia contemporánea, siempre con la autoridad moral de quien se pronuncia por encima de todo a favor de la justicia y contra los abusos del poder. O eso se creía.

La Revolución Rusa, surgida como subproducto de una devastadora y sangrienta conflagración europea, trastrocaría los papeles de manera que gran parte de los más renombrados escritores y artistas se dedicarían activamente a utilizar las libertades "burguesas" imperantes en sus países para oponerse militantemente a la democracia, que tachaban como una forma de dictadura de la burguesía dentro de un sistema oprobioso de explotación capitalista. De ese modo asumían muy campantes la defensa apasionada del experimento totalitario soviético, al que consideraban como expresión acabada de la más justa y hermosa dictadura del proletariado. Cantando *La Internacional* a coro y cogidos en alto de la mano como camaradas en pie de lucha, se disponían a tomar el cielo por asalto.

Lo más granado de la intelectualidad se pintaba de rojo, o al menos de rosado subido. Muchos visitaban el país de los sóviets y volvían encantados, hondamente conmovidos con los koljoses y sovjoses y la grisura tenebrosa de una sociedad enclaustrada. Aquello era el paraíso terrenal. Nadie veía nada malo. Las purgas, los procesos de Moscú, el gúlag, la colectivización forzada y la hambruna provocada en Ucrania con sus decenas de millones de muertes... todo eso no era más que el trauma inevitable del nacimiento de un mundo nuevo acosado por las principales potencias imperialistas. Era el inevitable precio a pagar en aras de un futuro perfecto que se iría volviendo cada vez más hipotético durante un período de transición demencialmente interminable.

¿Eran tan ingenuos los Sartre y Bertrand Russel que exaltaban las bondades del leviatán soviético? ¿Eran tan cándidos Louis Aragón, Rafael Alberti, Nicolás Guillén y Pablo Neruda cuando le dedicaban odas a su querido Pepe Stalin, que es exactamente lo mismo que cantarle al genocidio comunista que ninguno de ellos podía ignorar? Si mi abuelo, que era un hombre de pueblo y de escasa instrucción, estaba al tanto de los horrores soviéticos, ¿cómo no iba a saberlo un Neruda que

contaba con información privilegiada de primera mano, además de entrar al Kremlin como Pablo por su casa?

No es que estuvieran mirando para el otro lado, como suele decirse, y no se percataran de lo que estaba ocurriendo en la vasta geografía soviética. Lo sabían todo punto por punto y no les importaba. Así de simple. Incluso lo aprobaban y hacían cuanto les era posible por ocultarlo, bien fuera por disciplina de partido, por aspirar a un premio Stalin que los lanzara a la fama, o simplemente por miedo. Al escritor que se declarara anticomunista, o antisoviético, podía costarle muy caro. Si al menos no coqueteaba con las izquierdas, como aconsejaba el prudentísimo Carpentier, se le podían cerrar muchas puertas editoriales y hasta las de los viejos amigos.

"Un intelectual de verdad se hubiera puesto siempre del lado de la justicia y no del poder y la opresión, tal como hizo Emile Zola, ante el dilema que planteaba el famoso affaire *Dreyfus de mirar de frente o mirar para el otro lado."*

Tuvo que decretarse la desestalinización en la Unión Soviética, tras la denuncia de los espantosos crímenes de Stalin por parte de Nikita Jruschov (de los cuales, por cierto, éste fuera cómplice activo y entusiasta), para que algunas de las mentes mejor dotadas de Occidente comenzaran a sospechar que algo olía mal en ese misterioso y gigantesco país. Pero por el momento todo se quedaba en la catarsis de un deshielo sucio y pantanoso, al punto de que la disciplinada militancia internacional cerraba filas para darse a la piadosa tarea de minimizar propagandísticamente los horrores estalinistas, convirtiéndolos simplemente en errores burocráticos producto del culto a la personalidad y otras desviaciones de la línea leninista, pero nada de llamar por su nombre al genocidio soviético.

No fueron pocos de todos modos los que siguieron siendo estalinistas puros y duros, como el poeta Neruda que nunca se retractó de las cursilerías que le dedicó al "gran capitán", como llamara el poeta-propagandista al capitoste responsable de la muerte de más de 40 millones de seres humanos. Todavía al final de su vida, el Nobel chileno se defendía mediante el viejo truco de la izquierda antidemocrática acusando de reaccionarios y fascistas a quienes le reprochaban su pasión por Stalin. En sus memorias póstumas Neruda no confiesa que ha mentido, pero el comentario más duro que le merece el mayor asesino en la historia de

la humanidad es un eufemismo demasiado canallesco para mi gusto. Era un "hombre ensimismado", dice del tenebroso genocida.

¿Se podría considerar a Neruda un intelectual según el prototipo de Emilio Zola? Ni por asomo. Es que ni siquiera cabe en la conocida definición de Gabriel Zaid, que describe al intelectual en sentido bastante lato como "el escritor, artista o científico que opina en cosas de interés público con autoridad moral entre las elites." Resulta muy difícil concederle ninguna solvencia político-moral a quien fuera conscientemente cómplice del genocidio comunista, además de que el autor de *Residencia en la tierra*, por obediencia debida a la línea partidista, no estaba autorizado para opinar libremente en ninguna cuestión de interés público, a no ser que estuviera en la agenda de su partido y éste previamente le diera el visto bueno.

Es por eso que las críticas de Neruda al régimen cubano se reducen a unos comentarios anecdóticos, más bien superficiales e indirectos, que dejó escritos en sus amnésicas memorias para su publicación post mortem. Pero su objetivo no era en modo alguno denunciar la esencia represiva del castrismo, sino reafirmar su ego poético y salvar su gloria para la posteridad. Los cubanos de la Isla que en su momento pudieron leerlo disfrutaron las pullas a Guillén en *Confieso que he vivido*, pero sobre todo les encantó la ridiculización de Roberto Fernández Retamar, a quien el cantor de Stalin presenta como un *sargento* literario por su papel indigno en la recogida de firmas para la carta abierta que le enviaron los "intelectuales" cubanos condenando su asistencia al Pen Club de Nueva York y su visita al presidente Belaúnde Terry en el Perú. Se trata de una autodefensa egoísta, mediante la sorna y la ironía, sin poner jamás el dedo en la verdadera llaga de la tragedia cubana ni mucho menos tocar la figura de Fidel Castro. Aunque algunos se consuelan pensando que aquello fue una patada al Comandante en el trasero del sargento Retamar, no pasó de ahí. Se quedó sólo en la "patada metonímica", como dirían los neoteóricos del puntapié posmoderno. El pueblo cubano, a Neruda le importaba mucho menos que el más cursilón de sus versos lacrimosos.

Lo mismo cabe decir del grueso de la intelectualidad europea, latinoamericana y estadounidense, para la cual Cuba empieza y termina en la figura de Castro. Ser un intelectual "comprometido" ha significado en la práctica comulgar con una de las dos ideologías totalitarias del siglo XX y apoyar por acción o por omisión algunos de los regímenes más represivos de la historia. Y así, si Waldo Frank se deshacía en zalemas hacia el "milagro de la Sierra Maestra", por otro lado un conocido

mexicano hallaba muy divertida aquella "revolución con pachanga" que se inauguraba con un baño de sangre. Y Sartre se emocionaba con el "huracán del Caribe", una vez consumada su ruptura con el comunismo ortodoxo tras la invasión soviética a Hungría en 1956.

Cierto que el amor de los escritores con Castro ha perdido la intensidad inicial de la luna de miel. El romance sartriano con los barbudos, por ejemplo, duró hasta el ya mencionado caso Padilla en 1971, cuando algunos conocidos escritores de izquierda tomaron distancia prudencial del castrismo. Sin embargo, donde hubo ardor fidelista a menudo quedan rescoldos procastristas, de modo que la fascinación por Castro sigue en pie a pesar de que en Cuba no cesan las violaciones de los derechos humanos y los encarcelamientos de disidentes. Algunos se asombran de la permanencia del mito, pese a la decrepitud del anciano dictador, pero no resulta nada extraño si se tiene en cuenta que igual admiración sintieron en su momento los "intelectuales" por Lenin, Stalin, Mao o Ho Chi Minh. Un fósil viviente sin duda tiene mayor atractivo que la momia barnizada de Lenin.

"Donde hubo ardor fidelista a menudo quedan rescoldos procastristas, de modo que la fascinación por Castro sigue en pie a pesar de que en Cuba no cesan las violaciones de los derechos humanos y los encarcelamientos de disidentes."

Por otro lado, que las estrellas de Hollywood y los cantautores españoles se descoquen y se desordenen por tomarse una foto junto al tirano es tan comprensible como la atracción fatal que éste ejerce en los Saramago, los Galeano, los Benedetti *et caterva*, lo mismo que en ese vasto mundo de roedores académicos que habitan en las alcantarillas de la historia. No es ninguna noticia que un sinnúmero de sociólogos, cientistas sociales, politólogos, etc., usan sus cátedras universitarias como tribunas del antiamericanismo más elemental, que por una simple operación transitiva equiparan con la prédica castrista. Esas es la regla.

Las excepciones han sido personalidades como Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, por citar sólo dos escritores célebres cuya honestidad intelectual contrasta con la proverbial cortesanía de García Márquez. A los que puede agregarse un creciente número de intelectuales situados a la izquierda del espectro político, como el venezolano Ibsen Martínez, cuya posición crítica hacia Estados Unidos no les impide apreciar el fracaso rotundo y la represión brutal de un régimen que va en sentido contrario a la historia y al sentido común.

Sería de desear que fuera más nutrido el número de intelectuales de todo el mundo que apoyaran la causa del pueblo cubano. Pero el hecho es que ni siquiera las figuras nacionales más conocidas asumen ese papel. Dentro de Cuba, si se exceptúa al Grupo de los 10 encabezado por la poeta María Elena Cruz Varela en 1990, los escritores y artistas en general han tenido un comportamiento bastante cómplice de discreción o supervivencia, cuando no de cooperación abierta con el régimen. A tal punto que la función del intelectual como conciencia crítica de la sociedad en la práctica la han venido ejerciendo los periodistas independientes o los disidentes y opositores, que son generalmente profesionales con otro perfil, como Marta Beatriz Roque y Vladimiro Roca.

"Las excepciones han sido personalidades como Octavio Paz y Mario Vargas Llosa, por citar sólo dos escritores célebres cuya honestidad intelectual contrasta con la proverbial cortesanía de García Márquez."

Y luego, en el exilio, no todos los escritores son de la casta de Zoé Valdés, una mujer que ha sabido cumplir su rol como intelectual sin doble fondo y ha puesto su nombre y su fama de novelista al servicio de Cuba. Hay incluso quienes viven escondidos bajo el manto del silencio diaspórico como si aún estuvieran bajo la mirada vigilante del CDR. Y peor aún, los hay que añoran "los tiempos heroicos de la revolución" cuando sentían que eran *alguien* de verdad, como el triste caso de Edmundo Desnoe, a quien su vanidad anfibia de escritor barato lo llega a privar del sentido de la autoestima al participar como jurado del Premio Casa en La Habana. Y no se trata de chochera: es su ambivalencia de siempre.

Fue Lenin quien dijo que los intelectuales no son el cerebro sino el excremento de la sociedad. Y aunque de pronto sintamos la tentación de suscribir la frase, no vale la pena ensuciarse con la cita leninista, ni siquiera para calificar la conducta mediocre del escritor antes citado. No sería justo, además, porque iría contra la verdad histórica. Ha sido el sistema sociopolítico que fundara el jefe de los bolcheviques el que envileció a millones de hombres y mujeres en todo el mundo y redujo la dignidad del artista y el escritor a un haz de reflejos condicionados, transformándolos en perros de Pavlov o focas amaestradas. O en el mejor de los casos, en cisnes unánimes que ni por cortesía merecen ser llamados intelectuales.

El CASTRISMO: LA PIEDRA DE TOQUE DE LOS INTELECTUALES

Inger Enkvist

¿Por qué se habla tan poco de Cuba en los medios occidentales de comunicación ? Una razón podría ser que el régimen de Castro se prolonga desde hace medio siglo y ya no es noticia. Sin embargo, cuesta dejar de pensar que el entusiasmo de los primeros años y la idea de Cuba como una utopía de la izquierda no hayan colaborado para convertir el estudio crítico del desarrollo político de la isla en un tabú. Estudiar cuestiones que han supuesto y suponen una decepción es visto como un acto hostil hacia los que mostraron su entusiasmo al comienzo y también como una "ayuda al enemigo". Ni siquiera la caída del muro de Berlín ha suprimido este tabú. En el mundo actual de fácil acceso a la información, no averiguar cómo es Cuba y no informar al público constituye una omisión no neutra entre periodistas e intelectuales si no una co-responsabilidad. ¿Por qué los intelectuales dejan de comportarse como tales en este caso? ¿O quiénes son los intelectuales que no se comportan como intelectuales? ¿Podría este comportamiento tener menos que ver con la situación real de Cuba y más con la situación psicológica y social del propio intelectual?

Quintero Herencia (2003) habla de la euforia de los primeros años durante los cuales los intelectuales europeos peregrinaban a La Habana como los cristianos solían hacerlo a Santiago de Compostela para ver y dar fe del milagro. Los cubanos crearon la revista *Casa de las Américas* que abrió un nuevo espacio a los escritores latinoamericanos. Durante los años sesenta, la revista aglutinó a los grandes escritores del boom, enrolándolos en la lucha revolucionaria. Los cubanos fueron muy activos en hacer valer su hegemonía cultural, declarando una guerra sin cuartel a la revista *Mundo Nuevo* y a su primer director Rodríguez Monegal y más tarde a la revista *Libre*, las dos editadas en París, con el argumento de que sólo desde América Latina y desde un escenario revolucionario se podía hablar de América Latina. Sin embargo, el régimen cubano no siguió desarrollándose como lo habían soñado estos escritores; los diferentes aspectos de la realidad se ideologizaron y militarizaron, y la vida privada quedó reducida a un mínimo. Quintero Herencia resume todo esto

en dos expresiones: "la estatización de lo político" y "la politización de lo estético". Los intelectuales se encontraron ante un dilema y reaccionaron de dos maneras diferentes.

El intelectual occidental en "peregrinaje"

Vivir en países democráticos ha acostumbrado a los intelectuales occidentales a pensar que tienen derechos y que su opinión es importante. No temen tampoco a perder la situación privilegiada de la que gozan, simplemente por no percibir que ésta podría estar amenazada. Desde hace mucho tiempo, los occidentales ya no tienen por qué temer a su policía o a su Estado, y en vez del riesgo de escudriñar dictadores, prefieren criticar a los políticos democráticos, como si no comprendieran plenamente el horror de la opresión. Podría ser más fuerte en ellos la voluntad de pertenecer a los círculos de intelectuales supuestamente progresistas de sus respectivos países, introduciendo un nuevo tipo de conformismo que reemplaza con mayor fuerza a la voluntad de investigar y registrar la verdad.

Estos mecanismos de autocomplacencia o autocensura no sólo aparecen entre admiradores de utopías comunistas. Para explicar por qué se desarrolló la guerra del Vietnam tal como lo hizo, Halberstam (1974) ha llegado a la conclusión de que Washington nunca recibió la información correcta. Diferentes embajadores, mandos militares y supuestos expertos transmitieron la información que pensaban que el Gobierno quería oír, no una evaluación imparcial de la situación. Las minibiografías del libro de Halberstam muestran que también las personas de buena voluntad pueden tener una percepción selectiva que los lleva a equivocarse. El deseo de moverse en círculos próximos al poder constituye un motivo fuerte para evitar convertirse en el mensajero portador de malas noticias. No es necesaria la amenaza de cárcel o de muerte como en el entorno de Stalin sino que es suficiente la vanidad de querer pertenecer a la elite política y social de su país, para gozar de prestigio.

Johnson (1988) ha estudiado a una serie de intelectuales famosos entre los que figuran Rousseau, Marx, Tolstoi, Russell y Sartre para ver si son coherentes y viven de acuerdo a sus enseñanzas. El resultado de Johnson fue descubrir que casi todos los casos se trataba de individuos egocéntricos, desconsiderados hasta con sus esposas e hijos, por no hablar del parasitismo con que habían vivido de otras personas. Personas que, —descubrimiento importante—, no se sentían obligados a vivir de acuerdo a las recomendaciones que impartían

desde sus libros. Johnson nos advierte que poseer un estilo literario eficaz no significa necesariamente haber desarrollado una sabiduría más profunda que la de otras personas.

El investigador húngaro-estadounidense Hollander (1997) se ha interesado por los intelectuales occidentales que han peregrinado a diferentes países comunistas. Su conclusión es que se trata de un tipo de intelectual amargado, hostil a su propia sociedad, a disgusto con la vida moderna, que sueña románticamente con más cohesión social y menos complicaciones. Se trata de una actitud antiintelectual para nada racionalista y de personas que podían viajar porque disponían de los medios económicos y de la libertad para hacerlo. No solían haber estudiado profundamente la sociedad a la que iban y a menudo desconocían su lengua pero al volver, a pesar de esto, se consideraban expertos en el país visitado, capacitados para menospreciar las opiniones de los refugiados que sí conocían a sus países de origen. Además, como aquellos peregrinajes solía llevarse a cabo en grupo, el entusiasmo de los unos se contagiaba a los demás.

Portada de la revista
La Casa de las Américas

Durante la Guerra fría, este modelo de intelectual sostenía, sin pruebas fehacientes, que la Unión Soviética y los Estados Unidos eran moralmente equivalentes. Si por ventura alguien osaba desacreditar algún aspecto de la vida bajo el comunismo, esa opinión debía acompañarse obligatoriamente de una crítica similar hacia la sociedad occidental. Como otra actitud, propia de aquel modelo mental, figuraba el tildar inmediatamente de anticomunista al que se atreviera a criticar a un país comunista. No se averiguaba si la objeción era correcta o no, simplemente se intentaba intimidar al atrevido. Después de la caída del comunismo en Europa oriental y la apertura de diferentes archivos, pudo saberse que la situación socio-económica del mundo comunista fue peor de la que solían mencionar estos "anticomunistas" en casi cualquier aspecto.

Los viejos "compañeros de ruta" querían imponer la idea de que los países comunistas no eran agresivos sino que los agresivos eran los occidentales anticomunistas. Se trataba de intelectuales que daban crédito a las palabras pronunciadas en los discursos oficiales antes que

al testimonio de sus propios ojos, por lo que podían pasar por alto el hecho de los países comunistas eran y son países militarizados, donde para mantener controlada a la población se recurre a la violencia.

De todos los países comunistas, Cuba podría resultar el más atractivo para el viajero por ser una isla en el Caribe, asociada a playas y vacaciones. Además, su guerra revolucionaria no fue muy sangrienta y el país nunca constituyó una amenaza para los europeos o norteamericanos puesto que su intervención político-militar se dirigía hacia países latinoamericanos y africanos. Los intelectuales no suelen reflexionar sobre el hecho de que no existen colectividades grandes que hayan elegido a Cuba para refugiarse, mientras que los Estados Unidos no saben qué hacer para poner coto a los mexicanos y centroamericanos que desean cruzar la frontera como sea. ¿Por qué?

Mitos sobre el régimen castrista

En la actualidad, al recapitular la revolución y los rasgos fundamentales del régimen castrista, la mayoría de los textos coincide en la descripción de los hechos. El periodista y escritor cubano Leante (2004) sostiene que la lucha para restaurar la democracia que unía a toda la oposición a Batista fue "copada" por Castro que procedió a una militarización de la vida social cubana en un escenario donde él mantenía el control de las armas; montó mítines para hacerse aclamar líder y así esquivar las demandas de elecciones democráticas. Su golpe de efecto culminante fue aparecer en televisión, amenazando con alejarse del gobierno, para decir después que no hacían falta elecciones, montando un "golpe de estado por televisión". Castro se desembarazó desde el principio de quienes podían hacerle sombra. En primer lugar, disolvió las organizaciones que habían luchado contra Batista, como el Directorio Estudiantil Revolucionario y el Segundo Frente del Escambray. Así, todo reconocimiento a la oposición al régimen de Batista convergería sobre su propio Movimiento del 26 de Julio. Toleró al Partido Comunista porque necesitaba el apoyo de la URSS. A los pocos meses de su llegada al poder, se deshizo de Huber Matos, comandante en la Sierra, condenándolo a veinte años de prisión. La desaparición de Camilo Cienfuegos, accidental o no, lo libró de otro rival, en tanto que su hermano Raúl, aceptando la autoridad de Fidel, deja de ser un peligro.

Quedaba la figura del Che. Varios comentaristas están de acuerdo en calificar la muerte del Che como la jugada maestra de Fidel Castro, quizá la más hábil. Para llevarla a cabo hasta contó con

la colaboración espontánea e inconsciente de su propia víctima. El periodista y escritor argentino Terán (1993) describe la "maquiavélica" jugada de Castro, diciendo que la imagen del Che no permitía que éste volviera a la isla derrotado. Si el Che vencía, lo cual era improbable, Castro, podría asumir el papel de patrocinador de la aventura. Si el Che fracasaba, Castro tendría un mártir para la revolución. Como tantos otros autores, Terán habla de una disposición suicida por parte del Che y de sus numerosas fallas como líder guerrillero. El primer error fue la elección del país. Bolivia tenía en aquel momento un Gobierno democrático que acababa de hacer una reforma agraria. El presidente hablaba varias lenguas indígenas. Además, el Che no tomó contacto con las ciudades y con los mineros que podrían haber sentido simpatía hacia la guerrilla, tampoco estableció una buena relación con el Partido Comunista Boliviano. De la veintena de hombres que constituían su grupo en Bolivia, sólo había algún que otro boliviano. Ninguno de sus hombres hablaba la lengua local. Entre los cubanos había hombres blancos con barba, un aspecto general que en Bolivia correspondía más bien a los terratenientes. Tampoco estaba bien informado el Che sobre el área en la que iba a establecer la guerrilla, lo que transmite la idea de misión imposible a la que el Che arrastra a sus hombres más fieles. Leante y otros sostienen que no se ha estudiado suficientemente el fanatismo y la improvisación del Che.

"En el mundo actual de fácil acceso a la información, no averiguar cómo es Cuba y no informar al público constituye una omisión no neutra entre periodistas e intelectuales si no una co-responsabilidad."

Debray (1999), un periodista francés y simpatizante arrepentido de la revolución cubana, dice que para los jóvenes entusiastas de la revolución cubana Castro parecía, en los años sesenta, un semidiós en actividad. No es sino mucho más tarde que Debray llegaría a ver que el grupo en que se apoyaba Castro funcionaba como un clan de machos que habían generado un Estado militarizado y que eran muy conscientes del impacto de sus acciones sobre los medios de comunicación. Retrospectivamente, Debray habla de un fetichismo revolucionario y de un culto a la personalidad. Recuerda sobre todo momentos en que Castro quería "jugar a la guerra" y nadie se atrevía a ganarle. Habla de la absoluta identificación entre Castro, la revolución y Cuba.

Castro utiliza un "nosotros" que incluye la prolongación de su personalidad en el país.

Nunca hubo ruptura entre Castro y el Che, según Debray, porque al conocer a Castro, el Che era una persona a la deriva; Castro le dio una misión y lo incluyó en un grupo al que permanecería unido en una suerte de deuda psicológica. La visión de Debray del Che ha sufrido un cambio radical. Ahora su concepción del Che es que se trata de un fanático que ve a la sociedad en términos militares. Para el Che, todo eran brigadas, batallas y contingentes. Por eso, Debray piensa que haber elegido al Che como emblema de la revuelta antiautoritaria de los universitarios franceses del 68 es un malentendido total pues Guevara era autoritario y militarista. Durante la guerra de guerrillas en la Sierra Maestra, dejó su maletín de enfermero para coger un fusil. De ninguna manera fue una persona abierta y permisiva y tampoco un amante de la naturaleza. Fue el responsable de los juicios sumarios después de la victoria rebelde en 1959, criticado por las muchas condenas de muerte. Como ministro de industria instauró un control centralizado. Tomó la iniciativa en la creación de los campos de trabajo en Cuba. En las campañas de África y Bolivia, sus compañeros le temían por su falta de flexibilidad y sensibilidad. Su testamento destila resentimiento político. Debray advierte a propósito de confundir el odio a sí mismo que suele darse en algunos hijos de buena familia, con el amor al pobre.

"Cuba es un país militarizado y policial con una burocracia que está presente en todos los aspectos de la vida ciudadana. Además, la revolución cubana es y ha sido absolutamente antiintelectual."

También Montaner (1984), escritor y periodista cubano como Leante, intenta desbaratar una serie de mitos sobre la Cuba de Castro. Batista no fue un enemigo formidable; era ignorante, vulgar, codicioso, poco valiente; más que ser vencido, su ejército se desplomó. Por eso, es un mito que los guerrilleros derrotaron a un ejército muy superior. Apenas hubo resistencia frente a una guerrilla mal entrenada. Otro mito similar sostiene que Castro era un buen estratega. Montaner subraya que las aventuras de Moncada y del Granma le salieron mal como el apoyo a las diferentes guerrillas.

Y otro mito quizá sea también el socialismo de Cuba. Montaner concluye que en Cuba no gobierna un partido sino un líder salido de

una victoria militar y que Castro manda en Cuba como si fuera su "finquita" al más tradicional estilo latinoamericano. Mientras dura el apoyo de la Unión Soviética, escribe Montaner en 1984, Cuba es una potencia militar, involucrada en un aventurerismo militar que amenazaría a varios países vecinos y a otros en el continente africano.

Ilustración: Maciñeiras

La revolución cubana no se hizo en nombre de la independencia pero ésta ha llegado a ser la justificación posterior para desviar la atención del hecho de que los cubanos no puedan decidir su destino. Sin embargo, en 1984 Cuba era tan o más dependiente que antes, pero sus amos habían cambiado; los nuevos eran burócratas y técnicos de los países de Europa oriental. Castro no apoya la independencia de los países pequeños, lo ha mostrado aprobando la invasión soviética a Checoslovaquia e intentando influir en el desarrollo de varios países latinoamericanos.

Una parte de la juventud occidental en busca de valores no burocráticos ni materialistas ha elegido a Cuba y al Che como símbolos, pero se trata de un malentendido, subraya Montaner como Leante. Cuba es un país militarizado y policial con una burocracia que está presente en todos los aspectos de la vida ciudadana. Además, la revolución cubana es y ha sido absolutamente antiintelectual. Ha tenido que exiliarse casi toda la "intelligentsia", como cuando Franco se instaló en el poder en España. ¿No advierten eso los intelectuales extranjeros?

¿Cómo puede ser calificado de "utopía" un país donde alrededor del 10 por ciento de la población, un millón de personas, ha votado

con los pies? También de las familias de los líderes se han exiliado varios miembros. A los cubanos que se fueron y ahora regresan como turistas les ha ido mejor que a los que se quedaron en la isla. Tampoco atrae Cuba a refugiados de otros países. Es muy conocido que los chilenos que se radicaron allá en 1973 se dieron cuenta muy pronto de su equivocación. El suicidio de la hija de Allende hizo que Castro los dejara irse.

Buscando utopías, ¿por qué no se habla más bien de Costa Rica, país que licenció a su ejército y ha tenido una evolución democrática? Si ciertas islas sin muchos recursos naturales han prosperado como Taiwán, ¿por qué retrocede precisamente Cuba? Durante treinta años recibió una enorme ayuda soviética que debía haber compensado con creces el efecto del embargo norteamericano. En 1959, Cuba era el tercer país latinoamericano en desarrollo económico, a la par con Italia en Europa, y en 2006 está entre los países latinoamericanos más pobres.

¿Y por qué no se habla en el extranjero de lo que Montaner llama el "encogimiento vital" del cubano? No puede viajar, ni elegir libremente su profesión, o comprarse los libros que quiera, o mudarse sin permiso ni reunirse con cualquier persona. Si lo hace, deja de ser considerado "integrado", y puede perder hasta la libreta de racionamiento. Se habla mucho en Occidente de los derechos humanos, pero ¿por qué no son más fuertes las protestas contra la falta de derechos humanos en Cuba, cuando la situación allí presenta las mismas características que los intelectuales suelen denunciar en otros países? ¿Es posible que los intelectuales no sean coherentes al tomar posición?

Hiperideologización y teatralización

Quintero Herencia estudia la relación entre los intelectuales, los artistas y el poder revolucionario en La Habana. Enfatiza dos tendencias simultáneas: por un lado se procede a una hiperideologización y militarización de la voz intelectual y, por otro lado, a una teatralización de la vida pública. Ya desde antes de 1959, Castro y el Che muestran que entienden la importancia de los medios de comunicación porque es notable la enorme cantidad de fotos, textos y grabaciones que existen de la revolución cubana. Se podría hablar de una visualidad en el tiempo y el espacio que se puede interpretar como honestidad, en el sentido de no tener nada que ocultar, pero también como una banalización de la actividad revolucionaria. Quintero Herencia habla de la "epifanía" de Castro ante las cámaras.

Castro es un gran comunicador, constata Quintero Herencia. Con su uniforme militar y su barba remite constantemente al año 1959, cuando era él era admirado y aclamado. Los mítines desempeñan la función de justificar el mantenimiento de Castro en el poder sin elecciones, y se suelen organizar en las viejas plazas, lo cual subraya la continuidad histórica, dando a entender que la revolución cubana es un movimiento nacional de liberación. Los retratos gigantescos de Martí cumplen la misma función. Los mítines les recuerdan una y otra vez a los cubanos quién es el que manda. Se trata de una escenografía en toda regla que se puede resumir como teatralización y como comunicación no verbal sumamente eficaz. El mismo efecto de teatralización se produce cuando la vida intelectual se reduce a mesas redondas, tomas de posición y manifiestos, es decir, cuando la vida intelectual deja de basarse en la reflexión y la escritura para desplegarse en actos públicos de carácter político. Se habla de diálogo pero el guión está fijado de antemano.

"La relación entre los intelectuales y el poder revolucionario. Enfatiza dos tendencias: por un lado se procede a una hiperideologización y militarización de la voz intelectual y, por otro lado, a una teatralización de la vida pública."

Es teatral también el uso de la iconografía y la mitología cristianas. Como el Antiguo Testamento anuncia la llegada de Jesús, la persona de Martí se utiliza como el anuncio de la llegada del nuevo "Salvador". Hasta podría sugerir cierta "sucesión apostólica". La autoridad del régimen revolucionario está basada en la palabra del líder, algo que igualmente alude a una religión revelada. En el "sermón" de Castro, la palabra más potente es "revolución", un término cargado de esperanzas de una vida futura mejor. En cuanto a la iconografía del Che, todos los comentaristas subrayan lo bíblico. El Che en la foto de Korda parece un profeta, mirando hacia un futuro lleno de esplendor, un más allá. El dolor y la hazaña como ideal "toma cuerpo" en el Che, el mártir. Las circunstancias de su muerte en Bolivia, su edad, la ausencia de su familia en las fotos, todo ello crea la imagen del solitario enviado que se sacrifica por sus prójimos. El Che muerto se parece al Cristo yaciente. Cuba aparece como el espacio-tiempo del futuro latinoamericano que se caracterizará por el "hombre nuevo" al que el Che quiso crear a imagen y semejanza suyas. Una iconografía con fuerte eco cristiano.

La constitución de un campo intelectual latinoamericano

Para entender lo que sucedió en el mundo intelectual latinoamericano en los sesenta, son útiles los estudios que acabamos de mencionar. Halberstam nos recuerda la tentación que puede sentir el intelectual de saberse incluido entre los "mejores"; Johnson que no siempre son modelos éticos los que saben escribir; y Debray que no todos los que apoyaron a Castro al comienzo han admitido públicamente su equivocación.

Los sesenta fue la época en la que los intelectuales latinoamericanos llegaron a organizarse como grupo de manera más eficaz que nunca, y curiosamente sucedió por dos vías diferentes pero simultáneas. Muchos escritores se conocieron personalmente en Europa, y sobre todo en París, aunque también Barcelona fue centro de intensa actividad cultural latinoamericana. En particular, la editorial Seix Barral tuvo una importancia de primer rango para los escritores latinoamericanos, y el famoso boom fue en gran parte la obra de un hombre particular, Carlos Barral, poeta y editor. Quizá por tener una madre argentina, Barral pudo ver la literatura escrita en español como una unidad y, para dar ímpetu a una editorial heredada que andaba alicaída, introdujo una línea de literatura latinoamericana, creó un premio, organizó jurados y puso en marcha una serie de encuentros de escritores. Con Barral, a los autores latinoamericanos se les abrió una posibilidad de ser publicados y llegar a los lectores, de obtener algo de dinero y de encontrarse con otros colegas. El primero en obtener el famoso premio Biblioteca Breve fue Vargas Llosa en 1962 con la novela *La ciudad y los perros*.

Paralelamente, durante los primeros años después de 1959, también Cuba ejerció una fuerte atracción sobre los intelectuales, y la dirección de la revista y editorial *Casa de las Américas* luchaba por hacer de la isla el centro de referencia intelectual en América Latina. Para un intelectual latinoamericano, publicar en la revista, recibir un premio, formar parte de un jurado, equivalía a una oportunidad de alcanzar renombre. El sello de aprobación de La Habana le abría las puertas a las revistas del continente. Casi todas las publicaciones importantes compartían sus materiales con *Casa de las Américas*. El campo de los escritores y el de los intelectuales conocidos prácticamente llegan a ser uno solo y, por eso, discrepar de la línea o ideología compartida conllevaba un alto precio que pocos estaban dispuestos a pagar.

Durante los años sesenta, el apoyo entusiasta de los escritores creó una imagen muy favorable de la revolución cubana no sólo en

América Latina sino también, por ejemplo, en Europa. Los escritores del boom, publicados y premiados en Cuba, apoyaron una y otra vez a la revolución a través de sus declaraciones a la prensa. Estudiando los años sesenta en Latinoamérica, Gilman (2003) subraya que los intelectuales mayoritariamente solían aceptar la violencia como instrumento político, como también la politización de la cultura. Querían constituir una vanguardia, tanto en el sentido cultural como político y militar. El gran debate entre los intelectuales de los sesenta en América Latina giró alrededor del papel del intelectual en la transformación política del continente. Las posiciones se pueden resumir de la manera siguiente:

Fidel Castro con Gabriel García Márquez

1. Los intelectuales deben apoyar a la revolución y ésta es su justificación principal. La cultura sólo es un medio.
2. Los intelectuales constituyen una vanguardia tanto política como cultural. Los propios intelectuales son quienes mejor saben cómo desarrollar su trabajo artístico y no deben aceptar ninguna censura política.
3. La creación intelectual o artística es una actividad que se realiza fuera del ámbito político y no debe estar sometida al control político.

La línea de Castro y por consiguiente de Cuba se fija, cuando Castro sostiene que dentro de la revolución se permite todo y fuera de ella, o contra ella, nada. En otras palabras, los intelectuales deben someterse a las consignas políticas. Todo ello generaría una tensión entre los dirigentes cubanos y los intelectuales. Los cubanos empezaron a tildar de "cosmopolitas" a los escritores que salían mucho en la prensa de los países no socialistas. Montaron campañas hasta contra escritores amigos que viajaban por ejemplo a los Estados Unidos,

como Fuentes y Neruda. En otras palabras, cuando los escritores empezaron a actuar de manera independiente, utilizando la plataforma que el éxito de sus obras les había conferido, los cubanos reaccionaron intentando cortarles las alas. El ambiente en Cuba cambió; fue extendiéndose una atmósfera antiintelectual fuertemente politizada; cada vez se glorificaba más el trabajo manual y se estimaba menos la erudición, la investigación y el trabajo artístico independiente. La crisis se profundiza cuando Castro acepta la invasión soviética a Checoslovaquia en 1968, y con el caso Padilla en 1971. Las autoinculpaciones abyectas de Padilla llevaron a que un grupo nutrido de intelectuales latinoamericanos y europeos escribiera primero una carta abierta a Castro y después otra. Empezaron diciendo que habían apoyado a la revolución desde el comienzo pero que no podían creer que Castro estuviera dispuesto a permitir que hubiera presos políticos en Cuba. Castro se enfureció y decidió atajar definitivamente la libertad que había concedido al comienzo a los intelectuales. Algunos intelectuales aceptaron someterse al dictado cubano, entre ellos Benedetti, Galeano, Cortázar y García Márquez. Entre quienes dejaron de apoyar a Castro, se destaca Vargas Llosa.

Los intelectuales y la verdad

Dado que los países occidentales son cristianos o postcristianos, está muy arraigada la costumbre moral de escudriñar los actos y la propia conciencia, buscando y confesando las propias culpas, al tiempo que se considera noble perdonar las ajenas. En política, esto se suele traducir por una simpatía hacia el otro, sobre todo si el otro se ve como menos educado, menos fuerte o con menos recursos. En el caso de Cuba, algunos intelectuales enfocaron su atención no a los actos de Castro sino a su conflicto con los Estados Unidos. Hablan de las dos "partes" como si fueran iguales y como si el conflicto con Estados Unidos fuera el meollo del problema. El comentarista gusta de presentarse como neutro, hasta como defensor del lado "débil". Sin embargo, si uno de los regímenes oprime a su población y el otro no, no son iguales, y tratarlos como iguales es manipular al público.

Occidente ha llegado a su posición de primera línea entre los países del mundo por promover la racionalidad, el espíritu científico y el respeto a la verdad. En la vida pública, esto se muestra investigando las cuestiones antes de tomar una decisión y discutiendo públicamente los argumentos a favor y en contra de cualquier decisión. La ocultación de un dato y la mentira ponen en peligro la racionalidad.

Cuando el tabú entra en una discusión, con la "prohibición" de mencionar ciertos datos, es imposible que no resulte tergiversado el resultado. Si se introducen medias verdades en el mundo del conocimiento, estamos frente a una forma de corrupción.

En el caso de la política actual, es llamativo que por ejemplo en los Estados Unidos, una mentira puede costarle el puesto a un presidente, mientras que las mentiras de Castro son continuas sin que pase nada. Entre las técnicas utilizadas por Castro se encuentra la repetición y, como en la publicidad del mercado, si algo inexacto o sólo parcialmente verdadero se repite muchas veces, puede convertirse con el tiempo en una "verdad" aceptada. Los periodistas occidentales no suelen analizar las declaraciones de Castro sino limitarse a ser "objetivos", reproduciéndolas sin comentarios críticos. No se mide a todos con el mismo rasero.

"Estudiando los años sesenta en Latinoamérica, Gilman (2003) subraya que los intelectuales mayoritariamente solían aceptar la violencia como instrumento político, como también la politización de la cultura."

Sin embargo, la desinformación más peligrosa en Occidente quizá no lo constituyan en primer lugar las falsedades sino la masa de información irrelevante a partir de la cual debe comprenderse la realidad.

Los intelectuales que no son cubanos, nunca han estado amenazados por Castro y es obvio que, al comienzo, muchos lo vieron, como también al Che, como "suyos", un poco como la llegada al poder de la clase intelectual. Sin embargo, ahora sabemos por los kmeres rojos y Sendero Luminoso, que una formación universitaria no impide ejercer un mando totalitario. También comprendemos que una exitosa especialización científica o artística no conlleva automáticamente profundidad o perspicacia política. Muchos investigadores y artistas, conocidos por su inconformismo en su propio medio, son proclives a admirar el inconformismo ajeno sin documentarse siempre suficientemente antes evaluar una situación política. Tampoco suelen preguntarse si hubieran podido llevar a cabo su propio trabajo en la dictadura que elogian.

Llega a convertirse en problema de Occidente el que se venga gestando un ambiente tan poco racional, que investigar y pensar ahora es casi considerado elitista y, además, poco "simpático". Lo simpático es,

parece, lo creativo, joven, informal y sentimental. Una reacción emocional se "respeta" como "buena" pero una conclusión basada en un estudio pormenorizado se juzga "fría". Señalar una diferencia entre lo que un gobernante dice y hace, se considera una falta de confianza, si las declaraciones en cuestión incluyen palabras como "diálogo", "paz" y "solidaridad".

Por todo esto, Cuba se ha transformado en piedra de toque para los intelectuales desde los años sesenta y hasta nuestros días. Si un intelectual no examina objetivamente una situación ni se cambia su visión del mundo de acuerdo a cuanto vaya investigando, le faltará coherencia, en cuyo caso ¿cuál sería su función social? Si el intelectual prefiere el "calor" del grupo de sus correligionarios a la búsqueda de la verdad, ¿para qué sirve? Si realmente cree que la verdad no existe o no importa, debería abandonar en primer lugar la prensa y la universidad, lugares donde, además, debería sentirse seguramente muy incómodo, ¿o no? Por todo eso, el tema de Cuba ilustra con claridad la traición de una parte de la clerecía intelectual occidental.

Debray, Régis. *Alabados sean nuestros señores. Una educación política.* Barcelona: Plaza & Janés, 1999. Traducción.

Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

Halberstam, David. *The Best and the Brightest.* Londres: Pan books, [1972] 1973.

Hollander, Paul. *Political Pilgrims. Western intellectuals in search of the Good Society.* New Brunswick: Transaction, 1997. 4 ed.

Johnson, Paul. *Intellectuals.* Londres: Weidenfeld-Nicholson, 1988.

Leante, César. *Fidel Castro. La tiranía interminable*. Madrid: Pliegos, 2004.

Montaner, Carlos Alberto. *Fidel Castro y la revolución cubana.* Barcelona: Plaza & Janés, 1984.

Quintero Herencia, Juan Carlos. *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución Cubana (1960-1971).* Rosario: Beatriz Viterbo, 2002.

Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires: El cielo por asalto [1991] 1993. 3 ed.

EL SILENCIO DE LOS CARNEROS

Roberto Luque Escalona

De las relaciones entre los intelectuales y la Revolución Cubana se trata en estas páginas. Debo aclarar, ante todo, que utilizaré la palabra "intelectual" como sinónimo de "escritor". No se trata de una manifestación de exclusivismo gremial, sino de mi convencimiento de que la literatura, en sus diversos géneros, es la manifestación del intelecto que mayor influencia política ejerce, la que posee mayores posibilidades de llegar a la mente de las personas y la de mayor importancia en la cultura cubana. Sólo el cine y la televisión pueden competir con la literatura en cuanto a capacidad de comunicación, y quizás superarla, pero ambas son de reciente creación; además, implican una inversión inicial de capital y el uso de medios técnicos, lo que facilita su control por el Estado totalitario.

El *ballet* y otras manifestaciones danzarias son poco menos que inocuas desde el punto de vista político; por eso han tenido tanto desarrollo en la difunta Unión Soviética y Cuba. Algunos pintores y escultores, como los deportistas profesionales, ganan más dinero del que merecen, pero esa bonanza económica no aumenta la influencia de su arte. En cuanto a la música, es casi tan manipulable como el cine y la televisión.

Son los escritores los que con mayor eficacia reflejan el devenir social, los que mayores oportunidades tienen de crear una conciencia crítica en los demás. Son, por ello, los de mayor peligrosidad potencial para una tiranía. He dicho *potencial*, ya que para criticar a un tirano hace falta algo más que talento cuando se vive bajo su gobierno. Por otra parte, que tengan la oportunidad de crear conciencia no quiere decir que lo hagan o que estén obligados a hacerlo. Como todos, los escritores tienen derecho a la indiferencia, que no es, necesariamente complicidad. Julián del Casal fue un indiferente; Roberto Fernández Retamar es un cómplice.

Hablaré, pues, de los escritores. Es inevitable referirse a otro tipo de creadores, pero serán casos aislados.

En la segunda década del siglo XIX, el frenesí independentista estaba en su apogeo. Guerras, revueltas y conspiraciones se sucedían en la América hispana. No así en Cuba. Los cubanos no pasamos de la

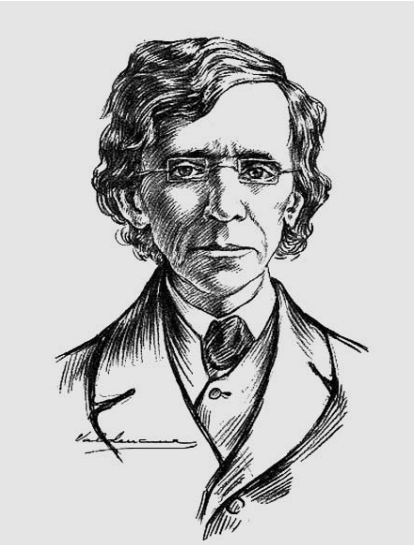
conspiración, lo que resultó, a la larga, una manifestación de sentido común. Entre los primeros conspiradores, uno de los más destacados fue el poeta José María de Heredia, que formó parte de la sociedad secreta conocida como Soles y Rayos de Bolívar. Casi adolescente en su época de conspirador, Heredia, ya cerca de la madurez y más cerca aún de la muerte por tuberculosis, renegó de sus ideas independentistas; en realidad, lo que sucedía en México, donde vivía, y en el resto de los países hispanoamericanos era como para volverse renegado. Mucho y mal se ha hablado y escrito sobre el general Miguel Tacón, entonces gobernador de Cuba, pero lo cierto es que, si se le compara con el también general Antonio López de Santa Anna, cinco veces presidente de México durante los años mexicanos de Heredia, don Miguel era al menos aceptable. Heredia murió antes de cumplir los 40, y ha sido criticado y defendido. De todos modos, fue nuestro primer escritor rebelde. Su *Himno del Desterrado* mantiene, por desgracia, actualidad.

"Como todos, los escritores tienen derecho a la indiferencia, que no es, necesariamente complicidad. Julián del Casal fue un indiferente; Roberto Fernández Retamar es un cómplice."

El segundo fue el padre Félix Varela, cuya inclinación por la política, la enseñanza y el sacerdocio eran más fuertes que la que sentía por la literatura. En la política estaba, exactamente en las Cortes de Madrid, cuando, en su condición de diputado, votó a favor de la destitución del rey Fernando VII. Al recuperar el poder aquel áspero rey, el padre Varela debió huir a los Estados Unidos, convirtiéndose en el primer cubano exiliado en esta tierra. Varela se estableció en New York, en una diócesis poblada por irlandeses que llegaron a considerarlo una especie de santo. Como Heredia, abandonó el independentismo, pero su desilusión no fue con la idea, sino con la poca aceptación que ésta tuvo entre los cubanos de la época. Antes que la indiferencia lo llevara al hastío publicó magníficos ensayos en su diario *El Habanero.*

Gabriel de la Concepción Valdez, llamado *Plácido*, no fue separatista, no se interesó nunca por la política, pero fue el primero al que le tocó morir a causa de ella. La matanza de esclavos conocida por el estrambótico nombre de Conspiración de la Escalera se extendió a negros y mulatos libres, algo natural, pues no le habían costado un centavo a nadie, mientras que cada esclavo muerto le golpeaba el bolsillo a su amo. Al plácido bardo, cuya vida y muerte no fueron nada plácidas,

le tocó morir en el escarmiento. En su postrer poema, *Plegaria a Dios*, leído por él mientras marchaba hacia el patíbulo, se declaró inocente. Seguramente lo fue. De todos modos, este escasamente instruido y abundantemente dotado poeta fue el primer escritor cubano víctima de los conflictos sociales, el primer escritor mártir. A mis compatriotas les gusta mucho esa palabra. A mi no.



Padre Félix Varela

Juan Francisco Manzano, un esclavo cuya libertad compró el grupo de intelectuales que aglutinaba Domingo del Monte, escribió poemas y una autobiografía en la que narra su vida bajo la esclavitud. Lamentablemente, su talento no estaba a la altura del de *Plácido.* La entonces famosa Gertrudis Gómez de Avellaneda y el poco conocido Anselmo Suárez y Romero también trataron el tema esclavista en sendas novelas, *Sab* y *El negro Francisco,* ambas de poco valor. La literatura cubana anti-esclavista no produjo nada parecido a *La cabaña del tío Tom*, cuyo protagonista es hoy menospreciado por los negros americanos, pero siempre será amado por mí. Por lo demás, ninguno de los tres sufrió nunca persecución ni exilio, ni fueron independentistas.

Cirilo Villaverde, fue, de lejos, el mejor novelista cubano del siglo XIX. Su Cecilia Valdez es, aun hoy, el personaje literario de mayor celebridad entre los cubanos. Villaverde no fue independentista ni indiferente: fue anexionista, tendencia política que dominó el separatismo de los cubanos hasta la derrota del Sur en la Guerra Civil Americana. El anexionismo tuvo de todo: héroes, mártires, conspiradores, obreros, teóricos, escritores. De éstos, Villaverde fue el de mayor renombre y calidad, aunque Juan Cristóbal Nápoles Fajardo, el recordado *Cucalambé*, también fue anexionista, así como otro poeta, Miguel Teurbe Tolón, cuyos versos se tragó el olvido, pero que se instaló de manera permanente en la memoria colectiva al diseñar nuestra bandera nacional, "la extraña bandera cubana" de que hablaba el célebre escritor americano Henry Miller. No era extraña; era original. Hasta que el poeta matancero la dibujó, en ninguna bandera aparecía el triángulo, diseño por cierto muy imitado en el siglo siguiente.

La Guerra de los Diez años tuvo también sus escritores, dos de ellos de obligada mención. El ensayista Manuel Sanguily, coronel, y el poeta Juan Clemente Zenea, fusilado por los españoles. A Zenea, muerto en lo que luego se llamó "el paredón", cuyo mejor poema lleva el premonitorio nombre de *Fidelia*, se le ha acusado de traicionar la causa independentista. No sé cómo pudo haberla traicionado, pues fue capturado en misión de guerra, acusado de traición a España y ejecutado.

En la Guerra del 95, a despecho de la presencia de generales hechos y fogueados en la guerra anterior, la máxima figura fue un escritor, tan mencionado, historiado, citado, llevado y traído, en fin, tan famoso, que no creo necesario extenderme sobre su desempeño intelectual y político. Sólo quiero señalar que el renombre literario de Martí es muy anterior a su actuación política, y que un país donde tanto se ignoró a los escritores antes de 1959, donde tanto se les ha hostigado, vilipendiado y, por último, envilecido después de ese año aciago, tiene como máxima figura histórica a un escritor muerto en combate.

Bonifacio Byne, otro poeta matancero como Teurbe Tolón, ha alcanzado una especie de inmortalidad por los muy recitados versos en los que expresa su disgusto por la presencia en Cuba de la bandera americana. Mucho patriotismo, pero poca poesía.

El primer conflicto de gran envergadura de la era republicana, que de baja intensidad hubo varios, fue la revuelta contra el gobierno de Gerardo Machado. Antes, durante la presidencia de Zayas, tuvo gran resonancia la llamada *Protesta de los Trece*, en la que participaron los más renombrados escritores cubanos de entonces. Dos de ellos, el poeta menor Rubén Martínez Villena, del Partido Comunista, y el ensayista mayor Jorge Mañach, de la organización derechista ABC, tuvieron luego destacada participación en la lucha contra Machado, pero el más talentoso de los Trece, el novelista Alejo Carpentier, quedó curado para siempre de toda inclinación al riesgo después de una breve temporada en la cárcel. También debe mencionarse a Juan Marinello, comunista como Martínez Villena, ensayista como Mañach, hombre cuya lentitud de pensamiento recordaba el lugar donde nació, un pueblo de Las Villas llamado Jicotea.

De esa época es también Pablo de la Torriente Brau, muerto en combate durante la Guerra Civil Española; por supuesto, en el bando republicano; Raúl Roa, ensayista, escribía de manera abominable, en mi opinión, pero algunos gustan de su esperpéntico estilo. El poeta comunista Nicolás Guillén, muy superior a Martínez Villena y que ya había dado sus primeros pasos por el camino de la fama, se mantuvo tranquilo

y sosegado durante la dictadura de Machado, pero luego estuvo también en España, aunque lejos de las balas que mataron a Torriente Brau; lejos de todas las balas.

Lo que he tratado de ilustrar es que en Cuba no hubo un solo movimiento político de importancia anterior a eso que se conoce como la Revolución Cubana en que no participaran escritores más o menos renombrados.

"En Cuba no hubo un solo movimiento político de importancia anterior a eso que se conoce como la Revolución Cubana en que no participaran escritores más o menos renombrados."

Algo sucede a partir de entonces. No puedo determinar en que consiste, pero el hecho es que la lucha contra la dictadura de Batista se desarrolló sin el concurso de los hombres de letras o de los dedicados a cualquier otra actividad creativa. Carlos Franqui tuvo una participación destacada en la revolución, pero por entonces no se le consideraba un escritor, y de hecho no lo era, pues no había publicado nada. A Humberto Solás, que luego ganaría muchos admiradores como director de cine (entre los cuales no me cuento) y que colaboró con los combatientes de la clandestinidad, tampoco se le podía considerar un creador en aquellos tiempos. Lo mismo puede decirse de Nicki Silverio, que era entonces un nadador famoso, no un intelectual. Santiago Armada, *Chago*, ya dibujaba cuando se alzó en la Sierra Maestra, pero no era aún lo que algunos dicen que llegó a ser, un genio del dibujo humorístico. Reynaldo Arenas estuvo alzado en las alturas de Gibara poco antes de caer Batista... cuando era un adolescente de quince años y ni siquiera pensaba en ser escritor. Entre los que ya eran conocidos y reconocidos, uno, solamente uno participó: el escultor Roberto Estopiñán.

¿Qué sucedió con los intelectuales cubanos, especialmente con nuestros escritores? En el periodo que transcurre entre la dictadura de Machado y la de Batista parecen haber estado preparándose para la abstención. Carpentier decidió no volver a visitar jamás una cárcel, mantuvo firmemente su decisión, y pasó casi todos esos años entre Francia y Venezuela, en ese último país como funcionario de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. El hermético poeta José Lezama Lima, que en tiempos de Machado participó en la manifestación en la que mataron a Rafael Trejo, se construyó un mundo aparte, una "torre de marfil", de la que salieron algunos de sus seguidores y epígonos (Cintio Vitier, Eliseo

Diego y sus esposas, las finas y bellas hermanas García Marruz) para convertirse en incondicionales de Fidel Castro después que éste tomó el poder. La poetisa Dulce María Loynaz también construyó la suya y en ella permaneció hasta su muerte de nonagenaria. El dramaturgo Virgilio Piñera se marchó a Buenos Aires. El novelista Enrique Serpa se dedicó a la diplomacia. Lidia Cabrera, la blanca que le dio voz a los negros, José Ángel Buesa, el tan leído y recitado poeta, Carilda Oliver Labra, la erótica, sonora y matancera poetisa, y Lino Novas Calvo, Carlos Montenegro y Enrique Labrador Ruiz, junto con Carpentier, los mejores narradores de la primera mitad del siglo, no sé qué hicieron. Nicolás Guillén se dedicó a lo de siempre: escribir bien, vivir mejor y seguir la línea del Partido Comunista, que hasta mediados de 1958 se oponía a la insurrección contra Batista; dicen que "donde fuego hubo, cenizas quedan", y los comunistas cubanos habían amado intensamente al sargento devenido en Presidente.

La sociedad cubana había desarrollado un sólido desinterés por la literatura, que luego heredaría la comunidad cubana de Miami. Muchos hablan despectivamente de Buesa. Yo no, que hacerse leer por los cubanos no es poca cosa. Por su parte, nuestros escritores parecen haberse puesto de acuerdo para corresponder a la indiferencia con la indiferencia. Mala decisión: cuando alguien se permite lujos que no están a su alcance, siempre se produce la quiebra.

En suma, que a partir del 12 de diciembre de 1936, cuando Pablo de la Torriente Brau fue muerto en un lugar cerca de Madrid llamado Majadahonda, fue como si los intelectuales cubanos decidieran de manera unánime que la vida es demasiado bella para ponerla en peligro. Tal decisión parece sensata, pero la sensatez se anula cuando a los que han decidido no asumir riesgos les da por admirar sin medida a quienes los asumen.

Entre las armas y las letras siempre ha habido conflictos y desavenencias, originadas generalmente por los hombres de armas, cuya actitud hacia los intelectuales suele moverse entre la arrogancia despectiva y la solapada envidia. En cambio, los hombres de letras sufren a menudo de una especie de fascinación por los guerreros, que a menudo no son otra cosa que palurdos bien dotados para ejercer la violencia.

"Si mi pluma valiese tu pistola / de capitán, contento moriría", escribió nada menos que Antonio Machado. A Enrique Líster, el capitán dueño de la invaluable pistola, se le recordará, si se le recuerda, por estos versos enloquecidos. Cuando los escribió, el bueno de don Antonio, el gran Machado, no pensó en Lepanto, batalla célebre tanto por su

Ilustración: Maciñeiras

magnitud como por la cantidad de capitanes renombrados que en ella participaron. Muchos guerreros amados por la fama y portadores de linajes impresionantes participaron en aquella batalla, pero el hombre más famoso que en ella combatió fue un soldado de bolsillos vacíos llamado Miguel de Cervantes, y a don Juan, el victorioso príncipe, jefe de la flota cristiana que apabulló a los musulmanes, es necesario adicionarle el "de Austria", pues don Juan a secas es el otro, el infatigable seductor creado por Tirso de Molina y recreado y rebautizado por José Zorrilla. A largo plazo, siempre vencen las letras, y mala cosa es la admiración desmedida por personas cuya habilidad mayor consiste en mandar prójimos al otro mundo.

A largo plazo, dije. Sucede que a corto y a mediano, las letras, los hombres que las representan, son atacados por una viral (que no viril) admiración por los hombres de armas y las acciones que éstos encabezan. Este Mal de Alzheimer espiritual es propio sobre todo del siglo XX, en el que han tenido lugar tres grandes epidemias.

La primera fue provocada por la revolución *bolchevique*. A pesar de su figura rechoncha y de su rostro vagamente satánico, Lenin se convirtió en sujeto de altar. De Rusia llegaban noticias aterradoras y tan absolutamente ciertas como la del aniquilamiento de la familia imperial; algunos de aquellos Románov eran sólo adolescentes, pero los barones del intelecto no estaban para príncipes rusos. Se suicidó Maiakowsky, luego Esenin, Bunin emigró, Pasternak dejó de escribir poesía y se

dedicó a traducir a Shakespeare, Chagall se negó a regresar, Kandinky escapó, Ragmánivov y Stravinsky se fueron con su música a otra parte, y sólo se oía hablar de muerte, muerte y muerte. Por otra parte, Lenin era un hombre taimado y, al mismo tiempo, amante de la desfachatez; hubiese bastado con escuchar sus palabras. Pero, como diría luego Néstor Almendros, nadie escuchaba. Murió Lenin y, bajo Stalin, continuó la sordera, uno de cuyos más notorios practicantes fue el reverenciado poeta Pablo Neruda.

La segunda orgía sentimental tuvo como objeto de amor la República Española. La República murió, murió joven, y sus amantes casi enloquecen de furia y frustración. Su temprana muerte, que fatigó los lagrimales de los habitantes del mundo intelectual, aún le permite a algunos suponer que, de alcanzar la madurez, hubiese sido buena, algo que a mi me parece dudoso, dada la fuerte vocación por el asesinato que mostraron muchos de sus personajes, incluido Líster, el capitán a cuya pistola daba tanto valor Antonio Machado. Me pregunto cuántos "tiros de gracia" habrán salido del cañón de esa pistola tan alabada.

Veinte años después de morir la llorada República surge la Revolución Cubana, el proceso político más minuciosamente destructivo de los tiempos modernos. Sin embargo, en su momento, fue la novia ideal de millones, entre ellos una legión de escritores e intelectuales de todo tipo.

Los barbudos de la Sierra Maestra, imagen pública (y falseada) de la Revolución Cubana, eran pintorescos, folclóricos; no tanto como sus colegas mexicanos Villa, Zapata y compañía, pero no estaban mal. Sus jefes eran fotogénicos, y aunque no faltaban rostros patibularios que la vida pudo habernos ahorrado, como los de Raúl Castro, Efigenio Ameijeiras y Ramiro Valdez, formaban un conjunto agradable. Y, una vez más, surgió el amor. Fue el tercer gran idilio político-literario, y todo parece indicar que será el último. Amén.

La defensa de la Revolución Cubana copia los esquemas expuestos por Simone de Beauvoir en su novela *Los mandarines*: criticar a la revolución rusa era hacerle el juego al imperialismo y lo malo que se dijera de ella era, con toda seguridad, mentira o, en el mejor de los casos, exageración. La propia Beauvoir y su feo y famoso marido estuvieron entre los reincidentes. Los desplantes e intemperancias de que los hizo víctimas Fidel Castro y la feroz represión que ejercía contra sus opositores no afectaron el tozudo entusiasmo del matrimonio Sartre. Nunca hubo tanto crimen en Cuba ni tanta solidaridad con los criminales por parte de la intelectualidad internacional. No hay nada que hacer: cuando

alguien necesita un varón fuerte a quien amar y disculpar, los razonamientos huelgan.

Si el efecto entre los de afuera, entre los que sólo eran visitantes y no estaban expuestos a la represión, fue de tal magnitud, cualquier sorpresa ante el sólido servilismo de la intelectualidad cubana carece de fundamento.

Teniendo en cuenta la débil religiosidad de la mayoría de los cubanos y lo poco extendida que estaba en Cuba la lectura de la *Biblia*, resulta sorprendente el arraigo que tiene entre nosotros la idea mesiánica. Sólo necesitábamos gobernantes hábiles y honestos, pero reclamábamos un Mesías, y cuando apareció Fidel Castro, la mayoría vio no la realidad, sino lo que quería ver. Los intelectuales, generalmente ignorantes y estúpidos cuando se trata de política, fueron tan ciegos como cabía esperar. Los que estaban en Cuba aplaudieron embelesados, los que vivían en el extranjero regresaron presurosos, y todos se pusieron a escribir, a componer, a pintar, a elaborar proyectos cinematográficos. "El justo tiempo humano ha comenzado", escribió Heberto Padilla, uno de los *regresantes*.

"La sensatez se anula cuando a los que han decidido no asumir riesgos les da por admirar sin medida a quienes los asumen."

Creo que debo detenerme en eso de la estupidez. Como los escritores hacen algo que pocos pueden hacer, comunicar sus vivencias y sentimientos a través de la palabra escrita y lograr que otros se interesen en ellas, es natural que se les considere inteligentes. No es así, al menos, no es necesariamente así. El talento literario es un don de Dios, para los creyentes, o de la Naturaleza, para los que creyentes no son. Un don muy específico que consiste en hacer que otros lean lo que el escritor escribe. Claro que ha habido escritores inteligentes, pero también han existido otros tan brutos que me impiden, con su actuación, considerar al talento literario como una manifestación de la inteligencia. Edgard Allan Poe, Charles Baudelaire y Truman Capote se autodestruyeron por medio de las drogas y la bebida. Arthur Rimbaud vivió una vida loca que ya quisiera Ricky Martín para cantarla, que no para vivirla. Fedor Dostoiyewsky gastaba todo lo que ganaba en la ruleta y Honoré de Balzac hacía algo peor, que en la ruleta casi siempre se pierde, pero a veces se gana: Balzac dilapidaba sus ganancias agasajando a ricos y aristócratas de los que ya nadie se acuerda. Wolfgan Goethe le hacía reverencias a cualquier noble que encontrara en su camino. Oscar Wilde no parecía tener idea

sobre lo que era la sociedad victoriana, a pesar de que vivía en ella. Lev Tolstoy tuvo una vejez infernal y metió en el infierno a su mujer a causa de tonterías místicas. Herman Melville se convirtió en un ogro pleno de amargura que llevó a la desesperación a su familia porque se consideraba un fracasado debido a la poca venta que tuvo su inmortal *Moby Dick.* Alejo Carpentier estropeó lo que quizás pudo ser una obra maestra agregándole un capítulo final "políticamente correcto" a su magnífica pero contrarrevolucionaria novela *El Siglo de las Luces.* Gabriel García Márquez, que ni siquiera es comunista, vive enterrado hasta el cuello en la porquería en aras de su amistad con un sujeto que no es amigo de nadie. Mario Vargas Llosa llama "mediocre" a George W. Bush, que le pasó por arriba al 80% por ciento de los medios de difusión americanos para ganar la Presidencia, mientras que él, el más famoso de los peruanos desde que existe el Perú, perdió unas elecciones contra un entonces desconocido ingeniero agrónomo de origen japonés. A todo eso yo le llamo ser estúpido.

"Nunca hubo tanto crimen en Cuba ni tanta solidaridad con los criminales por parte de la intelectualidad internacional."

Volvamos a 1959, al idilio. La Revolución, la Novia Ideal que nos traía el Justo Tiempo Humano, resultó ser una promiscua, vulgar, dilapidadora, poco aseada y perversa bruja, que parecía haber inspirado la letra del son *Mentira, Salomé* compuesto por Ignacio Piñeiro, que dice así:

"Mujer falaz, impostora de caricias.
Tu beso es virus que al alma envenena.
Mueve tus ansias un corazón de hiena
con las maldades que encierra la codicia".

La Revolución no tardó en mostrar las uñas, largas como las de su Máximo Líder. Como pretexto, porque pretexto fue, utilizo *P.M.*, un documental de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal acerca de la vida nocturna en La Habana, que no decía nada malo, pero tampoco bueno de la susodicha bruja. No decía nada. La ignoraba. En la pantalla aparecían sólo habaneros en parranda. Fidel Castro citó a los muchachos del intelecto en la Biblioteca Nacional y les leyó la cartilla: "Dentro de la Revolución, todo. Fuera de la Revolución, nada". Según el otro Cabrera Infante, el famoso, el Comandante en jefe, antes de poner los

puntos sobre las íes, puso la pistola sobre la mesa desde la cual presidió la reunión. Muy simbólico.

El objetivo real no era la película, sino *Lunes de Revolución,* el suplemento literario de ese periódico dirigido por Guillermo Cabrera Infante, ya muy conocido en Cuba por sus crónicas cinematográficas en la revista *Carteles* y que llegaría a ser nuestro escritor más importante desde entonces hasta hoy. En *Lunes* escribían Heberto Padilla, también destinado a la fama, Calvert Casey, un cubano-americano que escribía en un español de gran belleza, Virgilio Piñera, icono literario de muchos, y otros que aprendieron la lección impartida en la Biblioteca Nacional y decidieron portarse bien sin siquiera saber por qué se habían portado mal.

Lunes de Revolución tuvo muchas cosas buenas y al menos una mala, la campaña contra Lezama Lima que encabezó Padilla; el corpulento Lezama, quizás debido a su corpulencia literaria, ha sido tomado repetidamente como blanco de diatribas más o menos absurdas. En fin, que *Lunes* desapareció, y con él, un programa de televisión que conducía Cabrera Infante.

Las siguientes víctimas pasaron casi inadvertidas: los dibujantes *Chago* Armada y Rafael Fornés, autores de unas tiras no precisamente cómicas. El muy joven *Chago* había sido miembro del llamado "Ejército Rebelde" y era el autor de *Salomón*. Fornés tenía más de cuarenta años y era un hombre contemplativo, talentoso y pesimista. Su tira tenía como personaje un extraño ser llamado *Sabino.* Ambos hacían eso que se conoce como "humor profundo". Tan profundo era que nunca pude verle el fondo. A mí eso no me preocupaba, pues el mundo está lleno de cosas que no entiendo, pero Fidel Castro ve la amenaza, la agresión y el desacato en todo aquello que escapa a su comprensión. *Sabino* y *Salomón* murieron jóvenes. Murieron, además, en silencio. Sólo los que trabajaban en el periódico *Revolución,* donde se produjo el nacimiento y la muerte de ambos personajes, supieron que Fidel Castro había decretado su desaparición.

"El pecado de los escritores cubanos es no ser lo suficientemente revolucionarios", dijo el Che Guevara. Lo que digo yo, que sé de eso mucho más de lo que él sabía, es que el único pecado de un escritor, en tanto que escritor, es escribir mal. Claro, aquel devoto de la humillación y el asesinato utilizaba para su homilía la total abstención de los escritores en la lucha contra Batista. Además, los hombres adictos a la violencia tienden a despreciar a todo aquel que no se atreva a plantarles cara. Pueden odiar, y odian, a los que se les enfrentan; pero no los desprecian.

Por otra parte, los sujetos agresivos, como los perros (dicho sea sin ánimo de ofender a esos animales, uno de los cuales es muy amado por mí), aumentan su agresividad cuando perciben el miedo en los otros. En ciertas circunstancias, el coraje ayuda a conservar la salud.

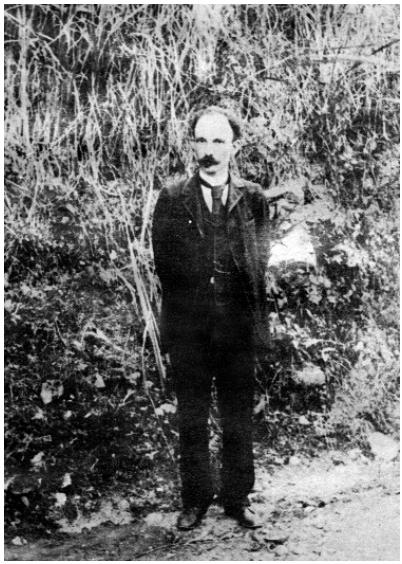
Pero los escritores, los intelectuales en general, aceptaban y aplaudían, aplaudían y aceptaban todo lo que viniera de los Salvadores de la Patria. Parece una actitud prudente, pero no lo es. La prudencia nunca destruye, y esos hombres, que tanto creyeron practicarla, están hoy destruidos.

Además de la sumisión, que aumenta la agresividad de los violentos, hay otros factores que han servido a los intereses del régimen: la vanidad, la inseguridad, la falta de comprensión de lo que es la literatura, detalle al parecer extraño, pero común en muchos que pretenden ser literatos. Ser escritor consiste en escribir bien, y sólo hay dos categorías de escritores, los buenos y los muy buenos; no hay espacio para la mediocridad. La meta no es publicar, es escribir por lo menos bien, por lo que carece de sentido prostituirse para ser publicado, ya que todos los buenos manuscritos, todos, terminan, tarde o temprano, convertidos en libros. Quizás esta idea es demasiada complicada para el cerebro de esa gente; ya les dije que muchos de ellos son bastante brutos.

Hay otro factor, por demás sorprendente, que le ha servido a la tiranía: el homosexualismo. ¿Por qué sorprendente? En todas las épocas, en todos los ámbitos, en todas las profesiones ha habido y habrá homosexuales. La sorpresa está en la cantidad y en el contraste con la intelectualidad de épocas anteriores. Ni uno solo de los escritores que he mencionado hasta llegar a 1959 fue homosexual, con la posible excepción de Lezama. Tampoco otros (José Jacinto Milanés, Joaquín Lorenzo Luaces, Carlos Loveira, Miguel de Carrión, Mariano Brull) a quienes no me he referido porque no participaron en contiendas políticas, y de la relación entre política y literatura se trata este trabajo.

Pues bien, en los años 50' el homosexualismo se manifiesta de manera creciente y el fenómeno llega a su clímax precisamente bajo la tiranía de Fidel Castro. Virgilio Piñera, José Triana, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet, Reynaldo González, Antón Arrufat, Calvert Casey, Reynaldo Arenas: muchas diferencias hay entre ellos, y la diferente calidad literaria no es la menos importante, pero todos son notorios homosexuales. Lo mismo se ha dicho de Lezama Lima, pero yo tengo mis dudas al respecto. El estudio de este asunto es cosa de psiquiatras y sociólogos. A mí sólo me interesa y sólo estoy capacitado para analizar el uso que le ha dado Fidel Castro.

A Fidel Castro se le acusa de perseguir a los homosexuales. En realidad, persigue a todo el que se le oponga: homosexuales, heterosexuales, bisexuales y asexuales. Teniendo en cuenta el carácter fuertemente machista de la sociedad cubana, el hecho de que un opositor sea homosexual le facilita reprimir cuando quiere hacerlo. Pero no siempre quiere: Alfredo Guevara ha sido durante décadas el Señor del Cine, tan importante como medio de propaganda; Reynaldo González fue el editor de las Obras Completas de Carlos Rafael Rodríguez (debe haber trabajado como un buey, el pobre, porque Carlos Rafael escribía muy mal); Pablo Armando Fernández y Miguel Barnet son vacas sagradas de la cultura oficial (por cierto, Barnet tiene un aspecto sumamente vacuno), y ambos, junto con Antón Arrufat, han recibido el Premio Nacional de Literatura. ¿Se imaginan ustedes a intelectuales judíos ocupando esas posiciones, recibiendo esos galardones en la Alemania de Hitler? Aquello sí era persecución.



José Martí

Debo hablar de mí mismo. A principios de los 70', cuando comprendí que sólo sé escribir de una manera y esa manera podía llevarme a la cárcel, cerré hasta nuevo aviso por motivos familiares. Fue muy duro para mí, porque escribir es lo que me gusta hacer; más aún, lo único que sé hacer. Sin embargo, durante aquellos años perdidos, que abarcaron casi dos décadas y casi toda mi juventud, Humberto Solás dirigía películas, José Antonio Rodríguez, Adolfo Llauradó, Miguel Navarro y Vicente Revueltas actuaban en ellas, Carlos Ruiz de la Tejera pintaba gracias en la televisión, Mendive y Cabrera Moreno pintaban cuadros en sus estudios, *Bola de Nieve* viajaba por el mundo, regresaba a Cuba con el dinero ganado y, al morir, Fidel Castro enviaba una corona a su funeral. Todos estos bienaventurados eran homosexuales conocidos y reconocidos.

Está el caso de Reynaldo Arenas. Sí, muy perseguido, pero, ¿cuándo? En los 60', mientras tantos penaban en la UMAP, Arenas disfrutaba de un "nido de amor" junto con Raúl Martínez (el pintor, no el ex alcalde de Hialeah) en un edificio aledaño a la Casa de las Américas y propiedad de esa institución, entonces dirigida por Haydée

Santamaría. ¿Por qué se le persiguió después? ¿Por homosexual? No. Por haber enviado al exterior su novela *El mundo alucinante*, más bien por hacerlo sin permiso y por negarse a escribir eso que llaman "realismo socialista". El homosexualismo fue el pretexto.

Paradójicamente, mientras tantos escritores "machos" se prestaban a servir a la tiranía, mientras Lisandro Otero, Norberto Fuentes, Roberto Fernández Retamar, Jesús Díaz y otros se convertían en prostitutas literarias, Virgilio Piñera y Reynaldo Arenas, homosexuales de vida sórdida, se negaron a prostituir su talento. Los únicos que tuvieron eso que llaman un comportamiento varonil, literariamente hablando, fueron Lezama, a quienes algunos tachan de homosexual, y Piñera y Arenas, cuya homosexualidad está más allá de toda duda.

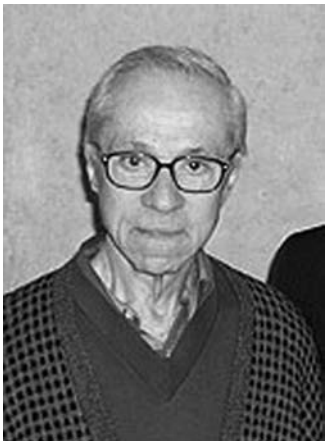
Mientras el país era tragado por el totalitarismo, la única protesta que se permitieron algunos fue marcharse. Pocos se marcharon: los veteranos Lidia Cabrera, Mañach, Baquero, Novas Calvo, Montenegro, Labrador Ruiz, Buesa; los entonces noveles Cabrera Infante, Calvert Casey y Severo Sarduy, el cineasta Néstor Almendros. Cabrera Infante y Almendros, triunfaron. El primero llegaría a ser lo que yo esperaba de él cuando leía aquellas críticas que firmaba *G. Caín*. No así Calvert Casey; el cubano de nombre irlandés nacido en Baltimore, el que me había fascinado con su prosa en *El Regreso*, se suicidó a los pocos años de salir al exilio.

Los demás, los que se quedaban para aplaudir y apoyar, una mayoría abrumadora en número, exigua en talento, se agotaban en la búsqueda de lo positivo, lo optimista, lo "revolucionario", tratando desesperadamente de complacer al Che Guevara (lo cual era difícil) y a Fidel Castro (totalmente imposible). Ello produjo unos niveles de abyección que me resulta difícil exponer. Sin embargo, lo intentaré. ¿Recuerdan a *Plácido* y a Zenea, los escritores fusilados? Cien años después de Zenea tuvimos a Norberto Fuentes, el escritor fusilador. Según cuenta en su libro *Cazabandidos,* participó en el fusilamiento de un alzado cuando era corresponsal de guerra en el Escambray.

En 1967 se produciría un acontecimiento que tardaría dos décadas en repetirse. Poco tiempo después de haber asumido Norberto Fuentes el papel de esbirro, un escritor, el poeta Ángel Cuadra, rompe con el abstencionismo de unos y la sumisión de los otros y es condenado a prisión por actividades contrarrevolucionarias. Otros poetas hubo por entonces en las cárceles de la tiranía, pero Jorge Valls, Ernesto Díaz Rodríguez, Armando Valladares y René Ariza, a diferencia de Cuadra, no habían publicado nada antes de ir a prisión. No era

aún escritores. En cambio, el documentalista Nicolás Guillén Landrían, *Nicolasito,* sobrino del poeta del mismo nombre, si había dado todo lo que iba a dar antes de ser encarcelado; de la cárcel saldría y al exilio llegó hecho un guiñapo.

Mientras en la Cuba de los 60' se desataba la represión más feroz que ha conocido el país y medio mundo aplaudía "los logros de la Revolución y el desafío al cercano monstruo imperialista", la intelectualidad cubana, convertida en coro de *castrati* (aquellos niños de tiempos por fortuna idos a los que se castraba para conservar sus voces agudas) cantaba las glorias de Fidel Castro. Un grupo de jóvenes académicos fundó la revista *Pensamiento Crítico* e intento, tímidamente, hacer honor a tal nombre con una especie de marxismo heterodoxo, sin traspasar los límites impuestos tiempo atrás en la Biblioteca Nacional. El experimento duró algunos años; no muchos. Por esa época comenzó su carrera un joven y escuálido trovador que aparentaba ser rebelde y a quien algunos llaman poeta; con el tiempo, Silvio Rodríguez demostró algo ya demostrado: las apariencias engañan. *El Caimán Barbudo,* revista de temas culturales nacida poco después que *Pensamiento Crítico* y de vida mucho más prolongada, resultó ser una iguana, animal de aspecto impresionante, pero muy asustadizo. Las diferencias entre *El Caimán...* y *Lunes...* están personificadas en sus respectivos directores, Jesús Díaz y Guillermo Cabrera Infante, la mediocridad agresiva y el talento.



Ángel Cuadra

Ángel Cuadra fue a la cárcel no tanto por sus poemas como por sus hechos. En 1968 aparece, por fin, una obra abiertamente crítica: Heberto Padilla, hasta ese momento un poeta-funcionario del régimen, decide tomar el áspero camino de la disidencia y escribe *Fuera de Juego.* Talentoso, ampliamente conocido, Padilla parecía camino de convertirse en la versión criolla de Alexander Solzhenitzin. El libro fue premiado en el concurso de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) por un jurado que presidió Lezama, al parecer poco dado al rencor, y del que fue parte Manuel Díaz Martínez, un poeta que luego tuvo una azarosa trayectoria. También recibió premio *Los Siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, obra teatral que

adaptaba una tragedia griega al ámbito cubano. Los voceros de la cultura oficial atacaron con furia ambas obras. Arrufat se encuevó, dispuesto a esperar tiempos mejores, que al cabo llegarían para él. Padilla, en cambio, se instaló en el Olimpo de los Valientes, un lugar elevado, pero frío e inhóspito; una verdadera cumbre borrascosa.

Tres años después, cuando las borrascas arreciaron, Padilla se derrumbó. Hombre con fama de erudito, padecía, sin embargo, de una laguna cultural. Ignoraba una frase de Sócrates que es todo un tratado de filosofía: "Conócete a ti mismo".

Heberto Padilla no estaba hecho para lo que intentó hacer. Y lo peor era que *ellos*, que nos conocen a todos porque se han tomado el trabajo de estudiarnos, lo sabían. A partir de su derrumbe y de los *mea culpa* entonados por aquellos a los que acusó en el patio de la UNEAC aquella aciaga noche (con la inevitable excepción del poderoso Lezama, que ni se dio por enterado), la intelectualidad cubana refuerza su ya sólido servilismo y así continuará hasta 1991, con la pequeña brecha provocada por la llamada Carta de los Diez.

Antes, a principio de los 80', muchos años después del ingreso en prisión de Ángel Cuadra, otros tres escritores fueron a dar a la cárcel: el ya veterano narrador José Lorenzó Fuentes, involucrado en una oscura trama con un diplomático, la poetisa Lina de Feria, de cuyo encarcelamiento ignoro las razones, y los entonces noveles Reynaldo Bragado y Rafael Saumell, que no habían tenido la oportunidad de alcanzar renombre alguno debido a su incapacidad para mantener sus manuscritos inéditos fuera del alcance de la Seguridad, y que estarían entre los primeros escritores que formarían parte del Comité Cubano pro-Derechos Humanos, junto a la poetisa Tania Díaz Castro, una mujer que dejó buenos, agradecidos recuerdos en los miembros del Comité, pero que sufrió un proceso de derrumbe parecido al de Padilla, con acusaciones y auto-acusaciones.

Algo así como un paréntesis para Reynaldo Arenas, que nunca fue un opositor en Cuba, pero sí un sujeto imposible de manipular, al que se le montó una implacable persecución con el pretexto del homosexualismo. La estampida de El Mariel lo trajo al exilio, y aquí se dedicó a pasarle la cuenta a sus perseguidores. Entre las cosas de mi vida que hubieran podido ser y no fueron está el haber coincidido con él aquí. Teniendo en cuenta su carácter y el mío, las muchas cosas que nos separaban, la extrema violencia presente en el *football* americano y el hecho de ambos fuésemos holguineros, creo que nuestro encuentro hubiese pasado a la historia como el *Holguín Bowl.*

Otro, más breve, para Guillermo Rosales, tan talentoso como Arenas. En circunstancias normales, no ideales, simplemente normales, corrientes, algo así como la Cuba de antes, estoy seguro de que hubiese llegado a la grandeza. Lo mismo esperé de Calvert Casey, pero, como Calvert, su espíritu estaba ya gravemente quebrantado cuando llegó al exilio; como él, se suicidó. "No pobre Calvert. Pobres los que no lo conocieron", escribió Cabrera Infante. Tenía razón. Al menos, a Guillermo Rosales lo conocí.

En 1990, María Elena Cruz Varela, Premio UNEAC de Poesía como Padilla, se unió a un recién creado grupo de análisis político fundado por José Luis Pujol, ex profesor de Lingüística que escribía cartas furibundas al Partido Comunista bajo el rubro de Criterio Alternativo, nombre que adoptó el grupo, y el que les habla, autor de *Los niños y el tigre*, una diatriba contra Fidel Castro publicada en México el año anterior.

En Criterio Alternativo surgió la idea de redactar una carta de peticiones y ponerla a la firma de los intelectuales. La carta no podía ser más moderada, aunque incluía un reclamo importante e ineludible, que era la liberación de los presos políticos; pero solamente obtuvo diez firmas. En realidad seis, pues cuatro eran de miembros de Criterio Alternativo: el periodista radial Víctor Serpa, el crítico Fernándo Velásquez, María Elena Cruz y yo. De los miembros de la UNEAC sólo firmaron los poetas Raúl Rivero y Manuel Díaz Martínez, los novelistas Manuel Granados y José Lorenzo Fuentes, Bernardo Marqués Ravelo, de la redacción de *El Caimán Barbudo* y su esposa, la también periodista Nancy Estrada. Diez firmas. Solamente diez. Pero el exiguo número de firmantes no impidió que a Fidel Castro le diera una rabieta descomunal y ordenara montar una campaña de condena pública, orden que la UNEAC cumplió a cabalidad redactando un documento de denuncia de lo que llamó "una operación enemiga" y recabando la firma de sus miembros. Esta vez los firmantes fueron cientos.

"Los escritores, los intelectuales en general, aplaudían y aceptaban todo lo que viniera de los Salvadores de la Patria. Parece una actitud prudente, pero no lo es. La prudencia nunca destruye, y esos hombres, que tanto creyeron practicarla, están hoy destruidos."

"La mayoría de ustedes no tienen ni tendrán significación alguna en la cultura de nuestro país, pero ni siquiera el talento de

aquellos pocos que lo poseen podrá borrar la ignominia de haber puesto sus firmas al pie de ese documento infame". Eso dije entonces en una carta que le dirigí a las ovejas del corral de la UNEAC. Quiero repetirlo ahora.

De los firmantes de la famosa carta fueron a la cárcel Maria Elena Cruz y Fernando Velásquez. Fueron encarcelados, no por la carta en sí, sino por el hábil trabajo de Jorge Pomar, un infiltrado en Criterio Alternativo, trabajo desarrollado cuando Pujol y yo ya no éramos parte del grupo. Al salir de la prisión, ambos marcharon al exilio. Los demás nos marchamos antes, menos Raúl Rivero, que dos años después de eso que yo llamo "la cartica" comenzó una actividad periodística que lo llevaría también a la cárcel y al exilio, y Manuel Granados, el mayor talento de la intelectualidad negra, que ni escribió contra el régimen ni fue encarcelado ni se exilió; simplemente murió, en el olvido y la oscuridad. Otro poeta, Manuel Vázquez Portal, desconocido cuando lo de la carta, siguió los pasos de Rivero en el periodismo independiente, la prisión y el exilio, así como Armando de Armas, joven cuentista de Cienfuegos.

Debo señalar que esta rebelión de la intelectualidad iniciada por la Carta de los Diez, exigua por su número, tuvo lugar cuando la tiranía llevaba más de treinta años en el poder. Treinta años de asesinatos, de encarcelamientos, de represiones preventivas como la de la UMAP, de masivas y públicas exhibiciones de crueldad como los "actos de repudio" cuando El Mariel, de destrucción económica, moral y espiritual de la nación no habían logrado conmover el sólido servilismo de los intelectuales cubanos. Aún hoy siguen apoyando y aplaudiendo todo lo que se les pide que aplaudan y apoyen.

Los que emigramos en los 80' y los 90' seguíamos los pasos dados por otros treinta años antes. Y por la misma senda crítica de Cabrera Infante, de los ensayistas Luis Aguilar León y Carlos Alberto Montaner, del multifacético Manuel Márquez-Sterling. Pero hubo una emigración distinta. A diferencia de los que rompían con su pasado para enfrentarse al régimen, otros emigraron sin romper sus lazos con él: Lisandro Otero, Eliseo Alberto Diego, Jesús Diaz, Antonio Benitez Rojo, Norberto Fuentes, Abilio Estévez. Desde la defensa de la tiranía, abierta en Otero, solapada en Fuentes, hasta el caminar sobre la cerca de Jesús Díaz, quien declaró que no era disidente (una gran verdad) o el absoluto silencio de Benítez Rojo, agazapado en un *college* de New York; las variantes incluyen siempre la ausencia de enfrentamiento. Después de todo, un colofón natural a

lo que fueron sus vidas. La excepción ha sido Zoé Valdés, que ha puesto su fama al servicio de la lucha anti-castrista.

¿Cuál ha sido la causa fundamental del despreciable comportamiento de la intelectualidad cubana durante esta larga pesadilla nacional? Ya he hablado de la estupidez que afecta a muchos escritores, de su fascinación por los hombres violentos. Otros prefieren hablar de cobardía. Muchos de ellos, la mayoría absoluta, son cobardes, es cierto; pero hay algo más. Y ese algo está personificado en Virgilio Piñera.

Nadie más cobarde que Virgilio. Sin embargo, cuando Fidel Castro les dijo claramente a los escritores lo que quería en la reunión de la Biblioteca Nacional, aquello de "dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada", el cobarde Virgilio pidió la palabra, fue hasta la mesa donde reposaba la pistola del iracundo Máximo Líder, tomó el micrófono y, con un hilo de voz, dijo:

—Tengo miedo.

Fidel Castro no se inmutó, pero la furia interior debe haber sido de las grandes, así como su comprensión de que aquel feo y escuálido hombrecito era potencialmente peligroso.

Zoé Valdés

¿Por qué no se largó, como hicieron Cabrera Infante, Calvert Casey y otros que allí estaban? Oportunidades tuvo. No las aprovechó. El único motivo que se me ocurre es la falta de inteligencia extra-literaria, tan común entre los del gremio y a la que ya me he referido. Pocas luces hay que tener para estar en Bélgica, regresar a Cuba y, al llegar, plantarle un beso a la tierra de la Patria, en realidad, al asfalto del aeropuerto. Eso hizo el pobre Virgilio.

Le pasaron la cuenta. ¿Por ser homosexual? No lo era más que otros, que el dirigente Alfredo Guevara. Le pasaron la cuenta por las dos palabras que dijo aquella vez y por negarse a escribir lo que ellos querían que escribiera. Y mucho partido que le sacaron a su cobardía, a su miedo a la violencia física. Los de la Seguridad lo visitaban con frecuencia, lo amenazaban, lo insultaban. Dicen que Virgilio, aterrado, se arrodillaba, lloraba, pedía perdón, prometía enmienda. Luego, cuando los esbirros se marchaban, se secaba las lágrimas, se sonaba la nariz... y seguía escribiendo lo que le daba la gana. ¿Contra el régimen? No. Simplemente lo que le daba la gana.

Cuando se vive en un mundo peligroso, y nada tan peligroso como un estado totalitario, la valentía es una cualidad muy útil. Si se quiere ser íntegro, muy bueno es ser valiente. Pero se puede ser íntegro sin valentía, siempre que se ame la profesión, que se la respete. Virgilio Piñera, el asustadizo Virgilio, fue un escritor íntegro.

"Los escritores serviles a la voluntad de la tiranía no tienen futuro, ni en vida ni después de muertos. Siempre estuvieron de acuerdo."

Como todos saben, a los homosexuales en Cuba se les llama de muchas maneras, todas ellas despectivas, con nombres tomados casi siempre del reino animal. Una de ellas, "pájaro". El "pájaro" Virgilio Piñera, por su integridad profesional, tan poco común entre los intelectuales cubanos de las últimas décadas, era una *rara avis,* que en latín significa "ave rara".

Lo bueno para la justicia, lo malo para los intelectuales oficialistas es que la sumisión, aparte de afectar la calidad que quizás algunos hubiesen logrado, no los ha hecho felices. Poco antes de salir de Cuba, un diplomático español me dijo que había hablado hacía poco con Pablo Armando Fernández y que le había parecido "desesperado".

—Que se suicide —contesté, implacable— Maiakowsky y Esenin se suicidaron. ¿Quién es él para no suicidarse?

Una muy buena definición del destino literario de esta gente está en el reverso de un epitafio adelantado que alguien compuso para el corpulento trovador Pedro Luis Ferrer, magnífico cantante, guitarrista y compositor que interpretó mal aquello de "dentro de la Revolución, todo", y cuyas actitudes contestatarias "dentro de la Revolución" le han acarreado múltiples problemas. Dice así:

"Murió Pedro Luis Ferrer.
Murió gordo como un cerdo.
Y, como tenía que ser,
murió de no estar de acuerdo"

Los escritores serviles a la voluntad de la tiranía no tienen futuro, ni en vida ni después de muertos. Siempre estuvieron de acuerdo.

EL DICTADOR, LOS INTELECTUALES Y EL POETA PERSEGUIDO

Jacobo Machover

La figura del tirano forma parte íntegra de la Historia y del imaginario literario de América Latina. Pero ¿es Fidel Castro un dictador como los demás? Se diría que no. En todo caso, para algunos, no está incluído en la larga lista de caudillos que han marcado un hito en la historia del subcontinente después de las guerras de independencia contra la potencia colonial española en el siglo XIX. Para otros, una minoría, es por el contrario, la quintaesencia.

Tres novelas claves, publicadas en los años 70, relatan la saga de esos hombres que, en su locura paranoica sometieron a sus designios a poblaciones enteras: *El recurso del método* del cubano Alejo Carpentier, *Yo el Supremo* del paraguayo Augusto Roa Bastos, *El otoño del patriarca* del colombiano Gabriel García Márquez. Tres obras monumentales, convertidas en textos de referencia en la crítica de una particularidad constitutiva de América Latina. ¿Crítica? Sus autores, que se encuentran entre los más importantes de la literatura de lengua española, los dos primeros ganadores del Premio Cervantes y el último Premio Nobel de literatura han apoyado incondicionalmente a la revolución cubana y expresado en múltiples ocasiones su apoyo sin reservas al Líder Máximo. ¿Quiere decir eso que Castro no posee ninguna de las características que estos novelistas han atribuído a su propio modelo? ¿O bien piensan que una dictadura, después de todo, es necesaria para el progreso económico y social en América Latina, a condición de que muestre una fe nacionalista, y que un déspota iluminado, sobre todo si ellos pueden desempeñar a su lado el papel de consejeros visionarios, en otra época asignado a los filósofos de la Ilustración, es un mal menor? En todo caso, no les ha importado mucho la represión, inclusive la que ha sido llevada a cabo contra otros escritores, ni la ausencia total de libertad de expresión en la isla, incluso en el terreno de la producción editorial y en la prensa.

Pocas veces han expresado el más mínimo reparo y cuando lo han hecho se han retractado acto seguido. Y eso que las ocasiones no les han faltado. Cabe decir que la ceguera no ha sido suya exclusivamente. Desde el inicio del proceso revolucionario, gran número

de intelectuales del mundo entero fueron de peregrinación a La Habana, nueva Meca de la revolución, que rompía no sólo con una dictadura sanguinaria y corrupta, sostenida durante largo tiempo por los Estados Unidos sino que también se desmarcaba de los modelos comunistas vigentes.

Fue Jean-Paul Sartre quien les abrió el camino. El filósofo francés, acompañado por Simone de Beauvoir, recorrió la isla en 1960, durante algunas semanas. Ambos regresaron maravillados.

Encontraron allí cierta espontaneidad que los regímenes prosoviéticos o pro-chinos habían perdido, lo cual les permitía dar libre curso a su entusiasmo, aun corriendo el riesgo de equivocarse. Recibidos por los principales dirigentes de la revolución, Fidel Castro y Ernesto Che Guevara, asi como por una población entusiasta (que nunca antes había oído hablar de ellos), se encontraron en posición de actores influyentes, creyendo que su opinión podía orientar el curso de los acontecimientos. Oráculos de un príncipe imprevisible, que poseía un poder absoluto —¿casi divino?—, Sartre y Beauvoir creían estar en el centro de la historia, asistiendo a concentraciones masivas, como la celebrada en honor de "los mártires de *La Coubre*", víctimas de la explosión de un carguero francés que transportaba armas belgas destinadas al gobierno castrista. ¿Accidente o sabotaje? Nunca se sabrá. Sea como fuere, cuando Fidel Castro tiene que enterrar a los "mártires", se muestra siempre brillante. Él sabe hacer vibrar a los cubanos atribuyendo la responsabilidad de los crímenes al "imperialismo" y haciendo de la vida cotidiana un sacrificio permanente. *"¡Patria o muerte!"* Tal fue el colofón inmutable de todos sus discursos hasta 1991, año en que lo completó con *"¡Socialismo o muerte!"*. El segundo término de la alternativa, el que ensalzaba a los "mártires", se hallaba ahí, ante los ojos de la multitud y de los intelectuales invitados. Ante tal número de víctimas inocentes, bien se podía hacer la vista gorda sobre las ejecuciones practicadas por el régimen. Sartre escribió por aquella época una serie de reportajes titulados *"Ouragan sur le sucre"* donde demostraba sobre toda su ignorancia respecto a la historia de Cuba. Pero sentía algo extraño en su propio entusiasmo por la revolución cubana. Se arrepentiría de ello después. Sus reportajes nunca fueron recopilados en un libro, al menos en francés, pues en numerosas ediciones en español, bajo el título de *Huracán sobre el azúcar*, y en otras lenguas saldrían editados. Después de todo, en países exóticos, eso cobraba menor importancia.

Sería tarea vana citar a los intelectuales de todos los continentes que, como la pareja de filósofos franceses, rindieron tributo al Comandante en Jefe y a su revolución a pesar de todos los desengaños que se fueron acumulando con el paso del tiempo, al compás de ejecuciones y de procesos estalinistas. Había que poner de relieve una idea capaz de justificar la permanencia de las ilusiones y encontrar en los cubanos una cualidad genuina, diferente de los demás pueblos de América Latina, sometidos a la pobreza y a la dependencia. En Cuba también se podían constatar resabios de miseria, de falta de libertades, de miedo subyacente, pero con eso y con todo permanecía un sentimiento casi metafísico, indefinible: la dignidad.

"Rindieron tributo al Comandante en Jefe y a su revolución a pesar de todos los desengaños que se fueron acumulando con el paso del tiempo, al compás de ejecuciones y de procesos estalinistas."

He aquí la palabra clave, el concepto que François Maspero, tras un largo período de yerros y de apoyo sin reserva al castro-guevarismo, se esforzaba por salvar del evidente desastre del régimen, en una serie de artículos publicados en el transcurso del verano de 1999 en el diario *Le Monde*. Escribía como conclusión: *"Sentí por todas partes una reserva y nunca quise forzarla. Puede estar hecha de miedo o de dignidad. Conservo ese último sentimiento."* Una tremenda ambivalencia, pero que él acababa resolviendo por un sentimiento positivo. Tal vez para no acabar con la belleza de los sentimientos surgidos desde la toma del poder por Fidel Castro, que el antiguo editor de obras revolucionarias y uno de los principales soportes de la guerrilla del Che en Bolivia calificaba como *"Le bel hier"* ("El bello ayer"), con la inusitada nostalgia con que recordaba aquel período de exaltación inicial que había teorizado Ania Francos en su libro *La fête cubaine*. *"Pero era una fiesta grave*, matizaba François Maspero, *demasiados peligros amenazaban la joven revolución".* Curioso eufemismo para designar las ejecuciones masivas de "contrarrevolucionarios", fusilados en los fosos de la prisión de La Cabaña y otras más.

Pero cabe también mencionar los testimonios, cuya difusión permaneció casi confidencial, de Yves Guilbert, *Castro l'infidèle* ("Castro el infiel"), y de Léo Sauvage, *Autopsie du castrisme* ("Autopsia del castrismo"), quienes desde los primeros años supieron ver,

más allá de la propaganda y de la exaltación, la carga de fanatismo complaciente y ciego que destilaba la revolución cubana. La mayoría de los intelectuales abrirían los ojos más tarde, en 1971, con el "caso Padilla".

Hasta entonces todo iba a las mil maravillas. La radicalización de la revolución cubana, con su lado espontáneo y desaliñado, representaba una visión idílica que se convertiría en parte integrante de los movimientos de la juventud y de los estudiantes durante Mayo del 68. Pero sólo era una ilusión. La revolución cubana no tenía nada de libertaria. Ya en 1961, adoptó medidas radicales para erradicar cualquier comportamiento considerado como amoral por el régimen. Ese mismo año una redada dirigida esencialmente contra los homosexuales, denominada "la noche de las tres P" (por "proxenetas, prostitutas y pederastas") tuvo lugar en la capital y sus alrededores. En el transcurso de la redada, se encarceló al escritor y dramaturgo Virgilio Piñera, el más anti-conformista y visionario de los intelectuales de la isla. En junio, después de una violenta polémica enzarzada en torno a un pequeño documental, *P.M.*, de Sabá Cabrera y Orlando Jiménez Leal, quienes filmaban de manera extremadamente sensual el mundo nocturno sin ninguna referencia a los principios revolucionarios, el Líder Máximo pronunció, como conclusión a una serie de reuniones en la Biblioteca Nacional, sus "Palabras a los intelectuales": *"Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada"*. En una de las sesiones, Virgilio Piñera se levantó, tomó el micrófono y, dirigiéndose a los allí presentes, pronunció unas pocas palabras: *"Sólo quiero decir que tengo miedo"*. El miedo se convertiría en el sentimiento predominante en los intelectuales y en los estratos marginales de la población. Estaba enteramente justificado. Homosexuales, católicos, Testigos de Jehová, adeptos de religiones afro-cubanas y otros "desviacionistas" se vieron encerrados a mediados de los 60 en campos de trabajo que llevaban el nombre de UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción). En la puerta podía leerse: *"EL TRABAJO OS HARÁ LIBRES"*.

Dos películas han abordado el tema de la represión contra los homosexuales, que quedará como una de las manchas más indelebles de la revolución cubana. El primero, *Conducta impropia*, un documental realizado en el exilio en 1984 por Néstor Almendros y Orlando Jiménez-Leal, recoge algunos testimonios de intelectuales enviados a los campos de la UMAP o a otro tipo de campos de trabajo, también denominados de modo extraño como, por ejemplo,

Ejército juvenil del trabajo. Sólo en 1993, las autoridades culturales esbozaron una tímida autocrítica a través de una ficción, *Fresa y chocolate*, de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, que contaba la amistad entre un joven comunista dogmático y un homosexual en vías de exiliarse, en el transcurso de los años "románticos" de la revolución, tildados por parte de la población cubana como la época de la "barbarie". Ese largometraje tuvo una enorme repercusión en el extranjero. Dejaba vislumbrar una aparente apertura hacia los grupos marginalizados por la revolución cubana, después de un largo período de oscurantismo y de discriminación.

"La revolución cubana no tenía nada de libertaria. Ya en 1961, adoptó medidas radicales para erradicar cualquier comportamiento considerado como amoral por el régimen."

¿Quién dio la señal de partida? ¿Cuándo? Muchos artistas y escritores abandonaron Cuba en los primeros años: las cantantes Celia Cruz u Olga Guillot, el cineasta Néstor Almendros, la antropóloga Lydia Cabrera y muchos más. Éstos tuvieron sin lugar a dudas la intuición de que no podrían seguir trabajando en condiciones normales de libertad de expresión. Otros prefirieron esperar, participar en el semblante de efervescencia creadora suscitada por la apertura del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficas (ICAIC), por la aparición del suplemento cultural *Lunes de Revolución,* de la revista *Casa de las Américas*, cuyos premios adquirieron enseguida una dimesión internacional, en particular a nivel del subcontinente latinoamericano, y otras muchas iniciativas encabezadas por nuevos organismos e instituciones que aún no habían sucumbido a las orientaciones políticas de los burócratas de la revolución. Por todos lados había debates apasionados, dejando libre curso a las experimentaciones formales pero en ningún caso a un cuestionamiento de la revolución. No obstante la chapa de plomo comenzaba a sentirse cada vez más presente, sin excluir a nadie, empujando a los intelectuales inconformes hacia la salida, con la mayor discrección posible. Una vez en el exilio, de hecho, éstos evitaban hacer declaraciones contra el castrismo, en la medida en que se arriesgaban a que les cerrasen todas las puertas, ya que la mayoría de las opiniones públicas estaban de parte de la propaganda lanzada por la revolución cubana contra los "gusanos", los "apátridas" que abandonaban cobardemente su país.

Sintiendo el peso de las amenazas, los intelectuales dejaban el escenario sin esperanzas de regreso. Pero, entre los que se quedaron, algunos estaban decididos a dar pruebas de temeridad. Uno, sobre todo: el poeta Heberto Padilla. En 1968, Padilla, antiguo corresponsal en Moscú de la agencia oficial Prensa Latina, considerado hasta entonces como uno de los más sólidos soportes intelectuales de la revolución, hizo pública una recopilación de poemas titulada *Fuera del juego.* El poema *"En tiempos difíciles"* encabezaba el poemario:

"A aquel hombre le pidieron su tiempo
para que lo juntara al tiempo de la Historia (…)
Le explicaron después
Que toda esta donación resultaría inútil
Sin entregar la lengua
Porque en tiempos difíciles
Nada es tan útil para atajar el odio o la mentira (…)"

En el poema que le daba el título al conjunto, Padilla no se iba con rodeos:

"¡Al poeta, despídanlo!
Ese no tiene aquí nada que hacer.
No entra en el juego.
No se entusiasma.
No pone en claro su mensaje.
No repara siquiera en los milagros.
Se pasa el día entero cavilando.
Encuentra siempre algo que objetar."

El escritor había tomado sus precauciones dedicándole el poema *"A Yannis Ritzos, encarcelado en una cárcel griega"*, pero no engañó a nadie. Todo el mundo entendió que estaba hablando de Cuba.

Fuera del juego fue premiado en la isla, junto con una obra de teatro tan heterodoxa como aquél, *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat, por un jurado presidido por José Lezama Lima, que no era santo de devoción para las autoridades culturales de la revolución. El libro fue publicado, pero con una advertencia de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, el organismo oficial, a modo de prólogo: *"La dirección de la UNEAC no renuncia al derecho ni al deber de velar por el mantenimiento de los principios que*

informan nuestra Revolución, uno de los cuales es sin duda la defensa de ésta, así de los enemigos declarados y abiertos como —y son los más peligrosos— de aquellos otros que utilizan medios más arteros y sutiles para actuar". Curiosa incitación a la lectura del libro, sin lugar a dudas. Pero había algo mucho peor. La publicación de *Fuera del juego* era sólo una concesión. Su autor iba a ser blanco de ataques mucho mayores.

La amenaza se concretizó tres años más tarde. En la madrugada del 20 de marzo de 1971, Heberto Padilla y su esposa, la poetisa Belkis Cuza Malé, fueron arrestados en su domicilio por agentes de la Seguridad del Estado. A Belkis Cuza la soltaron poco después. Padilla permaneció encarcelado. Como se trataba de una figura reconocida a nivel internacional, un gran número de intelectuales se preocuparon por la suerte que corría. Circularon varias peticiones, la más importante se publicó en *Le Monde* el 9 de abril, con las firmas de varios escritores importantes, todos ellos simpatizantes de la revolución cubana en sus comienzos.

Heberto Padilla

Entre ellos, figuraban Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. El texto expresaba su *"inquietud debida debida al encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla"* a la vez que reafirmaba su *"solidaridad con los principios que inspiraron la lucha en la Sierra Maestra y que el gobierno revolucionario ha expresado tantas veces por medio de las palabras y acciones de su Primer Ministro, del Comandante Che Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios"*. A pesar de las precauciones de redacción, la ruptura era un hecho. ¿Definitivo? No para todos.

Varios de los firmantes, como Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, no tardarían en volver al seno del castrismo con un fervor renovado.

El 27 de abril, Padilla fue puesto en libertad. Pero, esa misma noche, en la sede de la UNEAC, el poeta, que ya no era más que una sombra de sí mismo (nunca quiso contar detalladamente lo que tuvo que soportar durante el tiempo que pasó en las dependencias

de la Seguridad del Estado), se hizo una autocrítica en toda regla ante un auditorio estupefacto, movido por el miedo que, diez años antes, en 1961, Virgilio Piñera, en su premonitoria declaración, había divisado en el horizonte. Padilla se echó la culpa durante horas, alabó la generosidad de la policía política, la misma que lo había arrestado, denunció a sus amigos y hasta a su propia esposa, como "enemigos de la revolución". Su confesión era, por supuesto, del mismo tipo de las que tuvieron que hacer en otras latitudes, pero bajo un régimen parecido, un Artur London en Checoslovaquia o, anteriormente, los acusados de los procesos de Moscú en la URSS. A veces Padilla exageraba tanto los dones que le había otorgado la revolución que sus palabras sonaban como una crítica solapada, todo lo contrario de lo que decían sus palabras: *"Yo nunca me cansaré de agradecer a la Revolución Cubana la oportunidad que me ha brindado de dividir mi vida en dos: el que fui y el que seré. La Revolución ha sido generosísima conmigo.*"

Muchos intelectuales entendieron esta vez que la historia volvía a repetirse peligrosamente, que la revolución cubana, después de todo, no difería mucho de los demás regímenes comunistas, contrariamente a lo que habían podido creer en un momento de confusión. Fidel Castro se encargó personalmente de despejar cualquier posible duda. En un discurso pronunciado algunos días más tarde, durante la clausura del Primer Congreso de Educación y Cultura, hizo una violenta alusión a los *"seudoizquierdistas descarados que quieren ganar laureles viviendo en París, en Londres, en Roma"*, así como a los *"latinoamericanos descarados, que en vez de estar allí en la trinchera de combate (…), viven en los salones burgueses"*. Aquellos a quienes Castro se refería le contestaron con un segundo texto, firmado por los mismos, a quienes se añadieron algunos más (con la excepción de los que habían preferido abandonar a tiempo el navío de la crítica), con menos precauciones retóricas, calificando la confesión de Padilla y las intervenciones de algunos de los asistentes a la reunión como *"una penosa mascarada de autocrítica"* que les recordaba *"los momentos más sórdidos de la época estalinista"*. Algunos de los firmantes, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Juan Goytisolo o Jorge Semprún, no dejaron a partir de entonces de acerar sus juicios críticos hacia el castrismo, transformándose en enemigos jurados del régimen. Sus libros, naturalmente, asi como cualquier referencia que les concerniese, fueron desde entonces prohibidos en la isla.

El embajador de la Unidad Popular chilena, el escritor Jorge Edwards, fue declarado *persona non grata* por su estrecha relación con el poeta maldito. El "caso Padilla" dividió profundamente al conjunto de la *intelligentsia* latino-americana. Se había acabado con el romanticismo atribuído a la revolución cubana y con el papel de vanguardia de los pueblos del subcontinente que ésta tenía que desempeñar. Heberto Padilla pudo exilarse solamente en 1980 gracias a las gestiones de Gabriel García Márquez a su favor. Antes de que partiese, Fidel Castro en persona le aleccionó: *"Aunque nunca llegues a admitirlo, yo sé que esta Revolución se agrandará en tu memoria"*. Padilla escribiría después: *"Efectivamente, al mes de mi partida comprobé que la revolución se agrandaba en mi memoria, pero con horror."* Pero ya habían acabado con aquel hombre. Murió en 2000, en un pueblo perdido de los Estados Unidos donde daba algunas clases de literatura a sus estudiantes.

Mario Vargas Llosa

Otras autocríticas sonadas tuvieron lugar, sin limitarse a los intelectuales, como en el "caso Ochoa", en 1989. Sin embargo cuando, en la primavera de 2003, cerca de ochenta disidentes fueron juzgados y condenados a largas penas de prisión en procesos expeditivos que transcurrieron con una puesta en escena tan estalinista como siempre, con numerosos chivatos y testimonios totalmente inventados, casi nadie entre los acusados hizo su autocrítica. Ésos habían acabado por vencer el miedo que había presentido Virgilio Piñera desde los primeros años de la revolución y que fue uno de los principales instrumentos de control de la población.

Nota:

Este texto forma parte del libro *Cuba, totalitarismo tropical,* publicado en Francia por las ediciones Buchet-Chastel y, en colección de bolsillo, por las ediciones 10/18. En su versión en español, circula en Cuba bajo forma de *samizdat*.

CUBA: MEDIO SIGLO DE NO-PERIODISMO

Michel D. Suárez

Si como afirmase el dramaturgo norteamericano Arthur Miller, "un buen periódico es una nación hablándose a sí misma", del caso cubano del último medio siglo podrían extraerse algunas ideas: el periodismo cubano funciona en la vía inversa del postulado de Miller, porque discrimina la opinión del(os) otro(s) convirtiéndose en punta de lanza del poder; además de erigirse en un mecanismo "autorizado" para tergiversar la historia cotidiana del país y atrofiar la conciencia crítica de sus ciudadanos. Ningún gobierno puede adjudicarse el título de nación, ni la élite con acceso al poder puede hablar en nombre de ésta.

En Cuba, ni hay buenos periódicos ni la nación es capaz de hablarse a sí misma. El debate nacional suele presentarse a iniciativa y voluntad de la élite gobernante, en manos del partido único. La prensa cubana no pasa de ser monologante y autocomplaciente: el calco de la clase dirigente hablándose a sí misma. Para una mayor exactitud, no debería denominársele prensa —en el sentido estandarizado de la palabra— a lo que se edita y publica en Cuba; a lo sumo, propaganda impresa, radiofónica y televisiva, distribuida por los canales tradicionales y por los nuevos surgidos al calor de las nuevas tecnologías; porque no caben términos medios si, como apuntara el político alemán Hans Dietrich Genscher, "la prensa es la artillería de la libertad". Una sociedad en la que no haya posibilidades de interacción entre medios y tendencias editoriales diferentes, a nivel macrosocial, no puede hablar de periodismo, eufemísticamente, para intentar encubrir el fenómeno de la propaganda.

No habrá que desandar mucho para percatarse de que los periódicos cubanos de hoy son los peores del mundo hispano. Si en un área puede apreciarse en toda su extensión la destrucción del concepto de periodismo en Cuba, es en la prensa escrita. De contar con marcas de primer nivel en el continente americano, cítese como ejemplos a la revista *Bohemia* (para muchos la mejor revista de América) o el *Diario de La Marina* (en 1958 era el periódico en español más antiguo del mundo), ha pasado a ser la cenicienta no sólo en calidad, sino en el concepto mismo: más que periódicos o revistas,

hoy lo que se publica en la Isla son boletines de agitación o folletos panfletarios, alejados de lo que en el siglo XXI se reconoce como "prensa".

El caso cubano es sui géneris en el siglo XX y principios del XXI, sólo comparable con los de la extinta Unión Soviética, Corea del Norte, la Alemania nazi y alguna otra reliquia imperial. Aquí la "prensa" nacional no podrá utilizarse en el futuro como fuente integral de referencia histórica, porque ésta sólo ha reflejado una parte de los hechos.

Antecedentes de la catástrofe

En el año 1958 se editaban en la Isla 58 periódicos, con una tirada total de unos 800.000 ejemplares diarios y una media nacional de unos 130 periódicos por cada mil habitantes, según recoge José I. Rivero en su libro de memorias *Contra viento y marea*. Y aunque el régimen de Fulgencio Batista intentó amordazar a la prensa valiéndose del cierre de medios y de la censura previa, el periodismo cubano no sucumbió ante la represión batistiana, como vino a suceder luego con Fidel Castro. Agustín Tamargo, ex periodista de *Bohemia* y exiliado en Miami, reconoce que cuando la "feroz dictadura" de Batista estaba en el poder, "se escribían y decían todos los horrores de los jefes policíacos, de los ministros ladrones, de los crímenes en las cárceles…" (documental *A partido único, periódico único*, de Jorge Masetti y François Pain).

Tamargo asegura que durante la dictadura de Batista hubo tres períodos de censura: durante el levantamiento de Cienfuegos y los desembarcos de Castro y del Corinthia. "Después, se levantaba el banderín (…) y se ponían todas las fotografías que se habían reservado de todos los hechos ocurridos durante la censura".

El desmontaje del sistema periodístico comenzó, tal como admite la trinidad de la historia de la prensa durante el castrismo (Juan Marrero, actual vicepresidente de la Unión de Periodistas de Cuba; Ernesto Vera, vicepresidente de la Federación Latinoamericana de Periodistas, y Roberto Pavón, ex director de la Agencia de Información Nacional [AIN]), con la llegada de Castro al poder en 1959: "Cuando triunfa la revolución, sólo unos pocos periódicos y emisoras de radio son intervenidos (…) como *Tiempo en Cuba*, *Ataja* y *Alerta*, cuyos directores actuaron como instrumentos para la represión del pueblo…" (*El periodismo en la revolución cubana*, Encuentro Internacional de Historia, La Habana, 2004).

Los historiadores oficialistas reconocen que los primeros medios de comunicación fueron clausurados por la actitud de sus dueños y directores, una metodología expresamente condenada por las entidades internacionales de defensa de la libertad de expresión en el mundo. El castrismo germinal prefirió quitarse de en medio el lastre de medios relacionados con la política del anterior régimen, liquidándolos de un plumazo, en vez de someter a la ley ordinaria a los infractores (si es que verdaderamente los había).

"Cuando las coletillas no fueron suficientes para acallar las voces críticas, Castro no se conformó con la creación de varias publicaciones gubernamentales, sino que definitivamente se deshizo del problema: cerró todas las demás."

Marrero, Vera y Pavón se ufanan de que el resto de la prensa tradicional siguió publicándose y de que "la nacionalización" de la prensa fue resultado de "un proceso". Mencionan como aspecto negativo que algunos diarios "daban gracias a Fidel y al mismo tiempo daban consejos a la Revolución", para luego acusar a los mismos de desarrollar "campañas" contra el comunismo. Un botón de muestra de cómo el periodismo se granjeó la animadversión de Castro podemos hallarlo en las reacciones del nuevo régimen ante las opiniones moderadas de un diario liberal como *Prensa Libre*. Los autores de *El periodismo en la revolución cubana* ejemplifican, como parte de ese "proceso que llevó a la nacionalización", comentarios como: "Eso de la ley de reforma agraria hay que pensarlo más despacio" o "la revolución va demasiado aprisa. Quisiéramos verla en una marcha más reposada, tomándose tiempo para respirar, asentando el pie a cada paso".

En lo adelante se impuso la llamada "coletilla", una nota "aclaratoria" —que supuestamente publicaban los obreros del sector editorial—, debajo de cada columna o noticia para "denunciar la manipulación" de su autor. Pocas veces se ha visto en la segunda mitad del siglo XX una carga tal contra la libertad de expresión como la enunciada. El castrismo, dispuesto a relegar el papel de los tribunales como árbitros para la solución de conflictos, pasó a la ofensiva y tomó la justicia por sus manos. Cuando las coletillas no fueron suficientes para acallar las voces críticas, Castro no se conformó con la creación de varias publicaciones gubernamentales, sino que definitivamente se deshizo del problema: cerró todas las demás.

Sin embargo, como tantos otros populistas, Castro negó, siempre que pudo, cualquier futura conculcación de la libertad de prensa en la Isla. Frente a las cámaras de CMQ-TV, en abril de 1959, dijo en el programa Ante la prensa: "…Cuando se empiece por clausurar un periódico, no se podrá sentir seguro ningún diario, cuando se empiece a perseguir a un hombre por sus ideas políticas, no se podrá sentir seguro nadie…" (José I. Rivero, *Contra viento y marea*). La actuación posterior vino a corroborar su histrionismo inicial. La irrupción de Castro en escena costó demasiado cara al país que se había ufanado de ser líder en asuntos periodísticos.

El proceso

En julio de 1963, el gobierno crea la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). Los estatutos de esta organización, supuestamente dedicada a representar los intereses profesionales de los periodistas, recogen que nace "como expresión de la voluntad de los periodistas cubanos de organizarse para la defensa de la Revolución Cubana…".

Asimismo, hoy refleja en su articulado que la UPEC "hace suyos los preceptos de la Constitución de la República, especialmente el contenido del Artículo 5, donde se reconoce al Partido Comunista de Cuba como fuerza dirigente superior de nuestra sociedad…" (*Estatutos de la Unión de Periodistas de Cuba*, www.upec.cu). En las sociedades democráticas del siglo XXI no resulta fácil hallar una entidad periodística, sobre todo si es la única autorizada por la ley, capaz de hacer votos de fidelidad a un partido o a un proyecto político determinado.

Desde entonces, la realidad no ha sido de otro modo. En octubre de 1965 surgen los periódicos *Granma* y *Juventud Rebelde*, y en 1970, *Trabajadores*. Castro dota al país de medios controlados que supuestamente "representan a los diferentes sectores" (jóvenes, trabajadores, mujeres, campesinos) y orienta la creación de periódicos provinciales (uno per cápita) como voceros de los órganos territoriales del Partido Comunista.

La Constitución de 1976, en la cuerda de otras similares de la entonces Europa del Este comunista, recoge en su artículo 52 que "se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y prensa conforme a los fines de la sociedad socialista…". En su *VII Informe sobre la situación de los derechos humanos en Cuba*, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH, 1983) apunta que subordinar

el ejercicio de la libertad de expresión a "los fines de la sociedad socialista", no se trata de una limitación de las que "normalmente se estipulan en otras constituciones, tales como el orden público, la moral y las buenas costumbres (…) Ellas obedecen a la necesidad de armonizar el ejercicio de diferentes derechos y garantizar la vigencia de todos ellos". En el caso de Cuba —dice la CIDH—, "es el ejercicio de los derechos el que debe adecuarse a los fines que el Estado busca alcanzar".

Otra parte del artículo 52 de la Constitución de 1976 se refiere a que "los medios de difusión masiva son de propiedad estatal o social (…) lo que asegura su uso al servicio del pueblo trabajador y del interés de la sociedad". La CIDH, por otro lado, denuncia que la Constitución "recurre una profesión de fe doctrinaria: el Estado es el pueblo trabajador y el pueblo trabajador es el Estado".

Bajo estas circunstancias de excepcionalidad se ha desenvuelto la prensa cubana en estas casi cinco décadas. Pueden apreciarse tres períodos principales: a) intervención y confiscación, b) sovietización y c) período especial.

La Radio

El sistema cubano de radiodifusión, que funciona bajo la administración del Instituto Cubano de Radio (ICR) y el control político del Comité Central del PCC, fue institucionalizado el 24 de mayo de 1962. Actualmente es un organismo con equivalencia de ministerio. En una estocada maestra, Fidel Castro promovió en 1959 la creación del denominado FIEL (Frente Independiente de Emisoras Libres), con varias estaciones pequeñas y medianas para aniquilar la autonomía de las emisoras y declarar la guerra a los dueños de las grandes. El 16 de noviembre de 1960, según datos del propio gobierno, el FIEL entrega sus instalaciones al régimen, así como la operación de las mismas. Una vez alcanzado su objetivo, el nuevo organismo se encargaría de verticalizar el flujo informativo, que a partir de entonces quedaría bajo la voluntad del gobierno.

En 1959, la radio cubana era de un vigor tal que sus producciones eran reproducidas en varios países y sus emisiones se captaban con facilidad y gran audiencia más allá de las fronteras nacionales. El nivel de los espectáculos musicales en vivo, las radionovelas y los informativos eran fácilmente reconocibles, en un contexto favorecido por la calidad del talento artístico local y la innovación formal y tecnológica. El Sistema Internacional de Grabaciones de

Audio (SIGA), en funcionamiento en las décadas del cuarenta y cincuenta, distribuía y vendía los programas cubanos en varios países, para perplejidad de Estados Unidos, que veía cómo su "discípula" aportaba experiencias a su "antiguo maestro" (Raúl Garcés, "Los dueños del aire", *Revista de la Universidad de La Habana*, No. 259, 2004). No puede soslayarse el hecho de que Cuba fue país pionero de la radiodifusión en 1922 (2LC), sólo dos años después de Estados Unidos, y dos años antes que España; así como también que alumbró la primera radionovela (*El derecho de nacer*, 1948) y el primer canal de información continua del mundo (Radio Reloj, 1947).

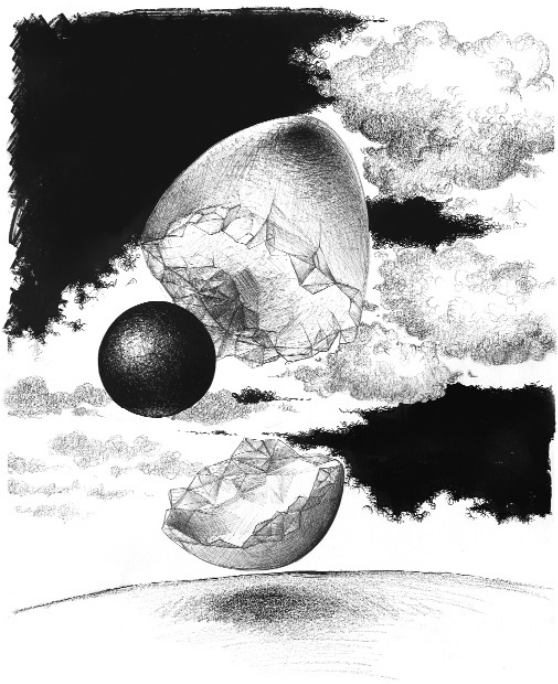


Ilustración: Maciñeiras

La propia prensa cubana actual y sus periodistas, en publicaciones nacionales y extranjeras, reconocen, de forma implícita, la terrible involución del medio en la Isla. Ángela Oramas Camero, por ejemplo, admite en "Viaje a la semilla de las comunicadoras radiales" (*A Primera Plana*, Santo Domingo, 2003) que en 1933 Cuba era el cuarto país del mundo en cantidad de emisoras. Estados Unidos era el primero con 625, Canadá con 77, Rusia (68) y Cuba (62), por delante de potencias como Suecia, Alemania y Francia. En 2002, todavía el sistema cubano de radio no lograba recuperarse numéricamente del impacto del castrismo. Las estaciones no pasaban de las 55.

Sin entrar todavía en consideraciones de política editorial, es evidente que concierne al proceso de nacionalización e intervención de emisoras, a la redistribución de frecuencias, al cierre de estaciones, al rebautizo de otras y, lo principal, a la clausura de cualquier resquicio para la iniciativa privada, la primera causa de la caída del

imperio radiofónico cubano. Llegado el momento de la nueva división político-administrativa de 1976, con la que la Isla quedó segmentada en 14 provincias, un municipio especial y 169 municipios, la radiodifusión sufrió una nueva transformación. Las emisoras provinciales, tal y como existen hoy, se desprendieron de la administración del ICRT (ya titulado así desde 1975, por unírsele los canales de televisión) para pasar a manos de los gobiernos locales, aunque el ICRT mantendría su capacidad "orientativa" y "metodológica".

A día de hoy (2006), existen en la Isla 88 emisoras, de ellas seis nacionales (Radio Rebelde, Radio Progreso, Radio Reloj, Radio Taíno, Radio Enciclopedia y CMBF), cuyos perfiles van desde el informativo hasta el musical, pasando por el eminentemente recreativo. El sistema nacional, con Radio Rebelde a la cabeza como voz principal del régimen, se escucha ampliamente en todo el territorio cubano, aunque cuenta con un modo de producción centralista. Su programación se produce en la capital en el 99,9% de los casos. Sólo en la década de los noventa desplegó una red de corresponsales en las cabeceras provinciales, cuya función es tributar a los servicios informativos. Pero la concepción de su programación, el personal, los estudios y la dirección nacen y mueren en La Habana.

La radio cubana actual, que se ufana de ser una de las primeras del continente (desde el punto de vista formal), es probablemente de las más atrasadas. Si bien es cierto que la imposibilidad de avanzar en los contenidos (por la propia dinámica de la censura), dio lugar a una ardua búsqueda en los aspectos formales, esto sólo ha servido para reafirmar su condición de museo internacional. La radio que hoy se hace en la Isla parece no haberse percatado de que en 1950 irrumpió en el país la televisión. El sistema productivo y la concepción de las programaciones responden a fórmulas de los años setenta, y la fragmentación y el abigarramiento sonoro forman parte de una estética radiofónica ya superada en otras regiones del mundo. En parte por el propio desarrollo del medio, en parte porque la radio ha debido adaptarse ante el impacto de las nuevas tecnologías y vehículos expresivos, dígase la televisión, el DVD, el mp3 y la Red de Redes, entre otros.

La tendencia internacional indica un claro aligeramiento, tanto de las franjas de programación como de los propios formatos, privilegiando la inmediatez informativa, la interactividad comunicador-oyente y cualquier otro aspecto ventajoso con respecto a la televisión. Embarcada en un control absoluto, e incapaz de abrir los

micrófonos a la gente común y provocar el debate, la radio cubana sigue apostando por el barroquismo, producciones enlatadas, pretendidos programas de radio-arte y por una guionización extrema que extermina el espíritu espontáneo del medio. Irónicamente, fue la radio principal del gobierno (Radio Rebelde) la que más intentó zafarse del esquema, en la década de los ochenta, poniendo de moda las revistas informativas de larga duración y los magazines variados especializados que cubrían grandes franjas. Actualmente se evidencian retrocesos. Por su parte, una emisora nacional como Radio Progreso no tienen nada que envidiarle a cualquier museo de la radio del mundo: su tipo de programación, tono, ritmo y espontaneidad viven aún enclaustrados en la década del cincuenta.

"La radio cubana sigue apostando por el barroquismo, producciones enlatadas, pretendidos programas de radio-arte y por una guionización extrema que extermina el espíritu espontáneo del medio."

El movimiento creador organizado alrededor de Radio Ciudad de La Habana, emisora de alcance provincial y destinada a los jóvenes, tuvo cierta importancia en la reanimación de conceptos en plena década de los ochenta. Muchos de sus artífices, hoy fuera de la Isla, se enfrentaron a la censura estatal hasta que la estación (por cansancio) pasó a ser una más de la lista. Por otra parte, los Talleres Nacionales de la Radio Joven "Antonio Lloga In Memoriam" (Santiago de Cuba), de los cuales fui director en el período entre 1996 y 2000, hicieron demasiado hincapié en la experimentación formal, quizás hasta rayar lo absurdamente ilegible, en un siglo XXI con otras urgencias en la radiodifusión. No obstante, en estos se notaba un espíritu ávido de transformación, de transgresión en los contenidos, que, sin embargo, no hallaba eco en las rutinas productivas de la radio cubana. Muchos de estos jóvenes abandonaron el país; otros dejaron atrás toda etapa de riesgo al aceptar puestos de dirección en los que la innovación se multiplicó por cero.

La radio que hoy se hace en Cuba es sui géneris. Es casi imposible que se desprenda del hecho musical si pretende ser escuchada. Estamos asistiendo, quizás como en muy escasos lugares, a un fenómeno de extrañamiento como respuesta lógica a la saturación política del medio. A diferencia de la radio cubana que se produce hoy

en la Florida, la de la Isla no puede dividirse fácilmente en musical (FM) y convencional-informativa (AM). Las cadenas, desde las locales hasta las nacionales, son profundamente heterogéneas e intercalan programas musicales, informativos y educacionales, todo aderezado con propaganda ideológica. Por otra parte, tanto para realizadores radiofónicos como para oyentes, la producción extranjera que se sintoniza en el país no constituye una referencia formal exacta, debido a las diferencias notables entre las propuestas de Onda Corta (radios públicas, por lo general), orientadas hacia una programación atípica no comercial.

"En este panorama no puede despreciarse el papel de las emisoras internacionales como único medio de información plural para los cubanos."

En este panorama no puede despreciarse el papel de las emisoras internacionales como único medio de información plural para los cubanos. Tanto las radios comerciales de la Florida (WQBA, Radio Mambí, La Poderosa, etc.), como el servicio del gobierno norteamericano (Radio Martí, VOA) y las radios extranjeras de Onda Corta (BBC, Radio Francia Internacional, Radio Exterior de España, Radio Netherland, etc.). Esto no significa que las emisoras controladas por el gobierno no sean escuchadas por la población. Todo lo contrario. Además de la "excepción musical" ya citada, la radio es el medio cubano con más tiempo dedicado al entretenimiento en general.

La televisión

Sólo en 2005, cuarenta y seis años después de la llegada de Castro al poder, Cuba pudo llegar a cuatro cadenas nacionales de televisión. Como en la radio, la Isla fue pionera en temas de cámaras y micrófonos. El 24 de octubre de 1950 sale al aire la primera señal de televisión. Según reconoce el propio gobierno actual, en 1958 el país contaba con 25 transmisores de televisión, con una potencia de 150,5 Kw, instalados en La Habana, Matanzas, Santa Clara, Ciego de Ávila, Camagüey, Holguín y Santiago de Cuba. El servicio estaba organizado en tres cadenas nacionales: CMQ Televisión, Unión Radio Televisión y Telemundo.

Después de la intervención de las estaciones de televisión, terminaría el proceso de innovación y liderazgo existente hasta enton-

ces. Un ejemplo lapidario lo hallamos en el *impasse* sufrido por la televisión en colores. Cuba fue el primer país latinoamericano en disfrutarla, y el segundo del mundo, según datos de la Organización de Estados Iberoamericanos (OIE). Sin embargo, después de su exitoso lanzamiento entre los años 1958 y 1959, el color no pudo desarrollarse integralmente hasta 1975. Todavía en 1980 algunos programas emitidos desde los estudios de la Televisión Cubana, eran en blanco y negro. Y en los canales provinciales de entonces (en Santiago de Cuba y Holguín), el blanco y negro compartió emisiones con los colores hasta terminar la década de los ochenta.

En el año 1968 se creó el canal Tele Rebelde, en Santiago de Cuba, y en 1976 el estudio regional de Holguín. En la década de los ochenta, el gobierno suprimió la "independencia" de Tele Rebelde y reconcentró las emisiones en la capital del país. Los canales de Holguín y Santiago de Cuba pasaron a ser telecentros locales, que a la vez sirvieron de antecedente para la creación de otros en Camagüey, Santa Clara, Pinar del Río y Guantánamo (este último orientado a "competir" con las emisiones televisivas en inglés provenientes de la base naval de Guantánamo).

Actualmente todas las provincias, incluyendo al municipio especial Isla de la Juventud, tienen estaciones locales de televisión que transmiten una media de dos horas diarias, con el resto del tiempo dedicado a repetir de la señal de Tele Rebelde. La programación es eminentemente informativa, sobre la que se ejerce una fuerte censura y control por parte de las autoridades locales del Partido Comunista.

No fue hasta 2002, cincuenta y dos años después de la aparición de la televisión en Cuba, que el gobierno de La Habana pudo igualar la cifra de tres canales existentes en 1959. El ICRT creó el Canal Educativo, supuestamente encaminado a contribuir a la instrucción de los ciudadanos. Luego, dos años más tarde, apareció el Canal Educativo 2, en la misma cuerda del anterior. La realidad de la televisión cubana hoy puede resumirse en pocas líneas: cuatro

cadenas nacionales —Cubavisión, Tele Rebelde, Canal Educativo 1 y Canal Educativo 2—; una cadena internacional (Cubavisión Internacional); 14 telecentros provinciales y, al menos, una decena de estudios de televisión en municipios importantes del país; además de una cadena provincial "especial" (Canal Habana, antiguamente denominado CHTV).

La calidad de formatos, programas, transmisiones, escenografías y demás aspectos técnico-artísticos no puede siquiera compararse con la otros países del Tercer Mundo. Debido a la férrea censura y al control gubernamental sobre el medio, Cuba ha salido ilesa del impacto de la llamada "telebasura"; aunque esa misma receta le ha valido para aislarse de las tendencias televisivas contemporáneas y de algo mucho más clamoroso: desde la llegada de Castro al poder, el nivel de la calidad televisiva bajó tanto que nunca más la Isla sirvió de referente latinoamericano e internacional en ningún otro aspecto de la televisión, como sí lo había constituido entre 1950 y 1959.

"Castro utiliza la televisión como nueva plataforma para dirigir el país. Ante las cámaras legisla, explica las leyes e informa las decisiones trascendentales."

Por otro lado, en la más reciente etapa del castrismo se ha evidenciado una nueva forma de ejercer la autoridad a través de la televisión. Los tiempos en que Fidel Castro recorría arengando campos y ciudades de Cuba, terminaron. Los congresos del Partido Comunista no se continuaron realizando (el último fue en 1997), el Comité Central del PCC no se reúne y los Consejos de Ministros no son públicos. Por tanto, Castro utiliza la televisión como nueva plataforma para dirigir el país. Ante las cámaras legisla, explica las leyes e informa las decisiones trascendentales. Nunca antes un Parlamento ficticio tuvo tan poca relevancia como ahora. La televisión, junto a Internet, es el nuevo juguete del Comandante.

Mirar hacia adelante

¿Qué le espera al periodismo cubano en los próximos años? Por lógica propia de la biología, Cuba se enfrentará próximamente a la desaparición de los líderes mesiánicos que iniciaron la revolución en 1959. La muerte de Fidel Castro no significará automáticamente el regreso de la Isla a la normalidad democrática y, por ende, a la plu-

ralidad de los medios de comunicación. Nada indica que el sucesor designado, Raúl Castro, pretenda suicidarse abriendo las llaves de la libre información. Un acontecimiento así contribuiría a revelar 47 años de absolutismo que pondrían contra las cuerdas a un líder con tantas responsabilidades, como su propio hermano, en la tragedia nacional. Si Raúl Castro desaparece del escenario político antes que Fidel y asume el poder alguno de los miembros reformistas del gobierno, podría dar inicio un largo proceso de apertura que, con buena suerte, voluntad de cambio y entorno favorable, culminaría en el restablecimiento de las libertades públicas, entre ellas la de prensa.

"Nunca antes un Parlamento ficticio tuvo tan poca relevancia como ahora. La televisión, junto a Internet, es el nuevo juguete del Comandante."

Después de 47 años de estatalización absoluta, deformación de los valores clásicos del periodismo, politización y manquedad de la formación universitaria al respecto, la reconstrucción del universo crítico de los ciudadanos y de la vida periodística nacional, no será un proceso breve ni expedito. Por un problema de justicia, lo razonable sería que en la mayor brevedad cualquier gobierno democrático futuro ofreciera la posibilidad, a los antiguos dueños o herederos, de recuperar los medios intervenidos, o al menos restituirles la titularidad sobre las marcas. Así como la articulación de un proyecto meditado para desmontar el gigantismo del sistema de medios de comunicación del Estado, sin que eso signifique el abandono del servicio público. No es muy viable que un país como Cuba tenga un diario oficial del gobierno, aunque sí alguna modesta cadena de televisión y radio —al estilo europeo o norteamericano— que garantice la transmisión de algunos valores muchas veces escasos en los medios comerciales y privados.

Hoy, 47 años después del no-periodismo cubano, en la Isla todo está por hacer: desde una inversión millonaria para recuperar el prestigio profesional de antaño, hasta la complicada reconversión de un lenguaje seriamente dañado por la epicidad revolucionaria y la megalomanía del régimen. Más allá del desafío tecnológico y del engrase del sistema productivo, pasar del léxico adjetivado de permanente estado de guerra y triunfalismo, al de la serenidad y crítica argumental, será la prueba de fuego de la vuelta al ruedo para la prensa cubana.

ARTÍCULOS

SIN AMO PERO SIN PATRIA

Rafael E. Saumell

El título de esta ponencia sale de unos versos escritos y publicados por José Martí en 1891. Por aquella época vivía como exiliado en Nueva York debido a sus actividades a favor de la independencia de Cuba, colonia de España: "Yo quiero, cuando me muera, /Sin patria, pero sin amo, /Tener en mi losa un ramo/De flores, -¡y una bandera!" (1977, 115). Al retocarlos y citarlos literalmente me meto en un problema que va más allá de mi biografía personal y política. El poeta de estos *Versos sencillos* [1] es el capital simbólico más fuerte del cual se valen varios grupos en pugna: el gobierno actual de mi país, al cual me opongo, y el de la disidencia y el exilio de los cuales formo parte.

Me explico. Desde 1953, Castro viene repitiendo que el autor intelectual de su revolución es Martí [2]. Dos prominentes intelectuales, Cintio Vitier y Roberto Fernández Retamar, por ejemplo, han elaborado ensayos para legitimar ese tipo de aserción política [3]. Carlos Ripoll, Enrico Mario Santí y, recientemente, Rafael Rojas desde la orilla de enfrente, cuestionan las lecturas de aquéllos [4].

A través de Martí se discute la idea de Cuba como nación independiente y democrática. Un tema común logra producir fragmentos diversos y muy antagónicos a quienes nos llamamos cubanos de adentro y de fuera del archipiélago. Los debates no tienen, no pueden tener lugar en el país reclamado, porque las autoridades sólo admiten la norma del partido único, la cual según Castro y sus exegetas oficiales, es heredera excluyente del Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí. El artículo cinco de la constitución vigente (1992) señala:

El Partido Comunista de Cuba, martiano y marxista-leninista, vanguardia organizada de la nación cubana, es la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado, que organiza y orienta los esfuerzos comunes hacia los altos fines de la construcción del socialismo y el avance hacia la sociedad comunista [5].

A comienzos de los sesenta, existió una organización opositora, por consiguiente ilegal, llamada la "Rosa blanca" como la de los *Versos sencillos* [6]. Durante los ochenta, conocí en la prisión al ingeniero Andrés Solares, condenado a ocho años de cárcel por tratar de crear una agrupación inspirada en las bases del Partido Revolucionario Cubano.

Por supuesto, la pugna no es por los versos. Sí puedo asegurar que casi todos mis compatriotas pueden recitarlos de memoria, sea en La Habana o Santiago de Cuba, Miami o Houston, Matanzas o Madrid. Constituyen el patrimonio común de los bandos en conflicto y el santo y seña de identidad del imaginario nacional de los de adentro y los de afuera. Algunos de ellos los escuchamos en la canción cubana más famosa, "Guajira guantanamera", por Joseíto Fernández y Celia Cruz, muertos en La Habana y en New Jersey, respectivamente. Por desgracia, la voz de Celia está prohibida en Cuba. El periódico *Granma*, Órgano Oficial del Comité Central del Partido Comunista, admitió en su obituario que fue una "importante intérprete cubana" y añadió: "Durante las últimas cuatro décadas se mantuvo sistemáticamente activa en las campañas contra la revolución Cubana generadas desde Estados Unidos, por lo que fue utilizada como ícono [sic] por el enclave contrarrevolucionario del Sur de la Florida" [7].

A estas alturas se habrá podido comprobar que también yo soy martiano pero de la tendencia Celia Cruz, es decir contrarrevolucionario. Al menos así pensaron los funcionarios de la policía secreta que me arrestaron y los cinco jueces que emitieron y fundamentaron la sentencia número diecinueve de 1982, causa sesenta y tres de 1981, por haber cometido, en opinión de ellos, Propaganda enemiga. Fui juzgado en la Sala de Delitos contra la Seguridad del Estado del Tribunal Popular Provincial de Ciudad de La Habana. El documento me define en los siguientes términos:

...elemento enemigo ideológicamente del Socialismo y del proceso revolucionario que vive nuestra patria... se dedicaba a escribir materiales de contenido contrarrevolucionario, vejaminosos y denigrantes contra figuras dirigentes del Estado y del Partido Comunista de Cuba, e incitan contra el orden social, la solidaridad internacional y el Estado Socialista... que le fueron ocupados en su domicilio el día 13 [en realidad el catorce] de octubre de mil novecientos ochenta y uno... que no se han probado otros hechos que, digo, ni que ocurrie-

ran en forma distinta a lo narrado... Fallamos: Se sanciona al acusado... como autor de un delito de Propaganda Enemiga, a CINCO AÑOS de Privación de Libertad...

Mientras redactaba el párrafo anterior me dije: "Bueno, quizás alguien se pregunte: ¿Y qué tiene que ver esto con Martí y el asunto del exilio?" Mucho, respondo. El preámbulo de la constitución cubana de 1976 contiene esta cita del poeta: "Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre" [8]. En 1870 fue condenado a seis años de presidio, con trabajos forzados, "por insulto a la escuadra de gastadores del batallón de Voluntarios primero de Ligeros" y "por sospechas de infidencia" [9]: "Voy a una casa inmensa en que me han dicho que es la vida expirar" (1960, 42-43). "El presidio mata lentamente, mata todos los días, mata a pedazos" (1983, 17) [10].

Yo, que estuve allí por cuatro y medio largos años, puedo atestiguar que Martí no exageró al expresarse de manera trágica. Además, reflexiono, "¿a qué Martí debemos acudir para justificar mi condena?" Para mí la respuesta resulta evidente: al construido por Castro y al explicado por Vitier y Fernández Retamar.

Al ingresar a la prisión, la persona entra en contacto con la primera forma de extrañamiento con respecto del país del cual ha sido expulsada. Unos pocos ensayistas han bautizado esa experiencia fabricando un neologismo, *insilio*, es decir, estar dentro del territorio pero en condición de excluido, perseguido, silenciado, encerrado, juzgado, demonizado, socialmente muerto [11]. Jorge Valls, quien pasó veinte años y cuarenta días detrás de los barrotes, ha explicado esta siniestra variante:

"Insilio, es decir, estar dentro del territorio pero en condición de excluido, perseguido, silenciado, encerrado, juzgado, demonizado, socialmente muerto."

Era la república de los presos... Éramos trogloditas desnudos en una caverna del siglo XX... Los presos a los que se separa del mundo, crean una cultura para ellos mismos, desarrollan un punto de vista propio... fue como abandonarnos al poder del espejo: nos convertimos en nuestro propio punto de referencia sin saber si "yo soy yo o soy el otro". Pasamos esos siete años [de 1970 a 1977] en un lugar

solitario, donde se nos aisló del resto del mundo excepto de nosotros mismos y de los guardianes" (1988, 47, 62 y 73) [12].

El aislamiento forzoso, en el interior del propio país, crea y refuerza la idea de que en Cuba coexisten dos naciones, una oficial que construye guarderías, escuelas, estadios deportivos, hospitales, corta cañas, baila, canta, produce azúcar, guerrilleros y gana medallas en los juegos olímpicos. A su lado, aunque en la oscuridad y la mudez del insilio, se halla la oficiosa, saturada de cárceles y de campos de trabajo, donde se llevan a cabo ejecuciones mediante pelotones de fusilamiento, donde la gente construye balsas para fugarse por el Estrecho de la Florida, o se esconde dentro de los trenes de aterrizaje de las aeronaves con el propósito de marcharse a velocidad supersónica, o se casa con turistas extranjeros poniendo en práctica el internacionalismo erótico, o reuniéndose en grupos disidentes. Hay dos naciones, dos zonas de la realidad. *Granma,* no se entera de la otra, no quiere ni reconocerla, ni hacerla pública, ni admitir la existencia obstinada de una otredad incómoda para el discurso del triunfalismo. Castro tiene muchos simpatizantes y militantes fuera de Cuba, incluso en la academia norteamericana, quienes siempre están prestos a denunciar al imperialismo norteamericano y a los "insiliados" y exiliados cubanos, a quienes nos presentan como lacayos de Washington. En muchos casos nos niegan el agua, la luz y la condición de exiliados, que rápidamente utilizan sólo para las víctimas de dictaduras de derecha. Al respecto, José Kozer ha declarado:

Nosotros como cubanos de fuera..., hemos tenido que estar a la defensiva muchísimo tiempo. Ésa es una categoría. Yo nunca estuve a la defensiva, pero participé de un exilio donde fui el gusano, el sicario, el de derecha, bueno, todas esas categorías que nos embutieron, madre mía y su madre a los que nos las embutieron... (2005, 79) [13].

Obviamente, Kozer está indignado y de ahí el exabrupto en la parte final de su declaración. Está reaccionando contra una discriminación implacable, practicada desde hace casi media centuria y por el hecho de que él y tantos más proceden de un lugar donde, supuestamente, ejerce su poderío una "dictadura del proletariado". Algunos "pichones de tirano", otra frase de Kozer en el texto, y para mostrar posturas izquierdistas, se dedican a injuriar a los cubanos de afuera y a meterlos a todos dentro de un mismo saco asfixiante. Ade-

más de hacer un papelazo, cometen un crimen inexcusable. El narrador húngaro Imre Kertész, Premio Nóbel de Literatura en 2002, quien estuvo preso en los campos de concentración nazi y vivió la experiencia del comunismo, ha dado sus opiniones sobre esta manipulación de los sufrimientos bajo sistemas represivos de diferentes pelajes políticos:

Ilustración: Maciñeiras

¿Estamos tasando si la ración de pan era más pequeña en Ravenbrück o en algún campo del Gulag? ¿Si los expertos en sadismo entendían más de tortura en la Casa de la Gestapo de Prinz Regentenstrase o en la cárcel Lubianska de Moscú? Sería una conversación demasiado triste y al mismo tiempo totalmente infructuosa [14].

En el verano de 1987 tuve en La Habana una interesante y aleccionadora conversación con el desaparecido periodista y escritor argentino Jacobo Timerman, ex-preso de las juntas militares. Escuché con pavor y rabia su terrible relato. Le conté el mío. Una vez que terminé dijo: "Nada, Rafael, no hay distinciones entre la policía que trabaja para una dictadura de derecha y la que lo hace para otra de izquierda. No se trata de profesiones distintas, sino de una idéntica infamia en ambos casos" [15].

Sin embargo, desde que salí de Cuba en 1988 no me he topado con muchos interlocutores como él, lo cual agrava mi condición de exiliado, pues muchos se resisten a creer los testimonios que les doy. Enseguida me repiten los cuentos del deporte, la salud pública, la educación, y el inminente desembarco en Cuba de tropas yanquis. Yo les replico apelando a ciertas interrogantes: "¿y el

desayuno y el almuerzo y la comida? ¿Y la imposibilidad de fundar partidos de oposición?; ¿y la ausencia de medios de comunicación independientes?; ¿y la carencia de empresas privadas que impide la independencia económica del ciudadano frente al Estado?; ¿y la potestad que se da el gobierno para decidir qué cubano sale de o entra a Cuba?"

Me he aburrido de esas conversaciones y polémicas, tanto como se decepcionó Martí ante la falta de apoyo a los esfuerzos independentistas de los cubanos en el siglo XIX, por parte de la mayoría de los gobiernos hispanoamericanos y del norteamericano. Casi nadie quiso ni quiere escucharnos. Pocos son los latinoamericanos y europeos occidentales que reciben sin sospecha ni mala fe a los disidentes de Cuba. Hasta he escuchado el siguiente consuelo: "Bueno, por lo menos estás vivo y saludable a pesar de la prisión. Además, ahora tienes un empleo universitario". ¿Se imaginan que alguien le hubiera dicho tamaña insensatez y estupidez a Castro después de ser excarcelado por Batista? ¿Cómo se habrían sentido los sobrevivientes de la Gestapo, de la KGB, de los Somoza, de Pinochet, de Mao, de Pol Pot, de Ceausescu, de Jaruzelski, de Duvalier, padre e hijo, de Trujillo y de Franco? ¿Puede alguien concebir cómo habría reaccionado Martí ante un comentario de tal naturaleza? Parecería que uno debe de estar agradecido al victimario por habernos respetado la existencia, a pesar de la injusta cárcel y las torturas, de obligarnos a ir al exilio por una temporada imprecisa, interminable y que para algunos ha sido definitiva como lo prueban los fallecimientos recientes de Celia Cruz, Guillermo Cabrera Infante y Antonio Benítez Rojo.

"Qué duros oficios los del insilio y del exilio, para parafrasear a Nazim Hikmet, sobre todo cuando se está casi huérfano de solidaridad."

Nicolás Guillén trazó en un par de poemas el perfil del exiliado antes y después de 1959. Primero cuando le tocó a él antes de que llegara el comandante en jefe: "Mi patria en el recuerdo/y yo en París clavado/como un blando murciélago./¡Quiero/el avión que me lleve, /con sus cuatro motores/y con un solo vuelo" [16]. ("Exilio", 1985, 19). Una vez instalado en el cargo de presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), cambió el tono triste y nostálgico por el del reproche contra quienes habían tomado el rumbo que antes él había cantado:

Tú que partiste de Cuba,/responde tú,/¿dónde hallarás verde y verde,/azul y azul,/palma y palma bajo el cielo?/Responde tú/... Tú que tu lengua olvidaste,/responde tú,/y en lengua extraña masticas/el güel y el yu,/¿cómo vivir puedes mudo?/Responde tú/... Ah desdichado, responde,/responde tú..." ("Responde tú...", 1985, 104-105).

Precisamente la mudez se pierde en el exilio, pues desaparecen el temor a la represión y al control policial sobre las palabras, pensadas o pronunciadas, escritas o por escribir. La literatura deja de ser un ejercicio exclusivamente mental para convertirse en grafía libre, con la única consecuencia de provocar indiferencia o aceptación entre los lectores, cuyo acto más agresivo, en un contexto democrático, consiste en abandonar la lectura de los libros y dejarlos caer como ladrillos. No obstante, en las dictaduras de derecha y de izquierda, el lector para-policial tiene prerrogativas sumamente peligrosas y dañinas para la salud de los escritores. Por ejemplo, la poeta María Elena Cruz Varela fue asaltada y agredida en su casa, en 1991, a raíz de haberse manifestado en contra del gobierno. Unas doscientas personas, incitadas por la policía, irrumpieron en su apartamento en La Habana, de donde la sacaron a la fuerza y la arrastraron por las escaleras mientras le gritaban: "¡Abajo los gusanos!" Se lanzaron disparos al aire. Luego le metieron en la boca papeles suyos mientras le decían: "¡Come, come tu cochina propaganda! ¡Que le sangre la boca, que le sangre!" Luego fue arrestada, enjuiciada y condenada a dos años de cárcel [17] (2001, 157).

Qué duros oficios los del insilio y del exilio, para parafrasear a Nazim Hikmet [18], sobre todo cuando se está casi huérfano de solidaridad. En su ensayo "Nuestra América y la crisis del latinoamericanismo", Santí aborda el asunto en la época de Martí y en la presente:

El hecho de que los contemporáneos iberoamericanos de José Martí nunca movieran un dedo para reconocer su derecho político a su país —como de hecho ocurre hoy cuando muchos de los descendientes de esos contemporáneos suyos le[s] niegan ese mismo derecho a cubanos exiliados, descendientes de Martí, a una tierra que no ha dejado de ser suya— no contribuye a hacer de esta recurrente situación algo justificado, racional, o deseado.

Sólo lo convierte en algo mucho más triste, mucho más trágico, mucho más patético [19].

---

[1] *Poesía Mayor* (La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1977).

[2] *La historia me absolverá* (La Habana: Ediciones Políticas, 1971).

[3] Cintio Vitier. "Martí y el desafío de los noventa". *La Gaceta de Cuba* (Septiembre-Octubre 1992: 19-21); Roberto Fernández Retamar. "Sobre la edición cubana de *Martí, el apóstol*". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. (19.37 (1993): 345-351).

[4] Carlos Ripoll. *José Martí, the United States and the Marxist Interpretation of Cuban History* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1984); *The Falsification of José Martí in Cuba*. Manuel A. Tellechea, Translator. (Pittsburgh, PA: U of Pittsburgh Press, 1994); Enrico Mario Santí. "José Martí y la Revolución Cubana". *Vuelta*. (11.121 (diciembre 1986): 23-27); Rafael Rojas. "Martí o la invención de Cuba". En *Repensando a Martí*. Uva de Aragón, editora. (Salamanca, España: Departamento de Ediciones y Publicaciones, 1998: 165-176).

[5] *Cuba: Constitución 1992*. http://catedras.fsoc.uba.ar/udishal/dt7/cuba_1992.htm

[6] "Cultivo una rosa blanca, /En julio como en enero, /Para el amigo sincero/Que me da su mano franca/Y para el cruel que me arranca/El corazón con que vivo, /Cardo ni oruga cultivo:/Cultivo una rosa blanca" (1977, 23)

[7] Jueves 17 de Julio de 2003. Año 7/Número 198. www.granma.cubaweb.cu/2003/07/17/cultura/articulo09.html

[8] *Constitución de la República de Cuba* (La Habana: Editora Política, 1981).

[9] Jorge Mañach (*José Martí*. Tomo I. La Habana: Ediciones Nuevo Mundo, 1960).

[10] Mercedes Santos Moray. (*Martí, amigo y compañero*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983).

[11] Ver Rafael Rojas. ("Insilio y exilio". *Isla sin fin*. Miami: Ediciones Universal, 1998: 167-187).

[12] *Veinte años y cuarenta días. Mi vida en una prisión cubana*. Traducción María Mercedes Lucini.

(Madrid: Ediciones Encuentro, 1988).

[13] *Una Cuba: cinco voces* (Buenos Aires, Argentina: Tsé Tsé y Centro Cultural de España en Bs.As., 2005).

[14] "Conferencia de Imre Kertész". http://www.bibliotecapiloto.gov.co/autor/nobel.htm

[15] Sobre su visita a Cuba consultar: *Cuba, hoy y después* (Barcelona: Muchnik Editores, 1990). Hay una edición en inglés: *Cuba: A Journey*. Translated by Toby Talbot (New York: Alfred A. Knopf, 1990).

[16] *La paloma del vuelo popular*. En *Obra poética*. Compilación, prólogo y notas por Ángel Augier. Ilustraciones del autor (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1985).

[17] Ver mi artículo "*El ángel agotado* y los demonios de la ira". *Círculo*, 2001, 157). 30 (2001): 153-161.

[18] Parafraseo el libro de Nazim Hikmet. *Duro oficio el exilio*. (Buenos Aires: Ediciones Lautaro, 1959).

[19] En *Repensando a Martí*. Uva de Aragón, editora. (Salamanca, España: Departamento de Ediciones y Publicaciones, 1998: 19-29).

TOCQUEVILLE O EMERSON

The old, iron-bound, feudal France was changed
into a young Ohio or New York
Emerson

Antonio Lastra

Alfonso Reyes comentó en sus *Retratos reales e imaginarios* que Chateaubriand hizo el viaje a América "en torno a su biblioteca". El autor de *Atala*, *René* o *El genio del cristianismo* había pasado, en realidad, seis meses en los Estados Unidos recién constituidos, entre julio y diciembre de 1791, en una emigración que tenía tanto de busca del "hombre de la naturaleza" (por encargo del señor de Malesherbes, editor de Jean-Jacques Rousseau y abogado de Luis XVI ante el tribunal que le condenaría por traición) como de huida de la Revolución francesa: "No eran los americanos —confesaría póstumamente Chateaubriand— lo que yo había ido a ver". En las obras mencionadas, y en muchos otros pasajes de sus libros, especialmente en las *Memorias de ultratumba* (de donde proviene la frase citada), Chateaubriand expondría lo que Reyes llamó "la verdad trascendental del viaje", una verdad política, sin embargo, más que poética, y que pondría de relieve el descubrimiento de un mundo que Alexis de Tocqueville, sobrino del escritor, llamaría equívocamente, una generación después, *La democracia en América*. "La América de Chateaubriand —dirá Reyes— es todo un criterio", y lo sería a pesar de su carácter aparentemente literario y, en ocasiones, deliberadamente fingido [1].

La América de Chateaubriand fue, sin duda, un criterio para el joven Tocqueville, que entre mayo de 1831 y febrero de 1832 viajaría a los Estados Unidos, en compañía de su amigo Gustave de Beaumont, con el propósito, en apariencia mucho menos incierto, de estudiar el sistema de las prisiones y su posible aplicación en Francia, pero con la misma angustia respecto al desarrollo revolucionario de los *évenéments* —una de las palabras clave de su vocabulario posterior— que, apenas unos meses antes de su partida, habían propiciado el cambio dinástico tras la abdicación de Carlos X, el último rey Borbón, y el coronamiento de Luis Felipe de Orleáns, el rey burgués [2].

"Por el momento —le confiará Tocqueville a su antiguo compañero del *lycée* Charles Stöffels, tras prestar el juramento de fidelidad al nuevo régimen, siguiendo el consejo de su padre, un destacado funcionario legitimista, que supervisaría luego la redacción de su libro—, quiero visitar Norteamérica y ver sobre el terreno qué gran república es, pero temo que, mientras esté allí, se establezca la república en Francia." Como había ocurrido treinta años atrás con el viaje de Chateaubriand, el de Tocqueville sería tanto un viaje oficial, ahora en busca del "hombre democrático", heredero del hombre natural rousseauniano, como una huida, en este caso hacia delante, del "advenimiento próximo, irresistible y universal de la democracia en el mundo", como escribiría retrospectivamente en el prefacio a la edición de 1848 de *La democracia en América*. La verdad trascendental del viaje era, en realidad, el temor, y podríamos preguntarnos con cierta legitimidad si alguna vez Chateaubriand y Tocqueville, que forman una especie de *continuum* en el romanticismo político francés —del viaje a América al ministerio de Asuntos Exteriores y el retiro profético—, estuvieron de verdad en los Estados Unidos y vieron en sus grandes hombres (en el presidente Washington, comparado con Cincinnato) o en sus pequeñas instituciones (los municipios y las asociaciones civiles) otra cosa que una imagen deformada por las revoluciones del antiguo esplendor de Francia. Un motivo de la historiografía posterior (con Eduard de Laboulaye a la cabeza) verá en los Estados Unidos el asilo de los ideales republicanos, con la Estatua de la Libertad iluminando al mundo... ¡y mirando a Francia! Con un lenguaje crudamente económico, James Bryce, embajador británico en Washington y otro de los viajeros a América, hablaría aún, en el mismo sentido, de la inversión europea de experiencia transatlántica ("the European investment of transatlantic experience"), pero los dividendos, por decirlo así, serían bastante escasos a principios del siglo XX, a punto de producirse la bancarrota de la civilización europea. El académico Marc Fumaroli, editor de las *Memorias de ultratumba*, tiene seguramente razón, por tanto, en la polémica póstuma con Paul Bénichou sobre *le sacre de l'ecrivain* en la sociedad nacida de la Revolución —un motivo que Tocqueville expondría desapasionada y extensamente en *El Antiguo Régimen y la Revolución*—, cuando afirma que fue Chateaubriand el que marcó la pauta inalterable (*Être Chateaubriand ou rien*, había dicho Victor Hugo), aunque esa pauta fuera eminentemente política: si, como opinaba Tocqueville, sólo había una revolución, "que

nuestros padres vieron comenzar y nosotros no veremos concluir", una sola Restauración sería su eterna contrapartida, y esa Restauración no sería sólo, como sostiene Fumaroli, una utopía literaria, al menos en la intención de sus autores. *La politique, hélas! voila notre misère*, acabará diciendo Alfred de Musset tras el golpe de Estado de Luis Bonaparte. Tocqueville se limitaría a obedecer fielmente a su *maître* más allá de la cuestión de oficio del estilo, desempeñada brillantemente en el primer capítulo, el más romántico, de hecho, de su libro sobre América [3]. Los "reformadores del siglo XVIII", los "hombres de letras", se habían convertido funestamente, en opinión de Tocqueville, en los verdaderos políticos y formado —como dirá en *El Antiguo Régimen y la Revolución*— "una raza que se ha perpetuado y extendido por todas las partes civilizadas de la tierra". En la medida, podríamos añadir, en que Rousseau fue el auténtico inspirador del romanticismo político francés por su reacción contra los *philosophes* y su aislamiento moral, habría que recordar la observación de lord Acton: "Lo que le dio a Rousseau un poder muy superior al que ningún escritor había alcanzado fue el progreso de los acontecimientos en América". Rousseau empezaría a escribir las *Ensoñaciones del paseante solitario* el mismo año en que se redactó la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Chateaubriand y Tocqueville serían rousseaunianos como escritores y pondrían en duda, como políticos, cualquier forma de progreso en los acontecimientos europeos [4].

Alexis de Tocqueville

Sería difícil, en cualquier caso, negar que *La democracia en América* ha tenido el destino que merecía como libro, y su inclusión o canonización en The Library of America, en una nueva traducción al inglés, refuerza considerablemente la *idée-mère* de Tocqueville hasta convertirla también, como la América de Chateaubriand, en un criterio, desde luego en el criterio que han seguido muchos otros viajeros —imaginarios o no— a los Estados Unidos, y condicionar el método y la opinión sobre la democracia en América (o en cualquier otra parte del mundo) que, en cierto modo, sigue imperando

en nuestros días [5]. Anthony Trollope, Charles Dickens y Oscar Wilde, los mencionados lord Acton y Bryce, Moisei Ostrogorsky o Max Weber, y una larga serie de pensadores franceses hasta Jean Baudrillard y Lévy, han partido la cáscara de nuez —tomando prestada la metáfora de Carl Schmitt— de la historiografía *in nuce* de la democracia y, en lo esencial, han compartido el temor de Tocqueville: el miedo, de hecho, ha sido la pasión moderna por antonomasia, y la ausencia de coraje o de valor, más que la insistentemente repetida ausencia de valoración en las ciencias sociales, ha forjado el carácter político occidental, sobre todo en Europa y en las últimas administraciones americanas. La obsesión estatal por la seguridad es la correspondencia actual de la *tranquilité* en la que se sumirían —durante la sucesión de restauraciones, repúblicas e imperios— los desgastados ideales revolucionarios de la *liberté*, *égalité* y *fraternité*. (Los franceses, observaría Emerson, cambiaban de constitución como de camisa: el viajero a Francia se veía obligado a "comer las flores de loto cada día y olvidar todos los libros". Teniendo en cuenta que Emerson definiría la revolución como la "domesticación gradual de la idea de cultura", es significativo que pensara que los franceses "no tenían vida doméstica". "No hay casas" en Francia, diría.) En nombre de todos, Schmitt se describiría a sí mismo como "Benito Cereno" —en alusión al magistral relato de Herman Melville—, de un modo que definiría muy bien a quienes, como Tocqueville, se sintieron, sin serlo, cautivos de las circunstancias: *Benito Cereno* narra, como es sabido, la vieja historia del verdugo (el capitán Cereno es traficante de esclavos) convertido en víctima propiciatoria [6]. En la única mención de su nombre en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* —que sigue siendo la mejor descripción de la época y de quienes participaron en ella—, Marx llamaría a Tocqueville "portavoz" (*Berichterstatter*, relator o informante, en alusión a su escaño en la Asamblea Nacional) [7]. *La democracia en América* era una reacción —Paul Groussac la llamaría "el *Telémaco* de la democracia—, y el hecho de que haya podido leerse como una profesión de fe liberal indica hasta qué punto es cierto lo que Emerson diría de la lectura: hay que ser un inventor para leer bien. Para escribir bien, por el contrario, es suficiente en ocasiones con ser un imitador. El procedimiento ideológico de Tocqueville era, de hecho, mimético, pero no reproducía la realidad, ni la naturaleza salvo de una manera *romantique*, sino un simulacro [8]. Theóphile Gautier, uno de los supervivientes del movimiento romántico, acabará com-

parando al escritor, con una imagen que tiene su propia historia entre las metáforas políticas, con el elefante y el hipopótamo, *de ma conviction couvert...* Era la única manera de caminar sin miedo por el desierto de la política, un desierto —no sólo el argelino, desde luego— que todos habían confundido con la paz.

Los libros tienen su destino, pero el destino no está necesariamente escrito en ellos. El destino de la democracia, en los Estados Unidos y en el resto del mundo, no lo está del todo, afortunadamente, en las páginas de *La democracia en América*. Usando los términos de Emerson, podríamos decir que la escritura de Tocqueville era retrospectiva, en lugar de prospectiva, y añadir, de acuerdo con uno de los postulados más exigentes del trascendentalismo, que no hay, como Tocqueville suponía o lamentaba que hubiera desaparecido (tácitamente en la mayoría de las ocasiones), un trasfondo adecuado para la vida de los hombres, un antiguo régimen de la vida política. Eso no quería decir —como se lee al final de *La democracia en América*— que el espíritu se viera obligado a caminar entre tinieblas por carecer para el futuro de la luz del pasado. Ese trasfondo no existiría aunque la representación política fuera perfecta, algo que la Constitución americana había previsto que no sucedería nunca cuando admitió la posibilidad misma de las enmiendas. El poder constituyente americano había sido reticente y no lo había dicho todo, de modo que le correspondería al arte de escribir posterior mejorar o trascender la Constitución o escritura original. Emerson, Thoreau, Nathaniel Hawthorne, Melville o Walt Whitman —los autores que el crítico Francis O. Matthiessen incluiría en su *American Renaissance*— mejorarían y trascenderían, en efecto, la Constitución o escritura original de los Estados Unidos y pondrían de relieve, a poco que hagamos un ejercicio de literatura comparada, las deficiencias fundamentales de *La democracia en América*, especialmente en la segunda parte, que empezaba con un capítulo dedicado a "La influencia de la democracia sobre la evolución de la inteligencia americana". Emerson diría que el fin más elevado del gobierno era la cultura: "Si los hombres —como preconizaría en su ensayo sobre 'Política'— pueden ser educados, las instituciones

"El procedimiento ideológico de Tocqueville era, de hecho, mimético, pero no reproducía la realidad, ni la naturaleza salvo de una manera romantique, sino un simulacro."

compartirán su mejora y el sentimiento moral escribirá la ley fundamental (*the law of the land*, la Constitución)". Chateaubriand aún había podido viajar alrededor de su biblioteca; a Tocqueville, sin embargo, ya no le sería posible hacerlo, y pese a los centenares de documentos que reuniría para escribir su libro, podríamos decir que no leyó lo suficiente o que podría haber leído mejor. Tocqueville no era un inventor, sino —tanto en la literatura como en la política— un "restaurador de lecturas", la figura que Emerson opondría al *American Scholar* en su famoso discurso de 1837, considerado desde entonces la Declaración de Independencia intelectual de América [9].

"Usando los términos de Emerson, podríamos decir que la escritura de Tocqueville era retrospectiva, en lugar de prospectiva."

Seymour Drescher ha distinguido entre "las dos *Democracias*", en referencia a las dos partes del libro de Tocqueville, publicadas respectivamente en 1835 y 1840, y James T. Schleifer entre "los dos viajes de Tocqueville", en referencia al viaje real a los Estados Unidos y la escritura de *La democracia en América* [10]. Una lectura liberal de Tocqueville —la lectura de los *lumpers* o estibadores, en la jerga de Drescher— no vería una disociación radical entre las distintas fases de la redacción de *La democracia en América* ni en su relación con las demás obras de Tocqueville, ni siquiera las póstumas, deliberadamente escritas para que no fueran leídas en vida del autor. Una lectura tal vez más atenta —la lectura de los *splitters* o partidores— descubriría, sin embargo, diferencias en la escritura tanto en *La democracia en América* en su conjunto como en su correspondencia con una obra posterior en la que América, precisamente en la medida en que el prestigio de Tocqueville aumentaba hasta convertirse en un criterio de apreciación, iba quedando, como escribe Schleifer, paulatinamente relegada ("America faded more and more into the background"). En 1855, Tocqueville decidió no darle a leer a su padre, que moriría al año siguiente, el primer volumen de *El Antiguo Régimen y la Revolución* y desdeñaría el consejo de Beaumont para llamarlo "Democracia y libertad en Francia".

El año decisivo había sido, sin duda, 1848 y el texto decisivo el prefacio que Tocqueville escribiría a la duodécima edición de *La democracia en América*. Tocqueville se convertía en esas páginas en el restaurador de la lectura de su libro, al mismo tiempo que trataba de

ser el artífice del éxito en la lucha política: "Volved a leerlo", decía, y al hacerlo, efectivamente, él mismo, Tocqueville insistía en la superioridad de los acontecimientos (*évenéments*) sobre el "poder de los hombres". Emerson diría, en la primera página de sus *Ensayos*, que no había historia, sino biografía ("This human mind wrote history, and this must read it"), pero Tocqueville eludiría las enseñanzas que para entonces (si no en la primera redacción de su libro) ya habría podido adquirir, y se decantaba por la autobiografía y la justificación profética. "Tras el combatiente —decía—, el legislador. Uno ha destruido, el otro pone los cimientos. A cada uno lo suyo." [11] Tocqueville se veía a sí mismo como el legislador de una república francesa "tranquila", "regular", "pacífica", "liberal", que "reconocería y consagraría los sagrados derechos de la propiedad y la familia". Si el papel que Tocqueville se reservaba y de cuyo simulacro acabaría siendo un mero portavoz tenía, como él mismo sabía, una impronta teatral, dirigida a presentarse a sí mismo ante el electorado censatario que le aseguraría el escaño en la Asamblea Nacional y ante sus propias filas como el ideólogo del nuevo régimen, su apretado resumen de las excelencias de la democracia en América durante los sesenta años de su existencia remedaba la historiografía a la que Sparks había sido tan aficionado: nada, en el paradigma americano que Tocqueville ofrecía de nuevo a Francia, podía dar a entender las profundas grietas en el aparato constitucional americano que causarían, en apenas una década, la Guerra Civil, y que observadores más sagaces, como lord Acton, habían entrevisto en el "reinado de Jackson" que Tocqueville había confundido con la democracia en América. "Allí —escribía Tocqueville, en una frase llena de ambigüedades e imprecisiones semánticas e históricas—, durante sesenta años, el principio de la soberanía popular que nosotros acabamos de entronizar ha reinado sin desafíos." Toda la obra política de Abraham Lincoln —que en 1848 se opondría a la guerra con México y a lo que Tocqueville llamaba el "firme crecimiento en población, territorio y riqueza"— consistiría en hacer frente al terrible desafío que la esclavitud suponía para la comprensión de la soberanía popular, un concepto que durante sesenta años había esgrimido, sobre todo, la "filosofía política del sur" y que John Calhoun

"Tocqueville no era un inventor, sino —tanto en la literatura como en la política— un 'restaurador de lecturas'."

—considerado a menudo el Tocqueville de Carolina— perfeccionaría como un arma que podía usarse en contra de la misma civilización americana: "Tocqueville, Calhoun, Mill y Laboulaye" es una filiación que, precisamente por ser de lord Acton, partidario del sur durante la Guerra Civil, no resulta tranquilizadora [12]. Los acontecimientos superarían muy pronto, sin embargo, el poder de predicción de Tocqueville. En uno de sus últimos discursos en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en abril de 1852, el autor de *La democracia en América* declararía incompatibles la ciencia política —la nueva ciencia política que había anunciado con entusiasmo a su vuelta de América— y la práctica del gobierno. En diciembre de ese mismo año, Luis Bonaparte se convirtió en Napoleón III y el Segundo Imperio sucedió a la República francesa.

Durante los acontecimientos revolucionarios de febrero de 1848, Tocqueville había recibido en su casa a Emerson, que le obsequiaría entonces con un ejemplar de los *Ensayos*. En su diario, Emerson anotaría su lectura de Tocqueville en 1841, a propósito de la expansión al oeste de la población americana, así como el encuentro con Tocqueville y su mujer —digno, sin duda, de una *Conversación imaginaria* de Landor—, y es significativo que retomara su lectura en 1862, en medio de la Guerra Civil, al mismo tiempo que seguía con atención la Proclama de Emancipación de Lincoln y mientras pronunciaba su extraordinaria serie de conferencias sobre la *Civilización americana* en Washington. Harold Bloom ha puesto de relieve hasta qué punto el concepto de "influencia" es decisivo para entender la escritura de la literatura americana, y la "influencia de la democracia" no sería en modo alguno desdeñable a la hora de comprender la influencia que el propio Emerson ejercería en Francia al mismo tiempo que recibía las profundas impresiones de la revolución de 1848 [13]. Emerson no sólo acudiría al salón de Mme. Tocqueville; también frecuentó los clubes socialistas, las barricadas y las conferencias de Jules Michelet, en cuyos escritos posteriores sobre la naturaleza es perceptible la su influencia. En la primera traducción francesa de Emerson, publicada en 1851 tal vez como una respuesta esotérica a la república de Luis Bonaparte —la nueva constitución aún no se había terminado de redactar y Tocqueville, en su retiro, escribía la tercera parte de los *Recuerdos*, donde dirá que "todo el mundo quería salir de la constitución"—, el autor era presentado sin otro título que el de "ciudadano americano" y, por primera vez en una lengua distinta a la inglesa, se hablaba de "filosofía americana" [14].

Emerson no sintió angustia alguna por la influencia francesa. En una conferencia que pronunciaría en repetidas ocasiones, pero que no llegó a publicar nunca, Emerson equipararía a Francia con la "urbanidad", pero su respuesta más clara se encontraría en la consideración de Napoleón como uno de los *Hombres representativos*. En las páginas dedicadas al "Hombre de mundo" Emerson expondría su propia teoría de la democracia, y es posible leerlas ahora en una especie de *agon* con *El Dieciocho Brumario* y, en la medida en que, con el nombre de Napoleón, Emerson se está refiriendo también, sin mencionarlo, al presidente Jakcson y a todo el periodo estudiado por Tocqueville, con *La democracia en América* y la democracia en América. Dos aspectos del texto emersoniano merecerían destacarse: la identificación de la democracia con el "trabajo vivo", en oposición a un "trabajo muerto" que no costaría nada identificar, por otra parte, con el "capital" marxista, y la recomendación de la "invención y el coraje" como actitudes propias de la vida en común que la democracia exige. Napoleón y Jackson habían traicionado la confianza en sí mismo que la democracia le daba al ser humano y se habían convertido en "impostores", apropiándose del único bien que, en opinión de Emerson, podía ser de provecho: aquel que sirviera a todos los hombres y pudiera saborearse con las puertas abiertas [15].

Ralph Waldo Emerson

Emerson es, como John Dewey diría, el filósofo de la democracia, y su tarea consistiría en devolverle al hombre común "todo aquello que, en nombre de la religión, la filosofía, el arte y la moralidad, había sido sustraído del bien común y apropiado para un uso sectario o clasista" [16]. En la época de los Estudios Culturales y de la globalización, la filosofía americana de Emerson puede ser leída, sin temor a incurrir en una *misreading*, con un propósito que no estaría lejos de lo que el mismo Emerson intentaba cuando empezó a escribir y anotó, en su diario, lo lejos que se encontraba de Europa y de todas sus formas políticas. La filosofía americana de Emerson —y lo más valioso que la filosofía americana contiene desde entonces— podía ser entendida, en efecto, como un modo de utilizar

todos los medios de la cultura alumbrados por Europa contra la propia civilización europea a la que Tocqueville servía de portavoz, pero hoy, seguramente, tendríamos que estar dispuestos a conceder que ese propósito emancipatorio ha de estar a disposición de muchos lectores, de todos los lectores que, en cualquier parte del mundo, encontrarán en el "ciudadano Emerson" lo que ya no podrían encontrar en el autor de *La democracia en América*: un educador, el *Erzieher.*

---

[1] Véase ALFONSO REYES, "Chateaubriand en América", en *Obras completas*, FCE, México, 1995, vol. III, pp. 426-433: "Hemos cerrado el estudio de la mentira en la América de Chateaubriand; de la mentira biográfica, práctica. Nos falta el estudio de la verdad: la verdad trascendental del viaje, su verdad poética". Chateaubriand murió, curiosamente, el 4 de julio de 1848.

[2] Véase ALEXIS DE TOCQUEVILLE y GUSTAVE DE BEAUMONT, *Del sistema penitenciario en Estados Unidos y su aplicación en Francia* (1833), ed. de J. M. Ros y J. Sauquillo, Tecnos, Madrid, 2005. Obra, sobre todo, de Beaumont, en la que Tocqueville intervendría con la mirada puesta ya en la redacción de *La democracia en América*, el *Sistema penitenciario* manifestaba, en realidad, la preocupación de los autores por "el estado de las cosas en Francia" (la monarquía constitucional de los *doctrinaires*, a la que ambos servían), y es interesante leerla ahora a la luz del desarrollo colonial francés y de la ambigua actitud de Tocqueville hacia el colonialismo (penitenciario o no penitenciario): "Nosotros —dirán Beaumont y Tocqueville en el último capítulo de su informe— no tenemos reparos en admitir que no logramos localizar en parte alguna el lugar del que Francia podría apropiarse". Tres años antes, sin embargo, una expedición francesa había conquistado Argel. Tocqueville había seguido entonces con interés el despliegue militar, en parte porque Louis de Kergorlay, compañero de infancia y pariente suyo, formaba parte de las tropas, y en parte porque Argelia constituiría desde ese momento y hasta el final de su vida una de sus preocupaciones políticas y económicas. Argelia —anotará en su diario— sería "la tierra prometida si no hubiera que arar con el fusil". En su *Travail sur l'Algerie* (redactado a la vuelta de su viaje a la colonia durante el verano de 1841, pero editado póstumamente en 1962, cuando Argelia declaraba su propia independencia), Tocqueville aprobaría sin reservas la colonización e incluso las *razzias* dirigidas a someter a la población árabe, si bien sus informes parlamentarios sobre la organización de la colonia contribuirían, en 1847, a la destitución del general Thomas-Robert Bugeaud, a quien Tocqueville había conocido personalmente en Argelia y que era el responsable de las masacres y de una pésima administración. Sobre la relación de Tocqueville con John Stuart Mill a propósito de lo que Karl Marx llamaría el "imperialismo recatado" de la burguesía francesa, véase MARIO PICCININI. "*The form of business.* Imaginario constitucional y gobierno de las colonias", en *La Torre del Virrey. Revista de Estudios Culturales*, número cero (L'Eliana, 2005/2006), pp. 28-40. A finales de 1848 —quince años después de la publicación del *Sistema penitenciario*—, Tocqueville formó parte de la comisión de la Asamblea Nacional que restableció el trabajo en las prisiones, en la que sería su última intervención en la cuestión.

[3] Merecería la pena comparar la escritura *romantique* de Tocqueville (en el sentido de las *Rêveries* de Rousseau y las grandes descripciones de Chateaubriand) con los libros de viajes de Henry David Thoreau, el discípulo de Emerson. Véase, por ejemplo, ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Quince días en las soledades americanas*, trad. de M. López Carrillo, Barataria, Barcelona, 2005.

[4] En "El poeta", con el que empezaba la segunda serie de los *Ensayos* en 1844, Emerson escribió: "El poeta es representativo. Se sitúa entre los hombres parciales [en representación del] hombre completo sin recomendarnos su riqueza (*wealth*), sino la riqueza común (*commonwealth*, la comunidad o república)... El poeta representa al hombre". Por la peculiar forma de escribir de Emerson, en la que la escritura se sucede a sí misma, hay que recordar que "El poeta" precedía a "Experiencia", el más importante de los *Ensayos* y probablemente el texto central de la literatura americana en lo que tiene de independencia de la historia conceptual europea. "Representativo", en efecto, es ya otra palabra, y las palabras —escribió performativamente Emerson— "son también acciones". (Véase RALPH WALDO EMERSON, *Essays and Lectures*, ed. by J. Porte, The Library of America, New York, 1994, pp. 448, 450.)

[5] ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Democracy in America*, ed. by O. Zunz and A. Goldhammer, trans. by A. Goldhammer, The Library of America, New York, 2004. La traducción se basa en el texto de la duodécima edición, de 1848, y tiene en cuenta las ediciones críticas de Eduardo Nolla (Vrin, París, 1990) y André Jardin, Jean-Claude Lamberti y James T. Schleifer (Gallimard, París, 1992). Remito siempre a esta edición. Tocqueville e Isaac Bashevis Singer son los únicos escritores en una lengua distinta al inglés (francés y yiddish, respectivamente) publicados en la prestigiosa colección auspiciada por el crítico Edmund Wilson. Véase BERNARD-HENRI LÉVY, *American Vertigo. Traveling America in the Footsteps of Tocqueville*, trans. by C. Mandell, Alfred A. Knopf, 2006. Aunque discute la recepción de *La democracia en América*, Lévy no pone en tela de juicio el prestigio de Tocqueville.

[6] Véase CARL SCHMITT, "Historiographia in nuce: Alexis de Tocqueville", en *Ex captivitate salus. Experiencias de los años 1945-1947*, Porto & Cía., Santiago de Compostela, 1960, pp. 29-37. Walter Savage Landor, que aborrecía —como le diría a Emerson— la democracia americana y sentía, como Alfieri, la nostalgia de la aristocracia veneciana, había escrito intempestivamente un siglo antes, en junio de 1847: "Los aduladores del poder odian siempre la fortuna adversa. Es probable que una mayoría de franceses, incluso de los que más vociferan a favor de una república, sea tan dócil al medio Napoleón como sus padres lo fueron al entero, y que el despotismo se ponga de moda dentro de unos meses como la democracia lo estuvo hace unos meses. Tal vez el señor de Tocqueville, un caballero, un estudioso, un hombre hasta ahora irreprochable, sea capaz de contener la inmunda corriente de la *Cloaca Maxima* en la que ha caído" (*Letters of Walter Savage Landor, Private and Public*, ed. by S. Wheeler, Duckworth & Co., London, 1899, p. 302). Probablemente Tocqueville se mostrara durante 1847 más activo que nunca en la política parlamentaria, pero su reacción a los acontecimientos de febrero de 1848 y toda su conducta posterior, hasta el golpe de Estado de Luis Bonaparte, no podrían interpretarse sino como las de quien se había hundido en la corriente: la oposición a la república, el apoyo al general Cavaignac (el "carnicero" de junio, antes y después de la represión de los *ateliers*), la aceptación del ministerio de Asuntos Exteriores bajo la presidencia de Luis Bonaparte... Véase ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *Discursos y escritos políticos*, ed. de A. Hermosa, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2005.

[7] Véase KARL MARX, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, ed. de R. Gª Cotarelo, trad. de A. Cuper, Espasa-Calpe, Madrid, 1985, p. 326. "La burguesía —escribía Marx en un pasaje clásico, convertido ahora en lema de los Estudios Culturales— tenía la conciencia exacta de que todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían en su contra, de que todos los medios de cultura alumbrados por ella se rebelaban contra su propia civilización [*da? alle Bildungsmittel, die sie erzeugt, gegen ihre eigne Zivilisation rebellierten*], de que todos los dioses que había creado la abandonaban" (p. 290). Marx escribía con la mirada puesta en los lectores americanos de habla alemana, y el texto se publicaría en el diario neoyorquino *Die Revolution* en 1852.

[8] Véase el siguiente pasaje de los *Recuerdos*: "En el curso de la revolución de febrero... no se encontró la verdad jamás. Nuestros franceses, sobre todo en París, gustan de mezclar los recuerdos de

la literatura y del teatro con sus manifestaciones más serias. Esto induce a pensar, muchas veces, que los sentimientos que muestran son falsos, cuando la verdad es que sólo están torpemente aderezados. Aquí, la imitación fue tan visible, que la terrible originalidad de los hechos quedó ocultada por ella... Siempre me pareció que de lo que se trataba era de representar la Revolución francesa, más que de continuarla" (*Recuerdos de la Revolución de 1848*, trad. de M. Suárez, Trotta, Madrid, 1994, p. 71). Todo el final de la primera parte los *Recuerdos* es, en sí mismo, una imitación de las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* de Edmund Burke, ¡hasta la sensiblería por la suerte de la princesa Amalia, trasunto de María Antonieta!

[9] Uno de los principales informantes de Tocqueville (en especial en lo relativo a los municipios de Nueva Inglaterra) fue Jared Sparks, un personaje controvertido de la historiografía americana, a quien se le reprocharía que alterase las fuentes (en el caso de las obras de Washington, por ejemplo). Su interés por las personalidades eminentes encontraría un eco polémico en los *Hombres representativos* de Emerson (que había descubierto las posibilidades democráticas del repertorio de Plutarco), pero ninguno en Tocqueville: "Les hommes son petits, mais les événéments sont grands". Es significativo que Henry Adams, que sucedería a Sparks en la *North American Review* y en las aulas de Historia de Harvard, y que, como Tocqueville, no tendría en cuenta el "renacimiento americano" —una falta de la que adolecen a posteriori los primeros capítulos, dedicados al "Intellect", de su propia *Historia de los Estados Unidos de América*—, no mencione nunca a su predecesor. En *La educación*, diría de Emerson que era *naïf*. Véase JAVIER ALCORIZA, *La experiencia americana. Un ensayo sobre Henry Adams*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005, pp. 133-160.

[10] Véase JAMES T. SCHLEIFER, *The Making of Tocqueville's Democracy in America*, Liberty Fund, Indianapolis, 2000[2], en especial el epílogo, "How Many Democracies?", a esta segunda edición.

[11] Uno de los "combatientes", en el lado opuesto al de Tocqueville y Cavaignac, había sido Charles Baudelaire. Traductor de Edgar Allan Poe (a quien Matthiesen excluiría del *Renacimiento americano*), Baudelaire —que pondría en circulación el término despectivo *américaniser*— acabaría siendo, durante el Segundo Imperio, un excelente lector de Emerson, sobre todo de *La conducta de la vida*. Véase DUDLEY M. MARCHI, "Baudelaire's America: Contrary Affinities", en *Yearbook of General and Comparative Literature*, Indiana University Press, Bloomington, 1999.

[12] Véase LORD ACTON, "Sir Erskine May's *Democracy in Europe*" y "Review of Bryce's *American Commonwealth*", en *Selected Writings of Lord Acton*, ed. by J. Rufus Fears, Liberty Fund, Indianapolis, 1985, vol. I, pp. 54-85, 395-405, pp. 79-80: "Puesto que la Revolución de Julio y la presidencia de Jackson dieron el impulso que ha logrado que la democracia prepondere, los escritores políticos más capaces, Tocqueville, Calhoun, Mill y Laboulaye, han formulado, en nombre de la libertad, una formidable acusación contra ella".

[13] Véanse HAROLD BLOOM, *A Map of Misreading*, with a new preface, Oxford University Press, Oxford, 2003, especialmente la tercera parte, y LARRY J. REYNOLDS, *European revolutions and the American Literary Renaissance*, Yale University Press, New Haven, 1999.

[14] RALPH EMERSON, *Essais de philosophie américaine*, traduits en français et précédés d'une introduction par Émile Montagut, Charpentier, Paris, 1851. Adam Mickiewicz y Edgar Quinet habían impartido ya lecciones sobre Emerson en el Collège de France desde 1841, a raíz de la publicación de la primera serie de los *Ensayos*.

[15] RALPH WALDO EMERSON, "Napoleon; or, the Man of the World", en *Representative Men* (1850), *Essays and Lectures*, pp. 727-745.

[16] Véanse JOHN DEWEY, "Emerson, the Philosopher of Democracy", en *The Middle Works*, ed. by J. A. Boydston, Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardville, 1988, vol. III, p. 3190, y ROBERT WEISBUCH, "Post-colonial Emerson and the Erasure of Europe", en The Cambridge Companion to Ralph Waldo Emerson, ed. by J. Porte and S. Morris, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 192-217.

XXX ANIVERSARIO DEL COMITÉ CUBANO PRO DERECHOS HUMANOS

*Adolfo Rivero Caro (*Fundador)

En este año se cumple el 30 aniversario de la creación del Comité Cubano Pro Derechos Humanos (CCPDH). La fecha invita a la reflexión. Hace 30 años, la URSS parecía hallarse en el apogeo de su poder. El triunfo del Vietcong en 1975 había puesto a toda Indochina del lado sino-soviético. Los Acuerdos de Helsinki de 1975 parecían consolidar la división de Europa. Tropas cubanas con ayuda soviética intervenían en la guerra civil de Angola convirtiendo el país en un satélite de la URSS. Una junta militar (Derg) había tomado el poder en Etiopía. Dos años después, tropas cubanas combatirían contra el ejército somalí en la provincia etíope de Ogaden para convertir a Etiopía en otro satélite soviético. A través de Cuba, la URSS conseguía una fuerte base operativa en África. El comunismo parecía una fuerza incontenible. Muchos intelectuales adoptaban la teoría de la convergencia en el convencimiento de que el socialismo era una tendencia mundial inevitable.

Doctora Marta Frayde

En 1975, los soviéticos y sus aliados aceptaron las proposiciones occidentales sobre derechos humanos incluidos en los Acuerdos de Helsinki porque estaban ansiosos por garantizar el reconocimiento internacional del status quo del este de Europa. Sin embargo, el Principio 7 del Acta Final establecía el "respeto por los derechos humanos y otras libertades fundamentales, incluyendo la libertad de pensamiento, conciencia, religión o creencia" como uno de los diez principios que regían las relaciones entre los países europeos. Esto no preocupaba excesivamente a los dirigen-

tes comunistas. En el Politburó soviético, Andrei Gromiko insistió en que el Principio 6, que se refería a la "no intervención en los asuntos internos", tenía igual fuerza que el de los derechos humanos. Gromiko tranquilizó al Politburó insistiendo en que, pese a cualquier presión internacional, "en nuestra propia casa nosotros somos los dueños".

"Esa oposición ha conquistado gran prestigio y reconocimiento internacional. Entre cuyas filas están Marta Beatriz Roque, Vladimiro Roca, Oswaldo Payá ... etc, etc representan el honor del pueblo cubano en su incansable lucha por la libertad."

Ciertamente, eso parecía en Cuba. Sin embargo, desafiando las circunstancias existentes, en 1976, Ricardo Bofill fundó el Comité Cubano Pro Derechos Humanos junto con la Dra. Marta Frayde y unos pocos amigos. A fines de ese mismo año la Dra. Frayde fue detenida, acusada de espía de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y condenada a 29 años de prisión. Sólo el valor y la integridad de la Dra. Frayde impidió que esa incipiente disidencia fuera a dar a la cárcel. Cuando salió de la cárcel, marchó al exilio y, desde España, sigue siendo, hasta el día de hoy, la gran dirigente femenina del Comité Cubano Pro Derechos Humanos. Posteriormente, Bofill logró establecer algunos contactos con embajadas y agencias de prensa para sacar denuncias de violaciones de derechos humanos al exterior pero era recibido con desconfianza y, en no pocas ocasiones, con franca hostilidad. No se trata de que el movimiento no estuviera financiado nunca desde el exterior ni de que nunca recibiera ni una aspirina sino que, muy por el contrario, inicialmente tuvo que enfrentar muchas burlas, muchas suspicacias y mucho escepticismo.

En abril de 1980, se desatan en Cuba los sucesos de la embajada del Perú que ponen de manifiesto la profunda impopularidad del régimen. Bofill, Elizardo Sánchez, Adolfo Rivero, Enrique Hernández y Edmigio López Castillo son encarcelados simultáneamente con diversos pretextos. En julio, en el otro extremo del mundo, estalla una huelga en Lublin, una ciudad polaca, desatando acontecimientos que llevaría a la fundación del sindicato Solidaridad, encabezado por Lech Walesa. En el Combinado del Este se amplían también los contactos entre estos activistas de

derechos humanos y varios integrantes del denominado presidio político histórico, entre ellos el ex comandante rebelde Ramón Guin Díaz, Alfredo Mustelier Nuevo, Ernesto Díaz Rodríguez y el ex combatiente del Moncada y expedicionario del Granma, Mario Chánez de Armas. Fue durante esa etapa cuando el CCPDH se nutrió con figuras políticas, intelectuales y simpatizantes de otras corrientes opositoras del país, como Gustavo y Sebastián Arcos Bergnes, Jesús Yánez Pelletier, Oscar Peña, Tania Díaz Castro, Samuel Martínez Lara, Reinaldo Bragado, Hiram Abí Cobas y Pablo Llabre, entre otros, al mismo tiempo que comenzaron a constituirse comités de apoyo en el exterior. La fundación de Radio Martí, en 1985, le abrió a la disidencia la posibilidad de comunicarse, aunque fuera indirectamente, con grandes masas del pueblo cubano.

"En este año se cumple el 30 aniversario de la creación del Comité Cubano Pro Derechos Humanos (CCPDH). La fecha invita a la reflexión."

Desde aquellos años, ya lejanos, el movimiento disidente ha crecido y se ha multiplicado en toda la isla. No se ha dividido, como afirman algunos. Una oposición masiva y nacional necesariamente tiene que ser diversa. Esa oposición ha conquistado gran prestigio y reconocimiento internacional. Hoy esa disidencia, entre cuyas filas están Martha Beatriz Roque, Vladimiro Roca, Oswaldo Payá ... etc, etc representa el honor del pueblo cubano en su incansable lucha por la libertad.

G. CAÍN – GCI: TRABAJOS DE AMOR POR EL CINE

Creo en el cine todopoderoso
G. Caín

Ángel Rodríguez Abad

En el otoño de 1997, muy poco antes de ser galardonado con el Premio Cervantes de ese año, Guillermo Cabrera Infante (Gibara, Cuba, 1929 - Londres, 2005) publicaba en Alfaguara un libro espléndido donde reunía sus escritos sobre cine recopilados a lo largo de bastantes años. *Cine o sardina* se ha convertido para el lector atraído por el arte más genuino del siglo recién terminado en un cautivador vademécum siempre propicio a ser frecuentado, consultado, listo para ser descubierto y recorrido. En uno de los ensayos allí recogidos, "La plus que noire", Cabrera realiza una ronda sagaz sobre el *film noir*, ese género norteamericano ensalzado por la crítica francesa de posguerra que se remitía a la llamada novela negra y que, a menudo, no se valoraba sino como una serie menor por los estudios cinematográficos. A esa Francia recién salida de la Ocupación llegaron "una plétora de películas que tenían en común una tiniebla fotográfica en blanco y negro y sus héroes eran casi siempre tenebrosos. Pero más negras eran sus heroínas". Van apareciendo entonces los títulos hoy ya aceptados como clásicos: *El halcón maltés, El cartero siempre llama dos veces, Perdición* (hecha por Billy Wilder y escrita por Raymond Chandler), *La jungla de asfalto* (con una casi debutante Marilyn Monroe); se mencionan también autores menos conocidos pero indispensables por su calidad, como Robert Siodmak, director de ese turbador díptico, *Los asesinos* y *El abrazo de la muerte*, que consolidó a Burt Lancaster en su trayectoria. En fin, analizando su querida tríada (literatura, *femme fatale*, cine), Cabrera llega hasta las décadas de los 80 y 90, con películas como *Los timadores, La última seducción* o *Pulp Fiction*. La mujer peligrosa, un ángel con un mensaje mortal, se despliega en su gozosa ficción; el ensayo se cierra con contundencia conceptista al afirmar certero cómo "el cine es otro nombre para el paraíso".

Si recordamos esa *summa* erótica que es *La Habana para un infante difunto* (1979), repararemos en un doble deslumbramiento, el

de la metrópolis de la capital como un cosmos en sí, y el del cine como un camino iniciático, como señala Rosa María Pereda en su atinada compilación alrededor de Cabrera *Mi música extremada* (1996). Ahí se nos desvela la constante obsesión en su obra por La Habana y la no menos imperecedera pasión por el cine. Humorísticamente, primero como lugar oscuro de escarceos sexuales. El hábito del mirón en la ciudad adapta su caza visual en la sala cerrada... para dejar paso a la fascinación absorta por lo que sucede en la pantalla. En conversación con la citada periodista, autora además de la primera monografía publicada en España sobre Cabrera Infante (Edaf, 1979), el escritor rememora: "Mi despertar a la sexualidad se originó en el cine, en un cine, y tuvo más que ver Bárbara Stanwyck en *Double Indemnity*, que no es doble ignominia, que la muchacha en tres dimensiones que tenía al lado. Mi escuela de amor tuvo su sede en el cine, los cines". Con el consiguiente giro poético que se evoca en *La Habana* donde el narrador, *voyeur* y tocador se delata en el cine "buscando el amor a oscuras como un iluminado". No olvidemos que la escritura de nuestro autor habla siempre de sí mismo con toda suerte de disfraces, y que su mirada desiderativa rapta e ingiere hasta conformar un juego vivificador que crea a través del lenguaje un universo autónomo pero ligado a su compositor, que se nutre de libros, películas, canciones hechas autobiografía. En conversación con el periodista cubano Jacobo Machover, en 1995, lo afirma explícito: "Yo lo que en realidad trato, por supuesto es terrible para los editores y para los libreros, es de desechar por completo el término de *novela* porque yo no escribo novelas. Yo escribo autobiografías en forma de ficción, donde los elementos autobiográficos están tratados también como otros elementos de la ficción".

"Cine o sardina *se ha convertido en un cautivador vademécum siempre propicio a ser frecuentado, consultado, listo para ser descubierto y recorrido."*

Es precisamente en una "Cronología", un ensayo de prosa biográfica que fue ampliando con los años, siempre bajo el rótulo —un guiño para cubanos leídos— de *Orígenes*, donde el ya habanero adoptivo se retrotrae a los primeros, y conflictivos, años 60, cuando comienza a ser visto como un exiliado interno, y refiriéndose al escritor de entonces atestigua: "Prepara un libro con sus críticas de cine y escribe para ellas un prólogo, un epílogo y un interludio, para con-

vertir a *Un oficio del siglo XX* en una pieza de ficción ligeramente subversiva. El libro se propone probar que la *única* forma en que un crítico puede sobrevivir en el comunismo es como ente de ficción". Su *alter ego* G. Caín había escrito durante la segunda mitad de los años 50 sus crónicas semanales en la revista *Carteles*, y luego también en 1959 y 60 en el diario *Revolución*, de cuyo suplemento cultural, el magazine *Lunes de Revolución*, Cabrera Infante fue director, hasta su defenestración y el cierre de aquella aventura que se confirmó imposible ante la rápida cerrazón censora del nuevo régimen. Aquellas crónicas fervorosas vendrían a alcanzar su lugar definitivo en un último refugio (como Bogart en *High Sierra*), un libro, configurado a comienzos de 1962 y publicado por Ediciones R en 1963. Dos años después, tras la muerte de su madre, Cabrera abandona Cuba para siempre como tantos otros creadores para, ay, nunca más volver. Con la parodia como manera de ver el mundo, y de escribirlo, él a partir de entonces cubano errante —afincado desde 1967 con su mujer e hijas en Londres— se identificará con el protagonista perseguido de *La invasión de los ladrones de cuerpos* (1956), que huye de Santa Mira... escapando de la invasión de las vainas políticas.

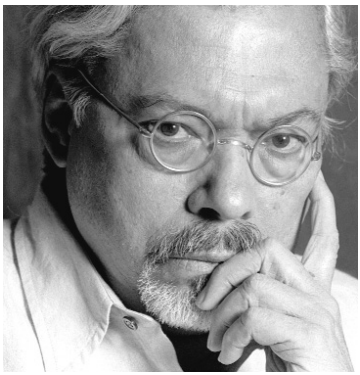
"Nos desvela la constante obsesión en su obra por La Habana y la no menos imperecedera pasión por el cine."

Un oficio del siglo XX se publicó en España por Seix Barral en 1973. Ha conocido alguna otra edición muy espaciada, y recientemente ha visto la luz de nuevo (Alfaguara, 2005) siendo el primer título en salir posterior al fallecimiento de su autor. Visto con la distancia de hoy en día, se nos muestra como uno de los grandes libros de Cabrera Infante. Lo irónico y lo lúdico caracterizan el oficio del cronista sabiamente contaminado de hacedor literario. En el "Réquiem por un alter ego" con que GCI cierra la selección de G. Caín, manifiesta que para éste el cine fue un evangelio, pues contenía su vida y su pasión y su muerte. El cine es elogiado como jardín de las delicias, y ello supone ya la declaración de una poética. El oficio del crítico permite "encontrar en la crítica de cine un hueco para ver la vida y, de paso, el cine". Por otra parte, las acusaciones contra GCI, inculpado como intelectual burgués, decadente y cosmopolita (véase al respecto ese delicioso relato que es *Delito por bailar el chachachá*), coinciden con las murmuraciones contra G. Caín por parte de la ortodoxia en ascenso. El GCI de 1962, en su *Oficio*, asevera respecto

a G. Caín: "Su gusto por lo hermético, su dificultad y en último término su barroquismo fueron no los defectos de una inteligencia petulante, sino los excesos de un espíritu de fineza: él quiso considerar a sus lectores como sus iguales". G. Caín había preferido armar un "tinglado de invenciones para deleitar", y su hermanamiento con las bibliografías fantásticas de Poe, Schwob o Borges adquiere la categoría del jugador que apuesta en pos de lo libérrimo de su creación. Contra la censura y el miedo esgrime su propia esgrima: "El cinismo es la esgrima del dandy". No es casualidad, pues, que tanto en *Un oficio* como en *Delito* aparezca reivindicado como adalid crítico el nombre de Cyril Connolly.

Ahora bien, si por algo destacan las crónicas reunidas por GCI de G. Caín, cainitas pero benditas, es por su aguda sabiduría cinematográfica aliada a un poderoso discernimiento a la hora de captar matices y de relacionar los hallazgos visuales de cualquier excelsa película degustada con el universo literario, que es el otro polo creador de este perpetuo ojo avizor. Así, la pasión shakespeariana de Orson Welles ("El creador más original, vigoroso y renovador del cine hablado norteamericano") impregna el melodrama gótico que es *Mr. Arkadin*, el perfecto espécimen de cine barroco de *El tercer hombre* o esa genial pesadilla, sombría y ominosa, descubierta en el mismo momento de su nacimiento como menospreciada serie B, llamada *Sed de mal*. Y, de otra forma, la escasa decena de páginas dedicadas en noviembre del 59 a la cumbre romántica del maestro Hitchcock, *Vértigo*, consiguen convertirse en una pequeña pieza maestra en sí misma (como puedan serlo algunas fábulas de Arreola o ciertas prosas apátridas de Ribeyro) que logra derivar desde el propio cine al territorio del *amour fou* a través de la *Aurelia* de Nerval, la *Nadja* de Breton o el mito de Orfeo y Eurídice. Sin olvidarse por ello de calibrar la sensualidad mórbida y decadente del iceberg Kim Novak o la perfección técnica de los créditos de Saul Bass, la banda sonora de Bernard Hermann o la fotografía en colores de Robert Burks. También G. Caín supo advertir el talento prometedor de un joven Stanley Kubrick con *The Killing* o cazar rarezas de Hollywood, como esa flor maldita, dalia negra de la

poesía macabra, *El beso mortal* de Robert Aldrich ("Una cinta torturada, dramáticamente retorcida y amenazadoramente monstruosa, como una gárgola proyectándose en la noche"). Asimismo, la perspicacia de la analogía atraviesa de manera fresca, atrevida y acertada los comentarios acerca de los géneros más diversos. *Ha nacido una estrella* es una tragedia con música interpolada que aproxima a Judy Garland y a James Mason al concepto wagneriano del drama musical; se rastrea el lirismo desesperado de Tennessee Williams en la neurótica *De repente, el último verano*; el *Moby Dick* de John Huston discurre hasta el de Melville y la comedia sofisticada de Billy Wilder hunde sus raíces en Lubitsch. *Bonjour tristesse*, en fin, otorga su lugar a la sensualidad, el *glamour*, las paradojas de Wilde y la tristeza de la sabiduría de la vida, fijada en el rostro conmovedor de Jean Seberg.



Guillermo Cabrera Infante

Por último, no podemos dejar de observar un saludable espíritu provocativo de época a la hora de llamar la atención sobre fenómenos nuevos que afectaban al cine de esos años, y que sólo mediante un ánimo joven y alerta podían subrayarse con adecuada vehemencia. Valgan un par de ejemplos. Uno, poner en su valioso sitio la labor transgresora del Buñuel mexicano, en esa ave rara que es *Nazarín*, o al definir con un trallazo la radicalidad de *Él* ("Un gran maestro toma a Freud por las barbas y le muestra el bien que puede hacer la paranoia"). Otro, quizá más íntimo: *Los 400 golpes* de Truffaut con su desoladora y delicada belleza; con la tenue poesía adolescente que el cronista concibe tan sugestiva como lo que significó *The catcher in the rye* de J. D. Salinger para la novela norteamericana. Recordemos igualmente que José Luis Guarner, refiriéndose al dúo G. Caín / GCI, lo relaciona con la tarea crítica de un André Bazin o un François Truffaut, que trasladaron al reino de la autoría creadora a los muy queridos por Cabrera, Welles o Hitchcock. En ese "recinto encantado que es un cine", al menos en aquella edad dorada ya perdida, caben tantas revelaciones. Traspasado el umbral de las maravillas, descorrida la cortina monumental, "aparecerá la blancura cetácea, increíble, inhumana de la pantalla". Sólo nos queda agradecer a Cabrera Infante el haber fundido el milagro del mejor cine con la euforia de la mejor literatura.

VINDICACIÓN DE LEZAMA LIMA

Ignacio T. Granados Herrera

Lezama Lima afirmaría alguna vez que nunca pretendió la organización definitiva y culminante de un sistema poético; lo que se ve, ya en el sólo hecho de que nunca presentó un tratado estético coherente y unitario, con una teoría racional, al modo clásico. No obstante, lo que también mostraría la respuesta, defensiva, es la mutua perplejidad entre el incomprendido y los incomprensivos, además de otras contradicciones; ya que la ausencia de ese tratado, en un autor tan prolífico y denso que puede resultar excesivo, no dejaría lugar a dudas sobre su inocencia. Las otras contradicciones, más propias de los incomprensivos, se referirían a esa persistencia en buscar una teoría donde el autor dice que no la hay; pues revela la intuición del público, que entrevé un sistema trascendente y total, y se resiente de que se le enseñe el dulce pero no se le regale, como si se tratara de una promesa incumplida. En ese sentido, y para mal o bien del autor y sus propias contradicciones, existen *Paradiso* y *Opiano Licario*; que siendo novelas, dejan claro que la trama es entre arquetipos, el Ser como Potencia y la Realidad en que éste puede culminarse como un Acto. Es decir, no existiría el tratado en los modos convencionales y escolásticos en que se espera conocer una teoría; pero sí existiría esa teoría, y tan organizada y culminante que alcanza el grado de figuración parabólica, logrando la narración mítica del drama ontológico, como el más descarado Homero.

La acusación más típica al autor es de culterano, arrogante, hermético, egocéntrico y autocomplaciente; pero de todos esos adjetivos, epítetos cabe decir, el único que tiene calidad estética es el de culterano, y los otros se reducirían al rosario de improperios que desata cualquier trasgresor de pacotilla. Aún, una vez aceptado el culteranismo lezamiano, se vuelve a la descalificación, acusándolo de inconsistente y encubridor de sus propias pifias en la descomunal ilustración de su verbo; pues, de cierto, pifias tiene, como aquella en que atribuye al de Tagaste una exhortación de San Pablo, al no relacionar la lectura vernácula de la Biblia con la cita latina del africano. Pero que su cultura es descomunal ya resulta obvio,

cuando puede usar el latinismo y le queda bien, y pocos lo descubren, tan alegres como mezquinos; y es que en ese sentido, la crítica de literatura no rebasaría en Cuba las fronteras altas de *El Juego de Abalorios*, que no es poco, aunque insuficiente como afán. Aquí es donde surgiría el problema, pues no se entiende que el análisis lezamiano no es racional y clásico, según esos modos del conocimiento por meros conceptos; sino que consecuente hasta lo último con su propuesta sobre el valor analógico de un conocimiento poético, más importa en él el imaginario que la imagen. Si bien es cierto que, comúnmente, donde él pone Agustín puede poner Tertuliano, eso se debería a que tanto el uno como el otro son estrictamente secundarios en su cita; y es memorable que pueda crear un sistema epistémico, donde la importancia, por fin, no resida en el significante sino en el significado. Ahora, contra lo que pretende la reductiva incomprensión, sí tiene sentido que cite a uno u a otro, a uno en vez de otro; aunque la relación entre significante y significado, aquí sea tan sutil que resulte inapreciable; de cualquier modo, además, donde él pone *atenagórica* no cabe *artemisia*, y donde pone *apolíneo* no cabe *marcial*, aunque sólo sea porque él lo hizo así y ha fijado un significante para el significado, que no es suyo.

Probablemente el mismo autor de *Paradiso* y *Opiano Licario* no sabría eso, ya que carece de referencias anteriores en su esfuerzo de inauguración; que como esfuerzo se frustra, pues sobrepasa la capacidad de una vida, dependiendo de la continuidad de una tradición, en que los posteriores pulan los un poco burdos primeros preceptos; tal y como, mucho antes, Plotino tradujera los principios platónicos para la posteridad cristiana, que los exhibe orgullosa de su herencia; y esa tradición no ocurre, quizás debido al anacronismo de su propósito, que es la cosmología como solución del conflicto aquel tan lejano ya de los universales. Doblemente desgraciado, por snob y por circunscribirse a la esfera nacional, el lezamismo se reduce a la *epaté* del culteranismo más o menos hermético, sin acceder a esas posibilidades epistémicas del culteranismo; y todavía, las conferencias y estudios de sus más cercanos se reducen al filón de su sexualidad, como que de dividendos se trata y de mediocridades, no de un sentido verdadero; y por eso el autor permanece aún, y puede que para siempre, como el enigmático Saturno tras sus anillos gaseosos, desconocido y desconcertante, aunque innegable.

Sobre todo, el culteranismo de Lezama no es snob, como sí lo es la secuela que deja, porque en su caso es funcional y rinde frutos en esa dirección; y la unidad de lenguaje y textura en toda su obra, como un cruzamiento de géneros, respondería a esta funcionalidad de su poética; que así, sienta su sentido estético y su afán abarcador, como una práctica madre del conocimiento, que es incomprensible porque como fenómeno es ajena a la estricta modernidad de las disciplinas y los géneros. Se habla aquí de cuando la historia no contradice o contradecía al mito, sino que sin el andamiaje de sus ciencias era comprendida por éste; y esa sería la razón de que no se pueda comprender al fenómeno de Lezama en su extemporaneidad, como una pirámide colosal que se resiste a las anotaciones del paleógrafo. Por su parte, una vez comprendido y no antes, se podrá estar en desacuerdo con su tesis; pero no se le puede negar la suficiencia con que llega a postularla, ya tan sólo en ese hurto finísimo y superior en que Fronesis desplaza a Cemí y pone fin a la epopeya. Nuevamente para desgracia del autor, es tan extemporáneo que en el anacronismo se hace hermético y descontextualizado; hasta tal punto que en su caso, y para más *inri*, signado por el *Boom* del *Realismo Mágico*, habría que hablar más bien de *Idealismo Mágico*; ya desde que no propone un sistema de categorías móviles ni una gramática del sujeto, como la otra excelencia de García Márquez, sino un pascaliano esquema de arquetipos fijos.

"La unidad de lenguaje y textura en toda su obra, como un cruzamiento de géneros, respondería a esta funcionalidad de su poética."

De hecho, dada su monumentalidad histórica, es común la comparación que lo contrasta con Octavio Paz, por sólo poner un ejemplo; pero no se tiene en cuenta que esa relación es tan insólita como la que puede haber entre un verso coránico y el color de los lagartos, que sólo el fantástico efecto mariposa podría explicar. Paz, casi descomunal y obviamente genial y sagaz, es sin embargo un crítico clásico que intuye las posibilidades gnoseológicas de lo poético; y con una prosa maravillosa, en que el culteranismo es convencional y contenido por racional, expone una teoría consecuente que se fatiga en la imposibilidad de culminar las intuiciones cartesianas o de Kant, por no hablar de las de Espinoza. No es

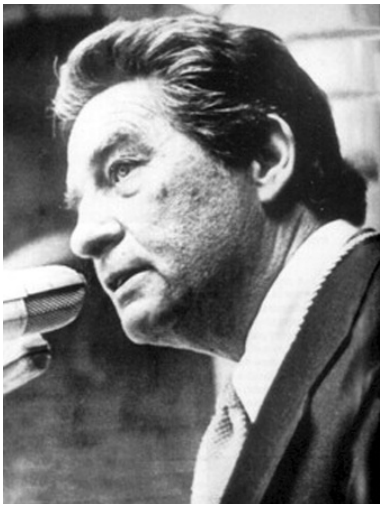
ese el caso de Lezama, que en vez de dialéctico es un teólogo y retiene para sí la originalidad junto a la suficiencia, no sólo esta última; porque si Octavio Paz es excelente y eficaz, no rebasa sin embargo los parámetros clásicos, y ha de detenerse ante las mismas contradicciones inauditas de los filósofos, lo que no es poco.

La universalidad de la *mexicanología* de Octavio Paz, incluso cuando analiza una institución de la prehistoria local, alcanzaría a inscribirlo en lo mejor de la crítica contemporánea, por poner un ejemplo más simple que el de sus mismos análisis estéticos; pero es justo esa excelencia que le permite relumbrar en el decadente academicismo postmoderno —porque ya la Modernidad se sienta, fatigada— lo que lo expone a la paradoja. Esta paradoja, consiste en la mediocridad como el índice de racionalidad insuperable, en que la sensibilidad cognitiva propia de una media es satisfecha; y carece así, la mediocridad, de las connotaciones peyorativas del juicio de valor, siempre excesivo, pues se trata sólo de una categoría estética. Pero es cierto que Lezama fuerza ese índice al transgredirlo, y pretende aunque inconsciente la totalidad del conocimiento puramente universal; ya porque comprende el valor excepcional y único de los fenómenos reales, que se amontonan al interior de los dilemas existenciales, y se niegan a la dicotomía de las dialécticas agotadoras.

"La diferencia de los modos críticos de Octavio Paz y Lezama es radical y típica, porque no es sólo funcional sino que sobre todo es estructural."

En todo caso, la diferencia de los modos críticos de Octavio Paz y Lezama es radical y típica, porque no es sólo funcional sino que sobre todo es estructural; es decir, Paz no supone un objeto trascendente y único en lo poético —o al menos tiene el pudor de no imponerlo—; y por eso se centra en el acercamiento mismo y particular a ese objeto, como el arquero Zen se desentiende del blanco y se concentra en la flecha; mientras, Lezama asume la existencia de ese objeto como incontestable, y se concentra en ésta, aunque para ello dependa de la misma fijación del Zen sobre la misma flecha. En ambos casos, la confusión sobreviene porque describen e interpretan la trayectoria de la saeta; pero mientras Paz extrae la posible existencia de ese objeto del análisis de las obras particulares, Lezama sólo recurre a esas obras particulares para demostrar la existencia ya asumida del blanco.

Los resultados son entonces confusos por la paradoja en que culminan, pues al menos en principio, mientras la crítica de Paz es positiva la de Lezama es negativa; eso, en tanto la crítica racional de Paz, consecuente con su carácter de hito de la modernidad, con mucho cuidado y muy secundariamente resulta apriorística; mientras la crítica de Lezama, sobreponiéndose a las exigencias racional-positivas del análisis moderno, es apriorística hasta cuando se pregunta sobre la capacidad de una obra para develar su objeto, examen del que depende que le conceda validez. Pero, ¡ojo!, no más se traspasan esos principios el juego torna sus fichas, lo blanco es negro y viceversa, y la crítica de Paz deviene negativa y la de Lezama positiva; porque en sus parámetros racionalistas, en que Paz sólo reconoce a lo poético la subjetividad —él, el poeta que soñara las estructuras más inteligentes—, todas sus afirmaciones estéticas convergen improbables en la relatividad del genio individual; cuando los parámetros apriorísticos de Lezama desdeñan esa insuficiencia que siempre limita al genio con la personalidad, y accede al valor propio de la obra; ¿conviene recordar aquello de la prioridad del significado sobre los significantes?, al menos en tanto el obeso juez habanero pueda comprender las obras, que ya es muchísimo mérito.



Octavio Paz

Respecto a Lezama, la insuficiencia de Octavio Paz residiría en el mismo dilema de la ambigüedad intelectual que signa a la Modernidad; que idealizará a la locura como recurso poético desde los románticos, y otorga licencia de corso a la poesía contemporánea con el subjetivismo. Vale preguntarse, ¿cómo explicar racionalmente lo que le es dado analógicamente, sin recurrir a esa metáfora falaz de una patología?; Lezama no lo soluciona, renuncia a la contienda, feliz con la supuesta gracia, y se hace incomprensible, pues opta por respetar la naturaleza de su intuición, aunque resulte más hermético de lo deseable. No es poca gloria, pues tiene *la dignidad de la poesía*, al no declararse loco y recordar que la cordura no se reduce a esa vulgaridad del cacareado sentido común; resalta así

como cualquier cosa menos el seguidor ilustre que es Octavio Paz, y se hace víctima para el sacrificio, que no hay dudas es tan cruento ahora como siempre.

No es entonces arrogante Lezama Lima, sino un apologeta que demuestra los enlaces internos en que se hipostasia la realidad, por más que su discurso sea tan inútil como el de Pablo de Tarso; pues como afirmara un poeta sobre el Cristo, *a nadie logra redimir de su banalidad* (Andrés Reinaldo), y la iluminación prueba su calidad cognitiva de experiencia individual e intransferible. Conste que, como se ha dicho ya, esa mediocridad se refiere a la convención que media en las tensiones intelectuales, para lograr un índice de racionalidad insuperable; es decir, para establecer la media en que se puede satisfacer la determinada capacidad de conocimiento de una sensibilidad dada y genérica, que así deviene en un índice de mediocridad intelectual. No es, pues, un juicio de valor sino una categoría estética, que permite la comprensión de los fenómenos intelectuales en su naturaleza cultural; pues se trata de una antropología del conocimiento, sin la cual los genios escapan a la comprensión y terminan en los *ritornellos* de siempre, la tan graciosa trasgresión.

"La iluminación prueba su calidad cognitiva de experiencia individual e intransferible."

Todo esto sólo se podría entender con la propuesta de Borges sobre los tipos de escritor, que se refiere al problema de las sensibilidades cognitivas; en que la comprensión del objeto no está garantizada nunca por la racionalidad del discurso, sino que depende de la capacidad específica y propia del sujeto; más sensible éste a lo ontológico o a lo histórico, como a los aspectos formales en que la realidad es comprensible por su reducción. Humberto Eco lo recrearía, en su devoción crítica por el ciego casi clérigo, al contraponer al bibliotecario de una abadía al fáustico renacentista Guillermo de Baskerville. En el caso del entorno intelectual de Lezama, la sensibilidad cultural, típicamente moderna, es más sensible a lo histórico, a lo anecdótico; incluso si de ello extrae máximas morales que le dan cierta textura ontologista, aunque difícilmente estética. Así, el mundo que rodeó a Lezama Lima se mueve entre las excelencias parecidas de Piñera y Cabrera Infante, en que hasta Carpentier cabe aunque sin que determine nada; y es claro entonces que al comparar la monumentalidad de Lezama se obvie su sen-

tido ontológico y se le refiera al canon clásico de la crítica moderna, que es histórico. Peor aún que todo eso, el mismo grupo que nucleó, Orígenes, tampoco fue receptivo a ese impulso óntico, sino que proveniente de la tradición modernista vagaba por la subjetividad de lo poético, sin concederle algún alcance lógico; cosa patente cuando, en un registro de sensibilidades temáticas, el único prójimo del de Trocadero, y eso mediando las más hondas distancias, es el tenue roce de Eliseo Diego, y sólo por cierta fijación simbólica. Vale aclarar, las poéticas del grupo Orígenes y la de Lezama sólo tienen una coincidencia aparente, en el imaginario católico; pero las del grupo en general todavía concluyen en el sentido histórico, en que pueden ser más o menos devocionales, pero nunca con verdaderas y profundas referencias ónticas; mientras la poética de Lezama Lima, aunque parta del mismo imaginario y lo explote, es tan poco devocional que por momentos resulta sacrílega; como un Orígenes verdadero, que medra entre los pobres católicos, temerosos de sus innegables impurezas y ambigüedades.

"La calma geográfica de Lezama, que incluso se reconciliaba con la mediocridad ambiental de su entorno, pudiera ser otro guiño revisionista y contestatario."

Por último, para agotarlo hasta en sus aristas y como ilustración de su tipología, Lezama no se interesó en recorrer el mundo como tampoco se interesaron los apologetas del Cristianismo, seducidos por la calma mística de los anacoretas; distintos en eso de los furibundos predicadores, a los que santos y vírgenes debían proveer piernas y lenguas de repuesto. Pero el alcance inteligente del acto de conocimiento reside en la capacidad de relacionar fenómenos y extraer conclusiones de ello; es probable entonces que hasta la medianía de Octavio Paz se deba a ese movimiento que expone al sujeto a un alud de información diversa y distrayente, como la que caracteriza a esta crisis neosofística en que decaen las artes y el pensamiento. Así, la calma geográfica de Lezama, que incluso se reconciliaba con la mediocridad ambiental de su entorno, pudiera ser otro guiño revisionista y contestatario; en definitiva, cuando Sócrates quiso conocerlo todo y se atrevió a la exposición suprema del oráculo, éste lo conminó tajante, *conócete a ti mismo*, le dijo imperturbable.

EL MOJITO VALENCIANO

Para Elías e Isabel

Fabio Murrieta

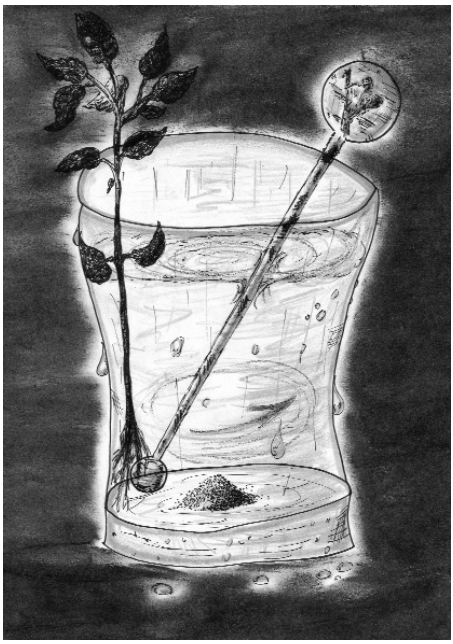


Ilustración: Norge Arvesú

Aunque no soy de los que pierde la cabeza por tomarse un batido de mamey, entiendo ese afán del emigrante cubano por reproducir con fidelidad su entorno y sus costumbres. El mundo está lleno de barrios étnicos como consecuencia de los grandes movimientos humanos que comenzaron en el siglo XIX. Intrincados, laberínticos y siempre fascinantes barrios populares donde se vive el arte callejero en su plenitud, donde es posible saludar y ensayar con los giros de la propia lengua, y donde la cocina tradicional se mezcla con la endémica alcanzando sabores y texturas de alto diseño. Inciden de tal manera sobre el comercio y la fisonomía de una ciudad, que ciudades como New York, Barcelona, Londres o París no podrían explicarse sin ellos. Y bueno, cómo no, los cubanos también tenemos esa fantástica recreación de provincia cubana que es Miami.

Chinos, colombianos, nigerianos, rusos, mexicanos y argentinos, todos juntos, han dado una lección de comercio a las grandes multinacionales, a fuerza de ingeniárselas para traer al por menor suculentos manjares y especias, que ya han comenzado a atender tímidamente en sus grandes superficies la demanda de estos productos porque saben que cuentan con consumidores mayormente fieles a sus tradiciones y a determinados hábitos. A cada rato, por ejemplo, me encanta sorprender a mi madre cuando al otro lado

del Atlántico me pregunta: hijo, qué has cenado, y yo le contesto, como si no me hubiese movido de su mesa: arroz con frijoles negros, bistec, yuca y platanito frito. Ah, y unos casquitos de guayaba con queso crema de postre.

El mojito es el cóctel que indudablemente identifica a los cubanos y no hay sitio donde no se nos pida la receta. Como el resto de nuestras tradiciones, no ha dejado de amoldarse a las circunstancias del exilio. Incluso en otras culturas lo han asumido y en vez de nuestro ron le añaden sus propias bebidas. No es la primera vez que se escucha a un cubano gritar desesperado: ¡¡¡yo pedí un mojito y eso que usted me ha servido se llama caipiriña...!!!

"El mojito es el cóctel que indudablemente identifica a los cubanos y no hay sitio donde no se nos pida la receta."

Pero fue en Valencia, en casa de un amigo, más cubano que las palmas, como se suele decir, donde me tomé lo que allí mismo bautizamos como el "mojito valenciano", porque la receta merecía origen y nombre.

Yo iba preparado, como siempre, para dar mi lección académica de cómo se prepara un buen mojito, harto de tanta limonada barata con la que han intentado engañarme en más de una ocasión, sobre todo en locales que pretenden atraer al que imaginan con la nostalgia en el bolsillo. Iba presto a demostrar la clave del efecto de los cristales del azúcar sobre el tallo de la hierba buena, de cómo sostener la virtuosa planta para que no se le dañaran las hojas; de cómo respetar el orden de los ingredientes, que no debe ser alterado, siguiendo la medida exacta de cada componente, cuando ante el temor de una profanación frente a mis ojos salto y grito: ¡pero eso no es hierba buena, sino flor de España! Y sin saberlo, como esos hechos accidentales y fortuitos que luego terminan conduciendo al verdadero descubrimiento, ahí estaba ante mí el secreto de lo que más tarde se me reveló: Mi amigo, saltándose a la torera todas las normas y medidas, me tranquilizaba parodiando aquellos versos de Rodrigo Caro: "¡Esto, Fabio, ay dolor, que ves ahora!", hay que hacerlo sin medida, a ojo de buen cubero, como se hacía antiguamente en el reino, que no entendían de sistemas métricos, sino que todo se preparaba por el tamaño de las cubas: Hierba buena es, pero de monte, más intensa y tan verde como la que nosotros llamamos flor de España, y que en Cuba utilizan para los males del estómago.

Lo primero es extraerle todo el zumo, y para ello ni cucharillas ni maceradores especiales, sino nada como la mano enorme de un buen mortero, que deje trituradas hasta las hojas, y con eso te digo que lo de salvar las hojas me parece sólo un toque decorativo, y muy femenino, por cierto. Luego el chorro de todo un limón, y no de medio. Una cucharada grande de azúcar, mucho pero mucho hielo, bien picado, y por último el ron, generoso, de tres años, hasta casi llenar el vaso, y sólo un poquito, pero un poquito, de agua con gas.

Como receta mágica, hasta este momento sólo me parecía digna de recordar aquella que Gastón Baquero dicta a Oscar Wilde, y que éste a su vez devela a Tolousse-Lautrec, recordando la bebida que por lo visto todos habían disfrutado en casa de la divina Sarah..., pero yo juro que éste, si no es el mejor de los que me he tomado, es el que con más ganas he visto hacer...

¡Se buscan autores!

Si has publicado algún libro desde 1990 como autor único o en colaboración, puedes tener en CEDRO derechos pendientes de cobro.

Infórmate
Tel. 91 308 09 64
autores@cedro.org
www.cedro.org

CEDRO
CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS

EL FLORECER DE VERSOS EN LA PROSA DE MARTÍ

Luis Mario

El 12 de noviembre de 1888, desde Valparaíso, Rubén Darío le dice en una carta [1] al poeta chileno Pedro Nolasco Préndez: "Todos estamos de acuerdo en que los versos que se hacen prosa pierden; como toda prosa que se pone en verso, tomando gallardías y alientos nuevos y propios, gana. ¡Si yo pudiera hacer verso las grandezas luminosas de Martí!, o ¡si Martí pudiera escribir su prosa en verso!" Tenía Darío 21 años de edad cuando escribió esa carta, una de las mejores y más agudas que salió de su pluma. Tres años y quince días después de esa afirmación de Darío, el 27 de noviembre de 1891, el Liceo Cubano en Tampa organizó una velada homenaje de la Convención Cubana a los ocho estudiantes de Medicina, fusilados en La Habana veinte años atrás, y el discurso central del acto fue pronunciado por José Martí.

Aquel discurso, conocido como el de "Los Pinos Nuevos", debido a su final tocado de inusitado esplendor, conserva un ritmo interno que no sólo se resuelve en bellísimas imágenes poéticas, sino también en la convergencia de versos endecasilábicos, en los que refulge la presencia furtiva, acaso latente del poeta. Encontré en ese discurso 46 versos endecasílabos, pero no líneas inocuas que pueden detectarse dentro de cualquier texto en prosa, sino versos definitivos que enarbolan ideas completas o se entrelazan con ellas. Los textos martianos tienen esa característica que en "los pinos nuevos" fue hidalga recreación lírica. Por eso vale la pena recordar la observación de Darío de que "toda prosa que se pone en verso, tomando gallardías y alientos nuevos y propios, gana". Habló el poeta nicaragüense de largo índice y largo alcance crítico, y respondió el poeta cubano de ancha frente y anchos sueños. Por supuesto que Martí nada sabía de aquella carta de Darío, pero con su discurso le dio la razón al corifeo del Modernismo.

El taquígrafo Francisco María González recogió para la posteridad la pieza oratoria martiana, y el poeta que vibró aquella noche al conjuro de los muertos de su patria, explicó la diferencia de la lucha por amor y no por odio. Ratificó no sólo cuán terrible es la muerte, sino también cuán necesaria es. Por eso el poeta no fue a Tampa a lamentarla, sino a decir que creía en ella "como la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida".

Para identificar académicamente los versos martianos desperdigados en su discurso en prosa, acudo a los estudios de Tomás Navarro Tomás sobre las distintas clases de endecasílabos, que de ser incluidas aquí, individualmente, harían muy densa esta lectura. Sólo basta informar que entre los 46 endecasílabos martianos, hay 2 provenzales, 4 sáficos y 2 sáficos adónicos además de 4 yámbicos enfáticos, 12 heroicos, 14 melódicos y 8 simplemente yámbicos.

"El Apóstol dejó bien sentado que la suya era una lucha del que ama a su patria sin odiar la patria ajena."

El burgués gentilhombre de Moliére [2], que descubrió ya viejo que se había pasado toda su vida hablando en prosa sin saberlo, se hubiera sentido muy desorientado ante el discurso de Martí, en el que frecuentemente la prosa era invadida por el verso, ya desde el principio, cuando empieza pidiendo silencio respetuoso, y evoca a los ocho estudiantes mártires que:

[Con la luz de su muerte señalaron
a la piedad humana soñolienta].

He ahí los dos primeros versos pareados, música del verbo, en los que de inmediato se nota el lenguaje insustituible de la Poesía. Después pide luto a su pensamiento:

[Para las frases breves que se esperan
del viajero que viene a estas palabras].

Se había anticipado que este discurso de Martí no sería extenso, y él lo ratificó dándole a su expresión esa forma de hablar indirecta, que es un atenuante de la prosa radical, cuando se presenta a sí mismo como "del viajero que viene a estas palabras". Es decir: las palabras no vienen del viajero, sino todo lo contrario, y ya desde entonces admite que él es solamente el instrumento, el eco, el escogido por otras voces interiores que se sabe a dónde van, pero no de dónde vienen. En comparación con otros, el discurso fue verdaderamente breve, pero también muy significativo cuando alega que: [El pensamiento se me niega al luto].

No es el momento de llorar ni de quejarse. Ya lo había manifestado: "El silencio es el pudor de los grandes caracteres; la queja es una prostitución del carácter". Es la misma actitud que ve en los exiliados, en los que no advierte ira ni llanto, y así lo manifiesta en otros pareados:

[Ni manos suplicantes las que veo
ni cabezas caídas las que escuchan].

Aquello era sólo el principio, porque entusiasmado, negándose a lamentar la muerte, Martí pronuncia de repente una estrofa tetrástica, los únicos cuatro versos consecutivos que hacen florecer la prosa de un discurso en el que abundan las sorpresas. Son tañidos de campana como un triunfo de orquestación verbal:

[La mañana después de la tormenta,
por la cuenca del árbol desraigado
echa la tierra fuente de frescura,
y es más alegre el verde de los árboles].

Podría afirmarse que, por primera vez en idioma español, en un discurso improvisado, irrumpían consecutivamente cuatro versos endecasílabos. De esa manera la prosa poética se transforma directamente en Poesía. El artista de la palabra improvisada, como Beethoven, llevaba la música por dentro. Después sigue derrochando optimismo como un ruiseñor cervantino, cuando repara en las banderas en el aire, y afirma con otros dos versos pareados que, "con alegría titánica":

[El cielo es un dosel de gloria azul
y se inundan los pechos de los hombres].

Pero Martí dice más, cuando pone a la virtud a brotar de las tumbas, y las presenta: [Como los vahos del amanecer], expresando ideas que se apoyan en símiles, metáforas, imágenes y, en su concepto, de esa manera enriquecida de originalidad, dice con otro endecasílabo: [Se va tejiendo el alma de la patria].

El Apóstol no quiere abrumar a los cubanos exiliados con lo que él llama frases espantosas, algo en lo que: [La palabra viril no se complace], y sabiendo que la tarea que emprende está robustecida de amor, pero al mismo tiempo temiendo la mala cosecha que producen las siembras odiosas del mal, reconoce muy a su pesar que el rencor es [Lo que mueve las almas de los hombres], pero él se niega a tomar como escudos del combate a los ocho estudiantes de Medicina fusilados.

De hacerlo así, sería: [Avivar en un haz de niños muertos] lo que él califica como "los crímenes del mundo". La muerte de los estudiantes había sido uno de los mayores errores del Gobierno español en la isla.

Fueron ocho inocentes que cayeron, sí, pero Martí aclara que: [Cayeron por la ley del sacrificio], y alega, además, que subieron sonriendo ejemplarmente: [De la vida común al heroísmo].

El extraordinario comunicador que fue Martí indaga con otro pareado por quién es el primero que se sacrifica:

[Cuando el tambor de muerte redoblaba
y se oía el olear de los sollozos...]

La idea es clarísima. Los estudiantes caminan hacia el paredón de fusilamiento con la tétrica música de fondo de un clamor de tambores lúgubres, mientras el llanto se desborda como un estremecimiento, y el conferenciante acude a la imagen no por pictórica menos triste, cuando compara aquellas lágrimas con un "olear de sollozos".

Después recalca la juventud de los ocho mártires con otro verso que retrata magistralmente a los estudiantes: [El bozo en flor y el pájaro en el alma].

Es imprescindible detenerse en ese verso, que es uno de los endecasílabos yámbicos que predominan en todo el discurso. Hay que saborear la exactitud plástica que da la imagen juvenil de aquellas caras en las que empiezan a asomar las primeras sombras del bigote: "El bozo en flor", y al mismo tiempo describir la sempiterna alegría de la juventud, cuando el corazón canta y la risa viene acompañada de un solfeo celeste. Es algo así como llevar, al decir de Martí, "el pájaro en el alma". Si "el bozo en flor" es la materia en el espíritu, "el pájaro en el alma" es el espíritu en la materia. Y todo expresado en un solo verso, expresión descriptiva de máxima eficacia poética dentro de la prosa de su discurso.

Entonces, acudiendo de nuevo al recurso de los pareados, advierte que otro de los estudiantes, que se nos presenta como el más valiente de todos, marchaba:

[A la cabeza de la procesión
era el niño travieso y casquivano].

En esta ocasión no dice "estaba el niño travieso y casquivano", que sería una línea en prosa, y utiliza el verbo ser, desarrollando la idea en otro verso endecasílabo. Realmente era uno de los niños, de 16 años, que iba delante, sonriendo, a enfrentarse a los fusiles, y lo compara con los futuros mártires de la patria porque: [Así en los alzamientos por venir], Martí sabía que se nutrirían finalmente los ejércitos de la libertad.

Pero el tema del discurso no está circunscrito solamente a los ocho fusilados. Martí menciona los horrores del presidio político, del cual él también había sido un niño víctima. Y tratando de ser lo menos cáustico posible, interroga: [En el silencio del Madrid dormido], a los estudiantes que sobrevivieron para seguir: [El padrón de vergüenza nacional].

La capital española sigue acicateando su imaginación, y parece aludir a un incidente vivido por él cuando recuerda en tres versos consecutivos que:

[Un día de verano madrileño,
cuando al calce de un hombre seco y lívido,
de barba y alma ralas, muy cruzado],

según Martí, iba un niño febril que gritaba "¡Infame, infame!" Pero el orador que había acudido al llamado de Tampa no fue un predicador del encono ni un abanderado del resentimiento. Por eso preparó la batalla bélica, la tremenda lucha por la independencia, y la bautizó con justicia como "la guerra necesaria". También por eso dice: [Recordaré al magnánimo español]. Sí, recuerda a ese español magnánimo a quien considera huésped de los hogares en la isla, y pide para él las flores piadosas de la mujer cubana.

Entonces el orador inmenso afronta el reto de describir la exhumación de los ocho cadáveres, con palabras de gratitud para quien conservó aquel sarcófago, y depositó sus lágrimas sobre las osamentas en un ataúd de plomo. Y ese personaje anónimo, [Cuando sacó sus brazos de la fosa], todavía en ese instante de infinita angustia, no hay rencor en las palabras del maestro, y exclama que el sol no dejará de estar jamás: [Sobre el sublime vengador sin ira].

La dureza del sustantivo vengador se suaviza con el adjetivo sublime, y va más lejos cuando añade "sin ira". El Apóstol dejó bien sentado que la suya era una lucha del que ama a su patria sin odiar la patria ajena.

Hay un verso que Martí repite, cuando aboga por sacudir al mundo con el horror extremo: [De la inhumanidad y la codicia], que lo emplea también, de inmediato, para censurar el crimen de los estudiantes. Él cree en el pueblo cubano, tiene fe, por eso lo considera: [En apariencia indiferente y frívolo], -sólo en apariencia- y no se le escapa que los ocho mártires pudieron haber salido del aula con una sonrisa: [O pensando en la novia y el pie breve], para entrar "a paso firme... en la muerte bárbara". Pero confía que los propios hermanos de los fusilados:

[Mañana como hoy en el destierro
irán a poner flores en la tierra],

o sea, en la tierra que ya conquistó la libertad, "ante el monumento del perdón".

A esta altura del discurso, se imponía un cierre espectacular. La imagen la recogieron sus ojos en las cercanías de Tampa, y él lo confiesa noblemente, porque: [Cuando venía por la tarde hosca], y nota que: [Era el paisaje húmedo y negruzco], y que corre: [Turbulento el arroyo cenagoso], ve unas pocas cañas sin el verdor de las de Cuba, que según Martí piden redención: [Los que las fecundaron con su muerte].

Y llega entonces el instante supremo en que el excelso soñador advierte la presencia de un pino erguido: [En lo alto de las nubes desgarradas...], y todo queda claro desde ese momento para finalizar su discurso:

"Rompió de pronto el sol sobre un claro del bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por [sobre la hierba amarillenta erguirse], en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos:

[¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!]"

Así, con ese endecasílabo rotundo, alocución dramática formada por el sonido de las oes, porque enarbola ocho vocales O: razón poética, violín de la palabra, armonía auditiva, cadencia vertical, concluye Martí un discurso que, aunque se diga que el orden de los factores no altera el producto, no fue poesía pura, pero sí fue pura poesía.

¿Qué decir de aquel poeta, de aquel patriota, de aquel hombre...? Él mismo había dicho: "Poeta: cuando la idea acuda a tu mente, aunque sientas pereza de darle forma, obedece, que alguien te habla". El 27 de noviembre de 1891 José Martí escuchó aquella voz que le hablaba, y obedeció, porque improvisó una fusión de verso y prosa acorde con el poeta fúlgido, el patriota cabal y algo que lo diferencia de muchos libertadores: el hombre iluminado.

---

[1] Arellano, Jorge Eduardo, *Cartas desconocidas de Rubén Darío, 1882-1916,* Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua, 1999, página 92, ISBN: 99924-42-09-3

[2] Molière, Jean Baptiste Poquelin, *Le bourgeois gentilhomme,* obra presentada en 1670 ante Luis XIV, el Rey Sol francés.

JOSÉ MARTÍ Y LA EDUCACIÓN

Ileana Bucurenciu

"Para los niños trabajamos porque los niños son los que saben querer; los niños son la esperanza del mundo." Son quizás las palabras de Martí que con mayor frecuencia encontrará alguien que visitara Cuba; en las escuelas; por las calles; en los parques; haya o no estatua de su autor al lado. Se les añaden muchas otras, y en su mayoría se refieren a la educación. Porque sabía el Apóstol, tal como afirma en una parte, que la única oportunidad de un pueblo para vivir de veras es ésta: aniquilar la ignorancia.

"Al mundo nuevo, escuela nueva" —declaraba Martí. No dedicó, sin embargo, ningún escrito especialmente a este asunto. Quizás porque todo estaba imbuido con él, en un pensamiento orgánico, en el cual lo político se entretejía con lo económico, y a su vez con lo artístico y lo pedagógico. Como la vida misma: una e indivisible. No es, por ello, una casualidad que en uno de sus artículos políticos fundamentales, como es NUESTRA AMÉRICA, exactamente en el clímax del discurso encontremos una afirmación que toca la esencia misma de la educación: *"Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece."*

Los niños saben querer; los niños son la esperanza del mundo; para ellos trabajamos. Y escribió Martí, para ellos —y no sólo para ellos— LA EDAD DE ORO. Aquella revista de la que aparecieron cuatro números, nada más, que se volvieron cuatro partes de un libro que podríamos considerar como "el libro de la educación". Y que es, quizás, la obra cumbre de Martí, pues, tal como afirmaba en un momento el profesor Manuel Moreno Fraginals, está resumido en él todo el pensamiento martiano. El maestro de los niños es, en el fondo, el Maestro de la Nación.

"Para los niños es este periódico —dice su autor— y para las niñas por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso; el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño

más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante; el niño nace para caballero y la niña para ser madre". Para *"caballero de veras,"* que es el *"que trabaja en el campo y en la ciudad"* no el *"de pluma blanca"* —dice el escritor.

"Preparar para la carrera de hombre", esto es educar, afirma Martí en una parte, dando tal vez una de las más hondas definiciones de la educación. Supone esto desarrollar todas las facultades que lo hagan capaz de cumplir con este deber sagrado que es la vida. Por eso, para Martí, la educación será laica, lo que no significa ni mucho menos antirreligiosa. *"Ni religión católica, ni religión anticatólica"*- decía. Será integral, uniendo el desarrollo físico con el intelectual, el estudio con el trabajo, oponiéndose así a la educación anterior, libresca y escolástica. *"Por la mañana el lápiz, la azada por la tarde"*- afirmaba.

"Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece."

Pero la educación será para Martí, sobre todo y ante todo, moral. "*Las cosas buenas se deben hacer sin llamar al universo que lo vea a uno pasar* —dice en la última página de la tercera parte de LA EDAD DE ORO— *Se es bueno porque sí (s.n.), y porque allá adentro se siente como un gusto cuando se ha hecho un bien; o se ha hecho útil a los demás. Esto es mejor que ser príncipe: ser útil. Los niños debían echarse a llorar cuando ha pasado un día sin que aprendan algo nuevo, sin que sirvan de algo".* Y también en la última página, esta vez de la segunda parte (revista) —indico el lugar porque es significativo, dándole valor de conclusión a cada afirmación: *"Así es la vida, que no cabe en ella todo el bien que pudiera uno hacer. Los niños deberían juntarse una vez por lo menos a la semana, para ver a quién podrían hacerle algún bien, todos juntos."* Y en la última página de la primera parte, refiriéndose esta vez al deber del poeta, quien debe ser, en su opinión, un educador, declara Martí: *"Lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien." Los versos no se han de hacer para decir que si está contento o si está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa; que*

la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías y luz en el cielo y amigos y madres."

Es por eso que "ser útil" no tiene en el fondo nada que ver con el utilitarismo, pues precisamente el hincapié que hace Martí, y la pedagogía cubana en general, sobre el aspecto moral de la educación, la distingue tanto de la educación escolástica como de la puramente pragmática, de utilitarismo exagerado. Y se podría decir por esto que la concepción pedagógica martiana, y junto con ella la pedagogía cubana, es por excelencia una concepción cultural, entendiendo por "cultura" toda actividad creadora del hombre. Y creadora de verdad es toda actividad del hombre para el hombre, eso es, para el bien del hombre. Cultura significa ciencia y conciencia. Y sobre todo conciencia. "El saber se ha adelantado ahora a la conciencia, a la juventud la instruyen y no la educan. Los hombres se desarrollan unilateralmente; muy a menudo una asombrosa cantidad de conocimientos viene aparejada de una completa ausencia en las emociones" —observaba alguien recientemente.

José Martí

Insistiendo en el aspecto moral de la educación, afirmaba Martí en LA EDAD DE ORO: *"A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa que es como se lo está diciendo, porque luego los niños viven creyendo a lo que les dijo el libro o el profesor, y trabajan y piensan como si eso fuera verdad; de modo que si sucede que era falso lo que les decía, ya les sale la vida equivocada, y no pueden ser felices con ese modo de pensar, ni saben cómo son las cosas de veras, ni pueden volver a ser niños y empiezan a aprenderlo todo de nuevo."* Y en otra parte subraya el Maestro: *"Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros."*

Ser sincero es un deber, pero también un derecho, pues, tal como afirma Martí en uno de los más importantes artículos de

LA EDAD DE ORO —*Tres Héroes*— en esto precisamente consiste en última instancia ser libre: *"Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, a pensar, a hablar sin hipocresía* —¡Que oigan los que tienen oídos!—*" Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos lo que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza o le pone más carga de lo que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama.(...) Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos la libertad, que es robarle a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados: Bolívar de Venezuela; San Martín del Río de la Plata; Hidalgo de México."* Y agregaríamos, por supuesto, Martí de Cuba. Como agregaríamos también, salvando las distancias —y sólo Dios sabe cuáles son en realidad las distancias— a todos los que durante estos casi 50 años de dictadura aplastante la enfrentaron con decoro y dignidad.

"La concepción pedagógica martiana, y junto con ella la pedagogía cubana, es por excelencia una concepción cultural, entendiendo por 'cultura' toda actividad creadora del hombre."

SOPORTA (A) CUBA*

Para Graciella Cruz-Taura y Orlando González-Esteva

Il faut tenter de vivre
Paul Valéry, Le Cimetière marin

Lo tuyo es mental
Celia Cruz

Enrico Mario Santi

Me honra esta noche ofrecer la conferencia inaugural en la nueva serie de la Colección Herencia Cubana en la Universidad de Miami. Agradezco la invitación, ante todo, a los Amigos de la Colección; seguidamente, a la propia Universidad de Miami y a Bill Walker, director de la Biblioteca Otto G. Richter, por su genial acierto en conservar la herencia cultural cubana en esta ciudad y en estos tiempos; igualmente, a las diversas oficinas locales que apoyan esta serie. Y por último, a mis amigas Esperanza de Varona y Lesbia Orta de Varona. Serán ellas, junto a las admiradas Rosa Abella y Ana Rosa Núñez, las verdaderas heroínas de esta velada.

Una pregunta me acosa desde que supe que era el escogido para inaugurar esta serie: ¿por qué yo? Acaso se deba a que mis amigos en la Colección saben que durante años tienen en mí a un admirador de su cometido y a un aliado cada vez que las circunstancias lo han exigido. Hay un hecho en el que todos coincidimos: la Colección Herencia Cubana es el mayor depósito de documentos cubanos fuera de La Habana. Este hecho de por sí la hace una institución por la que vale la pena trabajar, y a veces hasta luchar.

Para esta noche he escogido un título deliberadamente ambiguo. De manera indirecta que espero demostrar, esa ambigüedad tiene no poco que ver con la importancia de la Colección Herencia Cubana y con las muchas razones por las que nos encontramos reunidos esta noche. Tal vez pensarán Uds., a medida que me escuchen, que me salgo del tema de esta conferencia, el cual debe ser la celebración de la Colección Herencia Cubana. Les aseguro, sin embargo, que en ese empeño no cejaré, y que mis rodeos son apenas la vía indirecta que permite expresar el sentido profundo de esta institución para nuestra comunidad.

Para empezar, la frase "Soporta (a) Cuba" tiene dos sentidos, según pronunciemos o no la preposición "a". En el primero y más lato, que omite la preposición, Cuba es el sujeto de la oración, y el sentido es que Cuba soporta y resiste o perdura. Dicho de otro modo: Cuba soporta cualquier erosión, en el sentido de que resiste el trauma y la destrucción, sea ésta física —como de hecho ocurrió hace poco con esa retahíla de huracanes que la comunidad soportó este año— o una destrucción moral, como el olvido en el que todo tiende a caer, y en especial todo lo que tiene que ver con la cultura. Un segundo sentido del título, en cambio, sí destaca la preposición e interpela al oyente o lector, como si dijera: "Por favor, ¡soporta a Cuba!". El sujeto implícito de esa oración somos nosotros, y el sentido es que somos nosotros los que soportamos, aguantamos, o resistimos a Cuba. Es decir, la soportamos o resistimos en el sentido de que somos nosotros o bien la encarnación, o los testigos, del trauma y sufrimiento que nos ha deparado medio siglo de tormento político y duro exilio.

Hecho mano a esta ambiguedad, y a su juego conceptual, porque pienso que ambos sentidos van juntos. No pueden separarse sin simplificarse o distorsionarse mutuamente. Resistencia o sufrimiento, Cuba o nosotros, "aguante" encarnado o testigo, resultan, por tanto, indisolubles, al menos dentro de las circunstancias históricas que nos ha tocado vivir en esta comunidad. Así como Cuba soporta o aguanta la erosión física y moral, y su cultura sobrevive tanto la corrupción de la dictadura como la distancia del exilio, así también nosotros soportamos a Cuba y sobrevivimos el peso del testimonio y la tristeza de la pérdida.

Hace unos días una amiga cubana que vive en Cincinnati se quejaba conmigo a la hora del almuerzo y me decía: *"Cada vez que me acuerdo de lo de Cuba, quisiera tomarme una pastillita*." Se refería, claro está, a lo que ella había pasado, no al país. Pero se quejaba conmigo como si encarnara el dolor de la nación. Hayamos nacido o no en Cuba, ¿quién no ha oído versiones de esta queja? La decimos y repetimos porque su tema es la memoria que compartimos, y sobre todo la memoria que soportamos.

No creo exagerado decir que Cuba hoy, o al menos la imaginación implícita en la cultura cubana de hoy, en ambas orillas del Estrecho de la Florida, adopta la forma de una guerra entre dos extremos: el deber del recuerdo y la tentación del olvido. Desde luego que en Cuba hoy, y en particular en la política del régimen, el olvido representa algo más que una tentación. Resultaría ocioso recordar el estado ruinoso en que han caído muchos de los edificios históricos de la isla,

rescatados únicamente con la ayuda de agencias internacionales, como la UNESCO. Sin embargo, daño aún mayor ha sido la ruina de nuestra memoria histórica. Bajo el lema de que el que controla el pasado posee el futuro, la estrategia del gobierno totalitario ha sido, y es, hacernos olvidar los hechos del pasado para facilitar la re-escritura de la historia. Así, dentro de esa estrategia de poder, la nación cubana no existió hasta 1959; como la República fue "mediatizada", o no era real o no servía; y todos los que lograron realizar algo antes de la revolución de 1959 —sea artistas o gente de empresa, bibliotecarias, maestros o políticos— deben ser borrados de la nómina histórica.

"Como Cuba soporta o aguanta la erosión física y moral, y su cultura sobrevive tanto la corrupción de la dictadura como la distancia del exilio, así también nosotros soportamos a Cuba y sobrevivimos el peso del testimonio y la tristeza de la pérdida."

Como sabemos, esa estrategia no ha funcionado. A la zaga del colapso del bloque socialista, y al consiguiente marasmo moral y económico del régimen, la imagen internacional que promueve el actual gobierno sobrevive gracias únicamente a tres ecos de los tiempos anteriores a la Revolución —las bailarinas de *Tropicana*, los viejitos de *Buena Vista Social Club*, y desde luego el béisbol americano. El mayor daño tal vez haya sido la obsesiva depredación y venta de la cultura material cubana, a manos precisamente del propio gobierno que debería guardar y preservarla. Desde documentos en los archivos públicos hasta las bibliotecas privadas, hasta los lienzos de los museos de la nación, todo objeto de valor ha sido, y es, subastado en los mercados mundiales, que con frecuencia se mercadea ante los atónitos ojos de sus propios dueños, ellos mismos exilados históricos.

Y sin embargo, y al mismo tiempo, no puedo dejar de preguntarme cuán conscientes estamos nosotros, en el exilio, del daño a la memoria histórica que ocurre aquí mismo en nuestra comunidad. No sólo a consecuencia del trauma y sufrimiento a los que ya me referí, lo cual actúa como obstáculo emocional a la memoria. Me refiero al otro daño, inconsciente para aquellos que lo padecen, que ocurre en nuestra dolorosa relación con el tiempo, la memoria y el duelo. ¿Acaso alguna vez hemos confrontado el daño psicológico y moral, a nivel individual o colectivo, de cintillos como éste, que hace apenas dos semanas publicó el *Los Angeles Times*: "CUBA, SUSPENDIDA EN EL

TIEMPO"? ¿Qué se siente al leer tales afirmaciones? ¿Qué impacto, moral o psicológico, nos invade al ver las grotescas fotos que suelen acompañar dichas afirmaciones? No sé Uds., pero después de años de soportar mensajes como éste, que afirman repetidamente la inexistencia temporal de nuestro país de origen, y por tanto de nuestra cultura, yo al menos lo vivo como pesadilla.

Pero entiéndaseme bien: en Miami, como en toda comunidad donde viven y trabajan exilados, nos dedicamos a recordar, y en especial a recordar la Historia. El exilio es donde venimos no sólo a rehacer nuestras vidas, o a obtener éxito, o hacer dinero. El exilio es también donde venimos a recordar. ¿Porque qué es el exilio, después de todo, sino una larga temporada de recuerdo?

Hacia el final de "La ciudad perdida", la película de Andy García que pronto veremos en todos los cines, hay una escena que ilustra el dispositivo al que me refiero. La escena ocurre en 1961, en el aeropuerto de La Habana, cuando el protagonista, nada menos que el dueño del cabaret Tropicana, está a punto de pasar el registro que le permitirá abordar el avión que lo llevará al exilio. En uno de los bolsillos del saco, el guardia le encuentra una varita de *cocktail*, de esas en forma de la delicada bailarina que es ícono del afamado cabaret. Después de inspeccionar el objeto, el guardia se lo vuelve a poner en el saco y le espeta: *"Ustedes los gusanos son todos iguales: no han salido de Cuba y ya están recordando"*. En una escena posterior, la película vuelve a enfocar el pequeño y delicado objeto, que para entonces se ha convertido para el protagonista en un frágil *souvenir*, especie de balsa imaginaria a la que se afianza a medida que va encarando la soledad del exilio.

Es esta escena de "La ciudad perdida", que muestra la importancia de los *souvenirs* (palabra que en francés significa memoria), la que me indica que el tipo de recuerdo, individual o colectivo, que predomina en nuestra comunidad no es siempre, en sentido estricto, memoria, sino otra cosa. Me refiero a la nostalgia. *Cuba Nostalgia, Café Nostalgia*, son apenas dos señales del tipo de recuerdo que nuestra comunidad favorece, pero de cuyas implicaciones tal vez no estemos enteramente conscientes. Abordo este tema brevemente.

Bien podríamos preguntarnos: ¿Pero hay alguna diferencia entre memoria y nostalgia? ¿Importa marcar la distinción? Guillermo Cabrera Infante, hasta hace poco el más importante escritor cubano vivo, y quien dedicara cuarenta años de exilio en Londres a recordar y por tanto a soportar a Cuba, decía al respecto algo que me gusta recordar: "*La nostalgia es la puta del recuerdo*". La nostalgia, según Guillermo,

Miami

ciertamente comporta un secreto placer —nos demoramos en la letra de ciertos boleros, compramos con voluptuosidad viejas *Bohemias* y *Carteles*, recordamos los viejos tiempos... Pero todo ello resulta de alguna manera ilícito; tal vez hasta una adicción. La nostalgia, como la prostitución, se repite hasta el cansancio: difícil soltarla una vez que se prueba. También tiene su precio; no se tiene hasta que se paga. Y es un espejismo, una ilusión: crees que Nostalgia te querrá para siempre cuando en realidad ya está buscando al próximo consumidor... Tal vez haya algo de aberrante y quizá hasta perverso en todo acto de nostalgia, aun cuando reconozcamos que ese acto es atractivo, seductor, y hasta necesario. Queridos amigos, esta noche debo hacerles una confesión: ¡Yo también soy irremediablemente nostálgico!

La palabra *nostalgia* viene del griego: *nostos* (regreso), y *algos* (dolor); esto, a diferencia de *memoria*, que viene del latín *memor*, el que graba, y la raíz *mem*, que nos da las variantes de los verbos fijar, grabar, y hasta nombrar. El *Diccionario del uso del español* de María Moliner nos dice que memoria es la "presencia en la mente... de algo pasado", mientras el *Oxford English Dictionary* precisa que la memoria es "la capacidad de retener, perpetuar o reviver el pensamiento de las cosas pasadas". En efecto, si la memoria revive el pasado, debe ser porque ese pasado ya no vive. Por tanto, y en última instancia, la memoria, a diferencia de la nostalgia, aparece vinculada al reconocimiento de la muerte —ese puente definitivo que nos cruza hacia las cosas verdaderamente pasadas. *Memento mori* era el nombre que le daban los romanos a todo objeto que recuerda a la muerte, como todas esas ruinas de

edificios habaneros, o de cacharros americanos, que desfilan por los foros mediáticos del globo como íconos de nuestra gloriosa revolución.

Sí, la nostalgia nos permite revivir, aun por dolorosos instantes, momentos de nuestro pasado. En cambio, la memoria revive ese pasado con pleno conocimiento de que se trata de algo que ya no vive. ¿Querrá esto decir, me pregunto, que al practicar la nostalgia en el exilio preferimos el dolor a la muerte; la ilusión del regreso a la certeza de no regresar?

Toda nostalgia es producto, o como decía Karl Marx, mercancía; la memoria, en cambio, es intangible: no tiene forma ni precio. Podemos comprar nostalgia, y mucha. La Memoria, ¿se puede comprar? Desde luego, el rechazo a la muerte por medio de la nostalgia tiene la función de mantenernos vivos; pero pagamos el precio adicional de la ilusión de que, o bien la muerte nunca llegará, o bien que nunca nos despedimos de lo que hemos perdido, y por tanto que nunca tendremos que guardar luto por esa pérdida. De hecho, la nostalgia crea la ilusión del duelo a través del dolor de una memoria incompleta o aberrante que permite afianzarnos a nuestros objetos perdidos. Es por eso que casi siempre el contenido de la nostalgia es melancólico, mientras que el de la memoria es tristeza, dolorosa resignación que nos conduce a una extraña sensación de libertad.

Sigmund Freud, que no era cubano —aunque mientras más lo leo, más me parece que sí lo fue— dice que la diferencia entre el duelo verdadero y la melancolía estriba en el trabajo consciente que hacemos al enfrentarnos a la pérdida emocional. Y sin embargo, según el mismo Freud, todo trauma de pérdida conlleva ensimismamiento y represión, a los cuales reaccionamos no practicando el duelo —es decir, trabajando conscientemente con el dolor de la pérdida— sino con melancolía —actuando, y repitiendo auto-reproches por esa pérdida. Es decir, el trabajo del duelo ocurre cuando reconocemos que queríamos al objeto perdido por sí mismo; cuando sentimos empatía por lo que hemos perdido. Sólo podré despedirme de ese objeto cuando ame a ese objeto de por sí. En cambio, lo que revela la melancolía es que el objeto perdido tenía, o tiene, una función distinta para mí: lo que Freud llama narcisismo. Siento melancolía porque siento que el objeto perdido es parte mía, como parte de mi cuerpo. Por tanto, me reprocho por perder ese objeto, de igual manera que me reprocharía por perder una parte de mí mismo. Freud, quien desde luego era médico, quería que sus pacientes se curaran a base de un trabajo de rememoración, proceso que él mismo llamaba trabajo del duelo —en inglés *working-through*—

en vez del esporádico, repetitivo y enfermizo auto-reproche de la melancolía [1].

¿Nos suena todo esto? La nostalgia, como dice la palabra, involucra, al mismo tiempo, el placer del regreso y el dolor de no poder regresar. Al repetir inconscientemente ese viaje imposible reducimos el dolor, pero no nos deshacemos de él. La memoria, o al menos el trabajo de la memoria, que es también trabajo de duelo, tampoco nos permite eludir el dolor y la tristeza, al menos por un buen tiempo. Y sin embargo, según Freud, la memoria sí apunta hacia una solución al dolor, en el sentido de que restauramos perspectiva hacia nuestros objetos queridos, nos resignamos a la pérdida, y (tal vez lo más crucial) nos volvemos a conocer.

"La palabra* nostalgia *viene del griego:* nostos *(regreso), y* algos *(dolor); esto, a diferencia de memoria, que viene del latín memor, el que graba, y la raíz mem, que nos da las variantes de los verbos fijar, grabar, y hasta nombrar."

¿Qué tiene que ver todo esto con la Colección de Herencia Cubana, con Cuba, con la comunidad del exilio, con Miami?

La Colección Herencia Cubana no es únicamente un depósito de viejos libros, documentos, fotos y mapas. Se trata, como dice su nombre, de una verdadera re-*colección*: un acto, y un lugar, de memoria. Creada durante un vendaval histórico por un grupo de mujeres visionarias, ellas mismas bibliotecarias exiladas, constituye un archivo del alma cubana que, como hoja al viento (¿de un libro? ¿de un árbol?) vino a descansar en este edificio para beneficio de nuestro auto-conocimiento. *Colección* contra *dispersión:* la dispersión que produce la diáspora (que es lo que significa la palabra), y que es reflejo de nuestra historia. En un determinado momento, el siglo XXI, y en un lugar específico, una cultura minoritaria en Estados Unidos, en los que la ideología va desplazando a la Historia, y la Historia va desplazando a la Memoria, esta Colección constituye la piedra angular del monumento que los exilados cubanos, no sólo en la Florida sino en todas partes, tenemos el deber de construir. Y así, a la depredación de la cultura material en la isla, y a la melancolía dispersa del exilio, la Colección responde con la creación de un archivo de la memoria, tanto más sólida porque deposita lo verdaderamente intangible: la imaginación cubana, de la isla y del exilio. Se trata, además, de un archivo de memoria activa y actual porque suple una función

civilizadora: hacer disponible lo que no puede ya encontrarse en ninguna parte, ni siquiera en Cuba. En este sentido, me complace reconocer cómo con esta institución la Universidad de Miami se pone a la par de un movimiento global. Porque hoy en día archivos como el nuestro se vuelven tanto más necesarios porque la gente, los gobiernos, y a veces hasta las propias instituciones, o bien no pueden, o no quieren, recordar. Y en los extremos ideológicos, como hemos dicho, porque algunos desean, imperiosa e impunemente, hacernos olvidar.

Dije antes que la Colección Herencia Cubana es un "lugar de memoria". Con ello aludía al libro del historiador francés Pierre Nora, *Los lugares de la memoria* (*Lieux de mémoire*). "Nuestro interés en los lugares de la memoria," escribe Nora, como si se estuviese dirigiendo a la tragedia histórica cubana, "ocurre en un momento histórico particular, un momento axial en el que la conciencia de una ruptura con el pasado está vinculada a la sensación de que se ha roto la memoria". Nora describe, además, cómo esta "ruptura de memoria" plantea "el problema de su encarnación en ciertos sitios en que persiste un sentido de la continuidad histórica". Así, nos dice, "existen 'lugares de memoria' porque ya no existen 'ambientes de memoria'", pérdida a su vez que los archivos suplementan, convirtiéndose así en "la deliberada y calculada secreción de una memoria perdida. Añade así a la vida —ella misma función de su propia grabación— una memoria secundaria, una memoria-prótesis". Y por ello concluye lo siguiente: "la producción indiscriminada de archivos no es sino el efecto agudo de una nueva conciencia, la expresión más clara del terrorismo de una memoria historizada" [2].

Otro libro, esta vez sobre el tema específico de la memoria cubana, edición de Andrea O´Reilly Herrera, contiene un párrafo que reúne muchos de los temas que justifican indirectamente la necesidad de un archivo como el nuestro: "la idea de Cuba que tiene la mayoría de los cubanos exilados... se manifiesta como la borrosa imagen de un mundo perdido, un vacío fragmentado, una memoria apropiada, parcialmente 're-cordada'... o bien a través de la nube azul de la nostalgia, o bien reconstruída en la imaginación de los que nunca han visitado la isla, o que eran demasiado niños para recordar cuando se fueron" [3]. O'Reilly Herrera se refiere mayormente a los cubanos de mi generación —que hoy rayan la edad de los cincuenta— que vinieron a Estados Unidos con sus familias y cuyos conmovedores testimonios recoge su libro. El suyo es, de hecho, uno de varios proyectos de memoria cubana colectiva, en vías de realización o ya terminados, en ésta y otras comunidades, que demuestran que el doble trabajo de memoria y duelo van

dando frutos. Véanse, si no, el Premio Nacional del Libro que el año pasado se le otorgó a una memoria tan fina como la de Carlos Eire, *Waiting for Snow in Havana*, o bien el proyecto de "Memoria y Reconciliación" que aquí en Miami dirige la profesora Marifeli Pérez-Stable, o bien los muchos y diversos proyectos de historia oral cubana que han surgido aquí y en otras ciudades. Sólo falta agregar que no se trata, en ningún caso, tanto de una necesidad cuanto de un *deber* de memoria. Porque a diferencia del clandestino placer nostálgico, la memoria, como queda dicho, significa, y requiere, *trabajo*. La Colección Herencia Cubana es el sitio donde ese trabajo realmente tiene *lugar*.

"La Colección Herencia Cubana no es únicamente un depósito de viejos libros, documentos, fotos y mapas. Se trata, como dice su nombre, de una verdadera recolección: un acto, y un lugar, de memoria."

Dedico esta conferencia a dos queridos amigos. Ya es hora de decir por qué. Cada uno de ellos se dedica, a su manera, a preservar la memoria cubana. Una es historiadora; el otro, músico y poeta. Cada uno, ejemplarmente, "soporta (a) Cuba". Así como soportamos y somos testigos de nuestro sufrimiento, las dos actividades que ellos dos realizan, la Historia y el Arte, resultan indisolubles en nuestro trabajo de memoria. Si en efecto ha de perdurar nuestra memoria, tendrá que nutrirse de porciones iguales de fríos hechos de la Historia y cálidas imágenes de la poesía; ciencia histórica y visión poética. Es un logro y un acierto que el archivo de la Colección Herencia Cubana no sea ni especializado ni exclusivo. La Historia y la poesía, política y arte, la violencia de la ideología y la frivolidad de la nostalgia, se encuentran en sus arcas. Y así, Eugenio Florit y Lydia Cabrera se dan la mano con José Martí, Fulgencio Batista, y hasta con el Innombrable...

Por último, mencioné antes que nuestra Colección es la piedra angular de un monumento que el exilio algún día deberá construir. Lo que llamo "monumento" es apenas la metáfora que utilizo para señalar no sólo lo que significa esta institución, sino lo que falta: la ausencia en esta comunidad de un museo histórico cubano. ¿No es acaso nuestra Colección lo más cercano a semejante museo? Es hora de expandir el proyecto. Crear ese museo requiere no sólo mucho dinero sino mucha imaginación, del tipo que podría beneficiarse de las revoluciones digital y virtual que hoy hacen ola en la cultura visual y los

estudios muséicos de nuestro tiempo. Tal institución no sólo crearía otro espacio físico para la memoria cubana, sino una serie de enlaces con sitios virtuales, entre los cuales estaría nuestra Colección, y que a la vez que dé acceso a los datos del pasado histórico de nuestro país permita intercambiar de manera creadora los *blogs* de nuestra herencia cultural, tanto en la isla como en el exilio. Me gustaría, por eso, lanzar un reto esta noche: que emulemos el ejemplo de esta Colección y empecemos a pensar en la creación de ese museo. La fecha límite sería el año 2009, cincuentenario de nuestro desastre nacional.

"Cuba soportará, perdurará. ¿Y nosotros? Creo también que sí. Pero a condición de que encaremos el difícil reto del duelo. Y él deber de recordar."

Cuba soportará, perdurará. ¿Y nosotros? Creo también que sí. Pero a condición de que encaremos el difícil reto del duelo. Y él deber de recordar. Aún después que todos hayamos desaparecido, que la Historia se haya malgastado, y que la Memoria ya no sirva de mucho, otra cosa perdurará: la Madre Naturaleza. Ese Paraíso que deslumbró a Cristóbal Colón el día en que sus ojos humanos vieron la isla, y que Cabrera Infante, al final de un libro que resume como ningún otro la memoria de la violencia en Cuba, logró evocar como nadie:

Y ahí estará. Como dijo alguien, esa triste, infeliz y larga isla estará ahí después del último indio y después del último español, y después del último africano y después del último americano y después del último de los cubanos, sobreviviendo a todos los naufragios y eternamente bañada por la corriente del Golfo: bella y verde, imperecedera, eterna[4].

---

[1] Ver Freud, "Mourning and Melancholia," en *The Freud Reader*, ed. Peter Gay (New York: Norton, 1989), 584-589. En mi discusión aprovecho la labor de Paul Ricoeur, en su magistral *La memoria, la historia, el olvido,* tr. Agustín Neira (Madrid: Editorial Trotta, 2003). He estudiado en estos mismo términos la relación colectiva entre España y Cuba en mi estudio "1898: Narcisismo y melancolía", recogido en mi *Bienes del siglo: Sobre cultura cubana* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2002).

[2] Ver Pierre Nora, *Les Lieux de mémoire*. (París: Gallimard, 1984-1986). Una útil introducción al tema aparece en su "Between Memory and History," *Representations*, 26 (Spring 1989), 7-24.

[3] Traduzco de *ReMembering Cuba: Legacy of a Diaspora*, ed. Andrea O'Reilly Herrera (Austin: University of Texas Press, 2001), xxix.

[4] *Vista del amanecer en el trópico* (Barcelona: Seix Barral, 1974).

ENSAYOS

IDENTIDAD NACIONAL Y MINORÍA: HISPANOS EN ESTADOS UNIDOS

José María Marco

Bush ganó las elecciones presidenciales de 2004 por 537 votos depositados en el Estado de Florida. Hay quien dirá que las ganó porque el Tribunal Supremo paralizó el recuento de votos solicitado por su rival, el demócrata Al Gore. Es posible. Pero lo decisivo es que sin esos 537 votos no habría tenido que intervenir e Tribunal y Bush no habría llegado a la Blanca.

Aquel año la población de origen cubano de Florida eligió a George W. Bush por una aplastante mayoría. La causa fue un niño cubano, Elián González. Elián González huyó de Cuba en noviembre de 1999, en un pequeño bote con su madre y otros doce refugiados. Sólo llegó a la Florida el pequeño Elián, de seis años de edad. El padre, que había decidido permanecer en Cuba, quería que le devolvieran el niño. Janet Reno, la fiscal general de Estados Unidos nombrada por Clinton, con un conocido historial progresista, le dio la razón. El 22 de abril de 2000, agentes del FBI armados como si fueran a asaltar un nido de terroristas, entraron en la casa de los tíos de Elián González en Florida y lo sacaron a la fuerza. La administración lo devolvió a Cuba. Elián González ha acabado luego convertido en un instrumento de propaganda al servicio del castrismo.

Buena parte de los votantes de origen cubano residentes en Florida entendieron que Janet Reno, con el visto bueno de Bill Clinton, había puesto la administración norteamericana al servicio de Fidel Castro. Votaron en consecuencia: a favor del adversario de Al Gore, vicepresidente cuando ocurrieron los hechos.

La decisión de la administración Clinton en este asunto resulta difícil de entender dada la importancia de la comunidad de origen cubana en Estados Unidos, muy en particular en Florida. Allí vivían en 2000 las tres cuartas partes del millón doscientas mil personas que se registraron en el Censo de aquel año como de origen cubano. También

los hay en otros Estados, en particular Nueva York (150.000) y California (unos 75.000) [1]. Los cubanos habían tenido una relativa influencia en la política norteamericana desde antes de la Guerra de Cuba, la primera en la que Estados Unidos se dio a conocer como la gran potencia militar que estaba destinada a ser. Pero empezaron a ser una fuerza a tener en cuenta tras la toma del poder por Fidel Castro, con las sucesivas olas de exiliados muchos de ellos pertenecientes a las elites intelectuales y empresariales particularmente perseguidas por el dictador. En 2000, la población que se declaró de origen cubano tenía el más alto nivel de educación entre los hispanos de Estados Unidos: un 23 por ciento de personas con más de 25 años de edad tenía diploma universitario. También tenía el nivel más alto de ingresos familiares medios, con unos 45.000 mil dólares anuales, y en 2001 eran propietarios de 125.300 empresas que facturaban al año 26.500 millones de dólares [2].

El empresario Jorge Mas Canosa simbolizó el éxito de la comunidad de origen cubana con su empresa de telecomunicaciones MasTec. Entre 1999 y 2000 facturó más de mil millones de dólares al año. Mas Canosa también se distinguió por su activismo anticastrista, y fue uno de los patrocinadores del potente lobby anticastrista que ha logrado hacer de Cuba una cuestión interna de la política norteamericana. Lo consiguió pronto, dada la proximidad de la isla de Cuba a Florida. Key West o Cayo Hueso, en el condado de Miami-Dade donde se concentra la mayoría de la población de origen cubano, está a tan sólo 90 millas de Punta Icacos, en Varadero. En 1962, Kennedy ordenó el bloqueo de la isla durante la crisis de los misiles. Tuvo una intervención menos afortunada en la invasión de la Bahía de Cochinos, cuando la armada norteamericana abandonó a los cubanos que habían desembarcado en su país contando con el presunto apoyo de Estados Unidos. Cuba ha seguido siendo desde entonces un asunto de primer orden en Washington, que ha tomado medidas como el embargo comercial de la isla —no el bloqueo, como tantas veces se dice— o la ley Helms-Burton, por la cual el gobierno de Estados Unidos puede tomar represalias contra una empresa extranjera que haga negocios en Cuba.

A pesar de la importancia de Cuba en la política norteamericana, ha habido muy pocos representantes de origen cubano en el Congreso. Uno de ellos es Mel Martínez, nacido en 1946 en Sagua La Grande, en Cuba. Llegó a Estados Unidos a los quince años, en la Operación Pedro Pan, un programa de la Iglesia católica que trasladó a 14.000 niños (sin sus padres) a Estados Unidos. No guarda un buen recuerdo de aquellos años de aislamiento y desarraigo, pero salió adelante, ganó una fortuna

como abogado y durante su juventud militó en las filas del Partido Demócrata. En 1979, durante la presidencia de Carter, se afilió al Partido Republicano. En la primera administración de George W. Bush, fue nombrado Secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano [3]. En 2004 se presentó a las elecciones para senador de Estados Unidos por el Partido Republicano. Primero se enfrentó a un aspirante republicano, contra el que, a pesar de un historial moderado, sacó a relucir todo el repertorio de derechas, incluida la oposición a cualquier unión gay. Hasta Jeb Bush, gobernador de Florida, tuvo que llamarle al orden. Una vez ganadas las primarias, su adversaria fue la demócrata Betty Castor. Ganó, pero tras una batalla muy dura. Mel Martínez es el primer senador norteamericano de origen cubano. Él mismo dice ser, con razón, la encarnación del sueño americano. ¿En qué otro país puede un muchacho desembarcado a los quince años, con una maleta como único patrimonio, llegar a ser Secretario del Gobierno y senador? Pero el éxito de Martínez no ha ido sin una fuerte lucha. Tampoco ha sido fácil su éxito político. Ni siquiera en Florida, donde los cubanos apoyan consistentemente a los republicanos, pueden los republicanos dar por ganada una batalla electoral.

Diversidad hispana

Antes de Mel Martínez, sólo había habido un senador norteamericano de origen hispano, Joseph Montoya, por Nuevo México, que perdió su escaño en 1976. Pero con Mel Martínez llegó otro. Es Ken Salazar, representante del Estado de Colorado. Le distinguen muchas cosas de su colega de Florida. Salazar es demócrata, y su familia vive en Colorado desde mediados del siglo XIX, aunque no eran ricos. En la década de 1910, cuando Salazar creció en el rancho familiar de Conejos County, en San Louis Valley, no tenían ni siquiera luz. Salazar luchó en las elecciones de 2004 contra uno de los grandes nombres de la derecha norteamericana, Pete Coors. Los Coors son los dueños de una de las más famosas marcas de cerveza del país y han donado ingentes cantidades de dinero a la causa de la ideología liberal-conservadora. Coors tenía mucho dinero para gastar, pero Salazar supo recaudar mejor que su adversario. Las posiciones que mantenían los dos rivales no respondían siempre a lo que se esperaba de ellos. Pete Coors, el candidato de la derecha, es contrario a la pena de muerte, mientras que Salazar, el demócrata, está a favor. De hecho, Salazar no presume de izquierdismo, aunque pudiera hacer demagogia de buena ley con un rival con el nombre y la fortuna de Pete Coors. Es más bien un demócrata centrista. El caso

es que ganó Salazar, por un margen de 51 contra 47 por ciento, casi la misma diferencia que obtuvo Bush frente a Kerry. Curiosamente, Salazar se hizo con la mayoría de los votos en distritos con importante población hispana, que en las presidenciales dieron la mayoría a Bush [4].

Las diferencias entre Mel Martínez y Ken Salazar, y la diversidad de los apoyos que recibieron ilustran la complejidad del fenómeno hispano, también llamado "latino", en Estados Unidos. Durante la campaña presidencial de 2004, Teresa Heinz Kerry participaba en un mitin político de su marido en Albuquerque, Nuevo México. Para ganarse la simpatía de los asistentes, declaró con especial énfasis, y en español, que ella era una inmigrante. Como Teresa es una mujer tan multifacética como temperamental, en los distritos de población negra solía decir que es una "afro americana" porque nació en un país africano.

Lo malo es que la declaración de la esposa del candidato quitó a muchos de los hispanos presentes en el mitin de Nuevo México las ganas de votar a los demócratas. Muchos de ellos no quieren ser considerados inmigrantes. Y de hecho no lo son. Muchos de ellos piensan incluso que el problema de Nuevo México es que hay demasiados… inmigrantes mexicanos. El 42% de la población de Nuevo México se considera descendiente directa de españoles que llevan en el sur oeste de lo que hoy es Estados Unidos desde el siglo XVI, cuando Juan de Oñate fundó la primera colonia a orillas del Río Grande en 1598, 23 años antes de la llegada de los primeros peregrinos protestantes a la costa Este. Muchos de ellos ni siquiera se consideran hispanos. Para ellos los inmigrantes serán, en cualquier caso, los anglosajones blancos como Kerry que llegaron a su tierra unos trescientos años después, o los "afro americanos" como Teresa.

"Hispano" es, en Estados Unidos, una categoría administrativa. Depende de la voluntad de quien rellene la casilla correspondiente a la categoría étnica en algún trámite administrativo. Un inmigrante de origen español —como otro de origen hispano— puede elegir entre "hispano", "blanco" o, llegado el caso, "afro americano" o asiático. En los cuestionarios censales, realizados cada diez años, la casilla la elige el padre de familia. Él determina con su decisión la clasificación étnica o racial de todos hijos menores de edad. Luego cada uno elegirá la que quiera. El congresista Charles Rangel es hijo de puertorriqueño y afro americana, y se identifica con los segundos. El pintor Jean Michel Basquiat era hijo de puertorriqueña y haitiano, y se consideraba a sí mismo descendiente de haitiano. Ser clasificado como "hispano" resulta por tanto más fruto de una decisión personal, que un destino o una eviden-

cia, como puede serlo en otros casos.

Ahora bien, por debajo de términos como "hispano" o "latino" existe una gigantesca diversidad. Hay hispanos procedentes de todos los países latinoamericanos, además de España y Portugal. Antes los hispanos tendían a concentrarse en algunos Estados. Sin contar el caso de Puerto Rico, que tiene el estatus especial de Estado asociado, la mayoría vivía en California, Nueva York, Texas, Florida y Arizona. Ahora ya no es así. La inmigración empuja en los Estados fronterizos del sur, como Nuevo México, pero también se desparrama por toda la geografía norteamericana, por New Jersey, Nebraska e incluso Massachussets, antiguo bastión del puritanismo protestante y blanco. El área de Washington, D.C., la capital federal, está considerada una de las de mayor crecimiento de la población hispana del país, hasta el punto que la Brookings Institution ha llegado a hablar de "hipercrecimiento" [5]. Los hispanos desbordan ahora los barrios del norte en los que se concentraban para ir sustituyendo a la población negra del sureste de la ciudad. También van comprando casas en las zonas residenciales de cercanías, sin una especial característica étnica.

Mel Martínez

En las comunidades de inmigrantes recién instalados, el término "hispano" tiene aún menos sentido. La gente se considera a sí misma puertorriqueña, dominicana, cubana, salvadoreña, etc. En El Barrio, en Nueva York, los "hispanos" son puertorriqueños y mexicanos. En Washington Heights, también en Nueva York, dominicanos; en la *"sagüesera"* (South West Miami), cubanos. En el centro de Florida, los puertorriqueños son el grupo mayoritario (casi medio millón de personas), seguidos de lejos de los mexicanos, aunque en el Estado los dos partidos están controlados por los cubanos, por lo que la afirmación de ser puertorriqueño es algo parecido a un desafío al sistema, mientras que los mexicanos se sienten en buena medida ajenos al sistema político

También hay diferencias raciales, porque muchos hispanos proceden de familias indígenas, mulatas o negras. Y, claro está, hay diferencias sociales y de educación. En 2000, los inmigrantes de origen cubano tenían un nivel de educación considerablemente más alto que los de otros orígenes. El 23 por ciento con 25 años de edad o más tenían un diploma universitario, frente al 13 por ciento de los puertorriqueños y

el 6,9 de los mexicanos. En cambio, los inmigrantes de origen cubano eran los de más edad, con una media de 40,7 años, mientras que los mexicanos tenían 24,2 y los puertorriqueños 27,3. Según algunos estudios, el ingreso familiar medio de los cubanos era ese mismo año el más alto entre los hispanos, con unos 45.000 mil dólares al año [6]. Los hispanos del área del Distrito de Columbia, es decir de la capital federal, se cuentan también entre los más prósperos del país [7].

"En 2000, la población que se declaró de origen cubano tenía el más alto nivel de educación entre los hispanos de Estados Unidos: un 23 por ciento de personas con más de 25 años de edad tenía diploma universitario."

Incluso hay diversidad en lo que han sido considerados los dos signos de identidad de la comunidad, como son la religión y el idioma. El portugués es la lengua familiar de muchos "latinos", una palabra que en este caso ya no es sinónimo de "hispano". Por otra parte, en 2001, el 74 por ciento de los inmigrantes hispanos de primera generación se declaraba católico, frente al 18 por ciento que se declaraba protestante. En la tercera generación, en cambio, sólo el 59 por ciento se declaraba católico y un 32 por ciento protestante. Según *Los Angeles Times*, ese mismo año un 70 por ciento de los "latinos" de Estados Unidos se declaraba católico y un 30 por ciento protestante. La mayoría de estos nuevos protestantes se declaran evangélicos.

Bien es verdad que no es raro que estas personas vuelvan a la Iglesia católica, pero también es común que se lleven a la nueva iglesia en la que se integran prácticas y creencias a las que no están dispuestos a renunciar, como el culto a la Virgen. Así fuerzan a Iglesias protestantes a enfrentarse a prácticas religiosas que hasta hace poco les eran desconocidas. Son los llamados "evangélicos de la Virgen de Guadalupe" [8]. Se pasan a iglesias protestantes porque les ofrecen más ayuda y más servicios, y también una práctica de la fe más exigente que la de las parroquias católicas. También hay iglesias, como las llamadas "Vineyard Fellowhisp Churches", que insisten en que lo importante es la "fe", no la "religión", por lo que los católicos pueden seguir siendo católicos aunque se integren en una iglesia Pentecostal [9]. Los hispanos no sólo cambian de iglesia. También se integran en una práctica muy puramente norteamericana de la religión.

El éxito de los hispanos

Cuando una persona se define como "hispano" en la casilla correspondiente del censo o de algún documento oficial, está tomando una decisión acerca de una clasificación creada por los norteamericanos de origen europeo. Hay tantas diferencias entre la llamada "comunidad hispana" como entre el resto de las "comunidades" que componen la sociedad estadounidense.

Ahora bien, el término y la identificación han tenido éxito. Nadie habla de la "comunidad asiática" como se habla de la "comunidad hispana". De los 296 millones de habitantes con los que cuenta Estados Unidos, según la actualización del Censo realizada en 2004, 41,3 millones son de origen hispano. Es el 14,1 por ciento de la población, lo que convierte a la "minoría hispana" en la más numerosa de la sociedad norteamericana, por delante de la que hasta ahora era la más importante, que era la negra o afro americana, con 39,2 millones de personas en 2004. Además, el índice de natalidad de los hispanos es superior a la media norteamericana, y como la población es joven, con una media de edad de 26,9 años, no parece que el *boom* vaya a detenerse.

Es una presencia nacional, como ya se ha dicho antes, no sólo concentrada en algunos Estados o regiones. Y con una capacidad económica y una influencia cultural creciente. Es cierto que la media de la "comunidad hispana" se sitúa en la zona económicamente más débil de la sociedad norteamericana. Los inmigrantes ocupan empleos que requieren una baja cualificación, apenas algo más que una simple educación básica. Según el Censo de 2000, los ingresos medios por familia eran de 33.447 dólares al año, frente a una media nacional de 42.148 [10]. Según algunas fuentes citadas por el diario *El País*, la media de ingresos de los hispanos descendió un 2,6 por ciento en 2003 y un 2,6 por ciento en 2004 [11]. Puede deberse a la competencia con los inmigrantes ilegales, que no dejan de llegar de los países latinoamericanos.

Ahora bien, y por seguir hablando de "comunidad hispana", no se puede hablar ni mucho menos de fracaso. En 2002, había más de 1,2 millones de empresas propiedad de hispanos, con un crecimiento del 30 por ciento entre 1992 y 1997. En 2000, 573.000 hispanos tenían título universitario o de postgrado, con numerosos titulados en leyes y medicina [12]. Los Ángeles es la segunda ciudad del mundo con población hispanoparlante, después de México D.F. y por delante de Madrid o Barcelona. El alcalde de Los Ángeles es el demócrata Antonio Villarraigosa, el primer hispano que llega desde hace 130 años a la alcaldía de la ciudad, fundada por españoles y de nombre evidentemente español: El

Pueblo de la Reina de Los Ángeles, o El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles de Porciúncula. Bill Richardson, gobernador de Nuevo México, fue nombrado embajador de Estados Unidos ante la ONU por Bill Clinton y suele figurar en la listas de presidenciables por el Partido Demócrata. Anthony Romero es el primer hispano (gay, además) director ejecutivo de la ACLU (American Civil Liberties Union), asociación dedicada a la defensa de los derechos humanos y dominada por el progresismo de izquierdas. Arturo Moreno, el mayor de once hermanos criados todos en una casa de dos habitaciones en Tucson, Arizona, hizo fortuna en la publicidad y es el primer hispano que compra un equipo de baseball de primera división, los Anaheim Angels, que le compró a Disney en 2002. Jorge Perez figura entre los más importantes constructores de Miami y jugó un papel de primera fila en las campañas de Bill Clinton, a quien asesoró en su política hacia Cuba.

Hay muchas caras y voces hispanas en los medios de comunicación y en el arte. George Lopez, de 45 años, ha mantenido su propio show en la cadena ABC y produce *Freddie*, una telecomedia que tiene como protagonista a una familia hispana. Jennifer López, con 37 años, es actriz, cantante y produce ropa y perfumes con ingresos de más de 300 millones dólares en 2004, lo que le ha llevado a ser clasificada por la revista *Fortune* en el número 19 de entre las personas más ricas de Estados Unidos con menos de 40 años [13]. La diseñadora y empresaria Carolina Herrera, Julio Iglesias y Plácido Domingo, cantante y director de las óperas de Washington y de San Francisco, son nombres bien conocidos, pioneros de lo que se llamado la "ola latina", "*the Latino Wave*".

El tsunami hispano

No todo el mundo se siente cómodo con ella. Hay quien la ve como un amenazante tsunami, capaz de llevarse por delante la identidad cultural norteamericana, que es la base de su sistema político y su prosperidad. Entre los mitos norteamericanos por excelencia está el del *"melting pot"*, el "crisol" donde se mezclan culturas y razas. Estados Unidos sería, según esto, una nación de inmigrantes. La identidad nacional norteamericana consiste en su capacidad para integrar personas procedentes de todas las regiones del planeta, de todas las razas, de todos los idiomas y religiones. "Los explotados, los pobres, las masas apiñadas que aspiran a respirar con libertad, los sin techo", como proclama el poema de Emma Lazarus labrado en la base de la Estatua de la Libertad, en el puerto de Nueva York, que ha tenido más éxito de

convocatoria que el *Manifiesto comunista* de Marx con su llamamiento a la unión de los "proletarios de todos los países".

Entre 1820 y 1924 llegaron a Estados Unidos unos 34 millones de personas procedentes de Europa. Variaban los idiomas, pero no, por lo fundamental, la religión, ni la cultura —occidental— ni la raza, blanca. La integración de todo este variado gentío no fue sencilla. Los norteamericanos protestantes hostilizaron a los inmigrantes católicos; se crearon ghettos como los que dan origen a las redes mafiosas; hubo rivalidades entre comunidades de inmigrantes, como la que enfrentó durante años a los irlandeses y a los italianos. Pero estos inmigrantes se fueron asimilando, aprendieron inglés, olvidaron casi siempre la lengua de sus mayores y pasaron a ser norteamericanos en el pleno sentido de la palabra.

"La media de la 'comunidad hispana' se sitúa en la zona económicamente más débil de la sociedad norteamericana. Los inmigrantes ocupan empleos que requieren una baja cualificación, apenas algo más que una simple educación básica."

A mediados del siglo XX la inmigración empezó a cambiar. Entre 1965 y 2000, Estados Unidos recibió a 23 millones de inmigrantes. Estos procedían, en su mayor parte, de América Latina y de Asia. Desde entonces, las cifras de inmigrantes hispanos han seguido creciendo a pesar de las restricciones impuestas tras los ataques del 11S. Y van a poner a prueba la capacidad de Estados Unidos para seguir siendo el crisol que hasta ahora lo ha definido.

En el fondo, el problema no es de emigración sino, como ha explicado el profesor Samuel Huntington, de asimilación [14]. Si existe el crisol de razas y culturas, es porque hay una identidad previa en la que integrarse, la misma que permite que de la diversidad de procedencias surja una identidad compartida, la identidad norteamericana. Ese molde previo que transforma la identidad de quien se convierte en norteamericano consiste en lo que se ha venido llamado tradicionalmente el "Credo" —o consenso— norteamericano, en parte fijado por escrito en los textos fundadores de la nación, la Declaración de Independencia y la Constitución, y en parte forjado por la tradición creada a partir de ahí. Martin Lipset describe el "Credo" norteamericano en cinco términos: libertad, igualdad, individualismo, populismo y *laissez-faire*, o liberalismo económico [15]. Ninguno de ellos es un rasgo de carácter. Son abstracciones, ideas, categorías

universales comprensibles para todo el mundo, y con las que cualquier persona se puede identificar. Por eso el historiador Richard Hofstader pudo decir que "nuestro destino como nación no ha sido tener ideologías, sino ser una ideología" [16].

Lincoln habló de la identidad norteamericana en términos religiosos. Ser norteamericano requiere profesar la fe en esos valores, y aceptar además que la propia conducta se guíe por el principio fundador de esa "nueva nación, concebida en Libertad, y consagrada a la declaración de que todos los hombres han sido creados iguales" [17]. Estados Unidos es la patria de la libertad, la única —con excepción de la difunta Unión Soviética— que se define a sí misma por ese credo, esa ideología o esa forma de religión, y no por una historia previa de la que participan todos los nacidos en ella. Eso es lo que hizo posible que Estados Unidos se convirtiera en el crisol de culturas, razas y religiones: que su identidad se basa en una idea universal del ser humano, enraizada en los conceptos propios de la Ilustración del siglo XVIII.

Ahora bien, hay quien sostiene, como Huntington, que antes de que se formulara ese "Credo" norteamericano, ya existía una cultura, ya que no una identidad política, que lo sustentaba. Sin esa identidad, de hecho, el Credo norteamericano habría sido inconcebible. Más aún, es dudoso que sin ella pueda sobrevivir.

Esa cultura es la que trajeron los primeros colonos llegados al nuevo continente en los siglos XVII y XVIII y que eran "casi exclusivamente blancos, británicos y protestantes" [18]. Sólo forzando el sentido de las palabras, dice Huntington, se puede afirmar que estos colonos eran "inmigrantes". Es verdad que venían de Europa a una nueva tierra. Pero venían dispuestos a fundar su propia comunidad, a vivir según unas reglas formuladas por ellos mismos, a crear una nueva sociedad. Cuando el "Credo" norteamericano se formuló, esa sociedad ya existía y se basaba en muy buena medida en los principios y las creencias que los colonos trajeron consigo y que pusieron en práctica en el nuevo continente. Esos principios y esas creencias eran las propias del protestantismo anglosajón. La ética del trabajo, el individualismo, la disidencia (que está en la base de la libertad religiosa), el moralismo (lo que de este lado del Atlántico se llama "puritanismo" y que tanto sigue sorprendiendo a los europeos), la lengua inglesa son características de una cultura específica y dan forma a la sociedad sobre la que a finales del siglo XVIII, cuando los colonos se enfrentaron a la Corona británica, dieron pie a la formulación del "Credo" norteamericano.

El "Credo" norteamericano, por tanto, no se basa sólo en las ideas de la Ilustración, ni es sólo una puesta en práctica política de la ideología universalista y progresista del Siglo de las Luces. Tras la identidad norteamericana no están sólo las ideas de los derechos naturales del filósofo inglés Locke, la fraternidad universal de algunas sectas masónicas o el elogio del libre comercio de Adam Smith. Están también todos esos rasgos propios de una cultura tan intransferible como cualquier otra y que sólo un gesto de extrema abstracción o de extremo voluntarismo puede considerar universal.

Balseros

De ahí la amenaza que plantea la "*Latino wave*", o la "ola latina". Hasta aquí las sucesivas olas de inmigración a Estados Unidos se han ido integrando en la sociedad norteamericana porque han aceptado los principios de ese "Credo", fundados a su vez en una identidad anterior, que se ha mantenido sorprendentemente estable a lo largo de más de dos siglos. Por supuesto que han evolucionado muchas de las características de la sociedad norteamericana, en buena medida por las aportaciones de los inmigrantes. Pero el núcleo, el "Credo" y la identidad cultural que lo hizo posible, han permanecido intacto.

La población de origen hispano plantea en cambio varios problemas nuevos, que no se habían dado en las anteriores olas de inmigración. En primer lugar, su número, incomparablemente superior a la de cualquier otra comunidad de inmigrantes. En 1960, Italia era el país de origen del mayor número de inmigrantes nacidos fuera de Estados Unidos, con 1.257.000 personas, seguida de Alemania (990.000), Canadá (953.000), Reino Unido (833.000) y Polonia (748.000). En 2000, la distribución era muy distinta. El primer país era México, con 7.841.000 personas. Luego venía China (1.391.000), Filipinas (1.222.000), India (1.007.000) y Cuba (952.000). En cuarenta años, la relativa homogeneidad ha dado paso a la mayor de las diversidades,

y un relativo equilibrio a una mayoría aplastante de personas de origen mexicano [19].

El fenómeno ha continuado y continuará. Y a pesar de la dispersión de la población, siguen existiendo fenómenos de concentración como los que se producen en Los Ángeles, Miami, Nueva York o, en general, buena parte del suroeste de Estados Unidos. En esta zona, además, los inmigrantes hispanos, en particular los mexicanos, pueden decir con razón que están volviendo a una tierra que una vez, no hace mucho tiempo, fue de sus compatriotas. Casi todo Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Utah y parte de Colorado fueron territorios de la Corona española y luego mexicanos, hasta la Guerra de la Independencia Texana de 1835-1836 y la Guerra Mexicano-Norteamericana de 1846-1848. No es un dato meramente folklórico. Los mexicanos se están instalando en lo que una vez fue su patria. En manos de oligarquías sin escrúpulos, como hemos aprendido los españoles de los nacionalistas, la reivindicación territorial da mucho juego.

Huntington expresa también algunos posibles problemas en lo que se refiere a la cultura. Duda que la inmigración de origen hispano esté adoptando la ética del trabajo propia de la identidad norteamericana. Aunque todavía no puede afirmar nada categóricamente, sugiere, basándose en datos de la Latino National Political Survey de 1989-1990, que los inmigrantes de origen mexicano tienden a no progresar al mismo ritmo que los de otros orígenes, siendo también más elevado su dependencia de los programas de ayuda gubernamental y menor el número de trabajadores autónomos [20].

Y está, además, la cuestión del idioma. Cuando los Estados Unidos se independizaron, a finales del siglo XVIII, los habitantes del Estado de Pennsylvania, de origen alemán en su mayoría, estuvieron a punto de hacer del alemán el idioma oficial de su territorio. Ahora es una reivindicación cada vez más escuchada, pero para el español y a nivel nacional. Por lo general, el idioma original de los inmigrantes se pierde entre la segunda y la tercera generación. Hasta hace poco tiempo el español había seguido esta pauta, y numerosos hijos de inmigrantes habían dejado de hablar español con fluidez. Las cosas parecen estar cambiado.

La concentración de la población en ciertas áreas permite que el español deje atrás su categoría de lengua de comunicación familiar, o incluso de la pequeña comunidad del barrio. Hablar español permite comunicarse en una comunidad amplia y vivir en un ambiente casi exclusivamente español. En Miami o en buena parte de Los Ángeles no

es imprescindible saber inglés para vivir. El experimento no tiene antecedentes en la historia de Estados Unidos.

Los medios de comunicación han respondido a la tendencia. Según el Latino Print Network, en 1990 había catorce periódicos en español, con una circulación total de 440.000 ejemplares. En 2003 había 40, con una circulación de 1.800.000 ejemplares. Algunas revistas semanales han pasado a ser diarios, como *La Estrella*, del Fort Worth Star-Telegram. Han aparecido nuevos medios, como *Rumbo* y *Conexión* en San Antonio y *La Vibra* en Houston. *The Miami Herald* publica una edición del diario en español. *La Opinión* de Los Ángeles y *El Diario/La Prensa* de Nueva York publican conjuntamente determinadas ediciones en español [21].

"Si existe el crisol de razas y culturas, es porque hay una identidad previa en la que integrarse, la misma que permite que de la diversidad de procedencias surja una identidad compartida, la identidad norteamericana."

Según el Censo de 2000, 21,6 por ciento de los inmigrantes de origen hispano hablan sólo español, aunque la mayoría de estos son inmigrantes recientes. Otros prefieren hablar español (29,9 por ciento) o hablan los dos idiomas. El 24,2 por ciento prefieren el inglés al español, mientras que el 11,4 por ciento no puede mantener una conversación en español [22]. Ningún idioma había desafiado la hegemonía del inglés como lo está haciendo el español. La tendencia se vio reforzada por las tendencias multiculturalistas y pedagógicas de los años setenta y ochenta, cuando se implantaron programas en español en las escuelas públicas de las zonas con un alto porcentaje de población inmigrante. Supuestamente, iban dirigidos a facilitar la integración. En realidad, era posible que la dificultaran y que acabaran creando dos comunidades sin comunicación entre ellas, una hispanoparlante, otra de lengua inglesa. Empezaba a perfilarse la ruptura de la unidad de la cultura norteamericana. Para pensadores como Huntington, que hacen del idioma uno de los pilares básicos de la identidad de Estados Unidos y del "Credo" norteamericano, es una amenaza contra el ideal de vida simbolizado por la "ciudad en la colina" de los primeros colonos.

La identidad nacional yanqui

Los residentes en California, como los de todos los Estados norteamericanos, tienen la posibilidad de presentar proposiciones legislativas

que el gobierno local debe someter a consulta popular cuando están respaldados por un número suficientes de personas. Si se aprueban, pasan a ser una norma legislativa. Es una herencia de la democracia directa en la que se fundó el autogobierno de las primeras comunidades de colonos. Aquellas asambleas locales tomaban decisiones por mayoría, y cualquiera tenía la capacidad de proponer una medida. Sobre ellas se construyó luego todo el sistema democrático norteamericano.

En 1998, un grupo de californianos presentó la Proposición 227. Estaba destinada a evitar los programas bilingües en las escuelas. No se trataba de prohibir la enseñanza de una segunda lengua, pero según los promotores, el dinero público no debía servir para promover la educación en un idioma que no fuera el que históricamente ha sido siempre el del Estado. La Proposición fue aprobada y seguida de otras, como la 203 en Arizona. Sus partidarios afirman que desde entonces el nivel de integración de los alumnos de los alumnos de origen hispano, hijos de inmigrantes de primera generación que no dominan el inglés, ha mejorado sustancialmente.

Movimientos como English Only y U.S. English —fundada y promovida por dos inmigrantes, Samuel Ichiye Hayakawa, nacido en Canadá, y Mauro E. Mujica, nacido en Chile— han ido más allá. No sólo se oponen a la educación bilingüe. Como Estados Unidos no tiene lengua oficial, han intentado que el Congreso establezca como tal la lengua inglesa. Fundados a mediados de 1985, en reacción contra los movimientos en pro la diversidad cultural y los "derechos" de los hispanoparlantes, han pasado desde entonces de la marginalidad a ser uno de los elementos centrales del gran debate cultural sobre la identidad norteamericana del que el libro de Samuel Huntington varias veces citado en estas páginas, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense* (2004) ha sido un elemento importante.

Es un debate peligroso para la derecha norteamericana, en particular si se plantea en términos políticos. El mito del *"melting pot"* o "crisol" como característica fundamental de la identidad norteamericana puede sin duda alguna defenderse como un hecho comprobable, con sólo viajar por el país.

Los europeos desconocen a veces la variedad de la sociedad norteamericana, mucho mayor que la de muchos de sus propios países. Poco tiene que ver la sociedad progresista y puritana de Boston con la falta de complejos y la fanfarronería de los texanos, o el individualismo radical —pero no insolidario— de los habitantes de las montañas de Wyoming con la intensa vida callejera de las calles de Miami. Ahora bien, esa varie-

dad, explicable por la inmensidad del país, las limitaciones impuestas a la acción del gobierno y la propia inmigración, no debe disimular la vitalidad de una identidad que ha permitido tantas maneras de ser y de vivir. Por debajo de la diversidad ha pervivido y sigue vigente el "Credo" norteamericano de libertad, igualdad e individualismo.

Ese "Credo" no se ha impuesto sin problemas. La raza siempre ha constituido un problema en la historia de Estados Unidos. Lo fue desde el principio, con la presencia de una población de esclavos negros que contradecía sin paliativos los principios ilustrados de la Constitución de la nueva nación. Lo fue después, cuando la población nativa, blanca, protestante y de origen anglosajón se enfrentó a sucesivas olas de inmigrantes, con religión y costumbres propias, muy distintas de tradicionales norteamericanas, como las que traían los irlandeses y los italianos.

"Por debajo de la diversidad ha pervivido y sigue vigente el 'Credo' norteamericano de libertad, igualdad e individualismo."

Los partidos políticos siempre se han aprovechado de estas circunstancias aunque como son organizaciones tan poco ideologizadas, lo han hecho de forma sorprendente para los europeos, que esperamos, o hemos esperado hasta ahora, que un partido se rija por un ideario un poco consistente. El Partido Demócrata fue durante mucho tiempo el gran defensor de la esclavitud en nombre de los derechos de los Estados federales frente a las intromisiones uniformizadoras del Gobierno central. Después de la Guerra Civil, los demócratas pasaron a ser los campeones de la segregación racial en el Sur y rechazaban como una imposición inaceptable las medidas de igualdad y libertad que quería introducir el Partido Republicano, más implantado en el Norte. En cambio, en el Norte del país el Partido Demócrata cortejaba el voto de las minorías raciales y ofrecía servicios y acogida a los emigrantes recién llegados. Así consiguió una implantación duradera entre los irlandeses y los italianos asentados en el norte y la costa Este, así como la simpatía de los católicos. Gracias a esta alianza política entre los votantes blancos segregacionistas del Sur y las minorías del Norte, el Partido Demócrata consiguió gobernar Estados Unidos durante toda la parte central del siglo XX, entre 1930 y 1980.

Además de cultivar el voto de las minorías inmigrantes, el Partido Demócrata hizo suyas, a partir de los años sesenta, políticas derivadas del movimiento de los derechos civiles. Por eso, y en contra de lo que suelen creer los europeos, el gobierno en Estados Unidos ha venido

tratando a los inmigrantes con tanta generosidad. En 2000, un 75 por ciento de la población nacida en el extranjero y el 85 por ciento de los inmigrantes llegados a Estados Unidos en la década de los noventa cumplían con las condiciones para ser oficialmente considerados "desfavorecidos". En consecuencia, tenían derecho a beneficiarse de los programas de acción afirmativa —que les ofrecen ventajas sobre los nacidos en el país—, aunque, como dice Samuel Huntington, era obviamente imposible que hubieran padecido historia alguna de discriminación en el país al que acababan de llegar [23]. Hasta hace muy poco tiempo, ningún país europeo ha tratado a sus inmigrantes con tanta liberalidad como lo ha hecho Estados Unidos.

El Partido Republicano fue fundado en 1854 para superar un hecho y evitar una posibilidad que a esas alturas de la historia de Estados Unidos ya se habían fundido en un movimiento único: la persistencia de la esclavitud, por una parte, y la escisión de los Estados sureños, por otra.

Hasta ahí Estados Unidos había sido una nación relativamente artificial, surgida de una alianza no del todo consolidada de Estados con intereses muy distintos, a veces divergentes, en particular los agrícolas y comerciales del Sur y los industriales del Norte. La palabra "nación" no aparece en la Declaración de Independencia. Fue eliminada del texto final por la presión de los representantes de los Estados sureños, a los que el término resultaba antipático. No les gustaba que Estados Unidos fuera una nación. Hamilton, en cambio, uno de los grandes líderes del "federalismo" —que en Estados Unidos quiere decir partidario de dar más peso al Gobierno central frente a las competencias de los Estados locales o federales—, logró insertar el término en el discurso de despedida de Washington, que habló entonces de "la comunidad de intereses en una nación" [24].

John Marshall, desde la presidencia del Tribunal Supremo que ocupó entre 1801 y 1836, contribuyó decisivamente a su definición al mismo tiempo que moldeaba según una idea nacional las todavía incipientes instituciones norteamericanas. Pero fue Abraham Lincoln, el fundador del Partido Republicano, quien proporcionó al término su auténtica dimensión, ideológica, histórica, sentimental y en más de un sentido sagrada, cuando afirmó como algo irrenunciable la unidad de la nación frente a la voluntad de escisión de los Estados sureños. La Guerra Civil subsiguiente, una de las más sangrientas y crueles de la historia de la humanidad, selló la dimensión nacional de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, Lincoln consideraba inaceptable la esclavitud, el gran problema pendiente de Norteamérica desde que los textos fundadores proclamaron con el mayor énfasis que nunca se había dado a la cuestión, con excepción del Nuevo Testamento, la igualdad de todos los seres humanos. Lincoln heredó de forma misteriosa, como quien recibe un don divino, el espíritu de la gran oratoria religiosa de la que se nutren algunas de las ideas expresadas en la Declaración de Independencia y la Constitución norteamericana. También fue Lincoln el primero que se refirió a los indios como "norteamericanos nativos", con lo que los integraba en la nación norteamericana que se estaba forjando definitivamente [25]. Y fue Lincoln quien, con todas las precauciones impuestas por los prejuicios de la época, el que hizo del Partido Republicano el partido de la emancipación de la población negra.

Lincoln se enfrentaba a dos facciones opuestas dentro de su propio partido. Estaban los radicales del lado republicano, como Charles Sunner, senador por Massachussets y Thadeus Stevens, miembro de la Cámara de los representantes por Pennsylvania. Querían ir más deprisa en cuanto a la emancipación [26]. Otros desconfiaban de esa reivindicación y consideraban absurda y perjudicial cualquier idea de igualdad entre blancos y negros. De hecho, el Partido Republicano era en buena medida heredero del movimiento de los llamados "*know-nothing*" o, como les gustaba llamarse a ellos mismos, el Partido de los Americanos [27]. Hoy los podríamos llamar los "no sabe, no contesta", y surgieron en los años 1850 como un movimiento *"nativista"*, de desconfianza ante la inmigración irlandesa, católica y convertida en clientela del Partido Demócrata sobre todo en Nueva York, el gran puerto de entrada de los inmigrantes. Querían defender la identidad anglosajona y protestante de Estados Unidos y los llamaron así —"no sabe, no contesta"— porque se mostraban prudentes a la hora de expresar sus opiniones.

Lincoln logró imponerse a las dos corrientes y reconciliarlas, aunque fuera en un equilibrio siempre inestable. A la afirmación nacional y la emancipación de los esclavos negros, el Partido Republicano sumó la reivindicación de una raíz cultural que una parte del Partido Republicano consideraba irrenunciable y en peligro. Durante mucho tiempo, más de un siglo desde su fundación, el Partido Republicano, defendió una idea de la identidad de Estados Unidos al tiempo que defendía las medidas de emancipación entre blancos y negros. Hasta la segunda mitad del siglo XX, el republicanismo recibió por tanto una parte importante, más o menos la mitad, del voto de la población

negra, en particular de aquellos que querían librarse del caciquismo demócrata sureño. Tropezaba en cambio con la hostilidad de los católicos, y en buena medida de los irlandeses y los italianos.

Buena parte del movimiento de derechas norteamericano de los últimos cincuenta años consiste en haber ido depurando al republicanismo de cualquier rastro de prejuicio racial y religioso procedente de los orígenes del Partido, del movimiento "nativista" y de los racistas blancos. La derecha norteamericana se ha esforzado también en demostrar que los auténticos racistas no son quienes aspiran a la asimilación, sino justamente quienes pretenden enfatizar la diferencia y las identidades culturales minoritarias en detrimento de la universalidad preconizada en la naturaleza misma de Estados Unidos. Ahora bien, la antigua desconfianza que un cierto sector del Partido Republicano ha sentido desde su fundación hacia los inmigrantes ha vuelto a aparecer ante las peculiares características de la "ola hispana" o "latina". Desde el 11 S también ha intervenido el peligro del terrorismo, aunque el factor decisivo es una consecuencia imprevista de las medidas restrictivas para la inmigración adoptadas después de los ataques de 2001.

En 2004, el número de visados que concedió la administración norteamericana para inmigrantes sin especial calificación profesional fue de 5.000. Pues bien, se calcula que la economía estadounidense genera al año 500.000 puestos de trabajo de este tipo, cien veces más que el cálculo gubernamental. El déficit se cubre, claro está, mediante la inmigración ilegal. En 2005 se calcula que hay en Estados Unidos unos once millones de residentes sin papeles. Como es natural, no hay datos precisos sobre ellos, pero en su mayoría proceden de México, habiendo cruzado clandestinamente los varios miles de kilómetros que separan los dos países. Según el director del Pew Hispanic Center, entre un 35 y un 45 por ciento de los inmigrantes de origen hispano viven en Estados Unidos de forma ilegal. Eso, más que cualquier rasgo cultural, explica por qué los inmigrantes hispanos, en particular los mexicanos, tardan más que los de otras procedencias en alcanzar niveles de vida próximos a la media norteamericana [28].

Como ya sabemos, la inmigración de origen hispano ha ideo aumentando con el tiempo. La patrulla de Fronteras norteamericana practicó en la década de 1960 1,6 millones de detenciones en la frontera mexicano-norteamericana. En la década de los noventa, las detenciones fueron 12,9 millones [29]. La presión de la población latinoamericana, y en particular de los mexicanos, ha llevado a resucitar, por lo menos en el nombre, antiguas formas de organización cívica espontánea de

defensa. Son las patrullas de control de frontera de personas civiles, ajenas a cualquier agencia gubernamental, que se autedonominan "*vigilantes*". Los *"vigilantes"* se arrogan el derecho de aplicar la ley por su cuenta. Forman parte de la tradición cívica, espontánea y antigubernamental norteamericana, como los "*minutemen*" de la Revolución, unas milicias patrióticas parecidas a la Milicia Nacional liberal en España. Durante la Revolución, los *"minutemen"* luchaban contra el Ejército inglés sin estar encuadrados en ninguna organización militar formal y por tanto con capacidad para enfrentarse a cualquier emergencia en muy poco tiempo, al minuto [30].

"Hasta hace muy poco tiempo, ningún país europeo ha tratado a sus inmigrantes con tanta liberalidad como lo ha hecho Estados Unidos."

El voto de los hispanos

Un congresista republicano, Tom Tancredo, ha hecho suyo el nombre de *"vigilantes"* y llamó "héroes" a estas patrullas espontáneas de control de fronteras. Tancredo nació en una familia de origen italiano y representa al sexto distrito de Denver, uno de los de mayor crecimiento económico y demográfico de Estados Unidos. Está poblado por familias jóvenes, hombre y mujeres con un alto grado de educación. Moderadamente conservadores, viven en áreas suburbanas donde se esfuerzan por crear un ambiente tradicional, comunitario y tranquilo. El distrito presenta uno de los más altos niveles de vida de todo Estados Unidos y el grado de pobreza más bajo del país.

Fue un hombre polémico desde antes de su llegada a Washington, en 1998. No asistió a la recepción que dio el entonces presidente Clinton a los nuevos miembros de la Cámara. Se negó a apoyar un mayor control en la posesión de armas tras la tragedia de Columbine, ocurrida muy cerca de su casa y que provocó una intensa campaña propagandística contra la libre posesión de armas. Fue uno de los veinticinco republicanos de la Cámara de representantes que votó en contra de la ampliación de Medicare, una de las medidas estrellas del nuevo republicanismo de Bush. Pero sobre todo, Tom Tancredo se ha distinguido por ser uno de los más incansables paladines del endurecimiento de la legislación contra la inmigración ilegal.

A pesar de la inexplicable política de visados seguida por su administración, Bush ha sido siempre favorable a los inmigrantes. Bajo su mandato, ha habido repetidos intentos de controlar las fronteras, con

aumento de personal y dotación presupuestaria. Siempre han ido acompañados de programas de acogida. Durante sus años de gobernador, prestó especial atención a los hispanos. Mantuvo relaciones fluidas con las autoridades mexicanas. Dirigió los programas de reforma del sistema educativo hacia la integración y la mejora en la calidad de las escuelas con mayoría de alumnado de origen hispano, y por tanto con problemas específicos de integración. Integró en su equipo a personas de origen hispano, como Al Gonzales, un jurista y político nacido en una modesta familia con diez hermanos y el primero en su familia en alcanzar una licenciatura universitaria antes de proseguir sus estudios en Harvard. Ahora ocupa el cargo de Fiscal General y se ha hablado de él con insistencia para ocupar un puesto en el Tribunal Supremo. Bush supo ganarse a un electorado que el Partido Demócrata creía asegurado. Su hermano Jeb siguió una política parecida en Florida, donde llegó a ser gobernador en 1998 gracias, en buena medida, a los votantes de origen hispano. Jeb Bush está casado con una mexicana de clase media, se convirtió al catolicismo y habla un español fluido. Ya sabemos hasta qué punto fueron determinantes los votantes de Florida para llevar a George W. Bush a la Casa Blanca.

En su primer mandato presidencial, Bush siguió una política similar a la que había seguido en Texas. Los programas sociales puestos en marcha, en particular la ley de educación, son particularmente importantes para los votantes de origen hispano que saben que el progreso de sus hijos depende de la calidad de la escuela pública. El 7 de enero de 2004, en un discurso desde la Casa Blanca, reconoció que la política de inmigración no estaba dando resultados y propuso la concesión de permisos de trabajo temporales, lo que beneficiaba directamente a muchos de los ocho millones de inmigrantes que trabajan y viven sin documentos en Estados Unidos, en su mayoría de origen latinoamericano [31]. Es una solución parcial e incompleta, pero también era una propuesta realista. Las de John Kerry, que habló de conceder el permiso de conducir a los inmigrantes ilegales para luego retractarse y en uno de los debates insinuó una posible amnistía, sonaban confusas e irrealizables [32].

La defensa de los valores familiares y de la familia tradicional, la consideración del aborto como un problema (y no, al modo progresista, como una solución) y la apelación al patriotismo jugaron a favor de Bush en un grupo más conservador que lo que los demócratas habían previsto. Los demócratas insistieron en que los hispanos representaban un 13 por ciento de las bajas en Irak, como si fuera una cantidad desproporcionada con respecto a la importancia de los hispanos

en la población norteamericana. En realidad la proporción se ajusta casi exactamente al porcentaje de hispanos que forman parte del Ejército norteamericano (un 13,3 por ciento de los Marines; 9 por cierto del total de las Fuerzas Armadas) [33]. No tiene en cuenta, además, que los hispanos se han seguido enrolando en el ejército, incluso en proporciones ligeramente superiores desde que se declaró la Guerra de Irak, en contra de lo que ha ocurrido con otras minorías, en particular la población negra o afro americana.

Movilizaciones de hispanos sin papeles en Estados Unidos

Otro motivo de atracción para el electorado hispano era el gran tema central de la campaña de Bush, el slogan sobre la sociedad de propietarios, que resulta atractivo para una población que en buena medida ha acudido a Estados Unidos en busca de lo que la inestabilidad institucional, las ideologías izquierdistas, el populismo y la inseguridad jurídica les niegan en sus países: el acceso a la propiedad, la de sus casas y sus empresas. Además, los hispanos adoptan el modo de vida norteamericano. En 2000, el 54 por ciento de los hispanos vivían fuera de los núcleos urbanos, en residencias suburbanas, un aumento del 71 por ciento con respecto a 1990 [34]. Es la vía desde el centro a la periferia seguido por la clase media norteamericana en los últimos cuarenta años, e indica bien las tendencias culturales de fondo que predominan entre los hispanos. En cuanto al voto que se deduce de este movimiento interno, era previsible que ocurriera lo que suele ocurrir en todas las elecciones: que votamos como votan nuestros vecinos, que en el caso de estos hispanos mudados a la periferia suelen ser blancos y de clase media.

Bush se esfuerza por hablar en español, con resultados apenas algo más pintoresco de lo que a veces es su inglés, y ya en la campaña electoral de 2000 se mostró de fácil acceso para los medios de comunicación en español, como no lo había hecho hasta entonces ningún candidato presidencial ni lo hizo Al Gore. El sábado previo a las elecciones, tanto Bush como Kerry aparecieron en *Sábado Gigante*, un programa de Univision presentado por Mario Kreutzberger, conocido como "Don Francisco" con más de cien millones de espectadores en 42 países [35].

El resultado fue que en las elecciones de 2004 Bush se hizo con un porcentaje más alto de lo esperado entre el electorado hispano. Los votantes de origen hispano representaban en torno a un 8 por ciento del total del electorado, con siete millones de votantes. Esta vez votaron tres millones más que en 2000. Los resultados de esta alta tasa de participación repiten el comportamiento del conjunto del electorado. En contra de lo que muchos habían previsto, la participación no favoreció a los demócratas. En 2000, los hispanos votaron a Al Gore, el candidato demócrata, en un 67 por ciento. En 2004 votaron a John Kerry en un 53 por ciento Bush recibió en 2000 el 31 por ciento del voto hispano, mientras que en 2004 recibió en torno al 44 por ciento [36].

Aunque la ventaja de los demócratas sigue siendo importante, la caída en el voto demócrata es tan grande (veintisiete puntos menos de distancia menos con respecto a Bush entre Kerry y Gore), que el resultado ha sido unánimemente considerado una victoria del Partido Republicano y una derrota del Demócrata. El efecto fue aún mayor porque los demócratas esperaban una victoria clara. Una encuesta de julio de 2004 de Univision, *The Washington Post* y el Instituto Tomás Rivera indicaba que Kerry iba ganar por un margen de dos contra uno. Una nueva encuesta, realizada en octubre, daba resultados similares y precisaba además que los hispanos condenaban a la administración Bush en la gestión de la situación en Irak (un 62 por ciento), la inmigración (un 55 por ciento) y la educación (un 46 por ciento). Sólo en la cuestión de la guerra contra el terrorismo la opinión hispana resultaba favorable a Bush, en un 54 por ciento [37].

En las elecciones de noviembre de 2004, Bush logró desbaratar la estrategia demócrata. Esta basaba en un diagnóstico crítico acerca de la situación de los inmigrantes hispanos, con más de nueve millones de personas viviendo por debajo del nivel de pobreza, más de trece millones sin seguro de sanidad, una tasa de paro más alta que la media, unos ocho millones de inmigrantes sin papeles y con una representación política escasa [38].

A partir de ahí, intentaba convertir al electorado hispano en un bloque único, como ha conseguido hacer con el electorado negro, que desde 1960 no se ha movido de su apoyo masivo al Partido Demócrata. Desde los años setenta, el Partido Demócrata ha hecho suyas, en muy buena medida, las políticas de identidad surgidas en aquellos años de afirmaciones identitarias e intentos de subversión cultural.

Es una política de fragmentación de la sociedad que a veces es rentable, pero también puede caer en el ridículo. Clinton lo rozó cuando

dijo que era "el primer presidente negro". Howard Dean, el rival de John Kerry durante las primarias demócratas para las elecciones de 2004, lo hizo del todo cuando se permitió decir que "si Clinton podía ser el primer presidente negro, yo puedo ser el primer presidente gay". Luego vino Teresa Heinz Kerry y su declarada multirracialidad. A principios de 2005 los demócratas eligieron a Dean presidente del Partido. Para conseguir el puesto, tuvo que hacer la siguiente ronda, el día 11 de febrero en el Hotel Hilton de Washington: a las 12'15 estuvo con el grupo de gays, lesbianas y transexuales; a las 12'45 con los seniors; a las 15'40 con las mujeres; a las 16'35 con los nativos americanos (los indios); a las 17 con los afro americanos; a las 17'20 con los isleños del Pacífico y a las 17'40 con los hispanos [39].

"Los racistas no son quienes aspiran a la asimilación, sino justamente quienes pretenden enfatizar la diferencia y las identidades culturales minoritarias en detrimento de la universalidad preconizada en la naturaleza misma de Estados Unidos."

Desde la propia comunidad hispana han surgido intentos de crear un bloque unitario, con una identidad política definida y de tendencia izquierdista. Se han creado organizaciones de nombre tan significativo como el Consejo Nacional de la Raza, un grupo que desde 1968 promociona los derechos civiles de los hispanos. El periodista Jorge Ramos ha hablado de una "agenda latina", es decir de un programa para la creación y el reforzamiento de una minoría. Entre sus objetivos está mejorar la representación política, el bilingüismo, reducir el abandono de las escuelas entre los jóvenes hispanos y forjar alianzas con otras minorías.

La evolución del voto de los hispanos indica que no va a ser tarea fácil. Pero que no exista un "voto hispano", como no existe un "voto femenino" y no existe ya un "voto católico" quiere decir, justamente, que los votantes de origen hispano votarán según sus intereses, no según una representación idealizada de sí mismos. No hay por tanto ninguna razón para que el Partido Republicano se considere depositario seguro de los votos hispanos.

Es posible incluso que el voto de la población hispana vuelva a alejarse del republicanismo si prosperan medidas como las que promociona Tom Tancredo, que se ha salido con la suya consiguiendo la aprobación en la Cámara de Representantes, en diciembre de 2005, de un proyecto de ley que satisface todos los anhelos de sus amigos aislacio-

nistas y antiinmigración. Ordena la construcción de muros y vallas en la frontera con México a lo largo de los Estados de Texas, Nuevo México, Arizona y California. Considera un delito albergar, transportar, ayudar o incluso alimentar a cualquier persona que haya pasado la frontera ilegalmente. Y expone a los empresarios que no cumplen con una estricta regulación de contratación de inmigrantes a inspecciones y multas que les harán imposible continuar con su negocio. Tancredo y sus amigos quieren convertir a Estados Unidos, el país de la libertad, en una fortaleza rodeada por una nueva muralla china.

"Desde la propia comunidad hispana han surgido intentos de crear un bloque unitario, con una identidad política definida y de tendencia izquierdista."

Estados Unidos lleva muchos años tratando de regular el problema de la inmigración ilegal procedente de México. En los últimos diez años, se han aprobado en el Congreso seis leyes con toda clase de medidas sobre inmigración. Como ya sabemos, nada de todo esto ha servido para detener a los inmigrantes. Pero bajo la ley aprobada en diciembre de 2005, los once millones de trabajadores inmigrantes ilegales pasarían a ser delincuentes. En consecuencia, no podrán nunca legalizar su situación en Estados Unidos.

Medidas como este proyecto de ley reducirán la popularidad de los republicanos entre el electorado hispano, que se verá, con razón, agredido por una medida imposible de cumplir y destinada a satisfacer a un electorado que se siente amenazado por la inmigración. Tancredo y sus amigos piensan sin duda que la inmigración puede ser una buena bandera, como lo fue el matrimonio gay en las elecciones del 2004. Pero se pueden encontrar con que han alejado el voto de los hispanos y, además, contribuido a crear un sentimiento de identidad que ni los demócratas ni los progresistas habían logrado consolidar.

---

[1] Jesús Hernández Cuéllar, "Cubanos en Estados Unidos, Perfil de una Comunidad", *CONTACTO Magazine*, http://www.contactomagazine.com/cubanoseneu.htm, consultado 4 enero 2006

[2] Jesús Hernández Cuéllar, "Cubanos en Estados Unidos, Perfil de una Comunidad", *CONTACTO Magazine*, http://www.contactomagazine.com/cubanoseneu.htm, consultado 4 enero 2006

[3] Michael Barone y Richard E. Cohen, *The Almanacs of American Politics, 2006*. Washington, D.C., National Journal Group, 2006, pp. 403-404.

[4] Michael Barone y Richard E. Cohen, *The Almanacs of American Politics, 2006*, Washington, D.C., National Journal Group, 2006, p. 323.

[5] D'Vera Cohn, "Hispanic Growth Surge Fueled by Births in U.S.", *Washington Post*, 9 junio 2005.

[6] Jesús Hernández Cuellar, "Cubanos en Estados Unidos. Perfil de una comunidad", *Contacto Magazine*, http://www.contactomagazine.com/cubanoseneu.htm, consultado 5 enero 2006.

[7] José Manuel Calvo, "Crece la ola hispana", *El País*, 10 junio 2005

[8] "Latinos are leaving the Roman Catholic Church but taking beliefs with them", ChristianityToday.com, http://www.ctlibrary.com/8101, consultado 4 enero 2006.

[9] Alan Wolfe, *The Transformation of American Religion*. Chicago, The University of Chicago Press, 2003, p. 222 sobre la integración en las iglesias protestantes, y p. 225 para la Vineyard Church.

[10] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, p. 273.

[11] José Manuel Calvo, "Crece la ola hispana", *El País*, 10 junio 2005.

[12] Jorge Ramos. *The Latino Wave*. Nueva York, Rayo, 2005, p. 71

[13] "The 25 Most Influential Hispanics in America", *Time*, 22 agosto 2005.

[14] Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 212.

[15] Seymour Martin Lipset, *American Exceptionalism. A Double-Edge Sword*, Nueva York, Norton, 1997, p. 19.

[16] Citado en Seymour Martin Lipset, American Exceptionalism. A Double-Edge Sword, Nueva York, Norton, 1997, p. 18.

[17] Discurso de Gettysburg, 19 de noviembre de 1863.

[18] Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 61.

[19] Samuel P. Huntington. *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense.* Barcelona, Paidós, 2004, pp. 261-262.

[20] Samuel P. Huntington. ¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense. Barcelona, Paidós, 2004, p. 274-277.

[21] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, pp. 110-111.

[22] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, p. 112-113.

[23] Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 239.

[24] Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 397

[25] Paul Johnson, *Estados Unidos. La historia*, Barcelona, Ediciones B, 2001, p. 412

[26] Lewis L. Gould, *Grand Old Party. A History of the Republicans*, Nueva York, Random House, 2003, p. 35.

[27] Lewis L. Gould, *Grand Old Party. A History of the Republicans*, Nueva York, Random House, 2003, p. 15.

[28] Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 239.

[29] Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 263.

[30] Garry Willis, *A Necessary Evil. A History of American Distrust of Government.* Nueva York, Simon & Schuster, 1999, pp. 25 y ss.

[31] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, pp. 6-8.

[32] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, pp. 32-33.

[33] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, p. 275.

[34] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, p. 79.

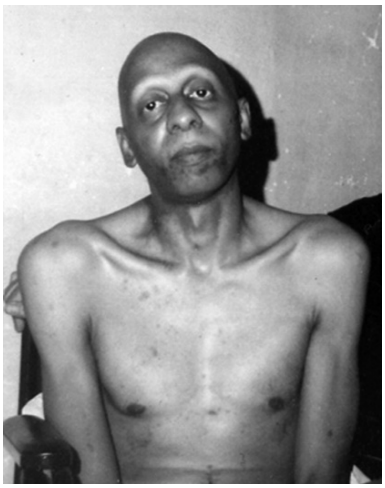
[35] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, p. 33.

[36] Datos del Nacional Election Pool. Ver, por ejemplo, Gerarld M. Pomper, "The Presidential Election: The Ills of American Politics After 9/11", en Michael Nelson ed., *The Elections of 2004*, Washington, D.C., CQ Press, p. 48.

[37] Jorge Ramos, *The Latino Wave*, Nueva York, Rayo, 2005, pp. 26-27.

DERECHOS HUMANOS

GUILLERMO FARIÑAS



El pasado 31 de enero el periodista independiente cubano Guillermo Fariñas, comenzó una huelga de hambre para solicitar a Fidel Castro el libre acceso a Internet.

A pesar de los múltiples ruegos clamando por su vida de amigos y familiares, Fariñas, casi cinco meses después (al momento de cerrar esta edición), manifiesta estar dispuesto a seguir con la huelga hasta sus últimas consecuencias. En una carta enviada a sus compañeros señalaba que "con esta huelga o ayuno de alimentos sólidos creo que desmiento la manida acusación de los que nos oprimen en nuestra propia tierra, de que somos "Mercenarios" al servicio de una potencia extranjera. Con mi abstinencia de nutrientes le estamos demostrando al dictador cubano y sus seguidores que ningún "mercenario" muere por algo que no sea dinero, mientras yo y cualquiera de ustedes estamos decididos a entregar hasta nuestra vida por ideales".

Guillermo Fariñas, psicólogo de profesión y periodista independiente, ya ha utilizado el supremo recurso de la huelga de hambre en otras ocasiones. Incluso en una ocasión fue llevado ante los tribunales en plena huelga de hambre y conducido en silla de ruedas. Ahora, el prolongado ayuno ha afectado tal vez irreversiblemente su salud, habiendo tenido que ser intervenido quirúrgicamente en varias oportunidades. Su determinación de llevar hasta el final su protesta, unido a sus precarias condiciones de salud, hacen temer lo peor. Una vez más, el responsable será el régimen de Fidel Castro, cuyo gobierno viola el derecho a la libre información de sus ciudadanos, entre muchas otras violaciones, por espacio de casi medio siglo. Según Reporteros Sin Fronteras, Cuba es, después de China, el país con más periodistas encarcelados en términos absolutos. En relación con la población ostenta el primer lugar con diferencia.

ENTREVISTA A YOLANDA HUERGA Y A MANUEL VÁZQUEZ PORTAL

Jacobo Machover
París, 6 de abril, 2006

YOLANDA HUERGA: Las Damas de blanco es un movimiento de mujeres formado por los familiares y las esposas de los presos de la ola represiva de los 18-19-20 de marzo del 2003. A raíz de estas detenciones surge de manera espontánea. No hay una fundadora específicamente. Durante la ola represiva, el pueblo en general y las mujeres de los presos quedamos desvalidas, quedamos aterradas por las enormes condenas que pedían y que les aplicaron. Y para defendernos de este miedo, para defendernos del terror que se había desatado en la isla, comenzamos a andar juntas, comenzamos a reunirnos, porque todas teníamos una causa común. Así nos empezamos a reunir en casa de algunas de nosotras. Un día a una se le ocurrió decir que había en la iglesia de Santa Rita un comité de madres ya, de presos anteriores, el Comité de madres Leonor Pérez, que se reunía allí, y hacia allá fuimos nosotras, aunque sin unirnos a este comité. Comenzamos a desfilar después de la misa, frente a la iglesia. Comenzamos a denunciar lo que estaba pasando con nuestros maridos, lo que estaba pasando en Cuba. Empezamos a hacer cartas, inicialmente cartas a las autoridades cubanas, pidiendo que liberaran a nuestros esposos. Y después empezamos a hacer cartas a personalidades del mundo entero, a organizaciones internacionales, pidiendo que se fijaran o que no contemplaran en calma el crimen que se estaba cometiendo en Cuba con estos hombres que lo único que habían hecho era ejercer su derecho a la libertad de expresión y de prensa, de escribir. Así fue como surgimos las Damas de blanco. En ese momento todavía no éramos las Damas de blanco. Éramos un grupo pequeño de esposas que estábamos diciéndole a Fidel Castro: « Basta. No vamos a quedarnos en silencio ante esta nueva arbitrariedad. » Para mí, ser miembro de las Damas de blanco, ser una de las fundadoras de las Damas de blanco, representa una de las cosas más importantes que he tenido en la vida, porque significó en primer lugar mi liberación interior. Yo tenía mucho miedo antes de eso y me sentí liberada. Sentí que mucha gente en Cuba deseaba hacer como yo y debía también liberarse. Aún en estos

momentos en que ya estoy en el exilio, gracias a Dios, todavía tengo el corazón allá con las Damas de blanco, las mujeres que quedan, con los presos que están en prisión.

Inicialmente, el primer sentimiento que yo sentí —no puedo negarlo- era de rabia. De rabia porque se habían llevado a mi esposo, al sostén de mi familia, al padre de mi hijo. Pero siempre, desde los primeros momentos, le expliqué a Gabriel que su padre era un héroe. Cuando Gabriel se enteró de que Manuel estaba condenado a dieciocho años, me dijo: "Yo no sabía que mi papá estaba haciendo algo tan malo. ¿Qué hizo mi papá para que estuviera tantos años, para que lo condenaran a tantos años?" Tuve que bajar a su nivel, a los nueve años que tenía en ese momento y, con palabras sencillas, explicarle qué era lo que estaba haciendo Manuel. "Manuel estaba luchando para que Cuba fuera una nación democrática y se pudiera expresar libremente lo que uno pensaba." Un día un vecino le dijo a Gabriel que su padre escribía contra Cuba. Entonces Gabriel se puso muy nervioso y no quería bajar a jugar con los niños y hasta que me lo dijo: "Es que me dijo tal cosa este vecino", yo le dije: "Dile a ese vecino que Manuel no escribe contra Cuba, Manuel escribe contra Fidel Castro, que no es Cuba ni es la patria." Entonces me vi en la necesidad de explicarle cosas a Gabriel porque ya estaba en una edad en que no podía engañarlo. Entendía. Además él estuvo presente cuando hicieron el registro y lo vio todo. Gabriel también adoptó una actitud de apoyo total a su padre y era de lo más simpático cuando le daba ánimos cuando podía hablar por teléfono con él o cuando íbamos a la visita. Incluso tengo una anécdota cuando una vez en una visita, mientras Manuel y yo hablábamos, Gabriel se puso a dibujar en un libro que le había regalado Manuel, y en la portada del libro dibujó a un hombre, una mujer y un niño, y les puso "Mamá, Papá y Nené" y en el pecho les puso "Libres". Sí lo afectó mucho la prisión de su padre pero poco a poco se va recuperando.

Manuel Vázquez Portal

MANUEL VÁZQUEZ PORTAL: La cárcel en Cuba es la indefensión y la impotencia. Es el primer estado en que te sientes. Tu único

amparo espiritual es, por supuesto, tu familia. Y mi mundo, en ese momento, se circunscribía a las cuatro paredes que me caían encima, que convertían la celda en una especie de ataúd, y mi familia. Realmente, en ese momento, no me preocupaba expresarme para el mundo, sino expresarme para mi hijo y mi esposa para que ellos pudieran enfrentar el mundo. Tenía como un sentimiento de no haberlos preparado para ese momento. Desde la cárcel, pues, les explicaba, les decía cosas. Trataba de insuflar algo, esperanzas, sobre todo, en las cartas que le escribía a Yolanda. Les inculcaba el amor a una patria más digna, a una patria más decorosa, a una patria más libre. Pensaba que era lo único que podía hacer entonces desde la cárcel, que era mi deber seguirlos preparando, sobre todo como familia, para que esa institución sagrada no se destruyera a pesar de la cárcel.

Yo estaba convencido de que mi hijo jamás me iba a rechazar, de que jamás lograrían que mi esposa y mi hijo me rechazaran. Y estaba convencido a la vez de que la serenidad, la inteligencia de Yolanda, iban a bastar para sustituir el vacío que yo significaba en mi hijo. Desde luego que ellos tenían esa pretensión. Lo que pasa es que contra el amor, no hay ideología política que pueda. Toda ideología política, al chocar contra el amor, se desbarata. Pero yo confiaba plenamente porque confío en el amor y en la grandeza con que me amaba mi hijo.

Y. H.: No pudieron usarlo en ningún momento porque desde el primer momento tuve que explicarle cómo eran las cosas, cómo pensábamos nosotros, cómo pensaba su padre, en general. En la escuela sí le hicieron un test, una prueba sicológica, para saber si estaba imbuido de las ideas de Manuel. Incluso la directora un día me hizo un comentario. Me dijo: "Él no ha dicho nada, sólo expuso que su padre era un héroe." Entonces yo le dije a la directora: "¿Usted quiere que yo le diga que es un mercenario?" Realmente, en Cuba, nosotras tuvimos mucho apoyo del pueblo, de la gente en la calle. Al principio, no. Al principio la gente estaba muy atemorizada por la ola represiva y tenía mucho miedo. Poco a poco más bien la gente nos apoyaba. Incluso protegía a los niños. No solamente al mío, a los de todas. Era como una simpatía soterrada. Se hacía también evidente. No puedo decir que trataron de hacerle daño a mi niño. En casos aislados, muy aislados, pero en general no había una agresividad manifiesta ni hacia el niño ni hacia mí ni hacia Manuel. Al contrario, yo tengo muchos ejemplos de personas, de vecinos y amigos que se acer-

caron a mí, con miedo, pero que se acercaron para decirme: "¿En qué te ayudo? ¿Cómo puedo mandarle algo a Manuel? Dile a Manuel que un abrazo mío, de mi parte." Realmente, eso fue así.

Puedo ya en estos momentos decir cómo salieron los escritos de Manuel, pero no quisiera agotar esa vía porque puede ser que la usen otros presos. Lo que puedo decirte es que fue preparada por Manuel, el "Diario" específicamente. Yo sólo fui el transporte. No fue en mi cuerpo porque después que saqué el "Diario", me revisaban, me desnudaban, me hacían hacer cuclillas, etc., porque pensaban que lo había sacado como comúnmente sacan los comunes las cosas, pero yo no lo saqué así. También increíblemente otras cosas me llegaron, por una persona que llegaba a mi casa, me tocaba a la puerta, me decía: "Mire, me entregaron esto para usted." "Ah, mire, gracias." "Yo no quiero que se sepa mi nombre, me encargo de traerle esto." Llegó el poemario de Manuel. Cuando el "Diario", que fue lo primero que Manuel sacó, ya dentro de la misma visita -las visitas son con un policía, un policía que está a dos metros de ti, entonces hay que hablar en clave, por señas-, yo llevaba algo, no sabía lo que era, durante el viaje no me atrevía a sacarlo. Yo llegué a la casa. Lloré mucho mientras lo leía pero me sentí muy orgullosa. Siempre me sentí muy orgullosa, y cuando lo llevaba a la agencia Associated Press, que fue la agencia donde primero lo entregué, tenía mucho miedo, miraba para todos lados, doblaba por una esquina, salía por otra, yo pensaba: "Me están siguiendo, me están siguiendo". Porque uno se vuelve un poco paranoico. Tenía miedo pero estaba muy orgullosa. Tenía miedo por las represalias que pensaba que iban a tomar con él pero de todos modos estaba muy orgullosa.

"Lo que pasa es que contra el amor, no hay ideología política que pueda. Toda ideología política, al chocar contra el amor, se desbarata."

Yo, cuando leí el "Diario" lloré mucho. Porque además yo podía ver a Manuel en la celda. O sea, me lo imaginaba en mi mente, lo estaba viendo y sufría mucho. En esto me ayudaron las Damas de blanco. Una de las cosas que hacíamos era consolarnos mutuamente también, entre otras cosas. También me reconfortó el hecho de que el mundo se había hecho eco de estas condiciones que describía Manuel en el "Diario". Me reconfortó también. Y lo reconfortó a él. Incluso cuando yo hablaba por teléfono con él, yo le decía: "Te van

a desaparecer." Y él me decía: "No me importa. ¿Qué más me pueden hacer?"

Estaba muy sereno. Las visitas eran cada tres meses. Nosotros nos veíamos cada tres meses, pero en las visitas siempre se mantuvo muy sereno y muy firme. Claro, él tenía que dar esa imagen porque allí estaba el niño. Además, nosotros también teníamos un problema más y era que nuestro hijo fue operado durante la prisión de Manuel, cuando estaba desde hace dos meses preso, de un lipoma en la médula. Una operación muy riesgosa. Esto fue un dolor más para Manuel porque no lo dejaron ir a La Habana a la operación. Ni siquiera pudo llamar el primer día. Tuvo que rechazar la comida -que es una de las formas de protesta que ellos hacen- un día entero para que le permitieran llamar al hospital donde había sido operado Gabriel.

Incluso Gabriel, cuando lo llevaban para la mesa de operaciones, yo no podía evitarlo, trataba de hacerlo pero no podía, se me salían las lágrimas solas, aunque no lloraba, pero las lágrimas se me salían de los ojos, y Gabriel me dijo que lo único de que se sentía triste era porque yo estaba llorando y que lo único que anhelaba era su papá.

M. V. P.: Había que hacerlo desde la individualidad y desde la pasión íntima. Era una especie de confesión al mundo pero como si el mundo fuera un sacerdote que de todos modos me había perdonado de antemano porque yo no había cometido ninguna culpa. No había cometido ningún crimen. Era lo que quise decir. No había cometido ningún crimen. Era un simple hombre que trataba de acercarse a la verdad a través del periodismo y la literatura. Y además el "Diario" me reconfortaba porque era como devolver el golpe que me habían dado. Y estaba convencido de que tenía que sacarlo de prisión y tenía que publicarlo. Había una persona que me inspiraba. Y realmente, aunque el "Diario" tiene un aliento de holocausto, tiene un aliento de destino trágico, kafkiano, dostoyevskiano, y hasta del destino trágico, inexorable, griego, realmente de quien más me recordaba mientras lo escribía era de una marroquí que fue encarcelada, que se llama Malika Oufkir, que escribió un libro excelente que se publicó en París que se llamaba "La prisionera". Malika era la hija del ministro del Interior. Yo había leido este libro y veía en ella lo poderoso que se le volvía escribir el diario que se le perdió en la cárcel. Por eso tuvo luego que escribir el relato. Yo decía: "Si esta mujer tuvo esta entereza ¿cómo es que yo no lo puedo hacer?" Ya el 30 de mayo, salió la primera parte del "Diario" en manos de Yolanda. No revelo todavía la manera en que salió el

"Diario" porque puede ser usada por algunos de mis amigos y sería regalarle el método a la policía política cubana.

M. V. P.: Posterior a eso, yo terminé en abril del 2005 un libro que se llama "Escrito sin permiso, reportaje desde el calabozo", donde yo recreo desde el día 19 de marzo de 2003 en que me arrestaron hasta el día 23 de junio de 2005 en que me concedieron la licencia extra-penal. Allí en ese libro, además de la narración vista desde la primera persona del singular, con aire de testimonio novelado, se incluyen las cartas que escribí a Yolanda desde la prisión, que Yolanda guardó celosamente los originales. Se incluye el "Diario", que también guardó Yolanda celosamente. Se incluyen algunos de los poemas que escribí en prisión. El libro tiene una estructura de narraciones paralelas donde, por un lado, se va contando los interrogatorios y la estancia en Villa Marista, la sede de la policía política, paralelamente se va contando la estancia y los recuerdos de la cárcel de Boniato hasta que terminan uniéndose todas las historias. Y, por supuesto, el "Diario" fue lo que me permitió hacer esta narración cronológica, lineal, aunque con planos alternos, de ambas situaciones. Y el "Diario" lo dejé como tal. Está reproducido como tal dentro del libro, porque me parecía que de haberlo rehecho, perdería la autenticidad, el candor de lo nacido bajo el rigor de la cárcel, sin el cuidado literario quizás que debía llevar, aunque el "Diario" tiene ciertos vuelos poéticos, ciertos vuelos de humor, ciertos vuelos de ironía.

"En mi caso, la necesidad poética y la necesidad política son una sola. Yo me siento un intelectual orgánico, donde pensamiento racional e iluminación poética van de la mano."

En mi caso, la necesidad poética y la necesidad política son una sola. Yo me siento un intelectual orgánico, donde pensamiento racional e iluminación poética van de la mano. Indudablemente yo sabía de antemano que al habernos apresado unos días antes de comenzar la guerra en Irak, el gobierno cubano pretendía con ello tirar una cortina de humo sobre la atrocidad que estaba cometiendo y que el mundo podía quedarse sin conocer los sucesos.

Yo sabía la necesidad que tenía, no yo solo, sino el grupo de los 75, de una resonancia internacional. Estaba convencido de que algunos pensaban que lo mejor era el silencio. Estaba convencido también de que algunos teníamos cierta resonancia intelectual en el resto del

mundo. Pero estaba convencido de que la mayoría eran unos perfectos desconocidos a nivel internacional y que dar un grito desde dentro del calabozo podía tener un efecto grandioso. Ahí surge la idea del "Diario". Además el "Diario" siempre tuvo una intención propagandística y política.

Y. H.: Me sigo sintiendo una Dama de blanco y sigo siendo una Dama de blanco. Y quiero hacer todo lo que esté en mis manos por apoyar y ayudar desde el exilio a las que quedaron allá para la liberación de sus maridos. En mi opinión, las Damas de blanco han trascendido su postulado inicial, que es el de la liberación de los presos políticos cubanos, porque ya se han convertido en un ejemplo dentro de la disidencia cubana.

Le han enseñado que la oposición debe ser pacífica pero desafiante. Que no podemos quedarnos sentados en la casa. Precisamente las Damas de blanco han tenido esa relevancia internacional porque han tomado las calles, porque no solamente se han limitado a escribir cartas a personalidades internacionales, a escribir cartas a las autoridades, a reunirse con personalidades, sino que han tomado las calles, se han mezclado con el pueblo cubano y el pueblo cubano las conoce y sabe que existen y sabe que están luchando por la libertad de los presos.

M. V. P.: Cuando yo me enteré, en la cárcel de Boniato, de que las mujeres se habían reunido y estaban asistiendo a la iglesia de Santa Rita y estaban caminando por la calle, en una ocasión por teléfono en que llamé a Yolanda y coincidió que había varias, les dije que las verdaderas heroinas eran ellas porque habían logrado precisamente esto. Habían demostrado que sí era posible revertir el lema castrista de que "la calle es para los revolucionarios". Ellas mostraron que la calle era para la libertad, para el amor, para la ternura, para ejercer la *democracia* y los ideales, y rompieron el mito de que en Cuba no se podía desfilar pacíficamente. Lograron un derecho negado durante cuarenta y seis años al cubano, que es el derecho de manifestarse públicamente. Ellos se lo arrogaron, se lo adjudicaron. No esperaron a que ningún Estado ni ninguna autoridad les diera el derecho de manifestación, sino que se sintieron dueñas de ese derecho y lo ejercieron. Y ahí creo que está la importancia de las Damas de blanco.

Contra la crueldad siempre la mejor arma ha sido el amor. La solidez del amor es lo que conquista realmente los grandes ideales. No quisiera hacerte una larga historia sobre la presencia del amor en los idea-

les. Martí era un derroche de amor, Ignacio Agramonte y Amalia eran un derroche de amor, Máximo Gómez y Manana eran un derroche de amor, Maceo y María Cabrales eran un derroche de amor. Si en la hisoria de Cuba se tuviera en cuenta el papel del amor -pero no el amor carnal, el amor de la pareja, sino el amor en la dimensión divina y ecuménica, universal-, se darían cuenta de que no son necesarios los misiles ni las campañas bélicas, que un gesto de amor puede eternizarse, quedar como muestra del acto heroico más histórico, del ser humano sobre la tierra.

Yolanda Huerga

Y. H.: El gobierno cubano justamente no puede contra las Damas de blanco porque no puede contra el amor. Eso no lo puede aplastar. Puede amenazar, puede acosar, puede reprimir, pero no puede hacer que las Damas de blanco dejen de luchar por el amor, por defender a sus esposos presos o a sus hijos. Contra eso no pueden.

M. V. P.: El gobierno cubano tiene un carácter machista y falocrático. Su propio origen caudillesco y patriarcal, con cierta tendencia providencialista muy arraigada en América, ve en la fiereza viril el símbolo más poderoso de su ideario, de su imaginario político. Cuando se enfrenta a la ternura desarmada y limpia de las mujeres, se encuentra precisamente frente al antídoto de toda esa falocracia establecida a través de gestos numantinos y partisanos. No puede usar armas contra la ternura, mucho menos contra la mujer, porque sería precisamente la derrota total de lo que han promulgado durante tantos años, que es un machismo feroz, un guerrerismo feroz, un Estado partisano esotérico eterno.

Además el aura heroica de los primeros años se ha convertido en una aberración. Para los jerarcas "heroicos" cubanos, todas las mujeres están enamoradas de los revolucionarios. Los que no sean revolucionarios no pueden ser amados por las mujeres. Y ellos esperaban que la familia se iba a destruir. Sin embargo, las mujeres les demostraron que había otro tipo de hombres que eran bien amables, y a los cuales se les podía entregar la vida, el alma, la ternura, y el afán de liberación. Y así lo hicieron.

LA REPRESIÓN QUE NO CESA. UNA VISIÓN SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS EN CUBA

Orlando Fondevila

El panorama represivo de la Cuba castrista es, al día de hoy, francamente desolador. Aunque es cierto que desde 1959 Cuba es un Estado policial solo homologable con los peores regímenes totalitarios que han existido, la situación actual puede identificarse como un retroceso a los peores momentos de su propia historia. Ahora no resuenan todas las noches las descargas de los fusiles en La Cabaña, pero sus ecos sí resuenan en la memoria colectiva de los cubanos. La consecuencia es una sociedad aterrorizada, simuladora y en buen medida envilecida. Pero, a pesar de todo, es creciente la oposición al régimen, representada por decenas de grupos, activistas, periodistas y otros profesionales a todo lo largo y ancho del país. El régimen teme. Sabe que el "mal ejemplo" puede cundir. Por eso en la primavera de 2003 condenó a largos años de cárcel a 75 pacíficos luchadores por la democracia y los derechos humanos. Mas, para perplejidad de su soberbia, el golpe brutal no desmanteló como se proponía la actividad opositora.

Ahora el régimen, entre medroso por un lado y crecido por el otro, al sentir cierta seguridad por los petrodólares del gorila rojo, ha retornado con ímpetu a las andadas. Inactivos, de momento, los fusiles —aunque siempre inquietantemente engrasados- los que funcionan ahora sin piedad son los más depurados métodos de tortura y acoso desarrollados en las tenebrosas escuelas de la KGV y de la GESTAPO, aprendidos con fruición y debidamente perfeccionados por sus discípulos castristas. Los prisioneros políticos son literalmente machacados en las cárceles, víctimas de un cobarde ensañamiento empeorado por el desamparo de que son objeto por parte de una mayoría de gobiernos, de políticos y de la gran prensa del mundo, los cuales se hayan muy ocupados en magnificar cualquier presunta violación por parte de Estados Unidos en la guerra contra el espanto del terrorismo islamista. Es verdad que hay informes de organizaciones internacionales de derechos humanos como Amnistía Internacional, Human Right Watch, o más contundentes de la

Sociedad Internacional de Derechos Humanos, o de Reporteros Sin Fronteras. Pero en algunos casos las denuncias son relativamente tibias y, generalmente, desaparecen velozmente de la actualidad noticiosa. Sólo la acerada voluntad del exilio cubano hace que no se les olvide definitivamente.

Todos los días se reciben denuncias de los atropellos en Cuba. El médico Óscar Elías Biscet, Víctor Rolando Arroyo, Juan Carlos Herrera, Antúnez, los hermanos Sigler Amaya, Francisco Chaviano, Ricardo González Alfonso, Héctor Palacios, los hermanos Ferrer García, Librado Linares, Normando Hernández, José Gabriel Ramón Castillo, Arnaldo Ramos Lauzerique, y así hasta completar una cifra —siempre provisional— de más de trescientos, son sometidos de manera consuetudinaria a todo tipo de vejámenes y tratos crueles, inhumanos y degradantes. Algunos de ellos muy enfermos debido a las pésimas condiciones carcelarias, a pesar de lo cual no ha habido más "licencias extrapenales", ese engendro jurídico que se ha inventado el régimen y que fue utilizado, en su momento, como cínica y melosa moneda de cambio para que el Gobierno español impulsara la desmovilización de la conciencia europea acerca del horror del castrismo.

Rostro de Martha donde recibió el fuerte puñetazo

A partir de la suavización europea y de su mentiroso "diálogo crítico", digan lo que digan sus patrocinadores, Castro se sintió aún más libre y con añadida impunidad para sus fechorías. Decenas de nuevos disidentes fueron a engrosar las filas de los prisioneros de conciencia. Con la excepción de la prensa del exilio cubano, de ellos no se habla, o se habla poco. Ellos tienen la desgracia de no ser islamistas terroristas y de encontrarse presos del otro lado de la cerca de Guantánamo. Nunca aparecerán en un titular de prensa. Nunca serán visitados por la Cruz Roja. No dormirán en colchones de espuma y en celdas aseadas. No se les permitirá en muchos casos tener acceso a sus Biblias, así como los otros tienen acceso al Corán. Si se suicidan, o si se enferman, o si sufren palizas, no habrán declaraciones enfáticas de Javier Solana o de Koffi Anan. Y mucho menos

del ministro de Exteriores español, Miguel Ángel Moratinos, o del insulso Secretario General de la OEA, José Miguel Insulza.

Pero hay más. El acoso a los disidentes, activistas y periodistas independientes que no están en la cárcel pequeña (en la mayor está todo el pueblo) ha alcanzado niveles propios de las peores experiencias que ha vivido la humanidad. En la Unión Soviética también asesinaban a los opositores, también los enviaban al GULAG, pero el hostigamiento minucioso de sus vidas y de la de sus familiares, diario y omnipresente, sólo tiene parangón en la Alemania nazi. Los disidentes cubanos son virtualmente marcados con una cruz que les señala como diferentes y apestados, como lo eran los judíos con Hitler. Se les deshumaniza y se les trata como a "gusanos", como hacían los nacionalsocialistas. Contra ellos todo está, pues, permitido. Así, se puede detener a René Gómez Manzano cuando reposaba su gripe y enviarle a la cárcel, acusado de desorden público, y mantenerlo allí, sin juicio, durante meses. U organizar un día sí y otro también "mítines de repudio" contra personas decentes y pacíficas, con la participación de policías y chivatos y alguna otra gentuza acobardada, incluso llevando en ocasiones a niños y adolescentes sacados de sus escuelas sin el consentimiento de sus padres. Pensar diferente o querer ser libre en Cuba conlleva afrontar penurias sin cuento, tales como expulsión del trabajo, aislamiento social, ofensas y atropellos. Y después, sin pudor alguno, ser acusado de "mercenario". Estos "repudios" repulsivos pueden llegar a extremos como el de agredir físicamente a una valiente mujer de 61 años, la economista Marta Beatriz Roque. Cercada permanentemente en su domicilio, tuvo que soportar un linchamiento en el que fue golpeada por un "heroico" y corpulento ¿hombre? Y posteriormente pateada y arrastrada por los suelos, en su propia casa. Algo increíble si se reflexiona que en la cultura cubana siempre fue considerado algo despreciable que un hombre pegara a una mujer.

"Pensar diferente o querer ser libre en Cuba conlleva afrontar penurias sin cuento, tales como expulsión del trabajo, aislamiento social, ofensas y atropellos. Y después, sin pudor alguno, ser acusado de 'mercenario'."

Mención aparte merece el caso del periodista independiente cubano, Guillermo Fariñas. Desde hace más de cuatro meses se halla

en huelga de hambre, exigiendo su derecho a recibir libre información a través de internet. Fariñas, psicólogo y periodista, negro por más señas, parece decidido a llegar hasta el final con su justo reclamo. Lo tiene todo en su contra: es cubano y su lucha no es contra los Estados Unidos.

Y mientras tanto, el régimen es elegido para ocupar un puesto en el nuevo Consejo de Derechos Humanos de la ONU. Mientras tanto, la Unión Europea, con el Gobierno Zapatero a la cabeza, decide mantener unas relaciones normalizadas con el régimen. Mientras tanto, el Secretario General de la OEA expresa sus deseos de reincorporar a Cuba (a Castro querrá decir) al seno de la organización regional. Mientras tanto, la ONU, la UE y los Gobiernos Latinoamericanos aprovechan cualquier oportunidad para condenar enérgicamente el embargo norteamericano al régimen (que no a Cuba), pero las más de las veces o callan, o critican con la boca pequeña, o disimulan todo el horror que está sometido el pueblo cubano. Se puede ser responsable de un crimen por acción u omisión, de forma culposa o dolosa. La mayoría de las Instituciones internacionales, de sus organizaciones y sus gobiernos son responsables ante la historia por el interminable drama cubano.

Óscar Elías Biscet

Si decíamos al inicio que el panorama represivo en Cuba era desolador, también podríamos decir que la situación política es de soledad. Pero también otros en el pasado estuvieron solos en su combate al totalitarismo. Y el totalitarismo fue vencido. También lo será el régimen cubano. Sin embargo, la ética sí importa. Quienes han preferido no ser solidarios, dejar sin sostén a los demócratas cubanos tendrán para sí la vergüenza de su conducta. Otros, aquellos que en cualquier parte del mundo, con pocas fuerzas y poder, hacen que la causa de la libertad de Cuba no pueda ser completamente silenciada, son acreedores desde ya al honor de la historia. Y a la gratitud de los cubanos. Porque la represión, por cruel y extendida que sea, no podrá nunca aplastar a la libertad. Porque el régimen va a ser vencido.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

EL DISCRETO TERROR DE FIDEL CASTRO *

Václav Havel

Esta primavera se cumple el tercer aniversario de la oleada de represión en la que el régimen de Fidel Castro detuvo y condenó a largas sentencias de cárcel a 75 de los principales disidentes cubanos. Poco después, muchos amigos y yo creamos el Comité Internacional para la Democracia en Cuba.

La valentía de quienes encontraron su conciencia social, superaron el miedo y se alzaron contra la dictadura comunista sigue fresca en mi memoria. Me recuerda el tintineo de las llaves que sonaron en la plaza Wenceslas de Praga —y después en el resto de lo que entonces era Checoslovaquia— en el otoño de 1989. Por eso hice sonar llaves durante la conferencia para solicitar la democracia en Cuba que nuestro comité organizó en Praga hace tres años. Quería llamar la atención de la comunidad internacional sobre la situación de los derechos humanos en Cuba, para apoyar a la oposición de ese país y animar a todas las fuerzas prodemocráticas. La Unión Europea introdujo entonces sanciones diplomáticas, aunque en su mayoría simbólicas, contra el régimen de Castro. Sin embargo, poco después se impuso una postura contraria. La UE inició un diálogo con el régimen cubano, suspendió condicionalmente las sanciones, e incluso varios países democráticos dejaron claro a los disidentes que no eran bien recibidos en sus embajadas. Cobardes acuerdos y coartadas políticas —como tan a menudo ocurre en la historia— derrotaron a una posición de principio. A cambio, el régimen cubano hizo un gesto falso y liberó a un pequeño número de presos de conciencia —la mayoría torturados y gravemente enfermos—, los que el régimen más temía que murieran en sus famosas prisiones.

Quienes vivimos en las nuevas democracias poscomunistas europeas experimentamos acuerdos políticos similares cuando vivíamos tras el antiguo telón de acero. También conocemos de memoria el argumento de que las políticas europeas no han provocado ninguna detención masiva en Cuba. Pero la democracia ha dado signos de debilidad y a su vez el régimen cubano ha adaptado sus tácticas. Organizaciones

respetadas como Periodistas sin Fronteras y Amnistía Internacional han recogido amplias pruebas de violencia e intimidación contra los librepensadores cubanos, que pueden esperar un tipo de sonido distinto al del tintineo de llaves. A menudo, su caso no acaba en los juzgados sino en los hospitales. Grupos de "combatientes por la revolución" —en realidad, la policía secreta cubana— atacan brutalmente a sus adversarios políticos y los acusan de delitos absurdos en un esfuerzo por intimidarlos o por obligarlos a emigrar. En la isla, esos acosos planeados se denominan "actos de repudio". La violencia política que produce la impresión de mero delito callejero nunca es fácil de probar, al contrario que las sentencias a varios años de cárcel, y por tanto no recibe la debida atención mundial. Sin embargo, miles de ex presos políticos de Europa central y del Este pueden atestiguar que la patada de un policía secreto en la calle duele tanto como la patada de un guardia tras las puertas de una cárcel. La víctima de peleas callejeras y de amenazas contra la familia organizadas por el Estado experimenta la misma impotencia que alguien acosado durante una investigación de la seguridad estatal. En años recientes, a muchos políticos europeos que han intentado observar la situación sobre el terreno se les ha prohibido la entrada.

Aparentemente algunos europeos ven a Cuba como un país lejano por cuyo destino no necesitan interesarse, porque tienen sus propios problemas. Pero lo que los cubanos soportan hoy forma parte de la historia europea. ¿Quién conoce los tormentos infligidos al pueblo cubano mejor que los europeos, que dieron vida al comunismo, lo exportaron al mundo, y después lo pagaron muy caro durante muchas décadas? La humanidad pagará el precio del comunismo hasta que aprenda a hacerle frente con toda la responsabilidad y la decisión políticas. Tenemos muchas oportunidades de hacerlo en Europa y en Cuba. Y no sorprende que los nuevos miembros de la UE hayan aportado a Europa una nueva experiencia histórica, y con ella, mucha menos tolerancia y comprensión por las concesiones y las soluciones intermedias. Representantes de los países miembros de la UE se reunirán en Bruselas a mediados de junio para revisar la política común hacia Cuba. Los diplomáticos europeos deberían sopesar las consecuencias de complacer al régimen de Castro. Deberían dar muestras de que no ignorarán sus prácticas ni pasarán por alto el sufrimiento de los presos de conciencia cubanos. Nunca debemos olvidar a las víctimas aparentemente anónimas de los "actos de repudio" de Castro.

* Copyright: Proyect Syndícate, junio de 2006. Traducción de News Clips.

TODOS CUBANOS, PRIMAVERA EN LA ISLA *

Oswaldo Payá

En marzo del año 2003, en una oleada represiva sin precedentes, detuvieron en Cuba a decenas de líderes del Proyecto Varela y otros defensores de los derechos humanos en la isla. Los sometieron a juicios sumarísimos, los condenaron a penas de cárcel que alcanzaban los veinte años y los confinaron en las condiciones más inhumanas y crueles; junto con prisioneros comunes, muchos de estos muy peligrosos.

El régimen pretendía así matar la Primavera de Cuba que había nacido cuando miles de cubanos, venciendo la cultura del miedo, se decidieron a escribir sus propios nombres, direcciones y número de identidad junto al texto del Proyecto Varela. Este texto iba a ser presentado a la Asamblea Nacional y pedía un referéndum que permitiera que el cubano pudiera gozar de libertades políticas y económicas. Sin embargo, el propósito que perseguía el Gobierno no se logró; esa primavera cubana nunca murió. Desde marzo de 2003 y durante todo este tiempo, los cubanos han continuado firmando el Proyecto Varela aun en medio de una represión que no ha excluido las amenazas de muerte y los pogromos.

En ese mismo año 2003, anunciábamos que habíamos elaborado un documento de trabajo que serviría como guía para un realizar un Diálogo Nacional. Mientras la Seguridad del Estado nos perseguía a lo largo de toda la isla y algunos —dentro y fuera de Cuba— usaban todos sus medios para atacarnos y desalentarnos en nuestra labor, miles de cubanos dentro de Cuba y en el exilio participaban en este Diálogo Nacional.

En este ambiente de férrea represión, por primera vez en nuestra historia, los cubanos participaban en la construcción de un programa de cambios, en el diseño de su futuro. A través de círculos de diálogo democráticos, individualmente o por equipos, escribieron sus opiniones y sus aportaciones para enriquecer este proceso. Unos doce mil cubanos participaron activamente, y fueron muchos más los que leyeron ese documento de trabajo. A través de ocho comisiones —que sintetizaron todos los aportes de los

ciudadanos— los cubanos pudieron discutir abiertamente sobre diferentes temas: seguridad social, salud, economía y propiedad, reconciliación y amnistía, cambios institucionales y todos los aspectos de la vida. De esta forma los cubanos señalaron el camino del cambio y también la meta.

"No es fácil resumir en unas líneas las aportaciones del diálogo de miles de cubanos, pero están marcadas de forma clara algunas líneas directrices: la reconciliación entre cubanos."

El 10 de mayo de este año, cuando se cumplía el cuarto aniversario de la presentación del Proyecto Varela, dimos a conocer públicamente el programa «Todos Cubanos». Este programa es el fruto del Diálogo Nacional y la redacción se realizó por cubanos íntegramente dentro de Cuba. El texto contiene propuestas de modificación de la Constitución, una nueva ley Electoral, una nueva ley de Asociaciones y un Plan de Cambios titulado «Cuba Primero».

El programa «Todos Cubanos» no es sólo un documento, es la expresión de la reflexión y la voluntad de los cubanos de realizar los cambios pacíficamente, entre cubanos y sin exclusiones. Los cubanos en este Diálogo Nacional demostraron que sabemos adónde ir y cómo ir.

De este diálogo nacional se concluye que los cubanos quieren conservar como derechos la salud y la educación gratuitas y también quieren que se respeten el derecho a la educación religiosa y la libertad de expresión. Los cubanos no quieren que los cambios se realicen a costa de pagar un rescate a los que tienen el poder, permitiendo que se adueñen de todos los recursos y valores del país y se conviertan en millonarios dejando así en la ruina al pueblo entero. En Cuba no habrá piñatas, no habrá venganzas, no habrá exclusiones; hasta los que están en el poder tendrán todos los derechos como ciudadanos. No habrá privatizaciones desenfrenadas, pero sí se garantizará a todos los cubanos el derecho a la libertad económica, el derecho de los ciudadanos a tener sus empresas privadas y a comerciar libremente. De ninguna manera se sacará a nadie de la casa que habita, ya que la ley prohíbe el desahucio. Todos los cubanos del exilio recuperan sus derechos como ciudadanos cubanos. Este programa diseñado como una propuesta —mientras los cubanos no lo aprueben

en referéndum —continuará abierto al diálogo y a la posibilidad de enriquecerse.

No es fácil resumir en unas líneas las aportaciones del diálogo de miles de cubanos, pero están marcadas de forma clara algunas líneas directrices: la reconciliación entre cubanos, un proceso inmediato de institucionalización de todos los derechos, la libertad económica, la participación democrática de todos los cubanos en las decisiones, la garantía y el mejoramiento de los servicios sociales gratuitos y todo lo que se puede resumir en libertad y solidaridad.

"Un proceso de institucionalización de todos los derechos, la libertad económica, la participación democrática de todos los cubanos en las decisiones, y todo lo que se puede resumir en libertad y solidaridad."

Que todo el mundo lo sepa, en Cuba renace la Primavera, renace la esperanza, los cubanos por nosotros mismos estamos construyendo y seguiremos elaborando en este «diálogo sin fronteras» nuestro camino hacia la democracia, hacia una sociedad libre, más justa y más humana. Lo que Cuba necesita es que muchas voces en el mundo reclamen la liberación de los prisioneros políticos pacíficos y apoyen este camino cubano que fue diseñado en el diálogo y que con su nombre anuncia que no es excluyente, sino que incluye a todos los cubanos: «Todos Cubanos».

* Publicado por ABC el día 27 de mayo de 2006

Líderes sindicales de los Estados Unidos demandan a Castro la liberación de los líderes sindicales cubanos actualmente en prisión

Trabajadores Cubanos Reciben Largas condenas por sus Esfuerzos Destinados a Formar Sindicatos Independientes

WASHINGTON – En el día de hoy fue entregada una petición a la Sección de Intereses Cubanos de los Estados Unidos pidiendo al Presidente Fidel Castro la liberación de ocho trabajadores cubanos encarcelados por sus intentos de formar sindicatos independientes. La petición, firmada por los líderes de 23 sindicatos de los Estados Unidos demanda a Castro que reconozca los derechos fundamentales laborales garantizados por las convenciones internacionales que han sido denegados por largo tiempo por el régimen cubano.

"Cuba está obligada, como miembro de la Organización Internacional del Trabajo y como país que ha ratificado los Convenios No. 87 y 98, a garantizar la liberad de asociación —el derecho de los trabajadores a formar organizaciones de su elección y a negociar de manera colectiva. Sin embargo, estos derechos han sido reprimidos en Cuba por largo tiempo", indica la petición. La OTI es la organización más antigua de las Naciones Unidas.

Los trabajadores forman parte también de un número de periodistas, activistas de derechos humanos, y reformistas pro-democracia que fueron arrestados y enviados a prisión en Cuba en 2003 por condenas de hasta 26 años. Mientras que varios de ellos han sido liberados, los sindicalistas han sido retenidos en prisión en celdas "llenas de plagas y ratas," de acuerdo con el reporte de la Confederación Internacional de Sindicatos Independientes, y algunos de ellos se encuentran gravemente enfermos como resultado de las terribles condiciones de la prisión y de la falta de atención médica.

Los prisioneros incluyen a Pedro Pablo Álvarez Ramos, Alfredo Felipe Fuentes, Miguel Galván, Iván Hernández Carrillo, Nelson Molinet Espino y Héctor Raúl Valle Fernández. Uno de ellos, Carmelo Díaz Fernández, ha sido liberado debido a su grave estado de salud. Lázaro González Adán, ha estado en prisión desde octubre de 2004 sin haber sido formalmente acusado ni haber sido sometido a juicio.

"El único 'crimen' que cometieron estas personas fue hablar con los demás trabajadores sobre la forma de organizarse para poder negociar con sus empleadores," dijo Thomas R. Donahue, el ex Presidente de AFL-CIO quien está encabezando esta campaña. "Lo que Castro está haciendo a estos hombres no sólo es inhumano, sino que representa una violación del derecho internacional."

En junio de 2005 el Comité de la OTI sobre Libertad de Asociación emitió un informe en el que determina que Cuba se encuentra en violación a sus normas por imponer un monopolio de sindicatos controlados por el estado, y urgiendo la liberación inmediata de los trabajadores:

"El Comité sólo puede expresar su deseo firme de que el Gobierno tomará los pasos necesarios para garantizar un clima libre de violencia, presiones o amenazas de ningún tipo para que las actividades sindicales puedan ser ejercidas libremente, aún por organizaciones que no comparten los mismos objetivos económicos y sociales," termina diciendo el informe.

Los lideres sindicales que firman la petición que se presentara en el día de hoy al gobierno cubano representan a millones de trabajadores americanos que trabajan tanto en el AFL-CIO y en las federaciones laborales Change To Win. Incluyen Leo W. Gerard, Presidente del United Steelworkers; Edward J. McElroy, Presidente del American Federation of Teachers; James P. Hoffa, Presidente del International Brotherhood of Teamsters; Edwin D. Hill, Presidente del International Brotherhood of Electrical Workers; R. Thomas Buffenbarger, Presidente del International Association of Machinists and Aerospace Workers; William Lucy, secretario-tesorero del American Federation of State, County and Municipal Employees y Presidente del AFL-CIO International Affairs Committee; Stuart Appelbaum, Presidente del Retail, Wholesale and Department Store Union/United Food and Commercial Workers; William Burrus, Presidente del American Postal Workers Union; y Capt. Duane E. Woerth, Presidente del Air Line Pilots Association. (La lista completa de los signatarios se encuentra más adelante. La petición se enviará a solicitud.)

En respuesta a la Campaign for Free and Independent Trade Unions in Cuba, el Presidente de AFL-CIO John Sweeney unió su voz en el mes de abril, enviando una carta a Castro urgiendo la liberación de los líderes sindicales encarcelados. El Comité Internacional del AFL-CIO's ha también apoyado la campaña para insistir en la libertad de asociación y expresión en Cuba.

Lista completa de signatarios:

Paul E. Almeida, Presidente, Department for Professional Employees, AFL-CIO

Stuart Appelbaum, Presidente, Retail, Wholesale and Department Store Union, UFCW

Baxter M. Atkinson, Presidente, American Federation of School Administrators

Dana A. Brigham, Presidente General, International Union of Elevator Constructors

R. Thomas Buffenbarger, Presidente Internacional, International Association of Machinists & Aerospace

Workers

William Burrus, Presidente, American Postal Workers Union

Thomas R. Donahue, Ex Presidente, AFL-CIO

John J. Flynn, Presidente, International Union of Bricklayers & Allied Craftworkers

Warren S. George, Presidente, Amalgamated Transit Union

Leo W. Gerard, Presidente Internacional, United Steelworkers

Edwin D. Hill, Presidente, International Brotherhood of Electrical Workers

James P. Hoffa, Presidente General, International Brotherhood of Teamsters

Joseph J. Hunt, Presidente, Ironworkers International

Frank Hurt, Presidente, Bakery, Confectionary, Tobacco Workers and Grain Millers International Union

Thomas F. Lee, Presidente, American Federation of Musicians

William Lucy, Secretario-Tesorero, American Federation of State, County & Municipal Employees; Presidente de la Comision Internacional del AFL-CIO

James Little Presidente Internacional, Transport Workers Union

Edward J. McElroy, Presidente, American Federation of Teachers

Patrick Quinn, Presidente, Actors' Equity Association

Kinsey Robinson, International Presidente, United Union of Roofers, Waterproofers, & Allied Workers

Michael Sacco, Presidente, Seafarers International Union

Michael J. Sullivan, Presidente General, Sheet Metal Workers International Association

Capt. Duane E. Woerth, Presidente, Air Line Pilots Association, International

RELATOS CORTOS

EL FAROL

Orlando Fondevila

La mañana, como todas las mañanas de agosto en el trópico, avanzaba con sus pasos infantiles hacia la tarde. La mañana no era otra cosa que la vivacidad luminosa que antecedía al húmedo cansancio vespertino. La tarde prepararía, a su vez, el susurro diamantino de la noche y una plegaria por la brisa.

Él estaba allí, atáxico, irritable, escudriñando detrás de cada árbol, dentro de cada automóvil, en los ojos de cada transeúnte. No sabía si detener o empujar el reloj. ¿Qué preferir: la mañana, la tarde o la noche? La razón, obstinada, le avisaba que eran igualmente peligrosas. Prefería, no obstante, a la noche, tumbado en la cama, tapado el rostro. Tenía la certidumbre de que era igual, pero cual un niño que se cree invisible cubriendo sus propios ojos, optaba por el refugio en las sombras.

Su respiración era queda, su andar despacioso y como por el aire, su hablar mera parodia del ajetreo de una abeja. Transpiraba un fatigoso deseo de imperceptibilidad. Sólo había vida, fuerza, acción en su mirada, aunque sin dejar —igualmente— de esconderse.

Todo había comenzado aquel día en que un hálito inexplicable le determinó a encender un farol. Primero lo empleó para alumbrar sus propias negruras; después, llevado por el entusiasmo, permitió que otros se sirvieran de la luz. Finalmente cometió la osadía de pasear el farol por la calle, e incentivada su potencia, posibilitar el incremento exponencial de sus beneficiarios. Lo peor, con todo, fue el contagio: aparecieron poco a poco otros faroles.

A simple vista todo estaba en orden. ¿Qué peligro podrían representar unos cuantos faroles, máxime si tenemos en cuenta que sólo se trataba de simples artefactos más bien artesanales? Sin embargo, si ahondamos en el asunto habremos de aceptar que, siendo principalmente de madera y otros materiales inflamables las edificaciones del poblado, el incontrolado uso de faroles podría traer nefastas consecuencias.

Él pensaba, pese a todo, que el riesgo era algo consustancial a la vida, y que puestos a escoger entre una lejana probabilidad de incendio, por un lado, y la luz, por otro; entre la tranquila y sosa oscuridad y las vicisitudes de la luz, era esta última la única alternativa decente.

Como disponía de mucho tiempo para pensar —además de la exultación que le producía—, continuó pensando y se auxilió de la memoria, de la imaginación, en fin, de todos los fabulosos recursos de su mente. Sí, el día que encendió el farol marcaba un hito importante en los acontecimientos que se avecinaban, pero los factores desencadenantes eran mucho más complejos, variados y antiguos. Se propuso entonces examinarlos, aunque seguramente no conseguiría una secuencia coherente, lineal, directa y evidente.

"Y pensó que no habían crecido. Que la mayoría de los hombres no crecen; se estiran, se ensucian, se amontonan, pero no crecen."

Se acomodó en la butaca, presto a hilvanar el filme que necesitaba. Buscó en sus miedos y notó una disminución de la tensión. Mientras tanto, entrecerradas las puertas del sol, el frescor de la inminente lluvia le activó agradablemente la piel y el entendimiento. Aguzó sus sentidos y percibió la cercanía del desenlace. Tendría que darse prisa.

Recordó el patio de su infancia, las dos estaciones de la mata de mangos, el perro, los escasos juguetes, y aquel hombre, sobre todo aquel hombre desconocido, viejo, ajado y desastrado, siempre leyendo un libro, siempre desconcertándole con su saber, siempre admonitorio: "piensa, duda, trata de no morirte bruto". Recordó a sus pequeños amigos peleándose por un plátano, por un *out*, por una palabra. Y pensó que no habían crecido. Que la mayoría de los hombres no crecen; se estiran, se ensucian, se amontonan, pero no crecen. Recordó las emocionantes historias de hombres grandes, limpios, honrados, audaces, generosos. Una historia nunca presente en su experiencia. Pareciera que no habían dejado descendientes.

Recordó sus largos años de locuacidad y de sonrisas aparentes, junto a un real ensimismamiento y acendrada soledad. Recordó su voracidad bibliófila, el encanto de las verdades que se sustituían, se disfrazaban, cambiaban de pareja en el gran baile del intelecto. Las dudas comiéndole las vísceras, las lentejuelas eclécticas. Recordó su extensa plática con Dios, interrumpida a veces, pero inacabable. Plática que creyó locura. Plática mantenida en secreto, porque no

sabía si era temida o querida por los demás —probablemente también ocultada.

Recordó el humano apego al pecado. La arbitraria imposición cultural de buenos y malos pecados, lo cual le llevó a la convicción de que no hay pecado siempre que intervenga el corazón, así como ocurre del mismo modo con la virtud.

Recordó sus montañas de esperanzas, de ilusiones, de ambiciones. Trepado en ellas pudo columbrar el macizo montañoso que le rodeaba, vario en la altura, en la vegetación, pero semejante en el substrato básico. Semejante en su vanidad, como enseña el Eclesiastés.

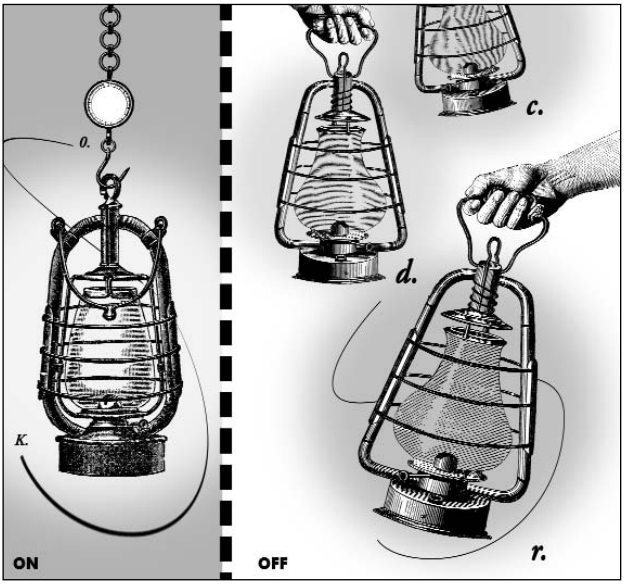


Ilustración: Jorge Frías

Recordó el mito de Prometeo, la leyenda de Sócrates, la historia del sentido del decoro martiano. Mezcla sin duda discordante para la lógica habitual, no así para su espíritu intuitivo de grandes verdades irracionales.

Recordó la inmundicia que es el silencio cuando se quiere hablar, o la de hablar cuando queremos gritar nuestro silencio

Recordó al viejo Diógenes y sonrió.

Recordó, recordó y recordó. El afilado ejercicio mnémico se prolongó no sabría precisar por cuanto tiempo. Hasta que se halló de bruces con la inocente alegría de una nueva mañana. Recorríale el ánimo un sentimiento de alivio, de reconciliación, de salvación y de fortaleza, desafiantes en el mismo centro de su miedo. La decisión de encender su farol y de defender su luz a todo costo, era trágicamente correcta.

Aquel hombre sentado frente a él mostraba una amabilidad que él reconocía falsa. Aquel hombre le despreciaba, le miraba desde lo alto de un poder que enjuiciaba, valoraba en blanco y negro, hacía y

deshacía destinos a su antojo. Sintió ese vacío en el estómago y flojedad en la carne que ya conocía y temía. Pero estaba preparado.

Así que le ha dado por encender farolitos —dijo el hombre, en un tono entre burlón y amenazante.

—No veo que hay de malo en ello —contestó suavemente, pero con firmeza.

—¿Ah, no? ¿Es que no le parece suficiente la malsana pretensión de andar por ahí alumbrando lo que no debe? —ripostó el hombre.

—Discúlpeme, señor, pero soy del criterio de que está en la naturaleza humana el querer alumbrarlo todo —contestó, midiendo sus palabras y la reacción del hombre.

—Criterios... criterios —masculló despectivo el hombre— ya sabemos bien lo que se esconde detrás de esos criterios. Mire, nuestro plan oficial de alumbrado para todos es el único que a todos conviene y que la mayoría apoya. De ninguna manera vamos a permitir —concluyó enfurecido— el sabotaje de esos... de esos farolitos individuales.

—Querer iluminarse por sí mismo no es sabotear, señor.

—Bueno —dijo el hombre— lo que sea. No lo vamos a permitir.

—Y ahora, dígame —continuó—. Es o no sabotear el reciente acuerdo que tomaron usted y sus iguales de producir una gran iluminación de faroles, justamente el día en que conmemoramos la inauguración del alumbrado público. ¡Contésteme! —conminó el hombre.

El planteamiento había sido formulado con la más rancia profesionalidad. Sorpresivo, directo, afirmativo, intimidatorio. De ser cierto, difícilmente el interrogado, en su desventaja psicológica, emocional y física, habría podido evadirlo con éxito. Pero era mentira.

—No hemos acordado nada semejante, señor oficial —contestó el detenido—. Al menos yo, y hasta donde sé también mis amigos —aseguró— sólo luchamos por el derecho que todos tenemos a controlar nuestra iluminación personal.

—Nosotros lo sabemos todo —dijo el oficial con engolada suficiencia—. Es inútil que usted lo niegue. Ud. Está perdido. No obstante, como nosotros somos generosos, le damos a escoger: o apaga su farol, o se marcha del pueblo, o nosotros destruimos al farol y a usted.

El detenido respiró hondo, y al tiempo que miraba fijamente al oficial, volvieron a su mente los recuerdos. Y sintió como ardía más intensamente la llama del farol.

Muy cerca de allí, se vislumbraban las todavía débiles luces de innumerables nuevos faroles.

POESÍA

AUTORETRATO

En memoria de Heberto Padilla, José Mario
y mis amigos fallecidos en el exilio.

Alberto Lauro

Iban a hacer la farsa
de una fiesta cuando él apagó la luz.
A punto de comenzar la música
hizo estallar un petardo y una granada de mano.

Desde siempre le gustó jugar con llamas:
el día de los fuegos artificales
echó agua a la pólvora.
Una bandada de palomas debió cubrir el cielo
cuando él soltó una urraca, una corneja, un halcón y un cuervo,
coro delirante entonó estúpidas consignas.

Anhelaba el sosiego y el anonimato
pero era rey del escándalo y su reo.
Amó a los poetas románticos ingleses
que cantan a la bruma y a los bosques
que en su isla no existen,
aunque su verso en el disparador
fue a veces más preciso que una bala.

En tiempos de euforia y júbilo
decía que eran difíciles:
puso la nota del descreído, del escéptico
y enarboló la bandera del desahucio y del hastío.

A los que como papagayos repetían
que su tierra era faro de América Latina
afirmó que no alumbraba a a nadie
y que el farero, además de estar loco, era ciego.

A la hora de los himnos
que hablaban de inexistentes victorias,
de un futuro luminoso
y de un hombre nuevo que nació viejo
—entonces nadie pensaba que adolescentes
entregarían sus cuerpos a cambio de *shampoo*,
pinturas de labios, una botella de aceite
o con mucha suerte una visa como billete al Paraíso—
cantaba las nanas más oscuras y terribles.

En medio de vítores, besos, piadosas palmadas
en el hombro y aplausos, no pudo contener el llanto.
Diestro en prevaricaciones y temores,
caballero con aires de bufón y profeta,
tímido disfrazado de insolente,
conoció a delatores, ladrones, bandidos,
difamadores, usureros, hipócritas, oportunistas,
proxenetas y aduladores por sus nombres.

Escribió poemas diciendo lo que sabíamos:
que el hombre es el lobo del hombre.
Confundió infierno, purgatorio y limbo.
Eligió la paz y la calma pero reincidía
en la blasfemia y la provocación.

Quiso tener el estoicismo de Job
o ser al menos émulo de ese varón virtuoso:
el terror y el espanto lo acosaban
y escarnio y el hostigamiento
le persiguieron como su perro más fiel.
Se dejó arrastrar por lupanares de vicio e infamia
siendo sin embargo más rebelde que un hijo pródigo
y más puro que un ángel.
Intentó fundar el hogar que le negaron,
el que abandonó cuando cerró la puerta de la infancia de golpe.
Su sitio natural fue siempre la intemperie.

Sin haber cometido ningún crimen
como Caín fue obligado
a vagar por ciudades y desiertos,
errrante, sin destino y sin amor.

Fue príncipe y le destronaron,
expulsado a tierras de abyección,
dejando la suya donde la impunidad
es una lepra que taimada avanza
y el nepotismo crece como zarza silvestre.

Amó la luz y fue confinado a cuatro paredes
donde a cada momento repetía
que afuera siempre alumbraría el sol.

Cuando el barco en que viajamos
sin saber a dónde parecía más seguro,
gritó que se hundiría y que el capitán
mintiendo nos llevaba con rumbo equivocado.
Su voz de altera fue ahogada entre estandartes
empuñados por sumisos
y lemas de falsas victorias.

Manuscritos suyos fueron a parar
a sórdidos archivos de la policía,
que no pudo evitar leer sus versos
con una mezcla de asco y estupor,
ni evitar que pasaran de mano en mano,
aprendidos de memoria
por jóvenes recalcitrantes
cuando su nombre era, como el de Eróstrato, impronunciable.

Todos le abandonaron como a Jesús
antes de ser crucificado.
Sus gatos murieron de hambre y abandono
con el deseo de verlo regresar.
Sus hadas madrinas se convirtieron en brujas
que eran la misma Salomé bailando
y desnudando los tules del insomnio
al bailar la danza lujuriosa de la soledad.

En vida conoció la ruina y el esplendor.
Iniquidad se volvió el encaje que bordaron
para el cuello de su camisa de muchacho torpe.

Aterrado supo lo que es una bota militar
pateando la puerta a medianoche,
el pavor de verla derribar
cuando afuera frente a su ventana pasaban
tanques blindados, soldados que ignoraron
por qué iban a la guerra con una muerte segura.
Impasible hienas y chacales
pastaban en su jardín en tanto histérica
la multitud arrojaba improperios, palos y piedras pidiendo
—historia harto repetida—
la cabeza de turco de alguien como en un circo romano.

Conoció uno a uno todos los rostros de la abyección,
esos que condenaban cometiendo delitos
más graves que los que juzgaban
—por los que hasta hoy no han sido procesados—
por escribir un poema
sabiendo que no se editaría.
Nadie sabe quién le hizo
esa cicatriz que invisible le acompaña,
huella tanto de rabia como de canto.
Ha pagado con lejanía
el precio de libertad que es el exilio.

Cumplida su función en el patíbulo,
cobrados los irrisorios sueldos
e impuestos de peaje,
inquisidores y verdugos pueden descansar
por el momento mientras escogen
otra víctima inocente.

Ahora que calla alguien por él
encenderá un cirio y sin mover los labios,
sin que nadie escuche,
rezará esta breve oración:

descanse en paz, por fin, el hereje.

POEMA COMO SI ESTUVIERA EN GALIZA II

Para ti también y para Maria Lado

L. Santiago Méndez Alpizar

Ya sabes: *habelas hailas*
entonces mejor no preguntar por los hechizos

Taparemos las hendijas y rociaremos con aceite
las piedras de azabache /
brillarán como ojos de pez recién pescado

Yo seguiré la estrategia del alejado
y así nunca repararemos en la patria ni en sus dueños

Todo tranquilo. Todo despacio

Mucho hemos aprendido en esto de separarse
Mucho hemos olvidado

Ya sabes: *a velas vir*
Y como si nada cocinaré los Centollos y los Bueyes de mar
y te juraré que no me entero /
que me parta un rayo si no te miento
/ si no es nocivo y sucio
el heroísmo /

Después podrás irte
Escogerás el *luar* para mejor ver nuestras distancias
y esas pequeñas *ruas* que antes fueron *o camiño*
para llegar a todas partes

Ven: deja que toque tus blancas tetas
Pon sobre mis muslos los muslos tuyos /

No pronuncies mi nombre: Chago suena a mal augurio

Ven: no disimules / te preñaré como a las *meigas*
y despacio…bien tranquilo

DE TRÁNSITO

Rodrigo de la Luz

Penden con tanto brío
los sumidos murciélagos del pánico
que es ya una moda volver a las cavernas.

¿Dónde está ese lugar que un día soñamos
sin la fricción de torpes arrumacos?,
¿acaso nunca existió?, ¿lo idealizamos?

Nos fuimos por el mundo
sin sosiego y sin fe,
buscando la magnitud más incompleta.

Nos encontramos solos
con la indolencia eterna de este siglo,
sumidos en la más tétrica tristeza.

Sin lo imperioso y efímero de la palabra patria.
Sin lo áspero y confortable de la palabra casa.
Sin lo sublime y umbrío de la palabra amigo.

...vamos de tránsito,
algo calcina la huella que dejamos
y una negrura densa es lo que queda.

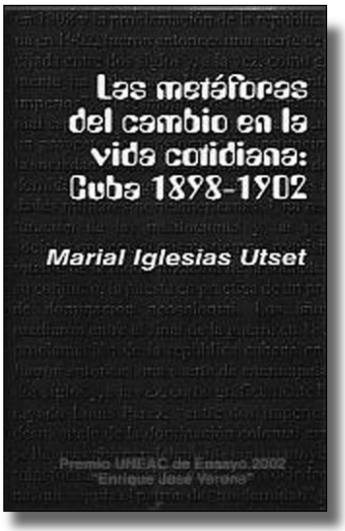
Vamos de tránsito,
la materia olvidada que seremos
se perderá como polvo en el espacio.

CULTURA Y ARTE

LIBROS

LAS METÁFORAS DEL CAMBIO EN LA VIDA COTIDIANA: CUBA 1898-1902

Marial Iglesias Utset
Unión, La Habana, 2003



Un valioso acercamiento a uno de los períodos menos estudiados y más estereotipados de la historia de Cuba es el libro que nos proponemos comentar. Cuestionando tácita pero contundentemente las simplificaciones ideológicas de cierta historiografía escrita en la Isla en las últimas cuatro décadas, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902* reconstruye con notable perspicacia y no menos amenidad el complejo entramado de discursos y prácticas nacionalistas y modernizadoras que singulariza los tiempos de la "primera Intervención", cuando la transformación institucional de la sociedad cubana según el patrón civilizatorio norteamericano corrió pareja a la consolidación de un nacionalismo prorrepublicano sustentado en el reservorio simbólico de las luchas por la independencia.

A estos dos movimientos que confluyeron y entraron en tensión en el desmontaje de la dominación colonial española se acerca Iglesias no de la manera tradicional sino con la perspectiva de las nuevas escuelas de la historiografía contemporánea, sobre todo la historia cultural preconizada por Chartier y la última generación de los *Anales*. Más que la vida cotidiana y el orden de lo simbólico, como inexactamente indica su título, este libro enfoca primordialmente ese ámbito público en que, al tiempo que el gobierno interventor deja su huella modernizadora, los

antiguos súbditos de la corona española comienzan a reconocerse como ciudadanos de un futuro estado nacional. Transformaciones como el retiro de los blasones alusivos a la monarquía española de las fachadas de edificios y documentos oficiales, la conversión de cuarteles en escuelas, la urbanización "a la americana" de los espacios públicos de la capital, el emplazamiento de tarjas o monumentos conmemorativos de la memoria patriótica y la creación de una galería de próceres y mártires cuyos retratos comienzan a exhibirse en aulas escolares e instituciones estatales, son ampliamente documentadas mediante un variado registro de fuentes que incluye desde fondos del Archivo Nacional de Cuba hasta un buen número de periódicos de pueblos pequeños del occidente cubano.

El análisis de este vasto corpus documental a lo largo de los seis capítulos que conforman *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902* —dedicados, respectivamente, al estudio del "desmontaje de los símbolos del poder colonial", "las fiestas católicas, yankees y patrióticas", "los intentos de colonización del idioma y la batalla por la preservación del castellano", "la descolonización de los nombres", la "socialización de los símbolos patrios" y "cultura pública y nacionalismo"— destaca la ambivalencia que adquieren entonces los Estados Unidos, los que a la vez que representan, frente al atraso de la insalubre y despótica colonia española, la modernidad higiénica y democrática, por sus pretensiones hegemónicas vienen a sustituir a la antigua metrópoli en tanto nuevo *otro* para la constitución de la identidad nacional cubana.

Las controversias sobre prácticas tan arraigadas como las lidias de gallos o el bailar danzón, consideradas como propias por las clases populares y como incivilizadas por la élite social y los funcionarios interventores, evidencian justamente las tensiones entre el afán de modernizar la sociedad colonial según el modelo político y cultural norteamericano, y la aspiración a un fortalecimiento de la identidad cultural que legitimara la institución de un estado nacional independiente. Al esclarecimiento de los orígenes de ese conflicto entre el deseo de modernidad "a la americana" y el ansia nacionalista de la plena independencia, que atraviesa toda la historia de la República y aun de todo el siglo XX cubano, el libro de Iglesias constituye una contribución fundamental.

Y lo es en no menor medida al estudio de los comienzos del nacionalismo poscolonial. Alejándose de la tendencia a considerar todo nacionalismo como discurso producido y reproducido por élites

letradas para el mantenimiento de su hegemonía, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902* pone énfasis en "la activa participación de los sectores populares y el peso relevante de la cultura política subalterna en la gestación de la comunidad imaginada de la nación"(p.185). Este activismo de los de abajo, autor de interesantísimas "apropiaciones" nacionalistas de las ceremonias del cambio de soberanía, responsable en buena medida de la socialización de los símbolos patrios y de la difusión de la memoria de las guerras de independencia en la Cuba "entre imperios", fue, según Iglesias, decisivo en la frustración de los planes anexionistas de un sector del gobierno interventor y de la élite cubana.

"Reconstruye con notable perspicacia y no menos amenidad el complejo entramado de discursos y prácticas nacionalistas y modernizadoras que singulariza los tiempos de la 'primera Intervención'."

Paralelo a la separación de la Iglesia y el Estado decretada por las autoridades norteamericanas, aquel espontáneo nacionalismo de los tiempos en que "el Himno de Bayamo era una melodía tarareada o silbada en las esquinas, las décimas a la bandera llenaban las páginas de los cancioneros de moda, el escudo se bordaba en los pañuelos que las novias regalaban a los novios, y las "estrella solitarias" se llevaban en broches prendidos al pecho o en la hebilla del cinturón"(p.13), tiene, como en los primeros años de la Revolución Francesa, tanto de fiesta como de religión patriótica. Y justo en ello radica, según sugiere el libro de Iglesias, la gran aproximación de la vida cotidiana y la esfera pública que caracteriza a aquel período enmarcado entre las grandes celebraciones colectivas del 1 de enero de 1898 y el 20 de mayo de 1902.

Restituir esa memoria que por décadas ha sido en buena medida escamoteda a los cubanos de la Isla es, en mi opinión, uno de los principales méritos del presente libro. No se trata, sin embargo, en modo alguno de una suerte de *romance* nacionalista. Conocedora de los recientes aportes de autores como Benedict Anderson, Ernest Gellner y Eric Hobsbaum, Iglesias no pierde de vista el hecho de que las diferencias de clase y raza, momentáneamente suspendidas durante la fiesta, regresan a medida que se va consolidando el orden burgués. Quien lea este libro encontrará pruebas documentales de que en el baile que en muchos liceos siguió a los discursos patrióticos los negros

fueron segregados. Y quien eche un vistazo a las ilustraciones de época que acompañan el texto notará que en el coro de niñas que con gorros frigios y banderas cubanas cantaron el 10 de octubre de 1900 el himno "Patria" en el Liceo de Camajuaní, retratado en *El Fígaro* el 18 de noviembre de ese año, no había ninguna negra o mulata.

DUANEL DÍAZ

BOLERO, MA NON TROPPO

Regina Ávila
Editorial Aduana Vieja, Cádiz, 2005, 166 págs.

Hay libros que se escabullen. Son libros de los que oímos hablar y nunca logramos leer. Por razones que no caben aquí "Bolero, ma non Troppo" (Ed. Aduana Vieja, Cádiz, 2005), de Regina Ávila, ha sido uno de ellos. Su autora, tal vez poco consciente de sus valores, nos privó durante más de veinte años de su lectura. Y se fue a recorrer mundo.

Ahora, su reciente publicación, nos alegra los últimos pistoletazos del invierno en París. Y es que "Bolero, ma non Troppo" no es sólo un libro de confidencias dolorosas, sino también una obra escrita a tientas que sabe por qué existe, a dónde va y se rehúsa a entregar, de una vez, todos sus misterios.

Dos planos se superponen. El primero, el del presente, el tiempo real, corresponde al despertar del personaje: una mujer que desde los breves instantes que suceden al acto de abrir los ojos a un nuevo día, antes entre las sábanas donde se arrebuja Troppo (su perro) y luego frente al espejo de su baño, no cesa de pensar en retrospectiva, preguntándose siempre qué ha sido su vida y hacia dónde deberá mirar. En este segundo plano, el de la memoria (siempre selectiva), viaja la mujer de infinitos nombres, la mujer de las circunstancias, la de múltiples vidas, que inaugura el nuevo día como si nunca supiera por dónde empezar, de tanto que le pesan los recuerdos, de tanto que le angustian las preguntas.

Desde esos viajes incesantes del pasado al presente y viceversa, la novela cobra una dimensión humana real: la necesidad de incorporarse, a pesar del dolor, y avanzar hacia el enigma de lo desconocido, hacia la vida real para vencer tal vez la otra vida, la que flota en un limbo de recuerdos entre el nacimiento en Caracas, la infancia cubana, el exilio norteamericano, el intento de empezar cada vez, como si del mito de Sísifo se tratase, en España, en París, en la italiana Sorrento. Y entre tanto, gana la autora y ganan la novela y su personaje innegable universalidad, enriqueciendo al lector que pudiera sentirse amedrentado ante su propia vida.

"Bolero, ma non Troppo" es asimismo el libro que, si por una parte constituye una lección de valentía; por otra es también un libro-espiral. El portazo final deja profundas interrogantes que no son sólo las de su autora sino la de cualquier lector medianamente curioso que se cuestione el misterio de la vida, de dónde venimos, a dónde vamos. Tratándose además de un libro que ha esperado, sus páginas han ganado paradójicamente en frescura. En ellas brotan los retoños del renacer más allá del final, y para ello, tal vez por ello, la autora ha intercalado caligrafías árabes, que son palabras llenas de sentido que nos guían entre sentimientos y pasiones. Los arabescos son la belleza visual del libro, la trascendencia, y los debe la autora a su hija, Latifa Al-Sowayel, que los ha delineado con la misma precisión con que una mujer ante un espejo trazaría con un lápiz la línea de sus ojos.

Y como espejos múltiples que nos devuelven cada vez rostros propios y diferentes, este bolero se baila sin cesar en una galería barroca, elegante, donde sólo caben los mejores sueños. Bolero andante entre los cristales que son capas de recuerdos. Bolero vivace de pasión, deseos, resoluciones, profundas reflexiones y ganas de vivir. Bolero andante y bolero vivace que Regina Ávila, la escritora que baila eternamente entre cientos de máscaras venecianas, nos invita a tomarles de la mano, a ella y a él, para que nunca cesemos de bailar.

WILLIAM NAVARRETE

BILLETE AL PARAÍSO

Daniel García Carrera
Editorial Egales, Madrid-Barcelona, 2006, 244 págs.

(La) Esmeralda es una joya sin brillo en forma de pueblo a lo "western-spaghetti" localizable al noroeste de la provincia de Camagüey. Su misérrimo apeadero —transitado por dispares viajeros blancos y negros, haitianas orondas, guajiros escuálidos y venosos, niños descalzos, perros agotados por el calor y las molestas moscas de la miseria— bien podía haber pertenecido al de un pueblucho sureño de los Estados Unidos y hasta tenía un hermoso nombre inglés, "Wooden", al que habrá contribuido mi padre y mi familia paterna, los Lago-Goyanes, co-fundadores del pueblo. En esa "piedra preciosa" se conocieron y se casaron mis padres. No deja de resultarme curioso que al cabo de tantos años esté ahora ocupándome de un libro escrito por una persona nacida en un lugar que forma parte indisoluble de mi vida.

"Billete al paraíso" tiene un eje central: el sexo. Pero de esta rotación se desprende con absoluta claridad y sencillez la narración de la cotidianidad agobiante que constituye subsistir en Cuba. Es un espejo de los últimos veinticinco años. La vida sólo avanza allí para adentrarse en una falta de perspectiva y de motivación —amén de la cuerda floja de cada día, tanto en lo material como en la peligrosidad que constituye estar vivo y tener que vivir en un régimen férreamente represivo (a pesar de algunas apariencias y contradicciones que otros ojos confundan como reflejos de libertad)— que no puede sino dañar irreparablemente el alma hasta consecuencias que se conocerán con posterioridad cuando ya nada pueda remediarlas. La dinámica de estas experiencias hace que muchas veces lo que quizás fue la justificación editorial primordial de este libro quede relegada a un segundo plano o forme solamente parte de la maraña que se teje en

toda vida. Creo que esto sucede de manera espontánea; es la forma en que estas memorias escapan a su propio autor, le dejan atrás y adquieren una independencia que nos toca a todos. El tema sexual no hace más que insistir en la generalizada —según mi opinión y experiencia— bisexualidad del cubano y en esa obsesión nacional por el tamaño del pene, tan magistralmente recreada por Oscar Hijuelos en la primera parte de "Los Reyes del Mambo".

La prostitución —tanto masculina como femenina— quizás es de esas cosas que, como la emigración, temporal o definitiva, tal vez haya que ser parte de ella para ofrecer una opinión cercana; pero su cualidad de constituirse en una opción la torna resbaladiza. Presionado, condicionado o no, es algo por lo que se opta, si se quiere a la desesperada, pero se escoge: no es la muerte ni la arbitrariedad de un tercero. Pero quien la ejerce, eso sí, tiene que contar con una madera ("Wooden") especial, dura, a prueba de podredumbres y termitas, para no terminar degenerando en el despojo ético del putero.

"'Billete al paraíso' tiene un eje central: el sexo. Se desprende con absoluta claridad y sencillez la narración de la cotidianidad agobiante que constituye subsistir en Cuba. Es un espejo de los últimos veinticinco años."

El "jineterismo" (o sea, la prostitución de cubanos y cubanas con extranjeros dentro de la isla) es un fenómeno de cambio y pérdida de valores sólo atribuible a la Revolución comunista de Fidel Castro y carece de otros responsables achacables o desviables, es decir, NO es parte del embargo norteamericano ni una artimaña del "imperialismo yanqui" ni la expresión de una soltura sexual que, más bien, nos es innata por una serie de condicionantes históricos. La relatividad de los resultados obtenidos a veces coloca esta prostitución en una situación totalmente ridícula, y, a lo largo de los casi 50 años demoledoramente "revolucionarios", entre los que hemos sufrido la Revolución en carne y alma desde la infancia hasta el pórtico de la vejez, cabría examinarse con rigurosidad preguntándose quién no ha cedido alguna vez al pensamiento de un extranjero o extranjera que aligerara la carga de una realidad tan implacable, aunque hubiese sido solamente con un olor distinto: pasamos (Cuba) de ser el supuesto origen equivocado de las especias a convertirnos en una especie de adoradores de cofres vacíos o con doble

fondo. Eso de la auto-estima —tan en boga actualmente y que ha pasado a formar parte del vocabulario de la globalización— era tan ínfimo en nosotros que nada más hablar con alguien no nacido en aquellas islas era un triunfo personal y una bendición, además de una tonta recompensa por el castigo o las advertencias que pudieran derivarse de tal acto.

"El 'jineterismo' (la prostitución de cubanos y cubanas con extranjeros dentro de la isla) es un fenómeno de cambio y pérdida de valores sólo atribuible a la Revolución comunista de Fidel Castro."

En esta galopante carrera hacia la desmoralización social e, incluso, familiar, existe un antecedente del que muy poco se ha hablado. Durante los años 70 hubo una prostitución femenina dedicada a los marineros extranjeros (que, por entonces, todavía eran oriundos del primer mundo, o de alguno otro por encima del nuestro). Podría citar sobradamente nombres de jóvenes muchachas camagüeyanas que hicieron las maletas hacia La Habana, y hasta constataciones físicas de esas relaciones. Resalto sólo el aspecto femenino de este prólogo al "jineterismo" pues no conocí nunca de casos masculinos. A los varones una incursión (o excursión) a los bares del puerto de San Cristóbal de La Habana, además de constituir un riesgo excitante y peligroso envuelto en la nocturnidad y la alevosía, nos ofrecía la eventualidad de que el Olimpo griego nos premiara con el roce de uno de sus emisarios.

Ni diez editoriales de Rafael Rojas en "El País" alcanzan el resultado de explicar las cosas con tal claridad. La gran baza de estas memorias es *la modestia* con que están contadas. No hay pretensiones añadidas. Eso hace de su contenido una denuncia clara, concisa, directa, de lo que significa vivir en Cuba y de por qué todos los resortes mentales no están puestos en luchar por independencia alguna sino solamente en huir hacia cualquier cosa que en la distancia parezca mejor, porque también pensamos en la contrapartida —la libertad de Cuba— como en un ángel que viene por la noche mientras dormimos y, al despertar, nos encontramos con que todo ha cambiado. Y, puestos a sopesar, ¿cuál de los dos sueños es más factible?

DAVID LAGO GONZÁLEZ

CUBA: INTRAHISTORIA. UNA LUCHA SIN TREGUA

Memorias de Rafael Díaz-Balart
Ediciones Universal, Miami, 2006, 344 págs.

George Orwell, avisado veedor en las entrañas del totalitarismo, refiriéndose a la diabólica eficacia de la propaganda totalitaria, afirmó que "quien controla el pasado, controla el futuro; quien controla el presente, controla el pasado". Exactamente esa ha sido la prioridad durante casi medio siglo para los equipos ideológicos y de propaganda del castrismo. De la misma forma que los comunistas intentan fabricar su nueva sociedad esclavista en un laboratorio, la Historia es para ellos un fruto de diseño.

El pasado de Cuba, lo mejor de ese pasado, tanto el que se escribió en la manigua luminosa como en la República de luces y de sombras —pero con incuestionable saldo favorable— ese pasado ha sido reescrito maliciosamente por los amanuenses intelectuales del castrismo hasta dejarlo irreconocible. Pretenden así, controlando el pasado, controlar igualmente el futuro. Hay que decir que, salvo excepciones ilustres, el veneno ideológico castrista ha sido letal para muchas conciencias. Una buena parte del mundo ha certificado como veraz el diseño castrista de la Historia de Cuba. Castro ha sabido asentarse mañosamente en el universo enfermo del antiamericanismo, de la izquierda delirante europea y de lo peor del liberalismo americano. Y ha medrado, también, en el resentimiento y el fracaso de las sociedades latinoamericanas. Incluso, todo debe ser dicho, el engendro ha calado en la mente de muchos sinceros anticastristas, por no mencionar a las generaciones de cubanos que han nacido en el horror.

Como ha apuntado Rafael en sus Memorias, había que mostrar a la historia de Cuba como un estercolero, para así justificar convenientemente su demolición. Aunque es justo señalar, como escribe

Rafael, que la visión apocalíptica de la República ya tenía muchos defensores y presencia en las elites políticas e intelectuales durante toda su existencia. Mucho entonces habrá que desescombrar a partir del advenimiento inexcusable de la libertad —esperemos que no lejano— para rescatar la verdad histórica. Es en este contexto que las Memorias de Rafael Díaz-Balart insertan su significativo aporte. La Historia es memoria, datos, análisis e interpretación. Hay que traer a los estudios históricos los datos, la memoria y las interpretaciones que han sido ocultados por tantos años. Escribir así la nueva y verdadera historia. Es en este terreno que habrá que tener en cuenta los aportes de Rafael.

Rafael fue testigo y/o actor de excepción, durante más de seis décadas, de lo que él llama con tanto acierto la intrahistoria de Cuba. Además, bebió de fuentes directas lo acaecido en la manigua heroica, esa, de la que tanto intelectual "orgánico" del castrismo ha convertido en un mezquino pastiche propagandístico, y de la que tanto intelectual cubano de salón hoy reniega. Aprendió Rafael desde niño a amar a los patriotas, se forjó a sí mismo como patriota, forjó una familia de patriotas. Por eso, en su cubanía raigal, en su honradez, en su condición de político de raza, era el patriotismo la virtud primera para él, absolutamente definitoria. Su mayor elogio a otro cubano era el de llamarle patriota. Por eso, durante su dilatado exilio fue capaz de buscar el acercamiento, de confraternizar con antiguos adversarios, siempre a condición de que se tratara de patriotas.

Rafael nos cuenta en sus Memorias de las luces y de las sombras de la Historia de Cuba republicana. Una historia que fue en muchos sentidos singularmente exitosa. Pocas naciones, si alguna, avanzaron tanto en tan breve tiempo. ¿Qué nos pasó entonces? Pues Rafael nos dice que nacimos como nación independiente con todas las debilidades políticas y sociales de la colonia y bajo la siniestra sombra del Tratado de París. Nos advierte Rafael que el rudo clasismo y el necio racismo infiltraron a nuestras elites y nos impidieron —entre muchos otros factores— construir sólidas instituciones políticas democráticas. Mientras conseguimos exhibir un vigoroso desempeño en la industria, en el comercio, en las artes y en las ciencias, la sociedad civil y las instituciones no alcanzaron igual fortaleza. Habíamos conseguido mucho, pero queríamos más. Confiábamos en que lo mucho alcanzado no podíamos perderlo. En la confianza dejamos abiertas las puertas para que otras ideas, nocivas, unidas a las malas prácticas políticas y administrativas en las que aún sobrevivía la colo-

nia, nos perdieran. Sucumbimos entonces ante los hechiceros. ¿Culpas? Sin duda muchas. ¿Culpables? Sin duda muchos. Pero de lo que se trata ahora es —como nos advierte Rafael— de revisar esa historia con el objetivo de entender qué hicimos mal, en qué fallamos. Entender cómo pudo sobrevenirnos la monstruosidad que por medio siglo venimos padeciendo. Porque es una monstruosidad sin antecedentes en nuestra historia, aunque sí explicable. La República que hemos perdido, con sus luces y sus sombras, pero sin duda con un saldo infinitamente favorable, no merecía haber sido arrasada.

"Rafael fue testigo y/o actor de excepción, durante más de seis décadas, de lo que él llama con tanto acierto la intrahistoria de Cuba."

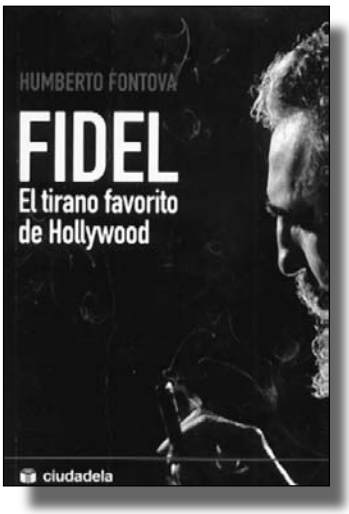
El libro de Rafael pone luz, desde la intrahistoria por él vivida, en muchos aspectos poco conocidos, tantas veces ocultados y peor analizados de nuestra vida como nación antes de Castro. Pero hace algo aún más importante, y es infundirnos confianza en que hay futuro después de Castro, en que la nación puede levantarse. Así, desde una perspectiva cubana y moderna, nos presenta un programa para el cambio. Un programa, el de la Rosa Blanca, la organización que Rafael fundara el 28 de enero del mismo 1959, cuando la inmensa mayoría del mundo político e intelectual se rendía fascinado ante el consumado farsante y peor bribón que ha conocido América Latina. El programa que nos propone Rafael para la reconstrucción de la nación cubana es, desde mi modesto entender, el más sensato, justo y viable de los que conozco. Sin duda debería ser estudiado por todos cuantos se hallan enrolados en la causa de producir el cambio que Cuba demanda.

Rafael Díaz-Balart, el cubano entero, el patriota que no dejó nunca de pensar en Cuba, el hombre que no descansó nunca de batallar contra la tiranía castro-comunista, aún en las más adversas circunstancias, rodeado incluso de incomprensiones y descalificaciones, el hombre que supo avisarnos desde 1955 del peligro que representaba Fidel Castro, nos deja con este lúcido libro su postrer contribución a la libertad de Cuba. En 1955 no prestamos atención a su profecía. Ojalá que ahora tengamos en cuenta sus reflexiones.

ORLANDO FONDEVILA

FIDEL. EL TIRANO FAVORITO DE HOLLYWOOD

Humberto Fontova
Ciudadela Libros (Colección Ensayo)
Madrid, 2006, 256 págs.



La dictadura castrista —quizás la más longeva de cuantas haya habido en el mundo— parece perpetuarse —al menos en ciertas facetas— a través de la influencia que ejerce sobre determinadas personas —muy concretas— de medios destinados a crear opinión. Quizá por eso mismo, Castro se dedica a mantener unas relaciones magníficas, entrañables y duraderas con algunos de los grandes gurús culturales de nuestra civilización.

Estos hombres y mujeres de muchas profesiones y, posiblemente, credos dispares, tienen una ideología común que parece impedirles ver claramente a lo que se enfrentan cuando se encuentran ante Castro. Lo toman por un líder carismático, un hombre íntegro preocupado por su pueblo, y un luchador por la libertad y, en última instancia, un auténtico patriota, un cubano cabal que piensa en todo lo mejor para sus compatriotas. Un pueblo que —por lo que sabemos de boca de los que poco a poco van saliendo de la Isla a bordo de barcos infectos, arriesgando la vida para embarcarse en una aventura que les conducirá, sin mayores esperanzas, a unas tierras desconocidas— arriesga a sus "madres desesperadas" y las obliga "a meterse con sus hijos a bordo de una balsa en un mar infestado de tiburones antes que permanecer en el 'paraíso' castrista". La verdad es ésa. Antes que disfrutar de la "libertad cubana" prefieren el mar, el riesgo, la amenaza, a veces la muerte, la pobreza y el hambre para llegar a las costas —cercanas, pero casi como si estuvieran en otro planeta— de unos Estados Unidos donde cientos de miles de cubanos ya se han labrado una vida en la que "sí" pueden disfrutar de la libertad que su patria les niega.

En las cortas —porque se hacen cortas— páginas del libro de Humberto Fontova se nos describe y se desenmascara la dictadura castrista en todas las terribles facetas que ésta ha ido asumiendo a lo largo del tiempo, desde las frustradas acciones terroristas que pensaba llevar a cabo en la ciudad de Nueva York en los años sesenta, pasando por las relaciones con la CIA y su relación con la toma del poder por los castristas al principio de la revolución, hasta llegar a las más recientes iniquidades, como la matanza perpetrada en el remolcador *13 de Marzo* o el secuestro del niño Elián González.

"En las cortas —porque se hacen cortas— páginas del libro de Humberto Fontova se nos describe y se desenmascara la dictadura castrista en todas las terribles facetas que ésta ha ido asumiendo a lo largo del tiempo."

Si todas las tiranías son nefastas, tanto para el pueblo que las soporta como para el resto del mundo, que a veces las consiente, la castrista es aún peor, porque actualmente, en este mundo donde la globalización impera, la interesada actuación de Fidel Castro y sus defensores está impidiendo el desarrollo normalizado de millones de personas que ven cómo sus derechos están siendo vulnerados en aras de unas creencias políticas que ya han dejado de existir en casi todo el resto del mundo.

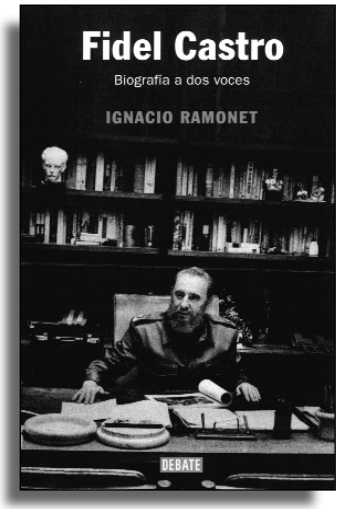
Este *Fidel* ahonda en los verdaderos problemas de Cuba, tanto presentes como venideros, y basándose en testimonios documentales, esclarece ciertos aspectos oscuros, quizá los más oscuros (como la verdadera historia de la Bahía de Cochinos, los alzados del Escambray, o esa adulación casi reverencial de los miembros del Partido Demócrata estadounidense), de un régimen que se perpetúa a sí mismo y que, por lo que vemos, empieza a recibir ayudas de otros pueblos latinoamericanos que pueden conducir a las alianzas en las que Castro viene soñando desde hace tiempo y que le permitirían, si tal cosa es posible, alargar más en el tiempo (mediante vaya usted a saber qué terribles pactos y convenios) su tenebroso reinado.

El libro de Humberto Fontova (hijo de cubanos exiliados y residente en Nueva Orleans) es una puerta más para el desenmascaramiento del tirano favorito de Hollywood. Esperamos que sus advertencias no caigan en saco roto.

PACO ARELLANO

FIDEL CASTRO, BIOGRAFIA A DOS VOCES

Ignacio Ramonet
Debate, Barcelona, 2006, 655 págs.



La frase de Ignacio de Loyola "En una fortaleza asediada, toda disidencia es traición", que se cita en este libro, hubiese sido el mejor titulo para esta larguísima entrevista que el periodista español Ignacio Ramonet le realiza al Presidente cubano. Ya que en *Fidel Castro, biografía a dos voces,* el hilo conductor de este conversatorio persigue un clarísimo fin propagandístico mediante la oficialización del pasado histórico cubano, con la insistencia de perpetuar a un permanente enemigo exterior (EE.UU.) y el constante rechazo a toda oposición interna, acusando sistemáticamente a todo disidente, de traidor a la patria. En estas páginas, se trata de rehacer la historia cubana o, al menos, contarla a imagen y semejanza de los vaivenes ideológicos del actual gobernante de Cuba, en su ya larga vida. Donde, además, se plantea la personal enemistad de éste con los EE.UU. con anterioridad a la toma del poder en 1959 —plasmada en una temprana carta de Castro (junio, 1958) a Celia Sánchez desde la Sierra Maestra— y el total desprecio a todas las ideas o criterios que no comulgan con el ideario del Comandante en Jefe.

No obstante, hay que dejar constancia de que casi todas las anteriores entrevistas a Castro (Frei Betto, Tomás Borge, Gianni Miná, Oliver Stone, etc.) han sido apologías de la trayectoria vivencial de Fidel, excepto la que le hizo Bárbara Walters en la CNN que fue algo más objetiva. Por lo que quizá merezca recomendar a los lectores el libro biográfico del periodista norteamericano Tad Szulc: Fidel un retrato crítico (Barcelona: Grijalbo, 1987) que a mi entender no ha sido superado, salvo por el devenir de los acontecimientos históricos hasta nuestros días.

Ya en el Prólogo "Cien horas con Fidel" el entrevistador afirma que se preparó a fondo, leyendo y releyendo cuanta información pudo obtener referente a la temática cubana para preparar este libro-conversación, pero aunque una buena parte de las entrevistas fueron filmadas para un

posterior documental, muchas de las respuestas el entrevistado las remitió a documentos ya publicados (léase: discursos, artículos en la prensa nacional, comparencia en la TV cubana, etc.) con lo que se repite mucho material ya editado y divulgado, perdiendo esta entrega una gran dosis de frescura y espontaneidad. Además, esa intensa preparación maratoniana, como nos comenta Ramonet, no le impidió sumarse al carro de los apologistas de turno, planteando un guión que siempre favorece al entrevistado, o cuando tuvo ocasión de rebatirle o insistirle en algún tema delicado (pena de muerte o presos políticos) se quedó silente, casi compartiendo las respuestas.

"Este conversatorio persigue un clarísimo fin propagandístico con la insistencia de perpetuar a un permanente enemigo exterior (EE.UU.) y el constante rechazo a toda oposición interna, acusando a todo disidente, de traidor a la patria."

Pero esta falta de objetividad total asombra más en un periodista especializado en temas internacionales, como Ramonet, cuando al referirse a la crisis de los misiles en Cuba, nos dice:"La Tercera Guerra Mundial estuvo a punto de estallar en octubre de 1962, *a causa de la actitud del gobierno norteamericano*, que protestaba contra la instalación de misi1es nucleares soviéticos en Cuba"... o sea que desconoce o, algo peor, tergiversa la realidad de esos hechos históricos, a pesar de que hay una bib1iografia descomunal y han sido desclasificados casi todos los documentos importantes de esa época, tanto los norteamericanos, como los soviéticos.

Incluso, hay una gran desinformación por parte de un periodista profesional —que casi parece más propaganda progubernamenta1 que una falta de conocimiento de la realidad cubana— cuando comenta que "varias organizaciones terroristas hostiles al régimen cubano —A1pha 66 y Omega 7, entre otras— tienen sede en Miami, donde poseen campos de entrenamiento y desde donde, *sin cesar*, *envían comandos armados a la isla para cometer atentados*..." Es decir, para Ramonet, todavía hoy, en el 2006, existe la lucha armada contra el gobierno castrista. Cuando es público y notorio que ésta finalizó a finales de la década de los '60 y que la oposición actual se caracteriza, precisamente, por su pacifismo. También, el periodista español, insiste que en Cuba "no hay manifestaciones reprimidas a golpes (...) ni que se haya registrado ningún levantamiento popular", o1vidándose de las Brigadas de Acción Rápida, de los actos de repudio, las golpizas a disidentes pacíficos, el agostazo en La Habana (1991) o la

estampida de más de 2 millones cubanos hacia el exilio desde 1959.

Sin embargo, aunque Ramonet resalta de Castro, sus "hábitos de monje-soldado (...), su sentido de la estrategia, su capacidad para valorar una situación concreta y su rapidez de análisis", nos comenta que "donde está él, sólo se oye una voz: la suya (...) da la impresión de ser un hombre solo", que retrata muy bien el perfil y el ya larguísimo otoño de este caudillo tropical.

En este libro, las preguntas-respuestas van avanzando cronológicamente (la infancia de Fide1, sus estudios con los jesuitas, su formación política en la Universidad de La Habana, el Moncada, el GRANMA, la toma del poder en el 59, la transformación de la sociedad burguesa cubana con las Leyes Revolucionarias del '60, Playa Girón, la crisis de los misi1es, la muerte del Che, las guerras internacionalistas cubanas, las llamadas gubernamenta1mente crisis migratorias: Camarioca, Marie1, la crisis de los balseros...) y en estos temas se comprueba una incesante repetición de tópicos, de historia oficial repetida, hasta que al final del libro se desgranan las cuestiones más interesantes, como: el derrumbe de la URSS, el caso Ochoa, la visita de Carter a La Habana y su apoyo al Proyecto Varela, los arrestos, juicios sumarísimos y condenas de los disidentes pacíficos en marzo del 2003, los fusilamientos de tres jóvenes negros habaneros (donde queda clarísimo que fue un crimen de Estado) y la opinión de Castro sobre la pena de muerte, las relaciones Cuba-España, hasta la actualidad cubana con la batalla de ideas y la lucha contra la corrupción generalizada, y su último capitulo: "Después de Fidel, ¿qué?".

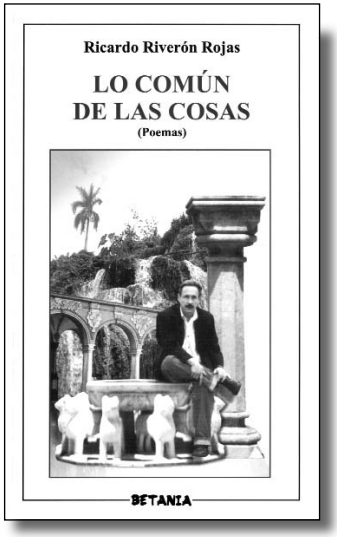
Pero lo más importante, de esta obviamente mal titulada biografía a dos voces, es que Castro deja patente dos hechos importantes: que ya era un comunista utópico mucho antes del triunfo revolucionario (1959) —prácticamente desde sus años universitarios y, por supuesto, en el Moncada (1953)— y su pertinaz antinorteamericanismo, o sea, su convicción de que su vida está relacionada con una interminable lucha contra el coloso del Norte. También se verifica que ambas actitudes (su preclaro deseo de transformar la sociedad cubana y su constante antiimperialismo) sumados a su radicalismo voluntarista —secundado por otros dirigentes (el Che, Raúl, proclamado desde siempre como su sucesor...) y, sobre todo, apoyado por la maquinaria del viejo partido comunista (PSP)— precipitaron la radicalización de la Revolución cubana, es decir, el camino de Cuba hacia el socialismo (1961) Y no la actitud del gobierno norteamericano ni la temprana beligerancia de la burguesía expropiada o de los sectores más democráticos del movimiento revolucionario, que precisamente le habían ayudado a lograr el triunfo del '59.

Por lo tanto, cuando Fidel Castro inicia la vía insurrecional contra el Batistato no sólo pone en práctica sus ideas de cómo tomar el poder, sino que ya vislumbraba qué cambios radicales hacer —una vez lograse el triunfo— para transformar la sociedad cubana de entonces; cuyo colofón, después de 47 años de régimen totalitario, ha sido el establecimiento de un nuevo orden socioeconómico y político en Cuba que, finalmente, le permitirá a Castro perpetuarse como gobernante vitalicio.

FELIPE LÁZARO

LO COMÚN DE LAS COSAS

Ricardo Riverón Rojas
Ed. Betania. Madrid, 2005, 80 págs.



A la amplia trayectoria literaria de Ricardo Riverón Rojas (Zulueta, Villa Clara, Cuba, 1949), viene a sumarse este íntimo poemario, que se envuelve en el *gozoso* sello editorial de Betania, recién cumplidos sus primeros veinte años de existencia. Continente y contenido, pues, se aúnan bajo el decir de este poeta cubano residente en la Isla, y que suma a su tarea poética, la de narrador, articulista y director de la revista "Signos", con sede en Santa Clara.

La gran proliferación de poetas cubanos en estas dos últimas décadas —contabilizando los que llevan a cabo su obra dentro y fuera del país—, dificulta el hecho de adivinar propuestas de corrientes colectivas. Inmerso en esta diversidad, se encuentra Riverón Rojas, fiel, eso sí, a un quehacer incesante y devoto.

Dividido su libro en cuatro apartados, "Poema de la partida", lo inaugura. Y lo define: el viaje que el autor realiza a España entre

Mayo y Septiembre de 2004. "La Habana, sin color, desde la altura/ parece sucumbir frente a los astros./ A bordo de ti mismo has emprendido el vuelo (…) Y sabes, además, que con tus manos y tus ojos/ ausentes de la tristeza, degustarás el paisaje/ de una España visceral en la palabra". La contemplación de los paisajes, el fulgor de los sugestivos territorios, apoyados en el tibio corazón de la amante ("Ronda, Mijas, Villanueva del Trabuco, Fuengirola;/. (…) Yo estuve en esos sitios. Y lo hice con tu mano/ colmándome las aguas más profundas"), completan la segunda parte, "Ojo porque tú lo veas". Toda ella, por cierto, aderezada con citas de corte muy español: Fray Luis de León, Antonio Machado, Joan Manuel Serrat.

"Bello y lírico viaje el que nos propone Ricardo Riverón Rojas en estas páginas repletas de sugestivos espacios."

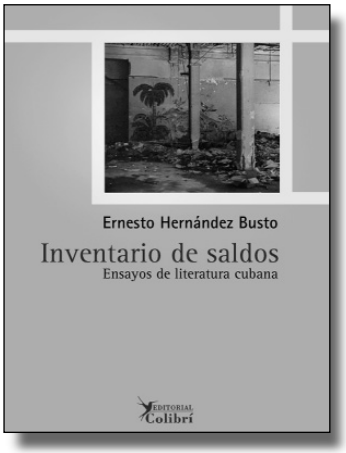
El dolor y la impotencia que provocan los conflictos bélicos, los brutales atentados del 11 de Marzo en Madrid…, atraviesan la penúltima sección del poemario, "De la rabia y de la idea". Incapaz de pasar por alto los horrores y consecuencias de estas barbaries, Riverón Rojas adopta un tono de mayor compromiso y de mayor hondura: "Los panes y los peces, las penas sin las paces:/ inventaron el palíndromo funesto/ con ánimos de izar sobre las dunas/ un corazón de acero y desencanto". Dos textos en prosa, en forma epistolar, dan fe, a su vez, de la atractiva prosa poética que atesora el vate cubano. Como "Colofón", el consiguiente "Poema del regreso". En él, la memoria de lo vivido, las remembranzas de los más bellos lugares, el aroma, en suma, de tantos ocasos y anocheceres del lado de una *nueva patria* que anidará para siempre en las cuatro esquinas del alma, se hacen uno. Y unido a todo ello, el amor, ahora lejano y deseante, al otro lado de la orilla: "Por suerte, ya lo dije, uno lo guarda todo,/ aunque nada permanezca tan azul (…) Por fortuna, en el cielo de la Patria/ me reciben aquellas mismas nubes/ que sorbieron nuestras lágrimas / como si fueran sangre./ Es el agua, amada mía, que regresa igual que yo/ con tus ojos a bordo, también por las alturas".

Bello y lírico viaje el que nos propone Ricardo Riverón Rojas en estas páginas repletas de sugestivos espacios. "Los que atraviesan los mares cambian de cielo, pero no de condición", escribió Horacio mucho tiempo atrás. Y a buen seguro, que el poeta cubano, no variará en el futuro su ya certero rumbo.

JORGE DE ARCO

INVENTARIO DE SALDOS. ENSAYOS DE LITERATURA CUBANA

Ernesto Hernández Busto
Editorial Colibrí, Madrid, 2005, 192 págs.



Decididamente, podemos comprobar, cuarenta años después de ser enunciada, que la doctrina cheguevarista del pecado original (*El socialismo y el hombre en Cuba,* 1965) no ha llegado a buen puerto: "La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios (...) Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original (...) Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas". Sirva la larga cita guerrillera, mezcla de fatuidad y fanatismo, como certificación antitética de una figura tan atractiva como la del escritor Ernesto Hernández Busto (La Habana, 1968), en cuya propia presentación de estos variados y selectos apuntes sobre literatura cubana se digna pronunciar nombres tan excelsos como los de Oscar Wilde y Cyril Connolly. Un afán letrado y una irreverencia inteligente signan la mirada de quien, por edad ya un hombre nuevo, acude al guiño de estos intemporales hombres viejos... ¿hombres griegos deberíamos decir? No sin mordacidad se nos recuerda la concluyente aserción del dandy dublinés: "La forma de gobierno más conveniente para un artista es que no haya gobierno".

La Habana, Ciudad de México, Barcelona han sido algunas de las estaciones de paso de este concienzudo mirón de las letras cubanas. Y quizá conviniese comenzar a leer este libro, editado con mimo elegante, por su tercera y última sección, allí donde el autor cifra una serie de claves generacionales, útiles para captar la efervescencia creadora de una desilusión... y de un exilio: "No hay que ver el exilio como un castigo espiritual, sino como la perspectiva que reorienta, al mismo tiempo, nuestro pasado y nuestro futuro". Configurar un espacio literario del que se sabe heredero, jugar a discutir, a revolver, a rearmar son los ardides lúcidos de quien no quiere reprimir las consideraciones de tipo personal a la hora de ofrecernos los resultados de un gustoso saber que adivinamos

como vitalísima pasión. Valga como ejemplo la cómplice confrontación con el ensayista Rafael Rojas, adherida a modo de epílogo, en el que nuestro autor abomina de las anteojeras ideológicas del académico multiculturalismo y de su "irritante desinterés a la hora de analizar los valores puramente literarios".

Por contra, este libro respira y desprende la actitud defendida por Connolly a la hora de acometer su tarea crítica: la ironía, la lucidez, el escepticismo combinado con el amor verbal; insiste Hernández Busto en valorar la melancolía como "una consciente vigilancia que nos mantiene a salvo de las tentaciones de la utopía". Y donde el juego resulta más sabroso para el lector avezado en cubanerías varias es en la segunda sección, al precisarse una lista de libros publicados entre 1960 y 1989, confeccionada de manera libérrima, sentimental y arbitraria. Aquí destaca —lástima que las glosas sean apenas una quincena sobre 84 títulos propuestos— la deuda más íntima con el puro placer literario. Estos relámpagos iluminadores nos ponen en alerta: del Lezama de *Dador* al Arenas de *El portero* recalamos en el Casey ensayista, el Piñera poeta de las Furias frente a las Gracias, el lado eliotiano de Baquero, la ambigüedad genérica de *El Cristo de la rue Jacob* de Sarduy o la ferocidad inconsolable de Guillermo Rosales. En el listado aparecen *raros* como Delfín Prats, el Antón Arrufat de *las pequeñas cosas,* Raúl Hernández Novás, los escritos de cine de G. Caín y el ensayista Natalio Galán. Señalemos algún lunar: falta un Baquero articulista literario todavía por (re)descubrir, echamos de menos el libro de poemas *beatnik* de José Mario (*No hablemos de la desesperación,* 1970) y es pasmosa la ausencia del Florit final, del lirismo contemplativo de concentrada limpidez de *A pesar de todo* (1987).

En cualquier caso, durante el breve viaje lector a la semilla de este fruto delicioso, nos queda todavía por internarnos en su amplia primera parte, donde se da caza a algunas de las figuras cardinales del *canon cubensis,* de Martí y Casal a Carpentier. Llamativas por su abordaje resultan un par de piezas como "Hotel Vedado", donde se articula un collage en torno a Lezama y Juan Ramón Jiménez durante la mítica estancia habanera de éste entre 1936 y 1939. También el asedio al Piñera hombre de teatro es aleccionador, pues creemos que la labor del *flaco* de *Orígenes* (más adelante *Ciclón*) se agranda con el tiempo como poeta, narrador y dramaturgo. Sus pesadillas nos siguen inquietando. En fin, este *Inventario* semeja un libre teatro de las ideas que nos invita a querer conocer más. Es un libro espléndido, incisivo, polémico, provocador, necesario aun en el desacuerdo.

ÁNGEL RODRÍGUEZ ABAD

VOIX CONTRE LA PEUR / VOCES CONTRA EL MIEDO

Ricardo González Alfonso y María Elena Cruz Varela
Jacobo Machover: selección y traducción
Buchet/Chastel Edit., París, 2006, 148 págs.

Afirman, con razón, los editores de este libro que, si bien por su propia naturaleza la poesía es intemporal, en algunas ocasiones su publicación se hace urgente, impostergable la necesidad de su presencia en la plaza pública, porque unido al disfrute de la belleza y la certeza de la obra de arte se encuentra la apremiante obligación moral de denunciar un crimen. Este es el caso del volumen que recoge una amplia muestra de la poesía de Ricardo González Alfonso y de María Elena Cruz Varela, presentada al lector francés en una impecable traducción de Jacobo Machover.

Mientras usted lee estas líneas Ricardo González Alfonso se encuentra en prisión. Él nos dice que comenzó a escribir en la cárcel y que agrupó sus poemas bajo el expresivo título de *Hombres sin rostro*, durante su reclusión en una celda aislada de la cárcel "Kilo 8" (así de impersonal y anónima, como si el propio régimen castrista quisiera ocultar la vergüenza de la desmedida represión que impone a las conciencias libres), en la provincia de Camagüey. Sus poemas poseen la reciedumbre y la belleza que nos hace recordar, también, la fuerza de Nazim Hikmet, y, como en los versos del poeta turco, constituyen un estremecedor testimonio de los extremos deshumanizadores a los que llega el régimen totalitario de Cuba.

A Ricardo lo ha llevado a la cárcel la práctica independiente del periodismo en Cuba. Es decir que el ejercicio pacífico de su libertad de pensamiento le ha procurado una cruel sentencia de veinte años de privación de libertad, entre delincuentes comunes, pues se le ha despojado de los privilegios de su condición de prisionero político. No se equivoca Raúl Rivero en la presentación del poeta cuando afirma que estos versos han sido escritos con sangre y que se han alimentado de una epopeya

cotidiana, de pequeñas y terribles batallas solitarias que se suceden día a día, las que encarnan la materia prima convertida por él en poesía.

El volumen se completa con una selección de poemas de María Elena Cruz Varela, quien fuera golpeada públicamente en 1991, arrestada y encarcelada durante dos años. Fundadora del grupo de oposición democrática Criterio Alternativo, alentó la firma del manifiesto conocido como "La carta de los diez", que reclamaba elecciones libres, la puesta en libertad de los presos políticos y el restablecimiento de la democracia en la isla.

Para el lector, pues, la autenticidad de estos versos son para degustar y vibrar, pero también para condenar y juzgar al carcelero, al despiadado secuestrador de conciencias.

PÍO E. SERRANO

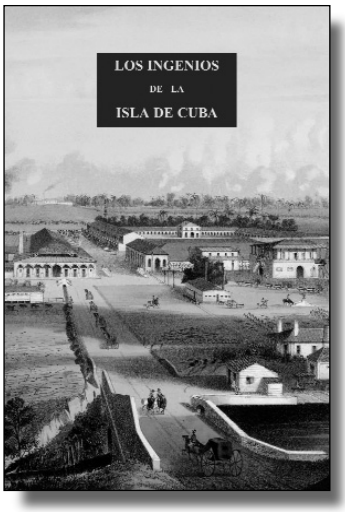
LOS INGENIOS. COLECCIÓN DE VISTAS DE LOS PRINCIPALES INGENIOS DE AZÚCAR DE LA ISLA DE CUBA

Texto de Justo G. Cantero y litografías de Eduardo Laplante. Fundación MAPFRE Tavera, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CEDEX-CEHOPU y Ediciones Doce Calles, 2006, Madrid, 453 págs.

Mediaba la década de 1850, en plena edad de oro de la industria azucarera y de la economía cubana, cuando comenzaron a publicarse los fascículos que dieron lugar al libro *Los ingenios*, sin duda el resultado más esmerado y bello que han parido las prensas de la Gran Antilla.

Fue fruto de su tiempo, pero también un producto muy peculiar y, por ello, sumamente valioso. En un panorama dominado por el progreso técnico y el aumento de la oferta de dulce, describía, detallaba y analizaba esmerada y prolijamente los procesos que permitían extraer sacarosa de la caña con los más modernos adelantos.

Además, ofrecía al lector excelsas e idílicas panorámicas litografiadas de las fábricas de azúcar, sus campos y entornos paisajísticos de la mano de un brillante pintor y litógrafo, el francés Eduardo Laplante, que en su *curriculum* juntaba el conocimiento de las técnicas de su arte y de la manufactura retratada, pues se ganaba la vida como representante de comercio de fabricantes de maquinaria. De hecho fue la venta de esos equipos lo que le llevó a la isla caribeña en 1848.



A la calidad del pintor de *Los ingenios* y a su conocimiento de lo que estaba ilustrando se unió el buen hacer editor de Louis Marquier y los empleados de su litografía, quehacer usual en Cuba debido a la costumbre de envasar y marcar sus tabacos —el otro gran producto de la economía insular— con marquillas y vitolas preciosistas, y cuyos avances artísticos se extendieron a otros campos. Y a ambos se añadió, finalmente, la sabiduría azucarera del promotor y escritor de la obra, Justo Germán Cantero. El hacendado de Trinidad (ciudad situada a unos 350 km al sureste de La Habana) poseía, además, una red de relaciones dentro de su círculo social que le franquearon las puertas de las fábricas seleccionadas por su representatividad tecnológica y productiva como símbolo de lo más granado de la industria azucarera cubana, y le facilitaron una información de toda índole que sólo podían proporcionarle los dueños. El resultado de tantas buenas conjunciones fue una obra de arte de la edición, la litografía y la pintura y un magnífico manual de adelantada tecnología azucarera. No nos hemos preguntado lo suficiente por su razón y su destino, explícitamente se dice en *Los ingenios* que la obra tenía por objetivo presentar los avances que en la producción de dulce se estaban llevando a cabo en Cuba y animar a emularlos y proseguirlos para el progreso de la principal industria insular y, por ende, de toda la economía, sabiendo que su riqueza, que por entonces la situaba como la colonia más rica del mundo gracias a la exportación de azúcar, ameritaba no cejar en el empeño y los esfuerzos para seguir mejorándola y mantener su competitividad internacional. Implícitamente, además, el libro pretendía proporcionar deleite a los hacendados y

otros lectores orgullosos de los frutos conseguidos. Por ese motivo, pero también no obstante, no se encuentran en él referencias más que de soslayo a algunos de los inconvenientes que con los citados esfuerzos era preciso sortear y que constituían el meollo de la discusión política, social e intelectual en la Gran Antilla en esa época.

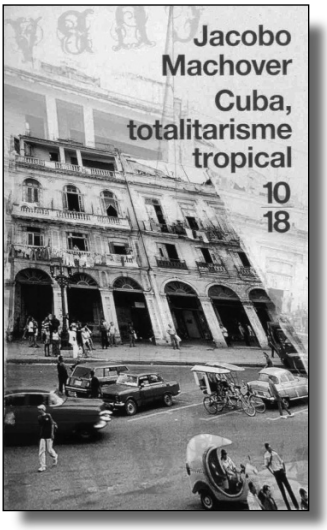
"Una obra de una gran belleza formal que hará las delicias de cualquier bibliófilo, y que pone al alcance de un amplio público la realidad histórica de la industria azucarera."

Por todo lo comentado *Los ingenios* continúa siendo una obra de consulta fundamental para cualquier interesado en la historia de Cuba del siglo XIX. Sin embargo se estima que de la publicación original sólo se conservan completos unos doscientos ejemplares, por lo que el acceso a la misma estaba muy restringido. Es por ello que Luis Miguel García Mora, de la Fundación MAPFRE Tavera, y Antonio Santamaría García, del Instituto de Historia del CSIC, decidieron asumir una nueva edición. En la misma se incluye una amplia introducción —en la que también colaboraron Reinaldo Funes, Alejandro García Álvarez y Zoila Lapique— en la que se abordan distintos aspectos relacionados con la industria azucarara (la tecnología, con especial atención al papel desempeñado por el ferrocarril, la esclavitud, la organización del territorio), y con la propia historia del libro, para terminar con unas reflexiones sobre el patrimonio industrial azucarero cubano. El texto original ha sido corregido, modernizándose la ortografía, y se le ha incorporado un amplio aparato crítico, compuesto de más de 300 notas, que ofrece precisas informaciones para desentrañar y ampliar toda la información contenida en sus páginas. Como apéndice se incluyen dos completas estadísticas azucareras, de 1860 y 1877, corregidas y comentadas. A todo ello se une una amplia bibliografía y un detallado índice analítico.

En definitiva estamos ante una gran contribución historiográfica, una obra de una gran belleza formal que hará las delicias de cualquier bibliófilo, y que pone al alcance de un amplio público la realidad histórica de la industria azucarera, además de ofrecer a los especialistas una útil herramienta para seguir profundizando en el conocimiento de la misma.

CUBA, TOTALITARISMO TROPICAL

Jacobo Machover
Editorial 10/18, París, 2006, 152 págs.



En el año 2004 Jacobo Machover publicó en París la primera edición de *Cuba, totalitarisme tropical*. Ahora, dos años después, nos entrega una nueva edición, revisada y aumentada, que se acaba de presentar en la Maison d'Amérique Latine de la capital francesa.

A partir de un acercamiento crítico a la figura, depauperada y envejecida, de Fidel Castro, Machover penetra en algunas de las facetas más siniestras del régimen para poner al desnudo el desplome de su credibilidad en el interior de la Isla y algunos de los rasgos más patéticos del dictador.

A lo largo de diez capítulos, entre la sagacidad y la ironía, pero siempre rigurosamente documentado, Machover registra su encuesta de manera implacable.

El primer capítulo, que repasa las noticias sobre los descalabros de la salud de Castro, se pregunta "Después de Fidel Castro, ¿qué?", para poner en evidencia la frágil posibilidad de que los herederos de Castro puedan, efectivamente, sostener el régimen a la muerte de su fundador. El segundo y el tercer capítulo ("El arte de convertir las derrotas en victorias" y "El triunfo de un dios barbudo"), sin embargo, retroceden a la etapa mítica de la revolución para poner en evidencia la efectiva capacidad de manipulación de Castro, un verdadero artífice en el empleo de los medios de comunicación al servicio de la consagración de su propia imagen.

En el cuarto capítulo, "Los 'logros' del 'hombre nuevo'", el autor se detiene en la construcción de uno de los mitos que fuera tarea prioritaria del régimen al final de la década del 60 y parte de la del 70. Teniendo como guía uno de los textos más ortodoxos del guevarismo y programa ideológico para el experimento antropológico-político que daría lugar al "hombre nuevo" —"El socialismo y el hombre en Cuba"

de Ernesto Guevara, Machover analiza el fracaso de los supuestos logros y su implementación en la propaganda del régimen.

La puesta en evidencia de las perversas relaciones entre los intelectuales y el poder en Cuba provocada por el "caso Padilla" (1971) y el catatónico entusiasmo que Castro supo despertar en amplios sectores de la *intelligensia* europea, latino y norteamericana son contrapuestos en el capítulo que el libro dedica a "El dictador, los intelectuales y el poeta perseguido".

En "El caso Ochoa" Machover analiza las circunstancias por las que nunca llegó a producirse lo que él llama una "primavera de La Habana" y que atribuye al complot con que Castro se deshizo del más importante y realmente heroico de sus generales, Arnaldo Ochoa.

"Periodo especial en tiempos de paz" es un estudio del impacto que el desplome de los países comunistas produjo en la economía cubana y de las consecuencias terribles que debió pagar la población. Entre esas consecuencias sobresale la marejada de balseros que se lanzó a la mar en una fuga ciega e incontrolada, que Machover aborda en "Un cementerio marino: el estrecho de la Florida".

Castro nunca ha excluido ningún instrumento en su incesante estrategia propagandística a lo largo de cinco décadas. La música no sería una excepción. Los casos de Silvio Rodríguez y de Pablo Milanés, a pesar de que ambos fueran severamente represaliados en su juventud, y de su puesta al servicio de una imagen romántica y noble del régimen son paradigmáticas. Jacobo Machover se acerca a esta peculiar instrumentalización de estos artistas en "De la música como arma de propaganda", al tiempo que analiza otros comportamientos similares más recientes, sobre todo a partir de éxito de Compay Segundo y el resto de los conmovedores componentes de *Buena Vista Social Club*, película y disco producidos por Ray Cooder. En el otro extremo, el autor se detiene en la figura de Celia Cruz, reina, en el exilio, de la salsa.

El volumen se cierra con el ensayo "La resistencia cotidiana a la opresión", una colaboración del periodista independiente cubano Jesús Zúñiga, donde se repasa las principales organizaciones que en el interior de la Isla protagonizan una callada y persistente resistencia al régimen, expuestas siempre a su cólera represiva.

El periodista cubano Jacobo Machover, reside en Francia desde 1963, novelista y ensayista, es profesor en la universidad de París-XII. Entre sus publicaciones se encuentra el ensayo *La memoria frente al poder* (2001).

PÍO E. SERRANO

CINE

MI CIUDAD PERDIDA

No hay otros paraísos que los paraísos perdidos
Jorge Luis Borges

Ninoska Pérez Castellón

Recuerdo con precisión la primera vez que leí el ensayo de Scott Fitzgerald *My Lost City*. Aunque fue fácil reconocerme en su nostalgia, el Nueva York y la época que él añoraba me eran ajenos totalmente. No fue hasta que llegué a la frase ''Se pierde todo, menos los recuerdos" que empecé a llorar. Comprendí a cabalidad que mi ciudad perdida, la adorada Habana de mi niñez, existiría mientras luchara por retenerla en mis recuerdos.

Andy García

Para el exiliado los recuerdos se constituyen en la esencia misma de su existencia. Para los cubanoamericanos, ya sean los que vinimos de niños o nacimos aquí, nuestros recuerdos son, en gran parte, recreados. Generalmente lo logramos en largas sobremesas o a través de historias contadas por padres, abuelos y tíos. Nos aferramos a viejas fotografías que con el tiempo son, cada vez más, las memorias de un mundo que alguna vez existió y hoy es sólo una ilusión.

La Habana de mis sueños era una ciudad de luces. No la de llamativos anuncios lumínicos que abundaban por doquier. Yo recuerdo la luz de un sol quemante, brillante, que se deslizaba por las rendijas de las persianas de madera y les daba aún más intensidad a los colores de los vitrales de viejos ventanales. El atardecer brillaba con un resplandor ámbar que poseía el calor y la familiari-

dad de un prolongado abrazo.

Al escuchar las palabras "La Habana nunca ha conocido la oscuridad al mediodía", pronunciadas por el patriarca de los Fellove en el *film* de Andy García *The Lost City*, regresaron las lágrimas. Era la sentencia inapelable. Una revolución deshumanizada había herido La Habana de muerte.

"Para el exiliado los recuerdos se constituyen en la esencia misma de su existencia. Para los cubanoamericanos, ya sean los que vinimos de niños o nacimos aquí, nuestros recuerdos son, en gran parte, recreados."

Hay quienes dicen que la vida está compuesta de sueños, aunque muy pocos se atreven a convertirlos en realidad. Durante años, Andy García llevó el libreto de Guillermo Cabrera Infante a cuanto estudio encontró en Hollywood sin que el rechazo lograra desanimarlo. Insistió por años, convencido de que su película era su lucha personal por aferrarse al alma de su pueblo.

The Lost City es una historia épica. Guillermo Cabrera Infante se propuso escribir un guión, pero su pasión por La Habana le hizo escribir un poema. Andy García se atrevió a convertir el poema en un *film*. Y como todo gran poema nos sacude. Nos hace temblar de emoción. Las penas de los actores se convierten en nuestras. El amor nos conmueve irremediablemente.

Es ese amor que surge una sola vez en la vida y jamás se logra olvidar. Es la trágica historia de dos personas que se aman desesperadamente, pero el tiempo se niega a estar de su parte. Un amor que, como la marea, nunca cesa, regresando a la orilla para acariciarla, o para castigarla con la furia intensa de la traición. *The Lost City* es la historia de una familia que fue víctima de la convulsión política de su tiempo. De una revolución que enfrentó a hermano contra hermano. Una historia que todo cubano conoce demasiado bien. La reconocemos en el dolor de dejar atrás todo lo que una vez amamos. En la luz que añoramos, en la intensidad de los colores que se desvanecieron y en la suave brisa que aún nos acaricia cuando cerramos los ojos.

The Lost City no es ficción. Es tan real como las experiencias vividas por generaciones de cubanos en los últimos cincuenta años. Es la historia de un mundo que se desmoronó ante nuestros asom-

brados ojos. Es la profunda pena de ese último adiós, que aunque pudo haber sido temporal se convirtió en algo tan permanente como la muerte. Es la maldad que destruyó a tantas familias. Pero es también la resistencia de un pueblo que no se dejó aplastar por el odio y las ambiciones de los tiranos.

Afortunadamente, *The Lost City* es también una aclaración histórica. Destruye mitos como el *Che* Guevara. Un asesino a sangre fría cuyas víctimas fueron tan reales como lo son sus familiares, que aún viven para recordarnos sus crímenes y la poca sensibilidad de quienes portan su patético rostro en camisetas o en las esferas de relojes, como si fuera Mickey Mouse.

Gracias, Andy. Gracias por ser fiel a tus raíces, aunque algunos pretendan hacerte creer que no están de moda la integridad y el valor. Gracias por los extraordinarios sonidos de la música, por la poesía del Apóstol. Por darle vida a nuestra ciudad perdida. Una ciudad que siempre recrearemos en nuestros sueños y preservaremos en nuestros recuerdos con la ternura de niños solitarios que jamás dejaremos de ser. Eternos refugiados que, a pesar de la generosidad de América, siempre llevaremos en nuestras almas, la carga agridulce de una ciudad perdida.

"The Lost City *es una historia épica. Cabrera Infante se propuso escribir un guión, pero su pasión por La Habana le hizo escribir un poema. Andy García se atrevió a convertir el poema en un film."*

Fotograma de la película

MÚSICA

PEDRO LUIS FERRER

Calixto Alonso del Pozo

Empapado de trova y de changüí, con aire de peregrino jacobeo, anda Pedro Luis Ferrer por España.

Quien fuera, con Pablo Milanés, Silvio Rodríguez y Noel Nicola un símbolo con timbre campesino de la Nueva Trova, ha sido condenado en Cuba a sufrir una conspiración de silencio.

Así, hace años ya que en su isla no puede cantar en la radio y la televisión y está confinado a pequeñas salas de teatros. No puede grabar sus creaciones. Padece la suerte reservada al infractor: convertido en cantautor-anomalía, se le ha barrido a los márgenes de lo que puede y debe ser escuchado.

Su trabajo le ha acarreado el odio oficial. Cuanto más clara sonó su voz, más disonante resultó a los oídos de los que salmodian en el coro oficial.

Pedro Luis Ferrer vive y crea fuera de la cúpula protectora de las instituciones. Al rehusar ponerse la camiseta con la marca de uno o varios patrocinadores, ha llegado a España a la intemperie, pero con una fe indomable en el itinerario de su senda creadora, viva en los brotes y ramas del changüí guantanamero, primo segundo y cuñado del son oriental.

Su rigor artístico exige un condigno rigor moral, y merece ser escuchado.

Fuera de las luces mediáticas desde hace ya años, oírle nos recrea lo mejor de lo que fue el movimiento de la nueva trova cubana. Heredero de la genuina tradición trovadoresca, su guitarra, su tres y su voz fuerte y clara fecundan el son montuno, el punto guajiro y la guaracha. Tuvo que salir de su tierra no sólo a cantar libremente, sino a permitirse el lujo de callar en libertad.

Pedro Luis Ferrer es uno más de esos cubanos valiosos, de talento y carácter, que la revolución ha silenciado de un modo

implacable. Es un proscrito, sus discos no se reeditan, pero muchos de los que por allá han cumplido los cuarenta se saben de memoria "La vaquita Pijirigua", "Mariposa" y "Carapacho p'a la jicotea".

Oyéndole, el tiempo vuelve y retorna la memoria de aquel intento colectivo que murió de parcialidad y hemiplejía.

La ventana que abren sus canciones permite ver un horizonte que hace volver al origen. El sol de Yaguajay reaparece, una brisa se cuela en la hamaca, se mece el tiempo favorable y brilla entre sus letras lo que entonces se vivió.

Pedro Luis Ferrer

A Pedro Luis se le oye el corazón cuando dice *"...mi padre fue comunista, yo, no tanto como él..."*. Ha adquirido ya el saber de la pena, moldeándola en forma de conciencia independiente, política en un sentido tan clásico que por fuerza tiene que llamarse cívico. Es parte de un tejido construído tanto de sueños y pérdidas cuanto de esperanzas. Sus letras reflejan un intercambio fluido de esos sentimientos.

Bienvenido, pues, el trovador y el poeta. Con él despido estas líneas:

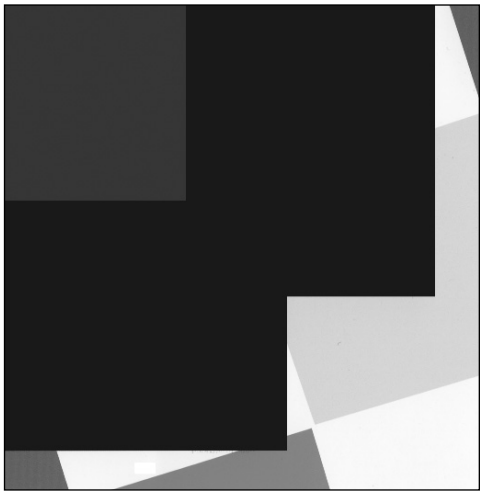
"Si no me voy, hermano,
porque tú me recuerdas
o porque sigo amando
lo que la patria encierra,
no jures que me fui
—no jures que me fui—
porque la primavera
regresará por mí.

EVENTOS Y EXPOSICIONES

AÑORANZA

Waldo Balart
Galería Edurne, Marzo-Abril 2006, Madrid

La espiritualidad no se piensa, ni se cree en ella, sino se asume, así es su *"Cuadrado Ultramar"*.



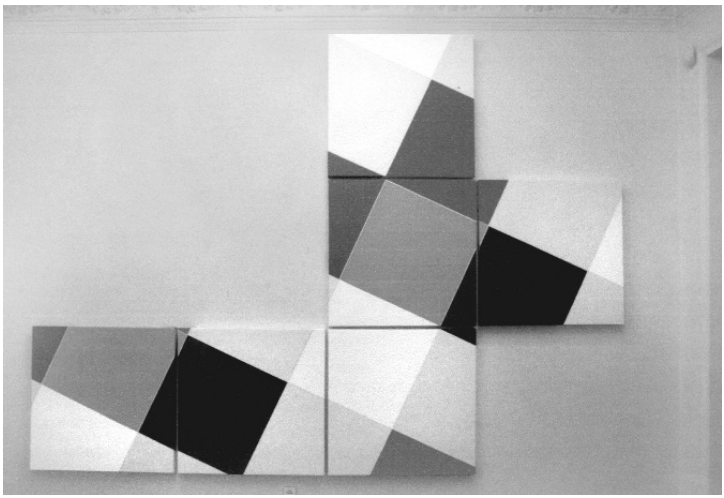
Waldo Balart, 1999.
Cuadrado Ultramar, 80x80 cm. Acrílico/lienzo

Algunos llegan a ella a través de la música, del color, o de la música y el color, como Kandinsky. Ella sólo puede definirse en el silencio. El pintor alemán Anselm Kiefer refleja en la monumentalidad de su obra ese silencio que impone al que encuentra su pintura *"mares de plomo y lugares cósmicos"* según Wieland Schmied. Mondrian buscaba la mística de aquello que se construye donde el color es el loci de los recursos pnemóticos de los antiguos.

La danza es mimetismo de la música en el espacio, el movimiento concreta ese estado.

Algunos coreógrafos han aunado el color al movimiento eliminando la música. El color es el que habla, el que acentúa o ilumina el movimiento y su efímero destello.

Búsqueda de una voz interior más sabia, más precisa, que nos conecta a un reflujo arcaico y antiguo de nuestra condición humana. En ese pozo se gesta la visión particular de cada cual que siendo única no lo es porque pertenece al Todo.



Waldo Balart, 2006.
6 Módulos 6x6, 1.3.5.6.9, 25", 240x360 cm.

En la pintura de Waldo Balart su discurso ha sido trastocado por la simetría del espacio subjetivo y el color, el rumor del recuerdo que yace bajo la tierra.

No es un rumor que asciende, que se perpetúa sobre nuestras cabezas. Es un rumor exacto, disuelto, contenido, y a la vez, que se precipita fuera de sus propios bordes. Es quizás un zumbido que emanando de sus teoremas invoca la conjunción del que mira.

El pintor esgrime la línea, el color sitúa el espacio, de ahí emanan sensaciones que requieren el silencio para penetrarnos.

Así los chamanes al ingerir alucinógenos percibían los colores como primera señal de la visión interior que llevarían sus manos hacia la curación de otros y hacia otros parajes no conocidos por la conciencia del yo, del ahora, sino del futuro. Espacio se conjuga con el tiempo. Mientras Kandinsky lograba marcar ese tiempo a través del ritmo, Waldo se abre como un lago primeramente oscuro, luego rojo, luego negro, luego sin luz y por lo tanto sin color, donde reside esa voz interior. Es allí donde sin categorías ni definiciones concretas ocurre el encuentro.

La espiritualidad descarnada que nos muestra el pintor, es en otras palabras, la convicción del hallazgo de esa voz que nos subvierte, que nos envuelve, que nos supera.

ISEL RIVERO

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ. HOMENAJE E HISTORIA

Jorge Gómez

El pasado 9 de mayo, auspiciado por el Centro Cultural Cubano de la ciudad de Nueva York, se le rindió un merecido homenaje a Manuel Díaz Martínez en el recinto del Instituto Cervantes de la misma ciudad, que preside el honorable Antonio Muñoz Molina, otorgándole la medalla Gertrudis Gómez de Avellaneda por su obra poética. La propuesta fue justa; se reconoció el trabajo literario de uno de los intelectuales más importantes de Cuba, no solo por la originalidad y la solidez de su obra literaria, también por la difícil, y relevante postura histórica por la cual optó el poeta en los años duros en Cuba. Digo años duros, por nombrar esa etapa de alguna manera, ya que en términos de cualquier forma de tolerancia, o de libertad de expresión, el gobierno de Cuba no ha cedido terreno como algunos creen; simplemente y en contra de su voluntad, han perdido parte del control que antaño disfrutaban, víctimas de su propia ineptitud y del fracaso en todos los renglones que conforman una sociedad, ensayando entonces distintas estrategias.

Manuel Díaz Martínez —como señaló en el acto de premiación Fernando Velázquez—, pudo haber vivido holgadamente de su creatividad, y acomodarse en su reputación y su talento; no obstante, optó por una tortuosa pero trascendental postura, acorde con sus convicciones.

Después de ganar el premio de poesía Julián del Casal en 1967, otorgado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), con su libro "*Vivir es eso*", de manos de un jurado en el que figuraban Nicolás Guillen, Eliseo Diego, Gabriel Celaya, José Ángel Valente y Enrique Lihn, Díaz Martínez es invitado a ser parte del jurado que premió a Heberto Padilla por su libro *"Fuera del Juego"*, en 1968. La premiación de Padilla traería consigo una verdadera convulsión internacional entre intelectuales, que concluiría con la detención de Padilla, su esposa Belkis Cuza Malé y, por supuesto, con la marginación de Díaz Martínez y de otros cubanos miembros del jurado, como José Lezama Lima y José Z. Tallet; los restantes eran extranjeros, el inglés J. M. Cohen y el peruano César Calvo.

Fidel Castro reaccionaría ante la repulsa de buena parte de los intelectuales que en todo el mundo le habían apoyado hasta entonces, con un furibundo discurso pronunciado en el tristemente célebre Congreso de Educación y Cultura:

"…y desde luego, como se acordó por el Congreso, ¿concursitos aquí para venir a hacer el papel de jueces? ¡No! ¡Para hacer el papel de jueces hay que ser aquí revolucionarios de verdad, intelectuales de verdad, combatientes de verdad! Y para volver a recibir un premio, en concurso nacional o internacional, tiene que ser revolucionario de verdad, escritor de verdad, poeta de verdad, revolucionario de verdad. Eso está claro. Y más claro que el agua. Y las revistas y concursos, no aptos para farsantes. Y tendrán cabida los escritores revolucionarios. Tendrán cabida ahora aquí, y sin contemplación de ninguna clase ni vacilaciones, ni medias tintas, ni paños calientes, tendrán cabida únicamente los revolucionarios".

"Cada vez que se reconozca la obra y la vida de Díaz Martínez, simplemente se hace justicia. Algo que clama a gritos una sociedad que ha vivido reprimida y abusada por casi medio siglo."

Por más de cinco años Díaz Martínez fue condenado al ostracismo, y la marginación, algo que ha sido la receta típica del castrismo con los intelectuales que se atreven a disentir, pero que a su vez tienen el suficiente reconocimiento, que los salva de la cárcel. No hay nada de piedad o de tolerancia en esta postura del gobierno; responde únicamente a un intento por salvar la ajada honrilla en la arena política internacional, o la posibilidad de obligar a los disidentes a "cooperar" posteriormente, o retractarse de alguna manera públicamente, a través de la coacción, del chantaje, o el engaño.

Más tarde, con respecto a su decisión en el caso Padilla, escribió Díaz Martínez:

''En vista de que me resistía a servir de cuña contra Padilla (que no era servir de cuña contra un amigo, sino contra mis convicciones), el Partido decidió sacarme del jurado y poner en mi lugar a alguien que cumpliera esa misión y quizás lograra, a última hora, inclinar la balanza en contra de *Fuera del juego*.

¿Qué hicieron los estrategas del Partido para apartarme del jurado?

Meses antes, en el proceso de la llamada micro-fracción, como a otros individuos procedentes del disuelto Partido Socialista Popular, el Partido Comunista de Cuba, sucesor de aquél, me había sancionado, sin militar yo en sus filas y sin haber tomado parte en aquel episodio de la lucha por el poder entre estalinófilos (prosoviéticos unos, profidelistas otros). Después de un largo interrogatorio en una oficina del comité central, mis jueces me hallaron culpable de "debilidad política" por no haber denunciado al microfraccionario (estalinófilo prosoviético) que intentó reclutarme. Otra "debilidad política" me reprocharon: haberme manifestado públicamente en la UNEAC, después de que Fidel Castro proclamara el apoyo de Cuba a la URSS, contra la invasión soviética a la Checoslovaquia reformista de Dubcek. Según la sanción, yo no podía desempeñar cargos ejecutivos ni en lo administrativo ni en lo político ni en lo militar durante tres años y debía "pasar a la producción", es decir: ir a trabajar a una fábrica, a un taller o a una granja, que es lo que en Cuba se entiende por "pasar a la producción". Se me dijo que podía recurrir ante el Buró Político, y no tardé en hacerlo. En los momentos en que se desarrollaba el concurso de la UNEAC aún no se había dado respuesta a mi carta de apelación".

Manuel Díaz Martínez recibiendo la medalla Gertrudis Gómez de Avellaneda en el Instituto Cervantes de Nueva York, de manos de Iraida Iturralde, Presidenta Del Centro Cultural cubano, y Perla Rozenecvaig Segunda Vice Presidente de la junta directiva.

Ya en 1987, cuando la tormenta política, la represión y la vigilancia habían mermado, la dictadura comunista lo considera apto políticamente para regresar a ser jurado de la UNEAC, pero entonces Díaz Martínez reincide en defraudarlos, víctima de su "terca inte-

gridad", siendo uno de los principales artífices del premio concedido a Maria Elena Cruz Varela con el libro "Hija de Eva", donde también fueron parte del jurado Delfín Prats y Georgina Herrera.

Maria Elena recibe su recompensa en metálico, pero la publicación del libro que es parte del premio, no es permitida por las autoridades.

La carta de Velázquez

En 1991 al escritor Fernando Velázquez se le ocurre, como él mismo cuenta, "una idea descabellada": redactar una carta donde exigía al gobierno cubano reformas inmediatas:

La Habana, 2 junio de 1991

Nosotros, intelectuales cubanos, profundamente preocupados por la peligrosa situación que vive el país en estos momentos, nos hemos decidido a intentar promover una actitud razonable y moderada en todos los sectores integrantes de nuestra sociedad para, entre todos, evitar la catástrofe económica, social , política y cultural que se nos viene encima. Para ello, creemos debe llevarse a cabo un debate nacional, sin exclusiones, en el que participen todos los cubanos interesados en el futuro de la nación, que es, sin duda, nuestro futuro. Esto es lo que nos mueve a presentar a la actual dirección política las siguientes propuestas, dejando bien claro que no creemos poseer toda la verdad, sino una visión muy parcial de ella. Urgimos a los obreros y científicos, militares y sindicalistas, campesinos y estudiantes, a las amas de casa y en fin, a todos los ciudadanos, para que contribuyan activamente en busca de una solución que aleje de nosotros el hundimiento como estado civilizado. En esta hora la política es demasiado importante para dejársela a los políticos. Recordemos que toda verdad absoluta es en realidad una verdad obsoleta.

Medidas para promover y asegurar un amplio debate nacional

1- Elecciones directas a la asamblea nacional, sin restricciones.
2- Eliminación de las exclusiones migratorias.
3- Reactivación de los Mercados Libres campesinos, para evitar la hambruna que se nos avecina.
4- Petición de asistencia a los organismos especializados de Naciones Unidas, con el fin de paliar la escasez de medicinas y el previsible aumento de la mortalidad.

5- Decretar amnistía a todos los presos de conciencia y a aquellos que intentaron abandonar el país de forma clandestina: no se puede condenar a un ser humano por seguir el dictado de su instinto de conservación.

Firmantes:
Fernando Velázquez Medina
Roberto Luque Escalona
María Elena Cruz Varela
Raúl Rivero Castañeda
Víctor Manuel Serpa
Bernardo Marqués Ravelo,
Nancy Estrada Galván
Manuel Díaz Martínez
Manolo Granados
José Lorenzo Fuentes
Ricardo Vega
Marco Antonio Abad
Jorge Pomar

Díaz Martínez fue de los primeros intelectuales en firmarla. Poco después, agentes del Departamento de Seguridad del Estado lo secuestran, pero sin someterlo a los cuarteles del temido cuerpo represivo. Es llevado a una residencia de Miramar donde lo insultan y lo acusan de agente de la CIA. Más tarde lo dejan libre, para no repetir la experiencia del Caso Padilla, pero vigilado y excluido de toda conexión intelectual o literaria. En 1992 abandona la isla.

Conocí en persona a Manuel Díaz Martínez en este homenaje. Ya me había alertado mi amigo Orlando Fondevila, de su sencillez y su simpatía, pero el encuentro sobrepasó mis expectativas. Díaz Martínez posee no sólo el talento, sino también la modestia de los espíritus genuinos y nobles. Creo que cada vez que se reconozca la obra y la vida de Díaz Martínez, y de otros como él, simplemente se hace justicia. Algo que clama a gritos una sociedad que ha vivido reprimida y abusada por casi medio siglo.

PALABRAS EN NUEVA YORK *

Manuel Díaz Martínez

Queridos amigos, por segunda vez estoy en Nueva York. En 1994 me trajo Antonio Benítez-Rojo para hablar en el Amherst College, de Massachusetts, junto a José Lorenzo Fuentes, sobre nuestras experiencias de intelectuales disidentes en Cuba.

Entonces participé, con José Olivio Jiménez y los poetas españoles José Hierro, José Ramón Ripoll y Jesús Fernández Palacios, en el homenaje que la Universidad de Nueva York y la *Revistatlántica de Poesía*, de Cádiz, ofrecieron al maestro Eugenio Florit en su cumpleaños 90. Concedérseme la oportunidad de ver, oír y abrazar por primera y última vez al poeta de *Trópico* y *Doble acento* es, para mí, el primer homenaje que recibí en esta ciudad. El segundo es el presente, por el que doy las gracias al Centro Cultural Cubano de Nueva York y, de manera especial, a mis colegas y amigas Iraida Iturralde, presidenta del Centro, y Lourdes Gil.

También, faltaría más, quiero que conste mi gratitud al Instituto Cervantes.

José Martí aseguraba tener dos patrias: Cuba y la noche. Gertrudis Gómez de Avellaneda y yo tenemos tres: Cuba, España y la noche. La noche es la patria universal de la poesía —"el mármol negro en que se ve uno", del que habló Miguel de Unamuno desde su severa Salamanca refiriéndose a la oscuridad en el verso martiano.

Recibir, de unos compatriotas ocupados en preservar y difundir en el exilio nuestra cultura, una medalla que se llama *La Avellaneda* me emociona más que me honra. Es que, más que como galardón, la acojo como símbolo de todo lo que a ellos me une y que a ellos y a mí nos une a aquella camagüeyana del siglo XIX que reclamó a la reina Isabel II, no más subir ésta al trono, atención y justicia para nuestra isla, "que allá, olvidada en su distante zona, (...) libre ambiente a respirar no alcanza". Es de suponer que doña Tula, autora de tan cubanos versos dirigidos a la hija de Fernando VII, también habría dejado su firma en la *Carta de los Diez*. Si entonces Cuba no respiraba "libre ambiente", hoy tampoco lo respira —ahora, claro, no por causa de despotismo colonial alguno impuesto desde una metrópoli europea, sino por el que impone a la nación, desde hace

medio siglo, el absolutismo de un monarca vernáculo.

Celebro que el Centro Cultural Cubano de Nueva York relacione la *Carta de los Diez* con este homenaje que me ofrece y que me permito extender a todos los que, encarando las previsibles represalias, suscribieron la *Carta*, dos de cuyos principales y más castigados promotores tengo a mi lado: María Elena Cruz Varela y Fernando Velázquez Medina. Lo celebro porque haber suscrito ese desesperado documento —acto de resurrección moral más que de insurrección política— está entre los hechos de mi vida que me enorgullecen.

"Soy eso que se llama un hombre de letras, y lo soy en la línea de los mejor dotados para sentir que para pensar."

Soy eso que se llama un hombre de letras, y lo soy en la línea de los mejor dotados para sentir que para pensar. Desde la adolescencia he pretendido ser un poeta, jamás un político. A la política me he acercado siempre desde el ángulo ético, que es de donde suelen acercarse a ella los artistas que no saben nada de política. Pero he comprendido, por propia experiencia, o sea, a fuerza de andar a tropezones en la vida, que proceder de ese ángulo no nos libra de espejismos, ni mucho menos nos hace invulnerables —sino todo lo contrario— a los desdenes, traiciones y desmanes del poder.

Pertenezco a una generación de intelectuales que se enroló en la aventura de convertir en cosa palpable una utopía libertaria guiados por un pastor que, en realidad, se procuraba un feudo, por lo cual no es asombroso que la mía sea una generación frustrada. Lo es, como dije en otra parte, en lo que Lezama llamó "lo esencial político", pero no sólo o no tanto porque le cambiaron los naipes, sino fundamentalmente porque se dejó avasallar en lo esencial ético.

Esta experiencia, triste y quizás necesaria para entender algunas cosas importantes, me ha deparado una lección que considero el súmmum de cuanto he aprendido en mis setenta años como inquilino de este planeta, que Chateaubriand encontraba aburrido y yo encuentro cada vez más inquietante: nada, sin libertad, es admisible.

La libertad es nuestro bien primario, indispensable bien espiritual, y material, sin el que no somos lo que debemos ser. De ahí que sea lo primero que los pastores de utopías nos escamotean y lo que más nos cuesta recuperar cuando permitimos que nos lo quiten. También he aprendido que la libertad, así sea en el seno de una democracia, se alimenta de coraje. Recordemos a Whitman: "el mundo, oh Libertad, vanamente conspira contra ti". También hace más de un siglo nos advir-

tió Mark Twain con su devastadora dicacidad: "La manera más segura de que un hombre se convierta en blanco del desprecio, el oprobio, la difamación y el insulto casi universales es dejarse de las tonterías sobre las inestimables libertades e intentar ejercer una de ellas".

Quizás mi inseparable pesimismo me confunda, pero siento que, en este milenio que tan infaustamente comenzó —comenzó, para la Historia, muy cerca de donde estamos—, ya apenas se cree en la libertad. Apenas se le hace caso, como si fuese una prenda anticuada, o peor: un ideal reaccionario. Es lo más preocupante que hay ahora mismo.

Quiero terminar estas breves palabras, que son un mensaje de gratitud, leyendo un poema que algunos de los presentes ya me han escuchado:

PATRIA
Una extensión de tierra,
un arco de costa, un mar,
unas casas, unas calles,
tres o cuatro ríos,
un régimen de lluvias,
un jardín, unas montañas,
algunas frustraciones
y quizás una utopía,
un guiso, una canción, un árbol,
una historia en parte emocionante,
una manera de decir las cosas,
los padres que van envejeciendo
en un patio de provincia,
acaso también unos hermanos
que completan la saga familiar,
y unos amigos...
Eso y algo más es patria
si cabe ahí la libertad.
Si no cabe, yo prefiero
morirme de distancia.

* Texto leído por el autor al recibir la medalla La Avellaneda en el homenaje que le ofreció el Centro Cultural Cubano de Nueva York, el 8 de mayo de este año, en la sede del Instituto Cervantes de esa ciudad. El acto estuvo presidido por la poetisa, ensayista y profesora universitaria Lourdes Gil, acompañada por la poetisa y novelista María Elena

HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

Nicolás Águila. Periodista cubano. Reside en Madrid.

Calixto Alonso del Pozo. Abogado. Reside en Santander.

Jorge de Arco. Poeta, crítico literario y traductor. Ejerce como Profesor de Lengua y Literatura Española para Extranjeros. Reside en Madrid.

Paco Arellano. Editor y Especialista en Literatura Fantástica. Reside en Madrid.

Norge Arversú. Ilustrador. Reside en Madrid

Ileana Bucurenciu. Hispanista. Reside en Madrid.

Duanel Díaz. Ensayista cubano. Reside en Salamanca.

Inger Enkvist. Catedrática de español de la Universidad de Lund, Suecia.

Rafael Ferro Salas. Escritor y periodista independiente. Reside en Pinar del Río.

Orlando Fondevila. Poeta y ensayista cubano. Reside en Madrid.

Jorge Frías. Ilustrador. Reside en Logroño.

Jorge Gómez. Periodista cubano. Reside en New Yersey.

Ignacio T. Granados. Escritor cubano. Reside en Miami.

David. Lago González. Poeta cubano. Reside en Madrid.

Antonio Lastra. Doctor en filosofía y profesor de filosofía en la Enseñanza Secundaria. Reside en Valencia.

Alberto Lauro. Periodista y poeta cubano. Reside en Madrid.

Felipe Lázaro. Poeta y editor cubano. Dirige la editorial Betania en Madrid.

Roberto Luque Escalona. Escritor cubano. Reside en Miami.

Rodrigo de la Luz. Poeta cubano. Reside en Miami.

Jacobo Machover. Escritor, periodista. Catedrático en la Universidad de Aviñón y profesor en la Escuela Superior de Gestión de París. Vive en Francia.

Abraham Maciñeiras. Dibujante y pintor cubano. Reside en Madrid.

José Mª Marco. Historiador. Reside en Madrid.

Luis Mario. Poeta y escritor. Reside en Estados Unidos.

Enrico Mario Santi. Ocupa la cátedra William T. Bryan de Estudios Hispánicos en la Universidad de Kentucky, Lexington. Reside en California.

L. Santiago Méndez Alpizar. Poeta cubano. Reside en Madrid.

Fabio Murrieta. Escritor y editor español de origen cubano. Director de la editorial Aduana Vieja, reside en Valencia.

William Navarrete. Escritor y ensayista cubano. Presidente de la Asociación por la Tercera República Cubana. Reside en París.

Isel Rivero. Poeta cubana. Reside en Madrid.

Adolfo Rivero Caro. Abogado y periodista cubano. Reside en Miami.

Ángel Rodríguez Abad. Poeta y crítico literario español, especializado en Literatura. Reside en Madrid.

Rafael E. Saumell. Hispanista y escritor cubano. Profesor de la Universidad de Houston. Reside en Texas.

Pío E. Serrano. Poeta y ensayista cubano. Dirige la Editorial Verbum. Reside en Madrid.

Michel D. Suárez. Periodista cubano. Reside en Madrid.